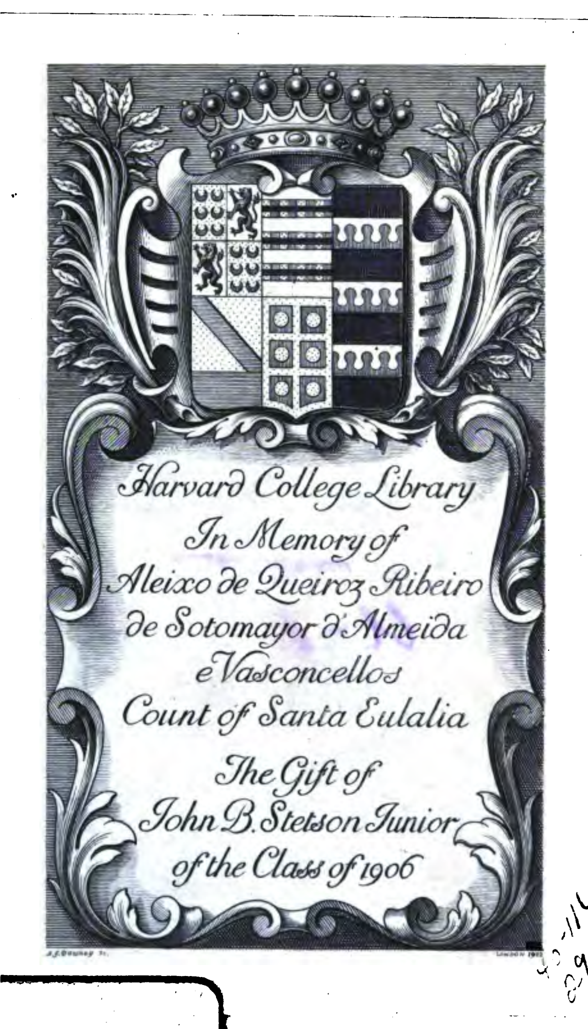

Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

p. 22

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

POR

EL P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

TOMO I.

MADRID:—1860.

Librería de SANCHEZ, calle de Carretas, núm. 21.

EL EDITOR.

Aunque la historia de fray Gerundio deberá ser apreciada en todos tiempos como una obra de ingenio en que las sales y las gracias brillan á la par con la erudicion y el buen lenguage, acaso el editor no se hubiera determinado á reimprimirla, si una triste experiencia no le hubiese demostrado que todavía exîsten muchos Gerundios, y que por consiguiente es necesario generalizar la sátira, para ver si se logra desterrar para siempre esta casta de pedantes ridículos que deshonran la nacion, y dan la mas baxa idea de su ilustracion.

El edictor pudiera referir muchas de las gerundiadas que ha oido predicar en estos últimos años muy semejantes á las que se

citan en esta obra: pero como no es fácil conservar la memoria de las palabras, como las dixéron, se contenta con poner aquí una copia literal del cartel que se puso en Cádiz en el año de 1811, anunciando una funcion de iglesia, y conserva impreso tal como se quitó de una de las esquinas en que se fixó. Dice pues el cartel:

„A la tórtola mas amante, que nidifica en la cima de los montes. Al mínimo máxîmo, que como místico etna expresa la caridad mas fogosa: A María Santísima con el decoroso timbre de la Cabeza, que levantándose como aurora, esparce desde la eminencia de los montes donde se aparecen los tesoros de la gracia sobre las aves católicas que exâltan con sus armoniosas voces su poderosa mediacion entre Dios y los hombres. Y á san Francisco de Paula, encendido besubio de amor, abstinente Elias y caritativo Paulo. A esta Reyna Soberana de la Cabeza, y á san Francisco de Paula, dedica su fervorosa confraternidad annuales cultos en el convento de RR. PP. descalzos

de N. S. P. S. Francisco, con asistencia por mañana y tarde del Augusto Sacramento del Altar. Hay jubileo de quarenta horas desde el domingo de pasqua, hasta el mártes al ponerse el sol, para todos los fieles de ambos sexôs, que habiendo confesado y comulgado visitaren la iglesia de dicho convento, y rogaren á Dios por la paz y concordia, &c. *Han de tener la Bula de la Santa Cruzada.*

Declararán las interpoladas glorias de nuestra Emperatriz de la Cabeza y san Francisco de Paula.

Domingo: *El M. R. P. Fr. Francisco Falcon, predicador conventual primero.*

Lunes: *El M. R. P. Fr. Juan Lopez, predicador conventual segundo.*

Mártes: *El M. R. P. Fr. Francisco Falcon, predicador conventual primero.*"

Si en Cádiz, centro ya entónces de la corte y de la ilustracion se escribia y publicaba tal annucio, que probablemente sería parto de alguno de los predicadores, ¿quáles serian los sermones que predicasen? Acaso

no se diferenciasen mucho de los del incomparable fray Gerundio.

A pesar del exquisito cuidado que se ha puesto en la correccion, no será muy estraño que se hallen todavía algunos errores en la obra, porque todas las ediciones anteriores están tan defectuosas, que en algunos pasages apénas puede entenderse su verdadero sentido. Sin embargo, el editor confia en la indulgencia de los letores que disimularán los pequeños defectos que encuentren, y aplaudirán el zelo y la diligencia con que ha procurado darla al público purgada de innumerables yerros, y en tamaño proporcionado para hacer mas cómodo su uso.

AL PUBLICO.

PODEROSÍSIMO SEÑOR:

Con efecto, no le ha habido desde Adan acá mas poderoso que vmd., ni le habrá hasta el fin de todos los siglos. ¿Quién trastornó toda la faz de la tierra, de modo, que á vuelta de pocas generaciones, apénas la conocería la madre que la parió? vmd. ¿Quién fundó la monarquía y los imperios? vmd. ¿Quén los arruinó despues, ó los trasladó á donde le dió la gana? vmd. ¿Quién introduxo en el mundo la distincion de clases y gerarquías? vmd. ¿Quién las conserva donde le parece, y las confunde donde se le antoja? vmd. Malo es que á vmd. se le ponga una cosa en la cabeza, que solamente el Todo-poderoso la podrá embarazar.

Y si del poder de las manos hacemos tránsito al del juicio, del dictámen y de la razon, ¿dónde le hay, ni le ha habido mas despótico, ni absoluto? Sabida cosa es, que despues del derecho divino, y del natural,

el derecho de vmd., que es el de las gentes, es el mas respetado y obedecido en todo el mundo: esto aun en caso de que el derecho de las gentes y el natural sean distintos: controversia en que no quiero embarazarme, porque para mi asunto importa un bledo. Lo cierto es, que una vez que vmd. mande, resuelva, decrete y determine alguna cosa, es preciso que todos le obedezcan; porque como vmd. es todos, y todos son vmd., es necesario que todos hagan aquello que todos quieren hacer. No se me señalará otro Legislador mas respetado.

Parecióle á vmd. ser conveniente que se llamasen sábios los que sabian ciertas materias, y que fuesen tenidos por ignorantes los que las ignoraban, aunque supiesen otras artes quizá mas útiles, ó á lo ménos tanto para la vida humana. Pues salióse vmd. con ello. En todo el mundo el teólogo, el canonista, el legista, el filósofo, el médico, el matemático, el crítico, en una palabra, el hombre de letras, es tenido por sábio; y el labrador, el carpintero, el albañil y el herrero, son reputados por ignorantes. A los primeros se les habla con el sombrero en la mano, y se les trata con respeto; á los segundos se les oye, ó se les manda con la gorra calada, y se les trata de *tú*. ¿Esto por qué? Porque así lo ha querido *el público.*

En consecuencia de esto, y acercándo-

me ya á lo que mas me importa, vmd. solo (sí por cierto) vmd. solo es el que dá, ó el que quita el crédito á los escritos y á los escritores; vmd. solo el que los eleva ó los abate, segun lo tiene por conveniente; vmd. solo el que los introduce en el templo de la fama, ó los condena al calabozo de la ignominia; vmd. solo el que los eterniza en la memoria, ó hace, apénas ven la luz, que entregados á las llamas, se esparzan sus cenizas por el viento. Dígolo con osadía, pero con muchísima verdad. No tienen los escritores que buscar fuera de vmd. sombra que los refrigere, árbol á donde se arrimen, escudo que los defienda, proteccion que los asegure, ni patrono que los indemnice.

Permítame vmd. la flaqueza de que me cite á mí mismo. En el *lib.* 1. *cap.* 8. *n.* 15. de esta mi historia, que lo es de lo pasado, de lo presente, y de lo futuro, me burlo (y á mi parecer con razon) de los que dedican sus obras á personages de la mas soberana elevacion, pensando, y aun diciéndolo ellos mismos en las dedicatorias, que de esta manera las ponen á cubierto contra los tiros de la crítica, de la malignidad ó de la embidia. ¡Pobres hombres! ¡Aun no los han desengañado tantas experiencias! No ha habido en el mundo ni un solo personage que haya sacado la espada para defender al autor que le busca por Mecenas; ni, lo que mas es, aunque la sacára, pu-

diera defenderle. Demos que sea el mas poderoso monarca del mundo. Podrá colmar de honras al benemérito autor. Podrá hacer que en sus dominios ni se escriba, ni aun se hable contra él, y que se tribute un exterior respeto á sus obras. ¿ Pero podrá embarazar que la ignorancia, la mordacidad, ó la crítica descontentadiza no las muerda, y no las despedace á sus solas? ¿Podrá estorvar que fuera de sus estados no broten contra ellas tantos zoylos como verdolagas?

Desengañémonos: solo vmd. tiene este gran poder; porque solo vmd. en este particular (hablo de tejas abajo) puede todo quanto quiere. Quiera el público que nadie chiste contra una obra: ninguno chistará. Quiera el público que todos la celebren interior y exteriormente: todos la celebrarán. Quiera el público que se reimprima mil veces: mil veces se reimprimirá. Y este poder no es limitado á estos, ó aquellos dominios: estiéndese por donde se estienden los dilatados ámbitos del mundo. En qualquiera parte donde hay hombres, hay público, porque el público son todos los hombres. Por lo ménos, el público, á quien yo dedico mi obra este es. El público de España, de Francia, de Italia, de Alemania, el Tártaro, el Moscobita, el de la China y el de las Californias. Pues si yo tuviese la dicha de lograr que todos los hombres la tomasen debaxo de su proteccion, ¿á

quién habia de temer? Hágome cargo de que esta fortuna es mas para pretendida, que para esperada.

Pero, Señor, valga lo que valiere, yo á ella me acojo; de vmd. me amparo; en solo vmd. solicito el patrocinio. Bien puede ser que la obrilla no le merezca; pero no lo desmerece la intencion. Soy con el mas profundo respeto,

Poderosísimo Señor,

Vuestra mas mínima parte,

Don Francisco Lobon y Salazar.

Carta del Señor Don Agustin de Montiano y Luyando, del consejo de S. M. y su secretario de la cámara de gracia y justicia, y estado de castilla, director perpétuo de la real academia de la historia, del número de la española, y de la de buenas letras de Sevilla, consiliario en la de bellas artes de esta corte, honorario de la de Barcelona, y entre los arcades de Roma Leghinto Dulichio.

Muy Señor mio y mi amigo. Muchos dias ha que deseaba se emplease alguna diestra pluma en el asunto de su obra de vmd., y que saliese al público, segun se necesita, tratada magistralmente, y por un término que no hallase repugnancia en llegar á las manos de todos, ni en ser buscada y leida de la curiosidad ó del gusto: medio el mas conducente á que se haga comun el desengaño, y á que no se aventure el aprovechamiento. Si vmd. se hubiese ceñido á la severidad de las reglas que se indican, y á la acrimonía de las reprehensiones que merecen los que sin consideracion las atropellan, pararia en ocupar olvidada los estantes y sótanos de las tiendas de los libreros, ó en envolver drogas en las espe-

cerías, como sucede con tantas acreedoras á mejor destino; pero no padecerá vmd. este chasco, porque su mañosa advertencia ha sabido quitar, con la dulzura del chíste, el desabrimiento de la enseñanza, y unirlos con tan natural y atractivo enlace, que aun aquellos á quienes hiera la burla, ó fastidie la seriedad, se han de dexar vencer, y conducir á cebarse en su leccion por deliciosa y por útil; y lo que es mas fixo, para corregir su descaminada inteligencia, y no declararse objeto determinado de la chanza, ó v. gr. de los rebeldes á la solidez de la doctrina.

Verdaderamente que es doloroso el desenfreno con que corren al último deshonor los profanadores de la divina palabra, adulterando con sus impertinentes discursos la cátedra del Espíritu Santo. Llórase ya perdida la sagrada elocuencia que exercitáron y ennobleciéron algunos de nuestros mayores: principalmente el singular fray Luis de Granada, convencido por las piadosas y sábias amonestaciones de aquel Apóstol de Andalucía el maestro Juan de Avila; y no hay resignacion (trayendo á la memoria la notoriedad instructiva de este hecho) para que triunfe el orgullo de los ignorantes en los mismos púlpitos, declamando contra los que se afanan en atraer con la razon y con el exemplo á que se renueve la verdadera oratoria, y se coteje lo que dista de la que hoy por nuestra desgracia es embe-

leso de los que se introducen sin suficiente proporcion á exercicio tan espinoso y dificil, y por lo general de los que buscan, no sé si diga su interés y su aplauso, mas que la precisa conversion de las almas.

Estos mismos ciegos enemigos en algun modo de las suyas y de las agenas, que no se aquietan en sus remordimientos interiores con tan pobre despique, aplican porfiados como improperio el respetable nombre de críticos á los que se apartan de las frases hinchadas, de las voces campanudas, de los conceptos falsos, de los lugares comunes de la mitología, y de las ideas extravagantes; y á los que censuran juiciosos el inútil perjudicial desconcierto de práctica tan desnuda de aprobados exemplares que la autoricen. Contra aquellos, pues, y contra quantos los apoyan y defienden no hay injuria ni maquinacion que no esgriman para intimidarlos y contenerlos; y como no lo consiguen (porque no ha permitido Dios que sea absoluta la relaxacion ni la carestía de los obreros) sino con los sordidamente contemplativos del vulgo, y con otros que no debieran entrar en esta clase; apelan á la superchería de esparcir que semejantes delicadezas y escrupulosidades (como ellos las llaman) son efecto de la introduccion y estudio de los libros extrangeros, orígen de los extravíos de la religion, y causa de que se abandonen nuestras puras costumbres: ¡raro des-

vanecimiento, y no sé si añada absurdo temerario, querer persuadir que no hay máxîmas cristianas, instrucciones morales ni documentos de probidad y virtud mas allá de la lengua castellana! Buenos quedarian los Kempis, los Señeris, los Bourdalues, porque escribiéron en latin, en italiano y en francés.

Bien insinúa vmd. que de los errores de la crianza proceden quantos perjuicios sufren hoy en España las letras. Las primeras se enseñan por unos hombres que escasamente saben la materialidad de formarlas, y que no saludáron jamás la pronunciacion ni la ortografía; requisitos necesarios y aun forzosos para satisfacer las obligaciones de su encargo. La gramática se estudia como lo acreditan los efectos: apénas se conoce uno que use con soltura en los teátros la gerga facultativa, y en la conversacion la mediana latinidad; y mucho mas dificilmente quien imite á los autores del siglo de Augusto: no lo finjo ni lo pondero; lo uno lo ví muchas veces quando en mi mocedad arrastraba tambien las bayetas, y aun permanece, segun se dice, tratar la materia del argumento en castellano, luego que se apura la vocería de los Ergos; y lo otro lo califican las arengas, las dedicatorias y las obras mismas, como vmd. lo advierte ya en la suya. Algo contribuye al embarazo que se nota, si no lo pienso mal, que esten las reglas en el propio idioma que se vá á

adquirir, porque no las comprehenden bien los muchachos, no vuelven nunca á ellas en pasando á estudios mayores, y los mas, contentos con el cartapacio, no adquieren en buenos libros lo que les falta. Fuéron muy respetables los que así lo estableciéron; pero ya somos singulares en la Europa en esta observancia, y hasta en las lenguas vivas, que son mas fáciles, ninguno imaginó hacer mas grande la dificultad de poseerlas. En las universidades no se mejoran hácia el adelantamiento estos trabajosos principios, segun el método con que se cursan, y lo que en ellas se aprehende: es negocio grave para tocarle de priesa, y fuera de sazon estenderme en él.

Otras no ménos considerables especies, que coinciden con éstas, introduce vmd. en su obra, si yo no me engaño, con pulso, discrecion y acierto, que no dexan duda en que nadie será capaz de competir, y aun ni de imitar el noble estado en que vmd. las ha puesto. Ojalá aproveche lo saludable del aviso á medida de lo que conviene, que le entiendan los interesados en el remedio, y que muden de sistema los que apetecieren seguir el único rumbo que lleva al acierto. Vmd. ha empleado por su parte todo lo que cabe en la intencion mas justa, en el conocimiento mas perfecto, en el juicio mas exâcto, y en la erudicion mas escogida: si los tercamente ilusos con la preocupacion que los domina, insistieren en su estraña

manía á despecho de la verdad que se les muestra, solo la mano de Dios, vigorosa, y eficaz en sus impulsos, será la que pueda sacarles el entendimiento de las tinieblas que le ofuscan, y guiarles la voluntad al seguro camino que abriéron los apóstoles, frecuentáron los santos padres, y pisan en el dia los prudentes, religiosos, y bien instruidos. No predican, no, á la francesa (como yo oí á uno de los mas afamados de la corte) *poniendo el evangelio á un lado, el asunto á otro, y echando por medio*: predican, sí, sin detenerse en las frívolas circunstancias de la fiesta, sin violentar el genuino sentido de los textos, sin discurrir con desentonada fantasía, sin buscar adornos aparentes y galanuras insubstanciales, sin entretener al auditorio con frases afectadas, cuentecillos de plazuela y mentidero, equívocos baxos y disonantes, y sutilezas mal digeridas y peor aplicadas: predican, repito, segun lo pide la disciplina eclesiástica, lo mandan los cánones, y lo amonestan los sumos Pontífices, y se executa hoy en casi todo el orbe católico: la profesion evangélica es una sola; la retórica sagrada la misma en qualquier país; á la torpeza del abuso y al baldon, que acompaña al desórden, no comprehende la propia prerogativa, porque ninguno se prostituye á confesarles patria, ni á concederles domicilio. ¡Ay de nosotros, si los adopta España por hijos, pertinaz en su deslumbramiento!

Nó obstante lo delicado y vidrioso de los puntos que vmd. abraza, y los ensanches que permite la ironía y graciosidad con que vmd. los maneja, se ha ceñido con tal miramiento y templanza á los límites á que precisan las altas calidades de las mismas especies, que no hará vmd. quejosos con fundado motivo, ni aun con sombra de él, si no tuercen con violencia sus patentes y sanos fines, y la justificada pureza de sus caritativos anhelos; ó si no abultan por empeño comun las creídas ofensas, que quando mas pertenecen á los desbarros particulares y su vindicacion al que éntre, delatándose de haberlos cometido, y por consecuencia, que no debe reputarlas por agravio. No dificulto que habrá muchos que se resientan de ver impugnados y confundidos sus errores; pero miéntras no produzcan nerviosas pruebas de que no lo son (triunfo que se ha de suponer inaccesible), y no se trastornan los cimientos de la biblia, de la iglesia, y aun los de la razon natural ¿quién será tan negado que los sostenga, ni dé oidos á la futilidad de sus recursos? ¿No se ha de rasgar alguna vez este túpido velo, con que se disfrazan los cuerpos á favor de sus individuos? Yo á lo ménos concibo que debiera detestarse y no defenderse al que delinque: el miembro que se pudre, mejor es que se corte, que conservarle para infeccion de los demás; y así no alcanzo que haya fundamento legal ni político para que

se dexen correr impunemente los desaciertos notorios, y calificados de tales, y se impida ó solicite que no suenen, ni se esparzan el desayre y castigo de los que lo cometen, siendo tan importante su publicacion á las costumbres, á la cristiandad y al crédito de todos. Aseguro á vmd. ingenua y desapasionadamente que aun ántes de haber exâminado su prólogo, que desarma estas maliciosas oposiciones, no encontré en la obra artículo mal sonante, expresion infamatoria, concepto sin arrimo, ni consejo sin autoridad: no es dictámen el mio que prestará opinion á vmd. ni le pondrá en salvo de la terrible cabilacion de la multitud; pero cumplo con vmd., conmigo mismo, y especialmente con Dios en decir lo que siento.

Quisiera no obstante preguntar á los que sin discernimiento se avanderizan por la predicacion, que en lo general se gasta en las suntuosas funciones de los templos, á que entre algunos bien intencionados acuden tumultuariamente muchos de los mas ociosos y peor dispuestos. ¿Qué ventajas experimentan los fieles con la ojarasca insubstancial de los panegíricos, llenos de imaginaciones monstruosas, de cadencias pueriles, de juguetes ridículos y de palabras bárbaras y ruidosas? ¿Se ha visto convertirse alguno por ellos? ¿Qué lágrimas devotas se han derramado con la narracion de los dignos hechos del santo que se cele-

bra, vestida con pomposa verbosidad, quando no (horroriza el pensarlo) con métricas exôrnaciones? ¿Hay por ventura revelacion de que crezca, ó se afiance la gloria accidental de los justos por medios tan distantes de los que practicáron y eligiéron por mejores en vida para llegar á aquel grado? No responderán de forma que debiliten el vigor de éstas ni de otras reflexîones que pudiera acumular con la corta fatiga de recorrer índices, y salpicar de citas las márgenes. Y siendo esto así, y que no cabe dexen de comprehender tan clara reconvencion, no sé cómo se obstinan en invertir el fin de su sagrado ministerio, faltos aun de aparente descargo que los abone: vergüenza es que se sujete á qüestion su culpa, y casi lo es no ménos que se tolere.

Lo mas reparable de la serenidad de su ánimo consiste, en que viéndose en aprietos de esta naturaleza, quando los causa un lego como yo, salen á la orilla con el gracioso miserable efugio de que no es para teólogos de corbata, ni para hombres que no son de carrera, el juzgar de los buenos ó malos oradores; como si el arte de la elocuencia, la mocion de los afectos, la pureza del idioma, la compostura del estilo, el uso de la elegancia, la sublimidad geométrica de los pensamientos, el órden en la division y subdivision de los puntos, y lo fundamental y claro de las pruebas, fuesen vínculo privativo del foro, de los claustros

y de las escuelas. El buen gusto, la aplicacion y el conocimiento de los autores sensatos en las divinas y humanas letras es un país libre para el ingenio; y no hay en la escritura, ni en los cánones sentencia ni decision que prohiba ni coarte su estudio. Pero quede enhorabuena sin determinar la disputa; y para que se desengañen del mal pleito que defienden, oigan al venerable Gaspar Sanchez, segun lo traslada en su vida el padre Eusebio Nieremberg, al tomo segundo de los varones ilustres de la Compañía de Jesus: *no ha tenido la iglesia de Dios* (exclamaba aquel insigne jesuita) *mayor persecucion que la que hoy tiene en esta forma de predicar que hoy se observa en en ella.* ¿Huirán ahora de confesar su delito con zaherir las circunstancias y reputacion de un varon tan grande en virtud y en letras? No me parece que se atreverán á tanto: fuera demasía imperdonable de su ceguedad: mas dicen, pues, sus pocas palabras que muy difusas expresiones: unas y otras son tiros que van á un blanco: si le aciertan, ¿por qué lo diferente del pulso ha de quitar su merecimiento al golpe?

¿Con quánta ménos resistencia, por mas que se esfuercen á justificarla, se verán obligados á deferir á las convincentes demostraciones de su obra de vmd.? Léase sin preocupacion ni reparos caprichosos, y solamente con imparciales ansias de descubrir la verdad, y habrán de retribuirla en-

tónces alabanzas en vez de enconos, y gracias en lugar de vituperios: hallarán que es docta, escrita con madurez y gracejo; y por último encomio suyo, la mas acepta á los ojos de Dios entre quantas se pueden trabajar en el dia, proporcionadas al remedio que piden los daños inmensos que se experimentan. Me desnudo de la inclinacion que á vmd. profeso, y de lo que estimo y venero sus tareas literarias, y no me pararé en afirmarle con la libre sinceridad de que hago profesion, que no encuentro en qué pudiera vmd. haberlas empleado mejor que en confuudir y avergonzar á los malos predicadores, ilustrándolos para que conozcan y detesten sus yerros, y se dediquen sin distracciones escandalosas al fervoroso cultivo de la viña del Señor, fiado á su fatiga y desvelo. Cuenten sobre la paga del padre de familias, que es infalible, no sobre la engañosa del mundo; y no estrañen que se mezcle tal vez alguna dureza en la correccion, porque un siglo y mas de abandono, si bien se exâmina, no se muda con amonestaciones ligeras y suaves.

Juzgo que toca ya esta carta en la pesadez de prolixa, y es indiscrecion que se dilate y moleste á vmd. sobrando quanto yo añado á lo que tan zelosa y diestramente está esparcido en su obra. Con lo expuesto se califica que soy del mismo sentir de vmd. hasta donde son capaces de difundirse mis cortas luces, valgan lo que valie-

ren: mas alcanzará mi fino afecto si gustase vmd. servirse de él, porque en todo será la mas pronta y resignada mi obediencia; y en el ínterin que consigo esta satisfaccion, me ocuparé en rogar á Dios que guarde á vmd. los muchos años que deseo. Madrid 20 de noviembre de 1757.

B. L. M. de vmd.
su mas apasionado fiel servidor
y amigo,

Don Agustin de Montiano
y Luyando.

Carta del Señor Don José de Rada y Aguirre, capellan de honor de S. M. su predicador del número, cura del real palacio, y académico del número de la real academia española.

Muy señor mio y mi amigo: la desgracia de nuestros tiempos por el abuso que se ha hecho de la predicacion evangélica, pedia de justicia una correccion acre y vehemente, con la que se procurase cortar de una vez contagio tan perjudicial y tan opuesto á la religion. Pero, ¿de qué serviria este remedio? Acaso agravaria mas el mal, obstinándose en su tema y en su ignorancia los que, depuesto el temor á Dios, y faltos de zelo por la salvacion de las almas, se atreven á profanar el ministerio mas sagrado de la iglesia de Jesucristo. Prueba de esto es lo poco que han aprovechado contra los malos predicadores las declamaciones de los santos padres, los encargos repetidos de los concilios, las exhortaciones de los sumos pontífices, las cartas pastorales y edictos de los prelados eclesiásticos, los consejos de los intérpretes de la sagrada escritura, aun de aquellos que manejan con mas frecuencia los gritos de los misioneros apostólicos, y lo que es mas, los clamores continuos de la conciencia, que sin cesar los estará diciendo: no vais bien; no predicais como Dios

manda; no predicáron así los santos que dirigian sus sermones á la gloria de Dios, reforma de costumbres, conversion de las almas, y no á ganar aplauso y estimacion entre el vulgo, y mucho ménos á valerse de la predicacion para conseguir fines é intereses temporales.

Así, reflexîonando vmd. que los medios mas sérios y mas severos serían de ninguna utilidad para la reforma que intentaba, con sábio acuerdo y con invencion prodigiosa ha fingido un héroe imaginario pulpitable (permítaseme esta voz por ahora) cuyas graciosas extravagancias en los diferentes perversos métodos de predicar, que imita, ponen á la vista, como en un espejo, los defectos de los malos predicadores, para que el rubor de verse ridiculizados en cabeza agena, los haga mas prudentes, mas contenidos y mas sábios; porque á mi parecer, ¿qué predicador, ya sea secular, ya regular no predicará con cuidado y circunspeccion, temiendo que le apoden con decir: qué bien ha predicado Don Gerundio ó Fray Gerundio? Si esta expresion, como sucederá, pasáre á ser proverbial, ¿qué cosa mas sensible para un oradór lleno de vanidad, que solo piensa en predicarse á sí mismo? Por este motivo juzgo, que la obra de vmd. es capaz de corregir en gran parte el mal método con que por lo comun se predica en este siglo.

Dixe con cuidado, *por lo comun*, por-

que no estamos tan escasos de predicadores zelosos, que no haya muchos, así en las sagradas religiones, como en el clero secular, que prediquen al modo de un Avila, de un Granada, de un Señerí, de un Burdalue. A algunos he oido dentro y fuera de la corte: ¡oxalá acertára yo á imitarlos! Pero comparados estos grandes oradores con la multitud casi inmensa de los que predican, son poquísimos. Y como siempre prevalece la multitud, no pueden en su buen modo de predicar hacer prosélitos. Sin embargo, no admite duda, que quando mas ha padecido la palabra de Dios, y la eloquencia cristiana, ha sido en este siglo. En otros tiempos estaban reputados los españoles por maestros de la oratoria evangélica, y aun los italianos, que siempre se han señalado en grandes oradores, por lo que se dixo: *italus orator*, no sé si llegaban en ciertas circunstancias á los nuestros, á lo ménos los libros de sermones españoles no se les caían de las manos, y aun predicando en italiano procuraban imitarlos. No negaré, que el apoyo que tengo para lo que acabo de decir es español; pero todos hacen la justicia de conceder crítica, juicio é imparcialidad á Don Nicolás Antonio, que en el prólogo de su *Bibliotheca Hispana* se explica en estos términos, que corresponden con la fidelidad posible á su original (1).

(1) *De sacris actionibus cum Italis nobis*

En punto de sermones tenemos contienda con los italianos. Estos se aventajan en el artificio, gastan mucha retórica, y pretenden imitar á los antiguos oradores en las palabras, en el gesto, y en la planta y movimiento del cuerpo. La elocuencia de los nuestros es mas ceñida, sin ser afectada. Los nuestros no usan de estilo trabajado con particular estudio, ni de voces artificiosamente contrapuestas, sino de una facundia natural, y como nacida de repente. Toda la agudeza, toda la erudicion que es menester, la aplican ingeniosa y pru-

controversia est. Hi artificio prævalent, rethoricantur; verbis, gestuque, ac tota corporis conformatione et motu, veterum oratorum imitatores videri volunt; nostrorum strictior, nec affectata est eloquentia, non coagmentata domi oratione, aut verbis utuntur artificiosè respondentibus; sed naturali, et quasi extemporali facundia, quidquid judicii, quidquid acuminis, quidquid eruditionis eliciendum est, rebus ipsis, et argumentis persuadendis, confirmandis, ex sacræ paginæ, ac doctorum testimoniis ingeniosè, ac prudenter impendunt, eaque solertèr inveniendi, excogitandi acutè, acque aptè in rem præsentem cogitatis utendi, nota sic vulgo placuere, ut etiam vernaculi sermonis conciones communiter apud italos in ulnis gerantur, et propriæ horum linguæ interpretatione donentur, nec paucos vidimus ex probatisimis, qui sic formam hanc nostram suam fecerunt, ut italico sermone loquentes more concionarentur prorsus Hispano.

dentemente á persuadir y confirmar sus asuntos y argumentos con autoridades de sagrada escritura y doctores de la iglesia. Mediante esta notable habilidad para inventar con ingenio, discurrir con sutileza, y aplicar con acierto sus discursos á las cosas de que tratan, han logrado tan general aceptacion, que aun los sermones escritos en nuestro idioma son comunmente muy estimados de los italianos, y se traducen en el suyo. Y en esta nacion hemos visto no pocos sugetos del mayor crédito, que se han hecho tan familiar y tan propio nuestro modo de predicar, que hablando en italiano, predican enteramente á la española. Hasta aquí Don Nicolás Antonio.

Pero ya se acabáron estos bellos tiempos, y en lugar de aquellos insignes predicadores han sucedido no pocos, que sin estudio de la sagrada escritura, sin la lectura de los santos padres y de los grandes expositores, ignorando aun los rudimentos de la sólida y verdadera elocuencia, asaltan los púlpitos, admiten sermones, predican á todas horas, y por los aplausos repetidos que logran de los ignorantes, aspiran á ser venerados como oráculos. Así los jóvenes, enemigos de la aplicacion y del trabajo, sacuden el yugo de los estudios mas sérios; y viendo que con tener osadía, leer quatro sermonarios, algunos libros mitológicos, y quando mas, sabiendo manejar las concordancias de la biblia, se consigue el renom-

bre de predicador famoso, y alguna utilidad, aunque por via de limosna, anexa á este ministerio, se arrojan á él con precipitacion, se introducen en él sin ser llamados, contra la expresa palabra del Señor (1), pues aunque los prelados lo permiten, suele ser en fuerza de empeños, de importunidad, y de no estar bien informados.

¿Y no será razon que un desórden que todos confesamos y lloramos se reprehenda? ¿No se deberá procurar su reforma por quantos medios sean imaginables? ¿Y le puede haber mas discreto, mas agradable, mas suave, que el que se propone en la graciosísima ficcion de fray Gerundio? No negaré que para semejante empresa hay pocas plumas bien cortadas; pero la de vmd. es pluma maestra en este género de escritos. Los mismos impugnados no han de poder contener la risa al verse con tanta gracia zaheridos; y me persuado á que los quejosos se tragarán sus quejas y sentimientos por el miedo de no verse mas corridos y avergonzados. Mas quando no suceda así, ¿qué importarán los gritos de algunos infatuados contra todo el torrente de los hombres de juicio que estan por vmd. y que desean, que quanto ántes se dexe ver al público el famoso fray Gerundio? Puedo decir con toda verdad, que habiendo hablado en diferen-

(1) En repetidos lugares del nuevo y viejo testamento.

tes ocasiones con religiosos doctos y exemplares, con eclesiásticos sábios y virtuosos, á todos les he oido lamentarse del infeliz estado de la predicacion, pareciéndoles que sería muy oportuna una obra como la de vmd. para reprimir el mal gusto de predicar, que se halla ya tan arraigado.

No obstante, puede ser que algunos nimiamente escrupulosos, parándose solo en la corteza de la letra, discurran que asúnto tan sério no se debe tratar con chanzas: ¿pero quién ignora que los antiguos inventáron el arte de la sátira para castigar con risa las costumbres? ¿Quién quita que riyendo se digan las mayores verdades? Fuera de que quando los demas remedios se han inutilizado, y el enfermo está deplorable, ¿hemos de despreciar uno, con el que prudentemente se puede esperar que recupere la salud?

Este escrúpulo no detuvo á un celebérrimo obispo, predicador de los mas elocuentes que ha tenido la francia (1), para componer un sermon de la Magdalena, que es una finísima sátira contra el mal método de predicar que aun reynaba en aquel país. Y fué tan aplaudida aquella invencion por todos los hombres sensatos, que produxo el fruto que deseaba su autor. El abad Villiers escribió una sátira en quatro cantos contra los malos predicadores, muy con-

(1) El obispo de Nimes Monseg. Flechier.

veniente para la reforma del púlpito, que al fin se ha conseguido por la mayor parte en la francia.

Pero no dexemos de disipar enteramente el escrúpulo, que acaso será el mayor tropiezo de la obra. ¿No se ha de usar del chiste, de la sal y del gracejo para contener á los malos predicadores; y se ha de permitir que muchos (no les demos el nombre que merecen) hagan el papel ridículo de decir chistes, equívocos y refranes para mover á risa al auditorio, al que he visto yo algunas veces en una carcaxada contínua aun estando patente el Sacramento augusto? ¿Aquel medio ingenioso ha de dar en rostro aun para conseguir un fin santo; y se ha de tolerar tan sacrílega profanacion? Háganse las justas reflexîones que pide un punto de tanta importancia, y se dexará de argüir con reparos pueriles, y con escrúpulos impertinentes.

Mas no paran aquí los desórdenes. *Un parece, un iba á decir si la fé no me detuviera, salva fide*, son el escudo con que se cubren estos predicadores para proferir algunas heregías. Y tal vez las pronuncian absoluta y rotundamente; sin que les pueda servir de escusa el darlas despues algun sentido católico, pues no subsanan con esto el escándalo con que desde luego ofendiéron los oidos piadosos de los fieles; ni tampoco la ignorancia escusa á los que tienen tan cortas luces como fray Gerundio;

porque ignorancia no cabe en un maestro público de la religion, que ha de enseñar la verdad desde la cátedra del evangelio. Bien pudiera, para que no se crea hay exâgeracion en lo que digo, citar algunas proposiciones terminantes; pero he oido que un sábio muy laborioso ha recogido innumerables de diferentes sermones impresos, para demostrar quanto padece la pureza de la fé y de la doctrina con tan malos exemplares.

¿Y qué diré á vmd. del torpe abuso de las fábulas en los sermones? ¿Quién podrá sufrir la indecente aplicacion de las fábulas á los misterios mas sagrados de la religion, á los sucesos mas venerables de Cristo y de María, como lo oimos en muchos sermones, y lo leemos impreso en no pocos sermonarios? ¿Quién tolerará que se predique y se imprima, que *el divino adonis Cristo se enamoró de la peregrina Psiquis de María*? ¿Y lo que llena de horror, y eriza los cabellos, el cotejo de la impura venus con la purísima Vírgen? ¿Tales despropósitos é indignidades, ó por mejor decir sacrilegios se predican, se sufren, se toleran, y se ha de reparar en que se ridiculicen en la persona del fingido fray Gerundio? No ignoro que algunos pretenden defender la introduccion de las fábulas en los sermones, por contener verdades y consejos morales; pero no es razon darlos á beber á los fieles por canales tan sucios.

Acudan los predicadores á los autores canónicos, á los libros de los santos, que en ellos encontrarán el moral mas puro, tratado con magestad, hermosura, discrecion y elegancia, sin que sea preciso recurrir á los padres de la ficcion y de la mentira.

Del apego á las fábulas nacen las citas de los autores profanos. ¿Qué es oir citar á un Virgilio y á un Ovidio al lado de un san Juan Evangelista y de un san Pablo? Y yo me acuerdo haber oido citar al mismo Ovidio de *Arte amandi* en un sermon de mandato. Así se trata, así se profana un ministerio tan sagrado. No negaré que tal vez convenga citar algun dicho de los poetas, pero ha de ser con gran templanza, y con la discrecion que en una ú otra ocasion lo practicó san Pablo. Mas por afectar erudicion hablar á cada paso con los gentiles, es una relaxacion que no se debiera permitir. Por lo qual tambien fué muy reprehensible cierto orador, por otra parte hábil y erudito, que para dar á entender que estaba impuesto en libros estrangeros, no citó en un sermon moral á otro autor que al canciller Bacon de Berulamio. A semejantes extravagancias se abandona quien entre el rudo vulgo pretende grangear el vano aplauso de literato.

A estos vicios se juntan otros muy considerables, principalmente en los panegíricos de los santos. ¿Qué es ver á muchos predicadores cómo se constituyen jueces

de la santidad de los espíritus bienaventurados? hacen cotejos, comparaciones, entablan cuestiones de mayoría y preferencia, las que siempre resuelven á favor del santo de quien predican; de modo que el santo, objeto de la fiesta, es el mayor del cielo á lo ménos por aquel dia. Así usurpan el derecho á Dios, á quien solo pertenece *pesar los espíritus en la balanza de su equidad* (1).

El angélico doctor santo Tomas (2) afirma que es temeridad comparar otro santo con los apóstoles; pero de estas temeridades se oyen muchas, y aun las suben tan de punto, que comparan á los santos con Jesucristo y la Trinidad beatífica. Paradoxâs impías, que por mas que se expliquen siempre escandalizan. Yo quisiera que los predicadores, á quienes supongo que tendrán muy á la mano el admirable libro de la imitacion de Jesucristo (3), re-

(1) *Proverb. cap.* 16. *v.* 2.

(2) *D. Thom. exponens verba illa Pauli ad Ephesios.* 1. *Secundum divitias gratiæ ejus quæ superabundavit in nobis, ait: Ex quo apparet temeritas illorum (ut non dicam error) qui aliquos Sanctos præsumunt comparare Apostolis in gratia, & gloria: manifestè enim patet ex verbis istis, quod Apostoli habent gratiam majorem, quam alii Sancti post Christum, & Virginem Matrem.... temerarium est ergo aliquem Sanctum Apostolis comparare.*

(3) Imitacion de Cristo, cap. 58. lib. 3.

flexîonasen lo que escribe su venerable autor, que á buen seguro ellos precurarian evitar las comparaciones. Citaré algunas palabras suyas, segun la traduccion del padre Nieremberg. „Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los santos, qual sea mas santo ó mayor en el reyno del cielo. Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho: crian tambien contienda y vanagloria, de donde nacen envidias y discordias quando quiere uno preferir imprudentemente á un santo otro, y otro quiere aventajarlo. Querer saber y inquirir tales cosas, ningun fruto trae, ántes desagrada mucho á los santos; porque yo no soy Dios de discordia, sino de paz: lo qual consiste mas en verdadera humildad, que en la propia estimacion.... El que quisiere disminuir alguno de los santos, á mí me apoca, y á todos los otros de mi reyno. Todos son una cosa por el vínculo de la caridad, todos de un voto, todos de un querer, todos se aman en uno: ultimamente concluyo con referir estas palabras: callen, pues, los hombres carnales y animales, y no disputen del estado de los santos, pues no saben amar sino sus bienes particulares, quitan y ponen á su parecer, no como agrada á la eterna verdad.“ Casi todo el capítulo es el mayor convencimiento en la materia que tratamos.

Ni son ménos dignos de sentirse los

ridículos asuntos que toman algunos en sus sermones. En un tomo impreso en Madrid en el año pasado de 1740 hace el predicador *jugador de manos* á san Juan de la Cruz, y para plantear bien su idea se explica en esta forma: „Quando hay volatines en qualquiera pueblo, dos géneros de gentes concurren fuera de ellos al espectáculo. Mirones, y los que llamaba la antigüedad propiamente mimos; y nosotros, tomándolo del italiano decimos arlequines. El miron no le pierde punto al jugador de manos; pero no acierta á conocer en qué consiste aquello. El arlequin le pretende imitar, y solo pára en hacer reir. Este será el asunto de mi oracion. La luz de mi gran padre oculta para el diablo: *sub modio.* De suerte que quando éste le atienda al juego, quando sea miron, empleando toda su perspicacia, se le pasen las suertes mas primorosas. Y quando arlequin intente remedar su ligereza y rectitud, venga á parar en burla del teatro lo que fué avilantez del demonio. Serán, pues, dos puntos: el diablo *miron*, y el diablo *arlequin.*" ¿Que le parece á vmd. de esta invencion? ¿no es ingeniosa? ¿no es ridícula? no es...

Pero note vmd. que ya dexa dicho como en esto san Juan de la Cruz, buen discípulo, imita el exemplo de su maestro. ¿Y en qué se funda? Oiga vmd. sus palabras, pues aunque el pasage es largo, es original en esta línea. „Una eternidad ha-

ce que está jugando la divina sabiduría: *Delectabar per singulos dies, ludens omni tempore.* Con que es el jugar bien lo mas que á sus discípulos enseña. Y añade, que aunque los expositores le aplican juegos varios; ya la pelota, por los diversos lugares que admite; ya la esgrima, por las rectas posturas que observa; y aun ya el peon, por las espirales interminables líneas que forma.“ Pero él, venerando estos dictámenes (dignos por cierto de gran veneracion) aplica á Dios los juegos de las artes *schænobatica, y præstigiatoria, volatinería y juego de manos.*

„Lo primero, dice, le conviene á Dios, pues le vió dar un vuelo en el ayre David: *Volavit super pennas ventorum.* A todos los vaybenes humanos es la divina providencia quien tiene el contrapeso, proporcionando desdichas y ventajas para que ni opriman, ni desvanezcan, y en la recta é infalible línea de su decreto huella sin temor el viento de todo lo caduco. En lo segundo no está ménos diestro. Para los instrumentos de la operacion (observe vmd. qué vella metáfora, y qué bien seguida) ó juego de manos, la muerte le sirve de bolsillo; porque como allí se revuelven cubiletes, copas, naypes, libros, cuchillos, pelotillas, lesnas, varas, estopas, cintas, sin que nada quede distinto, sino dentro del bolsillo confuso; así en la muerte (que para la farsa de este mundo es vestuario)

todos se mezclan en la primera confusa masa, sin haber distincion del pellico á la púrpura. Vara es la direccion con que rige el imperio. Libro el de la vida, en que escribe los predestinados. Naypes las figuradas dignidades que continuamente se varajan. Estopas los muchas veces vanos que las solicitan. Fuego el que fomenta la irascible y la concupiscible. Cintas el enlace que en las causas segundas luce. Copa la soberana de ese mayor misterio (habla del misterio eucarístico). Pelotillas los bienes de fortuna que como tales ruedan. Cubiletes que las encubren, lo inescrutable de los juicios que las reparten. Cuchillo su misma eficaz palabra. Y lesna la agudísima punta con que tal vez la caridad nos flecha. Así juega Dios, y enseña á mi gran padre á que juegue así.“ No hay mas que pedir, ni es fácil que se encuentre semejante modo de disparatar. Pero prevengo á vmd. que el referido libro está impreso con todas las licencias necesarias, y no obstante ¿habrá quien no se escandalice de que estas indignidades se prediquen y se impriman, y torcerá el rostro, arrugará la frente al ver que se burlan de ellas en la persona de fray Gerundio?

Vamos adelante. Tambien los títulos de comedia tienen entrada, y ocupan su lugar en los sermones. No ha mucho que se predicó en la corte: *Fineza contra fineza: para vencer amor querer vencerle*; y en

Salamanca y en Sevilla: *El escondido y la tapada* al Santísimo Sacramento; y este último pensamiento se irá propagando y predicando en todo el reyno, respecto hallarse ya impreso en un tomo en quarto de sermones que se publicó en Sevilla en el año de 1753. Con esta ocasion se me viene á la memoria, que estando yo en una ciudad de las mas respetables de España, hubo en ella un predicador de tan rara inventiva, que en un sermon de Sacramento eligió por asunto representar una comedia; de su título no me acuerdo, aunque sé que era bien profano. Repartió los papeles, dió uno á Jesucristo, otro á María Santísima, al santo titular de la iglesia otro, y á este modo fué acomodando los demas; pero añadió que él tomaba por sí el papel del bobo; y ello es preciso confesarlo: lo bueno que tuvo aquel sermon fué lo bien que el predicador desempeñó su papel.

Pues amigo mio, aquí de la razon: tales disparates no se castigan, apénas hay quien levante el grito contra ellos, los hombres graves de las religiones y del clero secular callan en público, aunque bien lo sienten y lloran en secreto; ¿pues porqué ha de ser reprehensible el que vmd. tenga valor, zelo y destreza para cortar con ingenio y con buen gusto semejante depravacion? Puede ser que se tengan por prudentes los que callan; pero no es prudencia cristiana callar quando se aventura

la gloria de Dios, la salvacion de los próximos, y la reforma de las costumbres.

Añádese á esto el prurito, la gala y ostentacion de tocar quantas circunstancias hay en la fiesta. Las mas menudas, las mas pueriles se pretenden encontrar en la sagrada escritura, y solo por el sonsonete quieren que el Espíritu santo autorice las mayores futilidades. Y no crea vmd. que esto pasa solamente donde predicaba fray Gerundio: en la corte, en la corte misma, á vista de tantos hombres grandes es donde mas reyna este abuso. Pero lo mas precioso es lo que sucede en el último dia de las solemnísimas octavas, que por acá con ostentoso aparato se celebran. Para aquel dia se escoge un predicador diestro y práctico en acomodar circunstancias. Es de su cargo formar un ramillete (así le llaman) de las flores que han predicado los oradores que le han precedido. Hace una recopilacion de los principales pasages de los sermones; procura añadir algo, y si no lo executa se alaba de ello. Hecha esta diligencia, tomando ocasion del nombre, del apellido, ó de la profesion, forma un grande elogio de cada predicador, y cierra con llave de oro el octavario. Pero como á vuelta del elogio tal vez se suelta, como dicen, una floxa, ó una sátira, suele encenderse tal fuego entre estos oradores evangélicos, que no se puede apagar en mucho tiempo. *Yo soy el espadachin de mi co-*

munidad, oí decir en el púlpito enardecido y furioso á un predicador que se hallaba sentido de otro porque le habia satirizado en un sermon. ¡Qué exemplo para los fieles! ¡Qué edificacion! ¡Qué mansedumbre cristiana! ¡Qué caridad!

He referido á vmd. todas estas cosas, no porque dexen de estar admirablemente reprehendidas en el fray Gerundio, sino para que vmd. se persuada á que su obra es tan útil, tan necesaria en Madrid como en el mismo Campazas.

Puede ser que al leer alguno esta carta confiese con ingenuidad lo mucho que se delira en los sermones panegíricos; pero dirá que no sucede lo mismo en los sermones morales. Así es verdad, porque hay entre nosotros excelentes apostólicos predicadores que predican el moral con tanto zelo, eloquencia y mocion, que en fuerza de la divina palabra anunciada por su boca, vemos anegarse en lágrimas los templos llenos de gentes, hacerse innumerables confesiones generales, restituirse cantidades gruesas, y entablar muchas personas una vida arreglada y devota, correspondiente á sus respectivas situaciones. Decir lo contrario es temeridad, es querer llevar las cosas hasta el último extremo, es ponerse de propósito á denigrar la nacion. Pero como estos zelosísimos predicadores sean los ménos, por esto aun los sermones morales necesitan de una gran reforma.

Absolutamente se suelen descuidar en ellos todas las reglas de la verdadera elocuencia. ¿ Quántos sin haberla estudiado, ni aun saludado, suben llenos de satisfaccion al púlpito ? ¿ Quántos hacen consistir la elocuencia en voces campanudas é hinchadas, en periodos pomposos, en amontonar frases y sinónimos que significan una cosa misma ? La cadencia afectada y pueril, los retruécanos, los equívocos, las transposiciones son defectos que comunmente se notan en muchos oradores, que aunque sábios en otras facultades están destituidos de principios y de una verdadera idea de la oratoria.

Otros ponen toda la elocuencia en puras descripciones: dos ó tres pinturitas de N. han de tener lugar en el sermon, aunque no vengan al caso, ni las pida el evangelio del dia. Y como no todos tienen habilidad para formarlas, qué cosa mas fácil (sigo el pensamiento (1) del padre Bartoli) que robarlas á los poetas, que tomarlas de las novelas y de las comedias, y con tal que haya un poco de arte para transformar á venus en una magdalena no se conoce el hurto, y se logra el embeleso del auditorio. Con esto y con usar de un estilo florido, lleno de metáforas, salpicado de luces, de estrellas, de soles, de epiciclos, si además se junta una recitacion cómica, con accio-

(1) Daniel Bartoli eternidad consejera.

nes mas propias del teatro que del púlpito; no hay mas que desear, y yo aseguro que este predicador tendrá séquito, serán sus auditorios numerosísimos, saldrán gustosos y alegres los oyentes del sermon; pero ni se derramará una lágrima, ni se cogerá otro fruto que el aplauso del predicador. ¿Y es este el fin de la predicacion? ¿Se instituyéron en la iglesia los sermones para remedar representaciones cómicas, ó para promover la conversion de las almas? ¿Son la corona del predicador los vanos aplausos, ó la compuncion de los oyentes? (1) Por esto quisiera que vmd. no se acobardase, y que saliera quanto ántes con el segundo tomo de fray Gerundio; y si fuere menester con tercero y quarto, para poner en claro la deformidad de estos abusos.

Mas no faltan predicadores que echen por diferente rumbo. Si hacen de los doctos, no hay punto el mas delicado, el mas sutil de la teología escolástica que no le traten largamente. Y no importa que el pueblo no lo entienda; eso es lo que mas se alaba. Si presumen de eruditos, las citas de los autores sagrados y profanos, los textos acinados de la sagrada escritura, las autoridades largas referidas en latin para ha-

(1) Div. Hier. Epist. ad Nepoc. *Docente te in Ecclesia non clamor populi, sed gemitus suscitetur, lachrymæ auditorum laudes tuæ sint.*

en los libros de la doctrina cristiana, la necesidad de este estudio para la predicacion, y responderia al argumento que toman los contrarios de una autoridad de san Pablo mal entendida.

Pero es ya demasiada mi prolixidad. Y si he de decir á vmd. ingenuamente mi dictámen, en el estado presente no pido discursos elocuentes; me contento con que no se prediquen cosas agenas é indignas de la magestad del púlpito, contrarias á la palabra del Señor, y opuestas á la edificacion y aprovechamiento de los fieles. Para este fin juzgo necesaria la obra de vmd., no porque absolutamente se conseguirá, sino porque en gran parte contribuirá á que se consiga.

Nuestros ilustrísimos señores obispos, que en santidad, letras, desinterés, zelo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, no ceden á los mas venerables de otras naciones son los que únicamente pueden reformar la predicacion. Y como sería osadía temeraria atreverme á dar consejos á los que Dios ha puesto sobre el candelero de la iglesia para que nos alumbren, nos instruyan, nos enseñen, referiré solamente lo que algunos prelados practícan para introducir esta reforma.

Procuran informarse exâctamente de la buena vida y costumbres del que intenta seguir la carrera de la predicacion, ya sea secular ó regular, y si no corresponden los

informes, no le permiten el exercicio de este santo ministerio, para que no destruya con el exemplo lo que podia edificar con la palabra: á ninguno dan licencia de predicar hasta que esté probado en el sacerdocio; porque solo los sacerdotes deben ser los coadjutores de los obispos en dar pasto saludable á sus ovejas, que es la primera y principal obligacion del ministerio pastoral. Y aunque consta de los hechos apostólicos y de la historia eclesiástica haber predicado públicamente los diáconos, esto fué en tiempo de las persecuciones, como lo podrán executar con el permiso de los prelados, quando haya causa justa, ó falta de operarios; pero que prediquen los que aun no están ordenados *in sacris*, sobre no ser decoroso ni decente, trae el peligro de que el mismo que acaba de dar la bendicion al pueblo desde el púlpito, baxa inmediatamente para el estado del matrimonio á recibirla de su párroco, como mas de una vez ha sucedido.

En los exâmenes para predicadores ponen el mayor cuidado. No los reducen precisamente á preguntar quántos son los sentidos de la sagrada escritura, y otras cosas fáciles y triviales, que apénas hay quien las ignore; procuran arreglarse para exâminarlos á lo prevenido en una de las actas del concilio quinto de Milan, presidido por el gran zelador de la disciplina eclesiástica san Cárlos Borromeo.

Si oyen ó saben que algun predicador, desperdiciando el tiempo en circunstancias impertinentes, no explica en la salutacion un punto de doctrina cristiana, segun está mandado por la santidad de Benedicto XIII. ó que en el sermon no habla como debe, le recogen las licencias de predicar, y tal vez le corren, y avergüenzan públicamente, para que escarmienten los demás. Así sucedió este mismo año en una de las mas célebres catedrales de España. En la octava del Corpus subió al púlpito en presencia de su ilustrísimo Prelado, y de su venerable Cabildo uno de aquellos predicadores que no han formado idea de la alteza de su ministerio, y dió principio á su exôrdio con este vulgarísimo refrancete: *Media vida es la candela, pan y vino la otra media*. El zelosísimo Prelado, enardecido al oir semejante despropósito, le dixo: *báxese, padre, que para predicar así, mas vale que no se predique*. La repeticion de algunos exemplares haría mas circunspectos á los predicadores.

Estos medios, si se continúan, llegarán sin duda á reformar el púlpito, y pondrán la oratoria eclesiástica en el alto grado de perfeccion que se merece. Vmd. por su parte ofrece un auxîlio oportunísimo para tan santo fin; y así, estoy por vaticinar, que su preciosa historia del famoso fray Gerundio será recibida con estimacion de los prelados, con singular aprobacion de los

hombres de juicio, y con universal aplauso del público, á quien se dedica.

Dios guarde á vmd. muchos años, como deseo. Madrid y diciembre 10 de 1757.

B. L. M. de vmd.

Su amigo, servidor y capellan,

José de Rada y Aguirre.

Carta del Señor Don Juan Manuel de Santander y Zorrilla, colegial en el mayor de san Ildefonso, universidad de Alcalá, canónigo doctoral que fué de la santa iglesia de Segovia, bibliotecario mayor de la real biblioteca de S. M., académico de la real academia española, y honorario de la de las tres nobles artes.

Muy señor mio y mi amigo: ya que vmd. ha tenido el mal gusto de querer oir mi dictámen sobre la *historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*, quisiera, agradecido á una confianza que me es tan honrosa, hallarme en estado de desempeñarla dignamente, no solo anticipando á vmd. las justas gracias que le debe nuestra nacion por lo que trabaja en su beneficio, sino tambien concurriendo al santo, aunque arduo fin, de enmendar y desarraygar los grandes abusos y males que padece hoy entre nosotros el alto ministerio de la predicacion del evangelio, males tan graves, tan complicados y de tan dificil curacion, que solo puede hacerlos tolerables la esperanza de que se acerca y proporciona su remedio.

El que vmd., como sábio y experto médico, propone en la citada historia, dig-

no y admirable parto de su fecundo y floridísimo ingenio, es tan natural y oportuno, y tan conveniente al estado actual de la enfermedad, que dudo pueda ofrecerse otro de mas probables esperanzas para coadyubar al santo y heróyco zelo de los ilustrísimos prelados, escritores y oradores insignes que la divina providencia nos ha dado siempre, y nos continúa hoy para hacer frente y contener al numeroso esquadron de aquellos, que sin la debida reflexîon, y desnudos de las calidades y partes indispensables á tan santo ministerio, se atreven á invadirle y profanarle, con gran perjuicio de la salvacion de las almas.

Confieso á vmd. ingenuamente que no sé ni alcanzo cómo hay valor y resolucion para emprehender con la facilidad y satisfaccion que vemos, un oficio de tan alta y venerable dignidad, que fué el único ó el principal que exerció el Salvador y Maestro del mundo: un oficio tan elevado y casi divino, que para tomarle los apóstoles hubo de preceder la vocacion, eleccion y mandato del mismo Jesucristo: un oficio lleno de trabajos, fatigas y tribulaciones, que sobre el preciso fundamento de la vocacion ú obligacion, pide necesariamente una vida exemplar y edificante, un sólido estudio de la sagrada teología, una contínua leccion y meditacion de la santa biblia, padres y expositores, una razonable noticia de las demás ciencias y artes, con la perfecta inte-

beneficio público; pero como no desempeñaría fielmente la confianza que le debo, si no expresase con sinceridad y franqueza todo mi dictámen, paso á decir á vmd. llanamente los reparos que se me ofrecen con entera satisfaccion de que vmd. los oirá como efectos de la atencion y cuidado con que le he obedecido, y de la amistosa ingenuidad con que le correspondo.

La verdad, que es el alma de la historia, pide en la de fray Gerundio muy particular estudio y desvelo. Y aunque vmd. en la narracion dé los motivos y fines que tuvo aquel héroe para dedicar sus talentos al santo ministerio de la predicacion, observa exâcta y religiosamente tan importante documento, pues no falta en un ápice á la realidad de los sucesos, sin omitir circunstancia alguna; sin embargo no quisiera yo, que habiendo la mejor y mas sana crítica introducido y aprobado ya en todas partes el conveniente uso y estilo de autorizar y comprobar la verdad histórica con apéndices de pruebas é instrumentos sacados de archivos públicos y de autores fidedignos, faltase á la que vmd. ha escrito de fray Gerundio, un requisito y calidad tan importante para tapar la boca á los muchos émulos que se puede recelar prudentemente no dexarán de abrirla quanto puedan, para morderla con mas fuerza, ya que no sean capaces de tragarla y digerirla.

Lo segundo, aun quando en lo subs-

tancial no la nieguen ni disputen el carácter de verdadera, podrán decir que los vicios y defectos de fray Gerundio, que vmd. supone haber florecido al fin del siglo pasado, son mucho mas antiguos y rancios, y como dicen, del tiempo de entónces, que hoy no se tiene ya noticia, ni se sabe de ellos, y que vmd. los resucita intempestivamente, sin necesidad y con riesgo de que se comuniquen y vicien á nuestros predicadores, que quando mas, solo padecen algunas leves imperfecciones, que no perjudican al digno exercicio de su ministerio, ni á la salvacion de las almas.

Temo finalmente, lleguen á decir que, aun quando fuesen ciertos los graves defectos que se notan en fray Gerundio, y asimismo que todos ellos, y aun otros mayores, si es posible, se hallasen hoy en los predicadores modelos ó retratos suyos; no es conveniente, ni propio modo de reprehender y corregir á unos hombres consagrados á tan santo ministerio como el de la predicacion, el hacer notorios y reparables sus defectos en una historia que por precision ha de andar en las manos de todos, y que habrá de leer continuamente hasta el pueblo y vulgo de la nacion, aun quando no se proponga otro fin que gozar del festivo y gracioso estilo en que vmd. la escribe.

Yo no sé qué fuerza podrá hacer á vmd. todo esto; pero bien sé que á mí me la ha-

ce tal, que estoy pesaroso y casi arrepentido de haberme metido á predicador, no ménos que de los mismos predicadores; quando mi profesion, la ignorancia de la sagrada teología, y la falta de las demás calidades necesarias me excusa de entrar en la clase aun de los mas comunes y ordinarios. Pero ya dado este paso, y quedándome la satisfaccion de no haber dicho cosa que no sea muy cierta y verdadera, para lo qual sin el título de predicador, me basta el de Presbítero, y el saber que *la palabra de Dios se debe oir con el mismo respeto y reverencia que se debe al cuerpo de Jesucristo* (1); voy á decir á vmd. lo que juzgo preciso para satisfacer á los expresados reparos, creyendo no tendrá vmd. á mal que lo execute con separacion, y en tres

(1) Cap. *Interrogo*, caus. 1. quæst. 1. *Interrogo, vos fratres, vel sorores, dicite mihi, quid vobis plus esse videtur, verbum Dei, an Corpus Christi? Si verum vultis respondere, hoc utique dicere debetis, quod non sit minus verbum Dei, quam Corpus Christi Et ideo, quanta solicitudine observamus, quando nobis Corpus Christi ministratur, ut nihil ex ipso de nostris manibus in terram cadat, tanta solicitudine observemus, ne verbum Dei, quod nobis erogatur, dum aliud aut cogitamus, aut loquimur, de corde nostro pereat: quia non minus reus erit, qui verbum Dei negligenter audierit, quam ille, qui Corpus Christi in terram cadere negligentia sua permiserit.*

puntos; sin embargo de que sea estilo de nuestros predicadores dividir sus sermones en quatro, cinco, y aun en trece, como yo lo he visto en uno impreso en este siglo.

Por lo que mira á la precision de autorizar la historia de fray Gerundio con documentos irrefragables que comprueben su verdad, pudiera facilmente hacer un libro de gran volúmen, con solo referir lo que al mismo intento han escrito casi uniformemente nuestros mas ilustres predicadores y otros santos y venerables varones, que Dios nos ha dado para nuestra enseñanza y exemplo; pero juzgando inútil semejante trabajo material, le he suspendido por ser bastante al expresado fin el citar los lugares mas oportunos de cada autor, refiriendo uno ú otro de los que no son comunes.

Sea el primero de éstos fray Juan de Segovia, predicador general del órden de predicadores, en su *retórica evangélica*, obra excelente, singular y rara, que mereció reimprimirse en Italia, con gloria de nuestra nacion. Este grande orador, doliéndose de la libertad y de los impropios é indignos motivos con que en España se introducian muchos á exercer la predicacion del evangelio, pone los mismos que vmd. toca y refiere en fray Gerundio: *Quapropter* (dice) *hæc mea pro nunc est, et semper fuit sententia, quod concionator (sit Monachus aut Clericus) rogatus semper, aut*

tractare audent. Quia cum Dei honorem tanquam prædicationis suæ finem aliquandò non intendant, sed sui ipsorum duntaxat lucrum, ut hoc nempe ab auditoribus acquirant: statuunt in concionibus suavia illis proponere dogmata, et quæ eorum demulceant appetitum, vitia eorum disimulantes, atque eorum promulgantes virtutes (1). Por no ser molesto dexo otros muchos lugares de este zelosísimo predicador; ni aun hubiera referido éstos, aunque oportunos, si á su gran mérito y á lo raro de su obra no se agregase el justo motivo de la comprobacion y crédito de la de vmd. pero si alguno la quisiese mayor, dígale vmd. que venga á reconocer las citas marginales. Ni me detengo á poner á la letra lo que al mismo intento, y con igual zelo escribió fray Tomás de Truxillo, de la misma religion, porque van conformes en todo: solo diré, que habiéndose propuesto éste concurrir á desterrar de España los cartapacios y códices sermonarios que muchos copiaban para exercer el santo ministerio de la predicacion, subrogándolos en lugar del estudio de los santos padres, refiere la prohibicion que habia hecho de los tales códices el santo tribunal de Sevilla,

(1) Idem, ibidem, pág. 364. Et pág. 1, 4, 5, 13, 15, 23, 27, 28, 89, 107, 111, 131, 132, 264, 265, 318, 367, 381, 447, 449, 483, 493, 499, 500, *et fere per tot.*

y dice: *Quamobrem tum desiderio huic tam gravi morbo (si id per me fieri poterit) medendi, tum etiam quod doleam concionatores plurimos de sua æstimatione casuros esse, publicato dominorum inquisitorum hæreticæ pravitatis edicto, mense junio, anno à Christi Domini ortu 1577 in illustrísima Hispalensi urbe: quo quidem imperatur, ut omnes alieni auctoris codices manuscripti, sermones, ut ajunt, continentes, seu expositiones divinæ scripturæ, exhibeantur à singulis: his inquam de causis hunc non levem laborem subire decrevi, &c.* (1). Ya se vé que los tales predicadores, que se valian de sermones dignos de prohibirse, eran unos verdaderos *Gerundios*. Yo no me atreveré á jurar que hoy suceda lo mismo; pero sí deseo que vmd. me diga en vista de esta carta, si tendré fundamento para esperar que el santo tribunal renueve tan oportuna providencia con los muchos sermonarios que desde entónces se han impreso.

Al padre Lorenzo de san Juan, varon apostólico de la Compañía de Jesus, que exerció quarenta y siete años el santo ministerio de la predicacion, pidiéron mu-

(1) Fr. Tomás de Truxillo, ordinis prædicatorum, *in Præfatione ad Thesaurum Concionatorum, col.* 5 *et* 6. Item, *lib.* 5. *col.* 114, 130, 131, 134 *et* 135. Edit. *Barcinone* 1579, duob. volum. in fol.

chos que escribiese algunos avisos convenientes, fundados en su experiencia: hízolo así poco ántes de morir; y en ellos, despues de sentar la utilidad de la retórica para dicho fin, dice: *Pero muchos no la estudian; de lo qual se sigue que sus sermones mas son lecciones curiosas y verbosas, que sermones y homilías de santos... quántos hay que predican sin saber qué cosa es ser predicador, y qué fin ha de tener, siendo el ministerio mas alto. Para ningun oficio hay ménos exâmen; y de ahí viene el poco caso que se hace de ellos, quán pocos los oyen, y con quán poca estima.... Dicen algunos, yo no soy obispo ni rector, ni cura de almas, sino que predico por mi contento y entretenimiento; ¿quién me manda á mí poner en mal con nadie? de esta manera me conservo con amistad con todos, y tengo amigos, y muy ricos estipendios, doscientos ó trescientos ducados. Buen provecho te hagan; ¿tú no predicas en nombre de Christo, y has prometido predicar el evangelio? ¿Pues si tú infamas á Cristo, y adulteras el evangelio, abusas de la palabra de Dios, contaminas la iglesia, ¿qué castigo no mereces? Dices, que no haces oficio de obispo. El provisor no es obispo, ni el oidor del consejo es rey; pero si no hacen lo que el obispo y el rey son obligados, se irán al infierno.*

Sigue el diálogo con el mal predicador, y dice éste: *Padre, veo que muchos lo ha-*

cen así. Poco importa, si lo han de pagar en la otra vida; y son pocos los que agradan á Dios de los que hacemos este oficio, y se verán innumerables condenados, segun las amenazas de la escritura, y lo que dicen los santos. Padre, yo no sentia espíritu. Y aun por eso habríades de tomar otro empleo: qui docet in doctrina, qui exhortatur in exhortando. *Padre, Dios me hizo verboso. Què tomárades oficio de orador en las escuelas, ó de pregonero; y no ocupar el oficio del digno y fructuoso:* ut excludant eos qui probati sunt argento. ¡*Ah*! *y quánta verdad es que el predicador habia de ser llamado, importunado, y tomar este oficio por obediencia y espíritu, y hambre de las almas, como San Pablo; el qual dice de sí:* Paulus vocatus, segregatus: *en voz pasiva; guardarse de la ambicion, y de buscar* primas cathedras in synagogis, *como es fama se hace por sí, por amigos y aun damas, procurando los mejores púlpitos y quaresmas, y lo saben los oyentes: éstos, ¿cómo pueden predicar con espíritu, y decir:* non quæro gloriam meam, *sino la de Dios, haciendo todo lo contrario?*

Tenga vmd. paciencia, y oiga el fin de tan sólida y nerviosa doctrina, pues tanto comprueba y califica lo que vmd. refiere en su historia. *Padre*, dice el predicador, *sino se hiciese eso, nunca tendria un buen sermon ni quaresma. No se perdería nada, ántes se ganaría; y para vos y para las al-*

mas sería mejor que proveyese Dios de predicador, y no fuéseis vos, que sois intruso, y no entrais por la puerta. ¿Direis que sino sobornais con exquisitos modos oyentes, no los terneis? Si vos sois llamado de Dios, su Magestad traerá auditorio que no cabrá en los templos, como aconteció á san Vicente Ferrer, á fray Lobo y al padre Juan Ramirez, y á otros muchos que yo he conocido, y predicáron toda la vida contra su apetito y voluntad propia por pura obediencia: y en 44 años y mas de predicacion jamas por sí ni por otro procuráron sermon, púlpito, iglesia, ni quaresma, &c.

Si alguno quisiere ver lo demas que añade aquel gran maestro de la predicacion, envíele vmd. á la excelente *Retórica cristiana* del padre Juan Bautista Escardo, de la compañía de Jesus (1), donde no solo hallará los avisos del padre San Juan, sino tambien que el mismo autor que los refiere es de igual sentir, y lo confirma con muchos lugares que trae de otros escritores nuestros, y con admirables exemplos y preceptos hijos de su contínua leccion y larga

(1) Retórica cristiana, ó idea de los que desean predicar con espíritu y fruto de las almas, &c. por el padre Juan Bautista Escardo, de la compañía de Jesus. En Mallorca año 1647. I. vol. 4. véanse los avisos del padre San Juan á los predicadores, fol. 150. 497. y siguientes de esta retórica.

experiencia en el tiempo que enseñó retórica en Zaragoza, y en mas de treinta años que exerció despues la predicacion. Escuso el poner aquí sus palabras por no ser prolixo, y por lo mismo me reduzco á solo apuntar lo que en calificacion de su historia de vmd. dixéron otros insignes predicadores, escritores y prelados zelosos de nuestra nacion (1), que han resistido y hecho frente á los que han intentado profanar tan

(1) Retórica en lengua castellana..... por un frayle de la órden de san Gerónimo. En Alcalá de Henares año 1541. I. vol. 4. véase el prólogo fol. 1. B. 2. y 3. y cap. V. fol. 12. y 13. cap. 30. fol. 51. cap. 33. fol. 73. y 74. B.

Benedicti Ariæ Montani Rethoricorum libri IIII. Antuerpiæ 1569. I. vol. 8. véase en el libro primero la pág. 17. 18. y 19.

Ecclesiasticæ Rethoricæ, sive de ratione concionandi libri sex.... Authore R. P. F. Ludovico Granatensi, &c. Olysippone, Anno Dom. 1576. I. vol. 4. véase la pág. 15. 18. 50. 52. 68. 76. 79. 155. 159. 193. 195. y 196.

Modus concionandi; et explanatio in Psalm. CXXXVI. Super flumina Babylonis. Didaco Stella Minorita auctore. Salmanticæ 1576. I. vol. 8. véase la epístola dedicatoria, y el fol. 7. 16. 26. y 27.

De sacra ratione concionandi opus Jacobi Peresii à Valdivia..... Barcinone 1588. I. vol. 4. véase el prólogo *ad Sacræ Theologiæ studiosos*; y la pág. 24. 42. 323. y 327.

Primera parte de la Retórica de Juan de Guzman..... En Alcalá, año 1589. I. vol. 8. véa-

santo ministerio. Téngalos vmd. prevenidos para su mayor justificacion, y asimismo las constituciones sinodales, especialmente las de Toledo, Sevilla, Santiago, Valencia, Córdoba, Málaga, Segovia, Valladolid, Plasencia, Calahorra, Orense, Barcelona, Tor-

se el fol. 59. 60. B. 61. 62. 63. y B. 68. 69. y B. 70. 71. y B. y 75.

F. Joannis à Jesu Maria Ord. Carm. Excalc. Ars concionandi. Romæ 1610. I. vol. 12. véase la parte 1. cap. 4. y part. 3. cap. 4.

Elocuencia española en Arte por el maestr. Bartolomé Ximenez Paton. En Baeza, año 1621. I. vol. 4. véase el fol. 59. y B. 137. 138. B. 139. B. 141. 142. y B.

D. Ildephonsus Mesia de Tobar, Episcopus Asturicensis. De perfecto concionatore. Asturicæ 1624. I. vol. 4. véase cap. 1. pág. 5. cap. 12. pág. 235. 243. cap. 13. pág. 256. cap. 15. pág. 276. y 277. cap. 16. pág. 290.

D. Thom. à Villanova, Conc. 2. in die Pentecostes, fol. 93. B. 140. B. El Ven. M. Juan de Avila, tom. II. del Epistolario Espiritual impreso en Madrid año 1618. fol. 12. B. y siguientes. Santa Teresa de Jesus en su vida impresa en Anvers año 1549. cap. 16. pág. 143. y 144. Fr. Augustin Nuñez Delgadillo en el prólogo á sus sermones de quaresma. Fr. Gerónimo de Aldovera, al principio del tomo segundo de sus sermones de santos. El padre Bernardino de Villegas en el libro de la epístola de Cristo, cap. 33. Luis Muñoz, padre Gaspar Sanchez, Juan Rodriguez de Leon, ilustrísimos Barcia y Lepe, padre Caravantes y otros muchos que omito.

tosa, Segorve, Mallorca, Canaria y Uclés, en que se reprehenden y castigan los mismos y aun otros defectos gravísimos en que incurre el vulgo de nuestros predicadores, y vmd. nota en fray Gerundio (1).

Pero si estos ó algun otro que piense en defender su mala causa dixeren que los expresados vicios no son del dia, y que ya

(1) *Toletani Concilii Provincialis actiones. Compluti* 1566. *in* 8. véase fol. 47.

Dertosana Synodus à Joanne d'Izquierdo habita. Valentiæ 1575. *in* 8. véase pág. 72.

Diœcesana Synodus Segobricensis celebrata præside Ill. ac Rev. D. D. Petro Genesio Casanova..... Valentiæ 1613. *in* 8. véase pág. 26. & seqq. *Majoricensis Eccles. Synodales per D. Didac. Escolano. Matriti* 1660. *in* 4. véase titul. I. const. I. pág. 144. et 458. *Majoricensis Episcopatus leges synodales celebratæ à D. Petro de Alagon. Majoricæ* 1692. *in fol.* véase pág. 153. Constituciones sinodales del obispado de Valladolid, impresas en Valladolid año 1607. tit. 12. fol. 60. tit. 15. fol. 124. De Sevilla 1609. cap. VIII. fol. 8. B. cap. IX. fol. 19. De Segovia 1649. constit. 3. pág. 8. De Canaria 1634. fol. 50. 79. y B. De Orense 1622. fol. 52. De Córdoba 1667. fol. 10. núm. 4. De Málaga 1674. fol. 57. y siguientes. De Barcelona 1673. pág. 153. y 155. De Toledo 1682. fol. 26. De Valencia 1690. pág. 1. De Plasencia 1692. titul. I. const. 3. fol. 81. y sig. De Calahorra y la Calzada 1700. fol. 32. y siguientes. De Uclés 1742. tit. 3. constituc. VI. pág. 36. De Santiago 1747. constit. 3. pág. 23. y siguientes.

no se conocen, ni se sabe de ellos (que es el efugio y salida que les ha de cerrar este segundo punto) además de que tienen contra sí las sinodales de nuestro siglo que quedan citadas; dígales vmd. que lean lo que en él han escrito con igual zelo y santo fin el infatigable Don Gregorio Mayans en sus doctos diálogos del *orador cristiano* (1), el reverendísimo y sapientísimo maestro fray Benito Gerónimo Feijoo en sus *cartas eruditas* (2), y el apostólico, zelosísimo y sábio varon el reverendo padre Pedro de Calatayud en su *arte y método de hacer misiones* (3). Dígales que vean tambien lo que en este particular observáron los sábios autores del *diario de los literatos de España* (4): obra utilísima que debemos sentir

(1) El Orador Cristiano, ideado en tres Diálogos. Su autor D. Gregorio Mayans y Siscar, &c. En Valencia M.DCC.XXXIII. I. vol. en 8.

(2) Cartas eruditas y curiosas en continuacion del teatro crítico universal; escritas por el muy ilustre señor D. Fr. Benito Gerónimo Feijoo, &c. tomo tercero. En Madrid M.DCC.L. I. vol. en 4. véase la carta XXXI. pág. 406. y siguientes.

(3) Misiones y sermones del padre Pedro de Calatayud.... Arte y método con que las establece, &c. En Madrid año 1754. II. vol. en 4. véase el tomo I. cap. II. §. VI. y VII. pág. 94. 95. y 96.

(4) Diario de los Literatos de España. En

no continúe por lo mucho que serviría no solo al intento de vmd., sino tambien á los demas progresos de la literatura española. Finalmente; si se hallare alguno tan tenáz que no se rinda á una demostracion tan clara, póngale vmd. en la mano para que las lea y medite con la atencion y respeto que se merecen las *cartas pastorales* de los ilustrísimos señores *Valero*, *Montalvan* y otros grandes prelados (1) que en nuestros dias han reprehendido los mismos vicios, con no ménos fervor y razon que lo executáron los que los precediéron en los dos siglos antecedentes, auxîliados de tantos dignos ministros y fieles operarios en la no-

Madrid 1737. y siguientes. véase el tom. I. artíc. XXI. pág. 335. tom. IV. art. IV. pág. 140. art. V. pág. 149.

(1) Carta pastoral del ilustrísimo y reverendísimo señor D. Fr. Juan de Montalvan..... obispo de Guadix y Baza, de 24. de julio de 1716. impresa en I. vol. en 4. art. IV. §. II. pág. 48. á 52. art. V. §. I. pág. 64. y art. VI. §. III. pág. 108. 109. 110. 111. 112. 113. á 117.

Carta pastoral del ilustrísimo y reverendísimo señor Don Francisco Valero y Lossa, arzobispo de Toledo, &c. I. vol. en 4. véase desde la pág. 160. en adelante.

Carta pastoral de un señor prelado para los eclesiásticos de su diócesi. En Madrid año 1725. I. vol. en 4. véase desde la pág. 89. en adelante. 92. 93. 97. y 98.

ble y santa fatiga de la predicacion del evangelio.

Mas quando fuese posible que durmiesen tan vigilantes centinelas, y faltasen á la historia de vmd. tan fidedignos testigos, no podrian negar su verdad los mismos predicadores, cuyos sermones andan en las manos de todos, y son la mas convincente prueba, no solo de que aun permanecen en españa los vicios y defectos que padecía en el siglo pasado tan santo ministerio, sino de que se han ido aumentando, y han subido á un grado tan alto, que al paso que claman por el remedio, me parece no excluyen ninguno de quantos se puedan imaginar, como sucede en las enfermedades contagiosas y deploradas.

No hablo de memoria: tengo reconocidos mas de cien tomos de *sermones* impresos de un siglo á esta parte: y quien cotejase los del pasado con los del presente, conocerá que en los de éste ha sido aun mayor el abuso y mas deplorable la enfermedad. Si el padre Vieyra por exemplo en su famoso sermon de la sexâgésima notó á los predicadores de su siglo la extravagancia de sus enigmas ó antonomasias del *cetro penitente*, el *evangelista Apeles*, el *Aguila de Africa*, el *Panal de Claraval*, &c. Qué diría hoy si oyese que el *Panal de Claraval* se ha convertido en el *Doctor de miel fluida*: el *Aguila de Africa* en *Caballero andante*, y el *Amadis de*

las letras : el *Cetro penitente*, *en el Pastor coronado* : san Pasqual Baylon en *el Santo Sacramentero* : san Pedro de Alcántara en *el Serafin Estremeño* : san Benito el *Padre de los cielos* : y que á los demas santos nos los representan tan desfigurados, que *no los conocerá la madre que los parió*, como decia graciosamente en uno de sus sermones el célebre loco *Don Amaro*, que lo fué por la manía de predicar en las calles y plazas de Sevilla.

Igual proporcion en el aumento de la enfermedad notaría el padre Vieyra en el sentido altisonante, culti-bárbaro, ó sea de laberintos, en los conceptos ridículos ó vulgares, en las proposiciones ya rústicas, ó ya escandalosas, y en las violencias de sus sentidos acomodaticios. Y para que vmd. lo reconozca comprobado todo por junto, doy el texto en estas cláusulas que he segregado de las muchas que se hacen notables en los libros impresos de este siglo.

Sepa vmd. (aunque importará poco que se le olvide) „que el denso vapor que congeló la clara nuve, que le sirvió de carroza triunfante á Jesucristo, se congeló de aquel sudor diaforético que su Magestad tuvo en el huerto.“ Son palabras expresas de un sermon de Circuncision. En el mismo se dice: „que como fué (la Circuncision de Cristo) prólogo de todo el contexto sangriento, plana primera de la muerte en

cruz, razon de la obra de la redencion.....
solo la Circuncision es sobrescrito rasgado, sello abierto, lacre despegado, nema roto, que declara á la pasion carta dichosa, y es título porque Cristo aun siendo Dios es digno de recibir la deidad: *Dignus est agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem.* Amante liberal (en la Circuncision) quiere ser herido de gracia.... dando guantes de vizarría en la cute que se despoja..... La primera salida de su sangre fué mas entrada de la pasion, que la entrada en Jerusalen, fué nacimiento de la muerte, oriente del ocaso, aliento primero del desaliento, cuna de la sepultura, y en fin principio del fin, y aun de despues del fin..... Quexárase el domingo de ramos del dia de la Circuncision, porque habiendo empezado en él la pasion, aquel se llama natividad aun de la muerte en cruz..... El árido leño de la cruz no secó á Cristo su valor, los clavos le aumentáron, no evaporáron el olor de su virtud, y el vote de la lanza fué como pomo de licor roxo, aromático, tan bello como fragante, primaverizando su hermosura con quanto era invierno de su belleza.... Sea Cristo flor fructuosa en la cruz; la Circuncision fué su natividad, porque fué flor de esa flor, matiz primero de la vital rosa, ó animado clavel; su cuchillo punta primera de la olorosa trascendencia de su vida; su herida corta primera del cuerpo floreciente, penetracion de la fragrancia pe-

netrante, y vapor primero para el último perfume.

Pues qué diría vmd. si oyese decir en la cátedra del Espíritu Santo: ¿,,*Tu quis es?* ¿Quién vá á la ronda? Una muger honrada: poco á poco (señora mia) que hay mucho que decir en eso. Antes que se santifique, oigame por su vida, que vmd. dirá si es muger honrada ó no lo es, sabiendo lo que ahora diré yo. Noticia es de Clemente Alexandrino que los lacedemonios y sicilianos tuviéron por mugeres infames á las que vestian profanamente. Luego segun esta premática vmd se engaña en decir que es muger honrada.... ¿Para qué son tantos encages?.... Solo el traer el pelo tan atado, y esa aguja atravesada por él me ha caido en gusto; porque siendo las mugeres de estos tiempos flacas de cabeza, podrán disimular lo liviano de sus cascos con tantos atadijos. ¡Oh! ¡qué siglo tan perdido el que vivimos! ¡Castíganos Dios con guerras, hambres y pestes! ¿quál será la causa de tantos azotes?" Si él tal predicador me lo preguntára, le diría que sus sermones; porque todo el de este pasage y los demas son dignos de un Gerundio.

Pero ni el mismo fray Gerundio, ó la fecundidad de la fantasía de vmd, pudo llegar á la elevacion de este estilo: ,,Contra Eva vino la mejor ave, la fiel maría: y si aquella hizo el dobladillo del engaño, esta bordó el desengaño. Aquella sugerió á A-

dan para que prevaricase, ésta metió á Cris-
to en que nos redimiese.... Ciñamos estos
pigmeos discursos con el lazo del evange-
lio. Entra el angel á saludar á la Vírgen, y
le hace una sacramentosa quanto obscura
advertencia, *quod enim ex te nascetur sanc-
tum....* ¡Oh María! Ave la mas pura de la
gracia, y qué de léjos nos traes el libro pur-
purado de la generacion de Cristo.... Libro
en que sirvió de tinta la sangre, María de
papel, el Espíritu Santo de pluma, y donde
se incorporáron las desenquadernadas hojas
del volúmen de la vida. Ya que la suerte nos
deparó en el pico de una ave el libro de
nuestro evangelio.... busquemos otra ave de
buen pico para panegirista de sus elogios,
que pues las aves las crió Dios para saludar
la luz de la mañana, no estrañará la crítica
escrupulosa que forme mi salutacion de tan-
ta volatería.... Esta milagrosa ave no pue-
de ser otra que el ave de María. Sea muy
enhorabuena, y para saludarla con acierto
equivoquémosle este elogio: Ave María.»
¿Pudo vmd. desatinar otro tanto en boca
de fray Gerundio? pues oiga vmd. otro de
la misma estofa: «San Pablo fué escogido
como vaso. ¿Y por qué como vaso? Porque
»habia de llevar el oleo del nombre de Je-
»sus.... Y gritando (san Pablo) en pintadas
»eloqüentes voces desnudas útiles verdades,
»resonaba los léjos de la pasada noche, avi-
»saba los clarísimos claros del presente dia,
»borraba obras de sombras, tocaba ropages,

y retocaba armas de luces para peso de buena vida en el temporal ameno de la gracia." Dios por su misericordia nos la dé para sufrir tales desvaríos.

Verdad es que en quanto al estilo pueril y culti-bárbaro, he visto tanto bueno, que siempre el último que vmd. lèa le parecerá el mejor: oiga vmd. este pasage de un sermon de purificacion: "María en su purificacion es la luna mas nueva, mas maravillosa, mas festiva, planeta-signo, que brillando repica á su culto, aun guiando la procesion de su misterio, tocando á buelo de luz, á golpes de resplandor á su mayor festividad.... Mas es que el Verbo Divino se penetrase en sus poros puros, y se vistiese y armase de sus copados copos, cristal como pan, y nieve como lana. Y mas es, que si ántes humanado el Verbo estaba encerrado en el escaparate del materno cláustro, en el cuerpo que le dió cuerpo, llenándole de gracia por dentro de su clausura, hoy sale el vaso lleno de divinidad por mano de María, bebiendo á su pecho mas hilos de lactea lana para mas cuerpo humano." Dexo otras proposiciones erróneas, y algunas expresiones indecentes, de que hago juicio no usaría el poeta mas licencioso.

Ultimamente, si yo hubiese de referir á vmd. todas las expresiones que en sermones impresos tengo leídas en esta real biblioteca, y que por singulares tengo notadas, compondria un volumen algo mas abultado

que el de la primera parte de su historia de vmd. Doleríame sin embargo el no apuntarle en compendio, á fin de que las reserve para su segunda parte, las noticias de „que quando María Santísima tenía en sus entrañas á su Divino Hijo Jesus, el arcangel san Gabriel que le hacía escolta, y le servía de guardia de corps, acompañándola en forma humana, le mostraba una cruz bellísima que en su pecho traía divinamente rubricada. Ponía el dulce niño Jesus sus columbinos ojos en aquella cruz, &c.... Que con singularísimos prodigios dió á entender el cielo á los magos el nacimiento de Cristo. Al rey Baltasar le nació aquella propia noche un niño, que segun escribe Bosquier, fué san Bartolomé, el que puesto por sí mismo en pie, dixo estas palabras: *In hac nocte in Judea natus est nobis Salvator mundi.* Entrando el rey Melchor en un jardin de su palacio, oyó que le decía una hermosa paloma: *In hac nocte natus est Salvator generis humani.* La propia noche naciéron al rey Gaspar un leon y una obeja de una avecilla que tenía en huevos, dándole á entender el cielo con esta maravilla, que el Verbo Divino se habia ya humanado y nacido": Todo lo refiere san Germano. Su cita es ésta. *S. Germ. ap. Mesfr. in Epiphan. D.*

¿Qué tal parece á vmd.? ¿ dixo otro tanto fray Gerundio? Pero prosigo mi compendio: „Que aunque Cristo nació para

todos, nació tan especial para san Joaquin, que solo nació para san Joaquin. Que cristo es pez soberano, porque en sus tormentos tuvo espinas. Que las almas se transforman en ley, en fuerza del amor de Dios: *Lex Domini immaculata convertens animas*, (bella traduccion). Que san Bernardino de Sena habla como echando bernardinas. Que Jesucristo es el Dios penate. Que hace mas gala de ser hombre, que de ser Dios." (Si reconvenido se ratificase en esta doctrina, ó si la defendiese en la cátedra, ¿dónde iría á parar este Gerundio?) ,,Que la sabiduría de María luce mas que la de Cristo." (No es de menores quilates este absurdo.) ,,Que la puebla de los ángeles (alude al cielo) poco despues de fundada padeció un terremoto. Que san Juan fué medicamento contra el mal de corazon de Cristo. Que Dios es achacoso de mal de corazon. Que el ángel que dixo á san Agustin el *tolle*, *lege*, no vino á enseñar, sino á aprender. ¡Oh! ¡quánto tuvo el ángel que aprender! ¡Quánto llevó que enseñar á los que se quedáron en el cielo! ¡Oh! ¡felices errores de Augustino, que enseñan hasta los ángeles! Que segun dice el docto Geminiano el ajo tiene muchas virtudes: *In alliis reperitur specialis virtus*. Virtud dice que tiene el ajo, ¿y qué mas tiene? Que pica; y es lo cierto, que no ha de faltar quien pique, y aun pique con ajo á quien trata de virtud." ¡Gallarda invencion! Omito otras

muchas por tan mal sonantes, y excesivamente ridículas, que temo el escándalo aun quando solo trato de desterrarlas y abominar su leccion.

Pues qué diré á vmd. de sermones en ayre de comedias, ó con títulos de tales; mucho he visto de esto en los impresos del siglo pasado; pero en los del presente no es menor el abuso. He leido *la armonía de la naturaleza enmendada en el misterio de la Encarnacion.* Ononychites, *pasquinada contra Cristo de los cartaginenses*: *la diosa Marica*: *la desesperacion afortunada*: *el hijo en duda declarado en la gloria*: *el carro de los arameos*: *el Hércules de la iglesia*: *cegar para ver mejor*: *la mesa del sol*: *el filis de la santidad*: *las mejores perlas de la aurora de la gracia*: *el mayor teátro del dolor*, &c.

En vista de este tan indecente modo de predicar la palabra divina, ¿quién estrañará el que vmd. ha hallado de reprehender á los que le exercitan? ¿Qué podrán estos decir contra vmd. que no sea digno del mayor desprecio? Si ellos profanan el santo ministerio de la predicacion, y vmd. le defiende, ¿de qué podrán quexarse? ¿De que vmd. pone y reprehende en fray Gerundio los vicios en que incurren? No por cierto, porque estos son verdaderos, como lo acreditan los pasages citados, que por impresos debemos suponer mas correctos. Se quexarán de que vmd. no trata con seriedad este

asunto, y con mucho respeto á los predicadores vulgares? Esto ya lo executáron de dos siglos á esta parte los prelados, escritores y oradores mas zelosos de la nacion, y no se vé el fruto debido á sus trabajos. ¿Pues de qué han de ser las quejas? ¿De que vmd. no señala los autores de tales disparates? Ménos, ántes bien deben dar á vmd. muchas gracias, pues pudiera nombrarlos todos, así por la libertad que ellos dan publicando sus escritos, como por el exemplo de los mismos que los han reprehendido con seriedad.

No reparó fray Juan de Segovia en nombrar á varios que habian compuesto diferentes *sermonarios*, cuya leccion aconsejaba á los predicadores huyesen y desechasen de sí, como perjudicial al digno exercicio de tan alto ministerio. Oiga vmd. sus palabras: *Eadem ratione qua hucusque suasimus, concionatores hujuscemodi libellorum lectionem, qui parvæ sunt auctoritatis fugere debere, eadem omnino sermonarios qui sic vulgariter appellantur, judicio meo à se quodammodo repellere oportet, siquidem non satis intelligo an concionatoris officium plurimum adjuvent, quemadmodum* Barrilete, Sanctius Porta, Dormi securè, Vademecum, Petrus ad Boves, *et alii similes sunt* (1) *qui hujusmodi inscribuntur nominibus, quandoquidem soli operum ipso-*

(1) Tengo presentes estas obras, es á saber, *Barilete, Sanctius Porta, Petrus ad Boves,*

rum tituli sufficere deberent, ut substantiam quam in se continent, concionatores intelligerent: ac per consequens, ut eis non usquequaque insudarent (1).

Si estrañan el estilo festivo lean á Juan de Guzman en su retórica (2), y oigan su modo de reprehender en el combite ó diálogo VI. „D. Al predicador Amuso oí decir, que lo principal que hacía era abrir los doctores que tenia sobre aquel evangelio, y sacar los principales puntos que á él le parecian, y engalanarlos de sentencias y palabras elegantes. L. Esa es traza de niños, y creo le convenia un dicho de cierta señora burgalesa. D. ¿Qué fué? L. Las mugeres de aquella ciudad son por la mayor parte de agudos entendimientos, como las vuestras toledanas: una oyendo ciertos sermones á un predicador, los quales no iban con el órden y concierto que ella, y el demás auditorio quisieran, y murmurando, segun sucede, otras muchas mugeres con ella, pa-

que son los nombres y apellidos de sus autores, con los quales se imprimiéron en *París*, *Leon*, *Amberes*, y asimismo el *Dormi securè*, *Parutus*, *Evagatorium*, *y Mametrectus*, impresos tambien en *París*, *Venecia*, &c. Y advierto que solo uno es español.

(1) Fr. Joannes Segobiensis, *de Prædicatione Evangelica, lib. 2. cap. 35. pág. 382.*

(2) Retórica de Guzman, combite 4. fol. 90. 96. 97. Comb. 5. fol. 102. 103. Comb. 6. fol. 124. 129. Comb. 9. fol. 187. Comb. 10. fol. 195. &c.

ra dar á entender que aquella persona todo el tiempo que estudiaba en los sagrados doctores, tomaba de ellos lo ménos substancial para sus sermones, dixo: el padre fulano parece que toda la semana barre los santos, para despues el domingo echarnos el estiercol, &c." Lean los *clamores de la razon contra los tumultos de la loquacidad*, que se imprimiéron en esta corte el año de 1683. Lean en fray Tomás de Truxillo (1) sus expresiones ardientes, bien que hijas de su zelo por el honor de Dios. Lean al citado fray Diego de Estella (2), y observen el desprecio con que se explica: *barbari quidam homines his prope lapsis temporibus insurrexerunt; qui sane egregium priscorum dicendi caracterem, quod illi paratisimo calamo depinxerunt; carbonibus suis abolentes, et quasi meri grammatici literam summis (ut ajunt) labiis degustantes, explicabant: et quæ intrinsecus latebant mysteria, quasi scripturæ sacræ literis eruti, et spoliati, non calluèrunt: tanquam ad miserorum refugium ad sua se conferebant monstra. Et ut in tragicis actibus fieri solet, unus et idem solus vicissim personatus incedit, nunc Regis, nunc*

(1) Fr. Tomás de Truxillo, *in Thesaur. Concionat. in Præfatione*, et libro 5. per tot.

(2) Fr. Did. Estella, *Mod. Concionat.* fol. 26. *Véase* fol. 16. 17. 24. 25. 27. 31. 51. 52. 76. 80. 89. 90. 120. 123. 124. 125. 127.

pastoris, nunc militis gloriosi, tandem pulchræ fœminæ et elegantis formæ personarum aucturus: non secus hi concionatores videntur facere qui typicum Isaac in medium trahentes, quem Christum significare dicunt: et in eadem forma permanentem, æternum patrem faciunt. Mox quasi personatus incedens, hunc christianum repræsentare dicunt: et tandem in montem eundem convertunt. Egregia quidem monstra et probè machinata portenta..... Hæc nisi detesteris figmenta, et quasi à facie aspidis non subterfugias, eò quidem longè abest ut probus concionator evadas, quam ego ut volare queam. Vean el modo con que acusa los mismos y otros defectos fray Juan de Segovia (1). Lean la burla con que los trata el padre fray Juan de Pineda en su *agricultura christiana*, llamándolos *predicadores de las Alpujarras, ingertos en toledanos, con romance nuevo de Mandinga ó Moscovia; que echan un estomaticon de alchermes, y un emplasto de médulas con que mas empalagan á los cuerdos, que si los embutiesen de chicharrones.*

Refiere este lugar el maestro Bartolomé Ximenez Paton (2), y añade estas pala-

(1) Fr. Joan. Segov. *de Prædic. Evangel.* pag. 107. 264. 265. 389. 433. 437. 486. 493. 494. 496. 499. 500. 501.

(2) Maest. Bartol. Ximenez Paton, *Eloquencia Española*, fol. 58. y B. Véase fol. 59. y B. 104. B. y 141.

bras: *como testigo de vista puedo afirmar que predicando cierto predicador de los de este jaez, ciertos caballeros mozos (mas amigos de chocarrerías, que de doctrina devota) en sabiendo quándo y dónde predicaba, hacían llevar con cuidado sillas, diciendo, que no habia comedia mas barata que oir aquel predicador, ni truhan Velasquillo mas de valde. Y se trató de remediarlo, y que no predicase, porque convenia por estár enfermo de este vicio. El qual por ser no solo contra preceptos de la buena elocuencia, mas porque es contra la religion, debe huirse.*

Sin duda sería de este mismo jaez el predicador de quien hace memoria fray Tomás Ramon, del órden de predicadores (1) en estas palabras: ,,Así le sucedió el año de 1630 en Sevilla á un predicador de estos críticos y cultos, que con sus sermones tan floreados llevaba como embelesada la gente, que á pocos sermones que hizo, como eran todos violentados, y traia la divina escritura al redopelo (como lo hacen los que dan en este devaneo) le mandáron los señores inquisidores que no predicára mas. Santo y justo mandamiento, y que tienen obligacion los prelados en conciencia á hacer.... con los que en esto son

(1) Fr. Tomás Ramon, *Nueva Pragmática de Reformacion contra el lenguage culto, y su mal uso*, pág. 324.

Carta del Señor Don Miguel de Medina, del consejo de S. M., su Secretario y contador general de medias-anatas, espolios y vacantes eclesiásticas, y académico del número de la real academia de la historia.

Muy señor mio y mi amigo: aun quando yo fuera como vmd. me contempla, por el mismo hecho de explorar mi dictámen en una obra de objeto tan digno y tan sagrado, como la que me remite, estaría muy dudoso en contextarle, ó en corresponderle con aquellos aplausos, que son debidos á la fineza con que me favorece, al mérito de vmd. y al de la obra, que intenta publicar.

En España, señor mio, los legos solo ayudamos las misas; y si nos admiramos quando oimos que hay sacerdotes casados en la iglesia griega, no es tanto por la dificultad que encontramos en unir el tálamo con el sacerdocio; si no es por una casi imposibilidad que concebimos, en que un hombre pueda entender de púlpito, de teología y de materias sagradas viviendo con su muger.

Acaso vmd. me dirá, que aunque ésta sea la opinion de los mas, no es vmd. del número de los que la siguen. Que sabe que

las letras, bien sean sagradas ó profanas, ni tienen estado, ni son machos ni hembras. Que San Próspero, é Hilario, ambos legos, fuéron los primeros que tomáron la pluma contra Casiano y sus Monges de Marsella en defensa de la gracia, y excelentes obras de san Agustin sobre la predestinacion de los santos, y dón de la perseverancia. Que Eusebio, despues obispo de Doriléo, siendo lego, fué el primero que en Constantinopla se opuso públicamente, con indecible fortaleza, á los sermones de Nestorio, y descubrió al cléro y pueblo el oculto veneno de su heregía. Que... Pero vmd. no querrá decir tanto, ni tendrá á bien la prolixa pedantería de que le forme una biblioteca de legos sábios, escritores en materias sagradas, lo qual sería necesario si los hubiese de referir todos.

Bastará, que para probar la justicia de la opinion de vmd. y para hablar con mas precision en el asunto, me arguya con el exemplar del erudíto Corbata Don Gregorio Mayans y Siscar, que en nuestros dias, renovando la memoria de algunas reglas de oratoria sagrada, fué el primero que declamó de propósito, en idioma en que todos lo entendiesen, contra los lastimosos abusos de nuestros púlpitos, publicando en el año de 1733 su librito, el *Orador Cristiano*.

Todo esto, y mucho mas podrá vmd. decirme para alentar mi timidez; pero ni

con todo ello, ni con mucho mas podrá vmd. persuadirme á que yo meta mi hoz en materias que no son de mi mies. Pudiéron muy bien hacerlo en aquellas ocasiones San Próspero, Hilario, Eusebio y otros, y aun Don Gregorio Mayans; pues á los primeros los defendian su virtud y sabiduría, y al último el ser á la sazon catedrático del código, y maestro público en una universidad; pero como á mí me faltan estos méritos, sería sorprehendido con la censura de haberme incluido en negocios del santuario, sin ser sacerdote griego ni teólogo de profesion.

Fuera de esto, aun quando vmd. exploráse mi opinion, solo con respeto á los preciosos derrames ó episodios que amenizan su obra, son tantos y tan varios, y algunos tan problemáticos, que sería necesario, que esta carta pasase á ser libro, y que vmd. me prestase la destreza y magisterio universal que manifiesta en ellos, para que yo pudiese darle dictámen *ex Cathedra*, ó responderle con solidez.

No obstante esta justa excusa, si en quanto al objeto principal de su obra buscase vmd. en mí solo aquellas razones *à posteriori*, que por sus experiencias podrá darle qualquier cristiano que ciña espadin, le diré que he visto de todo: la compasion, la ira, el zelo cristiano, la risa, el llanto, todos mis afectos, las mas de mis pasiones han tenido, ó cebo ó exercicio al oir mu-

chos predicadores. Pero como he notado en algunos aquella magestad, aquel fuego sagrado, aquella uncion, aquella solidez de doctrina, de pensamientos cristianos, aquella sentencia que brilla, que embelesa, que enciende en los Granadas, en los Barcias, en los Gallos, en los Señeris, en los Flechieres, en los Colombieres, en los Bourdalues; y á el fin, como he visto en ellos la virtud del evangelio, y la eficacia de la palabra de Dios, por mi propia experiencia, por mi edificacion; el fruto de estos pocos me ha hecho desear la imitacion de todos, y la necesidad de oportuno remedio para cortar, para impedir la lastimosa é inútil tarea de muchos.

Sin querer he dicho ya á vmd. en estas últimas expresiones quanto siento, y todo mi dictámen en órden al entusiasmo ó novela de su héroe, ó sea figuron de fray Gerundio. La medicina parece acre al primer aspecto; así lo confiesa vmd. en su eruditísimo, exquisito, inimitable prólogo; ¿pero qué medicina se reprobó jamás por acre en enfermedades capitales, si se espera probabilísimamente que ha de ser remedio? ¿Y quánto se promoverá el honor y la gloria de Dios, el de la religion y el de toda nuestra nacion, si acertase á ser oportuno el de la historia de fray Gerundio? Son siempre ocultos, y tal vez extraordinarios los senderos que toma la providencia en sus mas altos designios, y muchas veces para humillacion

nuestra dispone, que de causas ó accidentes ruinosos ó despreciables resulten compuestos ó substancias peregrinas. ¿Qué sabemos si para confusion, si para escarmiento de los que fuesen profanadores de la cátedra del Espíritu Santo, si para la comun cristiana utilidad de los fieles tiene reservada á esta invencion la reforma de nuestra oratoria sagrada; así como quiso librar sobre la fecunda fantasía de Cervantes el destierro de los perniciosos libros de caballerías? Debemos así esperarlo por una probable congetura; y tambien, que el nombre de vmd. será en el dia tan famoso entre las demas naciones de la Europa, y tan glorioso en la posteridad de la nuestra (porque hoy será dificil) como lo han sido siempre los Cervantes, y los Quevedos, formando así un triunvirato, el principado de nuestra varia y festiva literatura.

Quedo reconocido á vmd. por haberme anticipado el gusto de una leccion tan grata y tan amena, y con el deseo de servirle y obsequiarle en quanto lo permitan mis facultades laicales.

Dios guarde á vmd. los muchos años que deseo. Madrid y noviembre primero de 1757.

B. L. M. de vmd.
su seguro amigo y servidor,

Don Miguel de Medina.

PROLOGO CON MORRION.

1 Porque, hablemos en puridad, eso de *prólogo galeato* es mucho latin para principio de una obra lega. Aunque el héroe de ella se supone, que fué predicador y de misa, desengáñate, lector mio, que dixo tantas, como sermones predicó. Yo le concebí, yo le parí, yo le ordené, yo le despaché el título de predicador, para todo lo qual tengo la misma autoridad y el mismo poder que para hacerle obispo y papa. Y si no, dime con sinceridad cristiana, si Platon tuvo facultad para fabricar una república en los espacios imaginarios: Renato Descartes para figurarse un Mundo, como mejor le pareció; muchos filósofos modernos, alumbrados de Copernico, y atizando la mecha mi amigo y señor Bernardo Fontenelle, para criar en su fantasía tantos millones de Mundos, como millones hay de estrellas fijas, y todos habitados de hombres de carne y hueso, ni mas ni ménos, como nosotros; ¿qué razon habrá divina ni humana para que mi imaginativa no se divierta en fabricarse un padrecito rechoncho, atusado y vivaracho, dándole los empleos que á ella se le antojáre, y haciéndole predicar á

mi placer todo aquello que me pareciere ¿Por ventura la imaginacion de los susodichos señores mios, y de otros ciento que pudiera nombrar, tuvo algun privilegio que no tenga tambien la mia, aunque pobre y pecadora?

2 Segun eso, me replicarás, ¿no ha habido tal fray Gerundio en el mundo? Vamos despacio, y déxame tomar un polvo, que la preguntica tiene uñas. Ya le tomé, y voy á responderte. Mira hermano, *fray Gerundio de Campazas*, con este nombre y apellido, ni le hay ni le ha habido, ni es verisimil que jamás le haya. Pero predicadores Gerundios, con *Fray* y sin él, con *Don* y sin *Don*, con capilla y con bonete, en fin vestidos de largo, de todos colores y de todas figuras, los ha habido, los hay y los habrá como así, si Dios no lo remedia. Quando dixe, *como así*, junté los dedos de las manos segun se acostumbra. No digo yo que en alguno de ellos se unan todas las sandeces de mi querido fray Gerundio, que aunque eso no es absolutamente imposible, tampoco es necesario; pero tanto como que todas ellas están esparramadas y repartidas por aquí y por allí, tocando á éste mas y al otro ménos, esa es una cosa tan clara, que la estamos palpando á vista de ojos. ¿Pues qué hice yo? No mas que lo que hacen los artífices de novelas útiles y de poemas épicos instructivos. Proponense un héroe, ó verdadero ó fingido para ha-

corle un perfecto modelo, ó de las armas ó de las letras, ó de la política, ó de las virtudes morales, que de las evangélicas hartos tenemos verdaderos si los queremos imitar. Recogen de éste, de aquel, del otro y del de mas allá todo aquello que les parece conducente para la perfeccion de su idolillo, en aquella especie ó línea en que le quieren sacar redondeado. Aplícanselo á él con inventiva, con proporcion y con gracia, fingiendo los lances, pasos y sucesos que juzgan mas naturales para encadenar la historia con las hazañas, y las hazañas con la historia; y cátate aquí un poema épico en verso ó en prosa, que no hay mas que pedir.

3 ¿Parécete á tí que hizo mas Homero con su Ulises, Virgilio con su Eneas, Xenofonte con su Cyro, Barclayo con su Argenis, Quevedo con su Tacaño, Cervantes con su Quixote, Salignac con su Telémaco? ¿Y si todavía quieres que luzca un poco mas lo erudíto á bien poca costa, juzgas que *las obras y dias* de Hesiodo, *el Hero, y Leandro de Muséo* (ó de quien fuere) *el Adonis* del Caballero Marino, *la Dragontéa* de Lope de Vega, y *la Numantina* de Don Francisco Mosquera fuéron mas que unos poemas épicos mas ó ménos perfectos, mas ó ménos ajustados á las leyes de la epopeya, que plugó promulgar á sus epopeyarcas y legisladores? Ea, no me tuerzas el hocico, ni me digas, que en-

lisque prudentiæ. En cuya consecuencia dirás (y al parecer no te faltará razon) que tan léjos estoy yo de proponerte en mi obra un perfecto modelo de la heroica oratoria, á cuyo egemplo incite la imitacion, que ántes bien te represento el dechado mas ridículo que se puede imaginar para mover á la fuga y á la abominacion.

6 ¿Parécete que me has cogido ya en la ratonera? pues oyeme esta erudicioncilla. Leíla no sé donde, y no es negocio de perder ahora dos ó tres horas de tiempo en buscar el autor para darte la cita. Haz cuenta que lo dice Plutarco, ú qualquiera otro autor de los tantos con quien tengas mas devocion. Había en Athenas un célebre músico (sin duda, que debia ser maestro de capilla), de cuyo nombre tampoco me acuerdo. Llámale Pitágoras, si te pareciere, que es qüestion de nombre. Este, para enseñar la música á sus discípulos segun todos sus modos diferentes, *Dorio*, *Lydio*, *Mixti-Lydio*, *Phrygio*, *Sub-Phrygio*, *Eolio*, ¿qué hacía? Juntaba cuidadosamente las voces mas desentonadas, mas ásperas, mas carraspeñas, mas becerriles y mas descompasadas de toda la república. Hacíales cantar en presencia de sus escolares, encargando mucho á estos que observasen cuidadosamente el chirrion desapacible de las unas, el taladrante chillido de las otras, el insufrible desentono de éstas, y los intolerables galopeos, brincos, corcobos y cor-

betas de las otras. Vuelto despues á sus discípulos, los decía con mucho cariño y apacibilidad: *hijos, en haciendo todo lo contrario de lo que hacen estos cantareis divinamente.*

7 Paréceme que ya me has entendido lo que te quiero decir; pero si todavía no has caido en cuenta, no doy dos quartos por tu entendimiento, y vamos á otra cosa; que no hemos de andar á mogicones aunque digas que esta obra á lo mas mas es una desdichada novela, y que dista tanto del poema épico, como la tierra del cielo.

8 Un poco mas sério te pones para hacerme otra pregunta. Supuesto que hay tantos predicadores *Gerundios*, por desgracia de nuestros tiempos, con *fray* y sin él, con *Don* y sin *Don*, de capilla y de bonete, como yo mismo confieso; ¿qué motivo he tenido para pegar á mi Gerundio el *fray*, mas que el *padre* á secas, ó su *Don*, sin otro turuleque? Es pregunta sustancial, y pide séria satisfaccion: voytela á dar, y óyeme con indiferencia; pero ántes de entrar en materia, escúchame este cuento. Fué cierto recetor á no sé qué pesquisa á Colmenar el viejo, lugar de veinte vecinos: exâminólos á todos, y espetáronle una sarta de mentiras. Aturdido el recetor, dixo al alcalde santiguándose: ¡*Jesus*! ¡*Jesus*! *aquí se miente tanto como en Madrid.* Replicóle el alcalde: *Perdóneme su mercé, que*

aunque en Colmenar se miente todo lo posible, pero en Madril se miente mucho mas, porque hay mas que mientan.

9 No me negarás que es mucho mayor el número de los predicadores que se honran con el nobilísimo, santísimo y venerabilísimo distintivo de *fray*, que el de los que se reconocen con el título de *padre*, ó con el epiteto de *Don.* Para cada uno de estos hay por lo ménos veinte de aquellos; porque las familias mendicantes, no clericales, que todas le usan, y las monacales (que muchas le estilan, otras no), son sin comparacion mas numerosas que todas las religiones de clérigos regulares, donde no se ha introducido. Los que en el clero secular exercitan el ministerio de predicar, claro está, que en el número no pueden compararse con los que exercen el ministerio en el estado religioso. Pues ahora, aunque en todas las demas profesiones y estados hay sin duda muchísimos Gerundios que predican mal, no hay ni puede haber tantos como en las otras. ¿Por qué? porque en ellas son muchísimos mas los que predican. De manera, que toda la diferencia está en el número y no en la sustancia. Siendo, pues, el fin único de esta obra desterrar del púlpito español los intolerables abusos que se han introducido en él, especialmente de un siglo á esta parte, parecia puesto en razon buscar el modelo donde

son mas frecuentes los originales, precisa y únicamente porque es mas copioso el número de los predicadores.

10. Si hubieran de leer este prólogo no mas que hombres discretos, bastaba lo dicho para que sobre este capítulo quedásemos todos en paz; pero como es naturalísimo que le lean tambien otros muchos que no lo sean tanto, es menester decirlos esto mismo de otra manera mas de bulto.

11 Dime tú, bonísima criatura (ahora hablo por ahí con un labrador de pestorejo, hombre sano, y que sabe leer casi de corrida): haz cuenta que para burlarme, y al mismo tiempo para corregir la desordenada pasion al tabaco de los segadores, la inclinacion al vino de los coritos, y la fantástica ventolera de los alojeros, se me antojase escribir la vida de un alojero ideal, de un corito ente de razon, y de un segador imaginario. ¿No era naturalísimo que á mi hombre le hiciese, si era segador, gallego, montañes, si era alojero, y si era corito, asturiano? Se estaba cayendo de su peso. ¿Por qué? porque aunque es cierto que hay coritos, alojeros y segadores de todos los pueblos y naciones; pero respecto de las tres que he dicho, los de todas las demas es un puñado de gente, y pedia esto la propiedad de la ficcion. Ea, pues, aplica el simil, y no me quiebres la cabeza.

12 Otra vez te vuelves á fruncir, y me replicas con sobrecejo. Pase el título de

fray; ¡pero el nombre de *Gerundio*, nombre ridículo, nombre bufon, nombre truanesco! Eso parece que es hacer burla del estado religioso, y con especialidad de aquellos religiosos institutos, que hacen tan honrada y tan gloriosa vanidad del epiteto de *fray*; porque no hay duda que lo burlon y lo estrafalario del nombre se refunde en el estado.

13 ¡Pecador de mí! ¡Y cómo se conoce que no sabes con quien tratas! Mira, si supiera yo que habia en el mundo quien me excediese en la cordial, en la profunda, en la reverente veneracion que profeso á todas las religiones que hay en la iglesia de Dios, sin distincion de institutos, de colores, ni de vestido. Si llegára á entender que habia quien me hiciese ventajas en abominar, en detestar, en hacer el mas soberano desprecio de todos aquellos, sean de la clase que fueren, que toman con vilipendio el religiosísimo nombre de *fray* en su indigna, en su necia, y en su presumida boca. Si creyera que alguno pudiese dexarme atras en lastimarme, en compadecerme de aquellos pobres infelices religiosos (hay algunos, por nuestra desdicha, de todos institutos y profesiones), que reciprocamente miran con ménos amor, estimacion y aprecio á los de otras familias, ó porque no convengan en algunas opiniones, ó por otros motivos puramente humanos y mundanales, agenos de aquel purísimo, nobilí-

simo y santísimo fin, á que todos debieran aspirar en sus operaciones, segun la peculiar y privatiba posesion de cada uno. Digo, que si me persuadiera á que alguno me excedia en algo de esto, me tendria por hombre desgraciado, y á quien le habia tocado la triste suerte de nacer entre las heces de los cristianos, y aun de los racionales.

14 ¿Te parece en Dios y en conciencia, que quien mamó con la leche estos dictámenes; quien debió á Dios la gracia de que se los arraygase mas y mas en el alma una cristiana y honrada educacion; quien se ha confirmado en las mismas máxîmas con alguna tal qual letura de libros, y con una mas que mediana experiencia de mundo: te parece, vuelvo á decir, que un hombre de este carácter pensaría en decir cosa que ni de mil y quinientas leguas pudiese desdorar al sagrado estado religioso? No es verisimil.

15 Ea, vamos serenos. Con efecto, la misma ridiculez del nombre, y su misma inverisimilitud, resguardan el respeto que se debe al estado en lugar de ofenderle. Ella misma acredita, que ni ha habido, ni verisimilmente puede haber tal hombre en tal estado, y no solo desvía el figurado agravio de la profesion, sino de las personas. Fingiéndose una, que ni ha exîstido, ni puede exîstir, solo se dá contra los defectos, sin lastimar á los indivíduos. Si alguno de ellos se hallare comprehendido en los que se notan, le aconsejo que calle su pico, y

tenga paciencia, pues lo mismo hacemos los pobres pecadores quando desde el púlpito nos cardan la lana.

16 Y ya que te vas suavizando un poquito, hablemos en confianza. ¿Hay por ventura en el mundo, ni aun en la iglesia de Dios, estado alguno tan santo, tan sério, ni tan elevado, donde no se encuentren algunos indivíduos ridículos, exôticos y extravagantes? ¿Las extravagancias y las exôtiqueces de los indivíduos, son por ventura exôtiqueces, ni extravagancias del estado? Claro está que no. ¿Y si algun satírico, ó algun cómico quiere corregirlas, haciendo visible y como de vulto su ridiculez, ya en la sátira, ya en el teatro, no se vale siempre de algun nombre fingido, y por lo comun estrafalario, para que ni aun la casualidad pueda hacer que recaiga la reprimenda sobre sugeto determinado? No tienes mas que preguntárselo á Horacio, á Juvenal, á Boileau, á Terencio, á Moliere y á muchos de nuestros cómicos.

17 Horacio en cabeza de Tigelio, hombre que no habia *in rerum natura*, corrige mil defectos muy frecuentes en los hombres de todos los estados, clases y condiciones. Juvenal se finge á no sé que pontico, para dar en él, como en centeno verde, contra los nobles que hacen gran vanidad de su genealogía, y ninguna de imitar las virtudes y las hazañas de sus ilustres progenitores. Boileau en la supuesta persona

del poeta Damon, se burla con gracia de mil monadas que se usan en las cortes, de los raros fenómenos que en ellas se ven, y de los artificios que se estilan. Pero si todavía se te antojare replicarme, que estos eran hombres reales y verdaderos, que comian y bebian, ni mas ni ménos, como comemos y bebemos los cristianos, ni por eso hemos de reñir; que yo en ciertos puntos de erudicion y de crítica, que importan un comino, soy el hombre mas pacífico del mundo.

18 Pero dime: ¿ha habido hasta ahora en él alguno que se llamase *Tartufa*? Y con todo eso el bellaco de Moliere, en la mas ruidosa de sus comedias, y no sé yo tambien si en la mas útil, debaxo de este ridículo nombre, dá una carga cerrada á los hipócritas de todas profesiones, que los pone tamañitos. Y cierto que se le dará mucho de eso á san Francisco de Sales, ni á todos los que son verdaderamente virtuosos. ¿Has conocido alguno que en la pila del bautismo le pusiesen el nombre de *Trisotin*? Pues á la sombra de él sacude valientemente el polvo el referido autor en la bella comedia de las *mugeres sábias*, á todos los preciados de *ingenios*, por quatro equivoquillos de cajon, y media docena de dichicos sin sustancia, con que espolvorean las conversaciones, acechando la mas remota, y muchas veces la mas importuna ocasion para encajarlos. ¿Y qué cuidado le da-

rá del tal Trisotin á Don Francisco de Quevedo, ni á los demas ingenios verdaderos? ¿Sabes que se haya paseado por esas calles algun marques *Mascarilla*, ó algun vizconde de *Jodelet*? Pues á Moliere se le antojó despachar esos dos títulos, perdonándoles las lanzas y las medias-annatas á dos bufones lacayos de dos marqueses verdaderos, para hacer una sangrienta pero bien merecida mofa de las *preciosas ridículas*. Y en verdad que no tengo noticia de que por eso hayan perdido hasta ahora el sueño, ni el marques de Astorga, ni el vizconde de Zolina. Finalmente, ¿no me dirás en qué pila de Segovia esté bautizado el *gran tacaño*? Y sin embargo no he oido quexarse á ninguno de los originales que representa esta copia, de que fuese denigrativa de su estado ó profesion. Quedemos, pues, de acuerdo en que fray Gerundio á ningun estado ofende; y si perjudicare á alguno seguramente no será por la regla que profesa, sino por los disparates que dice. Corríjalos, y seremos grandísimos amigos.

19 ¿Quieres acabar de persuadirte á esta verdad? ¿Quieres confesar, aunque te pese, que en esta obra no se ha podido proceder con mayor miramiento, ni con mayor circunspeccion para guardar el decoro y el respeto que por todos títulos se debe á las sagradas familias? Pues haz no mas que las reflexîones siguientes: I. Con grande estudio se escogió el epiteto mas genérico y

mas universal entre ellas, para que á ninguna determinadamente se pudiese aplicar con razon el individuo ideal de nuestrá historia. II. El mismo cuidado se puso en evitar escrupulosamente quantas señas particulares podian convenir á unas mas que á otras, entre aquellas que se honran y se distinguen con el epiteto mas comun. Y aunque es cierto que en esta ó en aquella pintura ó descripcion, hay tal qual ràsgo, que no se puede adaptar á algunas, son realmente muy pocas respecto de las muchas á que son adaptables los retratos indiferentemente. III. y principalísima. Nota bien, que casi siempre que fray Gerundio ó qualquiera otro religioso desbarra en algun sermon, plática, mâxîma ó cosa tal, se le pone inmediatamente al lado otro sugeto del mismo paño, lana ó estameña que le corrija, que le reprehenda, que le enséñe. Obsérvalo en fray Blas con el padre ex-provincial, y en fray Gerundio con el maestro Prudencio, sin hablar ahora del provincial, que con tanta solidez deshizo los disparates del lego, quando éste habló con tan poca reflexîon al niño Gerundio. ¿Esto qué quiere decir? Que si en el estado religioso se encuentra algun botarate, cosa que no es imposible, apénas se hallará tampoco, no digo religioso, sino casa ó comunidad tan reducida donde no hayga otros hombres verdaderamente sábios, doctos, egemplares y prudentes que lloren los desaciertos, y que

clamen contra ellos. Digo, ¿no es esto venerar las religiones, y volver por su decoro?

20 Aun á los indivíduos particulares, cuyas obras públicas se desaprueban, se les guarda este respeto, siendo así que los que dan á luz sus *producciones* (es terminillo de moda), ya las hacen *juris publici*, las sujetan al exâmen y á la censura de todos, y cada pobrete puede decir con libertad lo que siente, dentro de los términos de la religion, de la urbanidad y de la modestia. Como no se toque á la persona del autor en el pelo de la ropa, que esto no es lícito sino quando se trata de defender la religion, por el parentesco que ésta tiene con las costumbres; por lo que toca á la obra, cada uno puede repelarla, si hay motivo para ello, citándola con sus pelos y señales, y llamando á juicio al padre que la engendró, con su nombre y apellido, dictados, campanillas y cascabeles. Enmedio de esta facultad que tienen todos por tácita concesion de los autores, en nuestra historia se observa una circunspeccion exquisita para que ninguno se dé justamente por ofendido. Censúranse en ella muchos sermones, y no sermones de regulares y de no regulares, segun las ocasiones que salen al encuentro, pero á ningun autor se nombra. Pónese el título del sermon, de la obra, ó de lo que fuere: dícese á lo mas, ó se apunta la profesion genérica del autor; pero en llegando al instituto particular que profesa, y especialmente á su

nombre, chiton, altísimo silencio. De manera que solamente los que hubieren leído las obras, y tuvieren presente sus autores, podrán saber sobre quien recae la conversacion, los demás se quedarán en ayunas, y á lo sumo sabrán que *un tal* escribió otro *tal*, ó predicó otro *qual*, que no era para escribirse, ni para predicarse. No cabe mayor precaucion.

21 Solo á uno se exceptúa de esta regla general. Este es el barbadiño, á quien se le quita el sagrado disfráz de que indignamente se vistió; se le arrancan las barbas postizas que se pegó, como vegete de entremés; y se le hace salir al público con su cara lampiña natural, ó á lo ménos barbihecha, con su peluquin blondo y redondo, ú obalado por lo ménos; con su cuelli-valona almidonada, y de azul á la italiana, con su muceta de martas, terciada hácia la izquierda á lo de arcediano majo, con su cruz cavalleral bien hendida de astas, que no hay mas que pedir; con su roquete á puntas delicadas, que le podia traer un padre santo de Roma; con su bonetico quadrado y mocho, arrimado al pecho, y sostenido con los dos dedos de la mano derecha, tan pulidamente, que no parece sino que el hombre toma bonete, como otros toman tabaco; con su librote de á marca empinado en la mesa, y asido con la mano izquierda por la parte superior, que en qualquiera honrado facistol podria parecer con

decencia ; y finalmente con su tinteron en figura de brocal de pozo, y enmedio una pluma torcida, que remata en rabo de zorra por la mano zurda del penacho. Este es el retrato del señor Pseudo-capuchino, que tengo en mi estudio para divertirme con él quando me dá la gana.

22 A este solo *signor abate* se le señala con el dedo, sacándole á lucir con todos sus dictados, bien que todavía se le perdona el nombre y el apellido, aunque se sabe muy bien como es su gracia, y la pila en que se bautizó. Para esta excepcion de nuestra regla general hubo buenas y legítimas razones. ¿Por qué se habia de perdonar á un hombre que á ninguno perdona? ¿Por qué se habia de tener algun respeto á quien no le tiene á los mismos santos padres, doctores y lumbreras de la iglesia? ¿Por qué se habia de llevar la mano blanda con quien la lleva tan bronca y tan pesada con los maestros y príncipes de casi todas las facultades? ¿Quién habia de tener paciencia para alagar, acariciar y quitar el sombrero con mucha cortesía al que no sabe tratar con ella sino á los Ensiskmildes, á los Scheuchzeros, á los Baudrandos, á los Strauchios, á los Beveregios, á los Krancios y á otros autores *ejusdem farinæ*, pasándose con la gorra calada delante de los hombres de mayor veneracion que todos respetamos? Al reverendísimo, eruditísimo, sábio y discreto maestro y señor Feyjoó le trata como

pudiera á un monaguillo. Y es la gracia, que en aquellos puntos en que convienen los dos, no se vale el barbadiño de otras razones que las que trae el maestro Feyjoó, sin mas diferencia que esforzarlas éste con hermosura, con nervio, con eficacia y con modestia, y dexarlas caer aquel al desgaire, á lo farfanton, desdeñoso y despreciativo.

23 Finalmente sería bueno que yo me anduviese ahora en ceremonias, ni en cortesanías con un hombre que á todos los españoles nos trata de bárbaros y de ignorantes; pues hasta que él vino al mundo no sabiamos ni gramática, ni lógica, ni fisica, ni teología, ni jurisprudencia, ni cánones, ni medicina; y lo que es mas, no sabiamos ni aun leer y escribir, ni aun las mismas mugeres sabian hilar, hasta que por caridad tomó de su cargo instruirnos á todos este *enciclopedista*, como él se llama, ó este corrector universal de todo el género humano, como le llamo yo. Perdóname letor mio, que no te puedo servir en esto. Vínoseme á la pluma con ocasion oportuna ó importuna, que de eso no disputo ahora: presentóseme con viveza á la imaginacion el honor de la nacion española y portuguesa, á las quales igualmente aja, pisa, atropella y aniquila: irritóme el entono, el orgullo y el desprecio con que trata á tanta gente honrada: fastidióme la intolerable satisfaccion y despotiquez con que trincha, corta, raja, pronuncia, sentencia, define y vo-

mita oráculos *ex tripode*; y no pudiéndome contener, esgrimí la *maquera*, y allá van provisionalmente esos quantos espaldarazos, reservándome el derecho de meterle la daga tinteral hasta la guarnicion, si alguna vez se me antoja tomar este asunto de propósito, porque creeme, el hombre necesita de cura radical.

24 Quizá me dirás que eso absolutamente no te parece mal, pero que desearias que hubiese venido mas á cuento; porque no parece sino que muy *exprofesamente* (usase mucho este adverbio en esta tierra) le fuí á sacar de alguno de los jardines de Roma, donde estaría el pobre divertido, oyendo alguna buena serenata, solo y precisamente para cantarle otras areas que no le sonasen tan bien; que si él se hubiese venido por su pie, adelante, pero que traerle yo arrastrando por los cabellos, ó por las barbas, sobre ser mucha violencia, parece mala crianza. Amen de que no se hace verisimil que una obra tan culta, tan exquisita y tan rara (pues aun anda á sombra de texado) como *el método* del barbadiño se hallase en la celda de un jóven tan simple, tan estrafalario, y de tan mal gusto como se pinta á fray Gerundio. Y aquí te espiritarás de crítico, diciéndome que toda inverisimilitud en este género de obras, es un pecadazo de á folio, y de aquellos que no se perdonan en este siglo ni en el futuro.

25 ¡Ahora te me andas con esos melin-

dres! Mira, yo soy hombre síncero, y aunque sea contra mí, te he de confesar la verdad. Es cierto que desde que leí el tal dichoso *método* (el qual, y quede esto dicho de paso, tiene tanto de método como el *método de curar los sabañones*, que compuso el otro barbero ó cirujano latino, de que se hace mencion en esta obra. Ya vá largo el paréntesis; cerrémosle). Es cierto que desde que leí el tal dichoso *método* tuve un hipo metódico de zurrarle bien la badana, que no me podia remediar. Es igualmente cierto que dentro de la misma historia de nuestro fray Gerundio pude discurrir, buscar y disponer otro método mejor y mas natural para zurrársela; pero dime, ¿estoy yo por ventura obligado á seguir siempre lo mejor? ¿Parécete que quien está rebentando por vomitar, tendrá flema para andar escogiendo entre rincones, y para buscar aquel donde se exhonore con mas limpieza, ó con ménos incomodidad? ¿Sería bueno que por tu delicadeza reformase yo ahora quince ó veinte hojas de mi trabajadísima ó trabajosísima historia solo por zurrar al señor Barbi-Castron mas metódicamente, mas en solfa y mas á compás? Anda hombre, que no sabes lo mucho que esto cuesta á un pobre autor, y mas si es tan poltron como yo. Pero si no obstante te emberrinchas en que el baqueteo está fuera de su lugar, compongámonos, que yo no quiero pendencias. Desde luego me com-

prometo en el juicio de aquel alcalde, á quien se fué á quejar una muger, de que su marido le habia vareado muy bien las costillas, lo mas importunamente del mundo. *Declaro* (dixo el juez) *que los palos fuéron nulos; y se le apercibe al marido, que otra vez los dé con motivo, en tiempo y en sazon.*

26 A lo otro que decias de que no es verisimil que un hombre como fray Gerundio tuviese en su poder una obra como el Método, y que la inverisimilitud es un crímen *læsæ proprietatis* detestable, irremisible, imperdonable en este género de escritos: te digo que me hubieras puesto tamañito con esa decision canónica; porque al fin, aunque pecador y miserable, soy timorato, y un tantico escrupuloso, si no tuviera el testimonio de mi buena conciencia. En quanto á lo primero, yo no sé para aquí y para delante de Dios ¿qué impedimento dirimente podia haber en el pobre fray Gerundio, para que no pudiese tener en su celda el método de Barbadiño, ni mas ni ménos como podia tener las coplas de Calainos, el romance de los siete Infantes de Lara, y la historia de los doce Pares? Sí porque es libro de contrabando; ántes por lo mismo debia de parar en él mas que en otro, pues ya se sabe, que los contrabandos se guardan donde ménos se sospecha. Sí por ser culto y exquisito; ciertamente que las cartas del metodista no

son, ni tan cultas como las del célebre monsieur de Peiresc, ni tan exquisitas como las del Cardenal Antonio Perrenot, por otro nombre el Cardenal Granvela, ni tan misteriosas y tan apetecidas como las de Antonio Perez; y con todo esto sé yo que muchas de las primeras paráron primero en las mochilas, y despues en los fusiles de algunos soldados salteadores, que juzgando ser otra cosa, se las hurtaron á un caballero de Leyden; gran porcion de las segundas fué redimida del cautiverio de las boticas, y de las especerías; y el tomo de las terceras se rescató de una taberna de la Maragatería, donde servia de cobertera á un pichel. Si no sabes qué es *pichel*, pregúntaselo á qualquiera maragato, que yo no quiero decírtelo, porque no sepas tanto como yo. Así que no solamente es verdad que *donde ménos piensa el galgo salta la liebre*, sino que tambien falta el libro donde ménos se imagina.

27 Pero al fin, permítame vmd. de gracia que tenga alguna pequeña inverisimilitud el lance. ¿Es posible que has de ser tan inexôrable conmigo, al mismo tiempo que callas, y te muestras tan condescendiente con otros? ¿Parécete mas verisimil, que Sigismundo en la comedia del *Alcazar del Secreto*, por el grande Don Antonio de Solís, se arrojase al mar en las costas de Epiro, y llegase á las de Chipre embarcado, ó sostenido solo de su escudo? ¿Si no

que éste fuese de corcho, y Segismundo de papel? ¿Parécente mas verisímiles los oráculos que á cada paso interrumpen á nuestros representantes, adivinando lo que ellos iban á decir para que el suceso parezca misterioso? ¿Parécente mas verisímiles aquellas voces que salen de la música tan á tiempo, que se adelantan á decir cantado aquello mismo que el cómico iba á pronunciar representado? ¿Parécente mas verisímiles aquellos versos, pensamientos y conceptos en que prorrumpen dos representantes que á un mismo tiempo salen por diferentes puertas, y sin verse ni oirse, lo mismísimo que dice el uno dice el otro, sin mas diferencia que la material de las voces? En fin, si quieres una carga de estas inverisimilitudes, no tienes mas que acudir á la insigne *poética* de Don Ignacio de Luzan, y allí encontrarás tantas que no podrás con ellas.

28 Y no te parezca por Dios que solos nuestros españoles son reos de lesa verisimilitud en sus composiciones cómicas y no cómicas. Ahí tienes entre los franceses á Moliere, á Racine, y todavía, como dicen, chorreando tinta á monsieur de Boissi en su celebrada comedia: *Les dehors trompeurs, ou l'homme du jour*; no tienes mas que leer ésta y casi todas las de los otros dos, y encontrarás á cada paso tantos lances inverisímiles, que te hagas cruces, pareciéndote, y con razon, que muchos de aquellos sucesos solamente pudiéron acon-

tecer por arte de encantamiento. Y porque no me digas, que el primero lo conoció así; pero que de propósito no lo quiso enmendar, burlándose con mucha sal de las escrupulosas reglas á que se quiere estrechar la composicion cómica, y sentando por principio universal que la suprema, y aun la única regla de todas era el arte de agradar al público; te presentaré, si me aprietas demasiado, al mismo mismísimo Cornelio, al soberano Cornelio, reconocido generalmente de todos, franceses y no franceses, por el grande reformador del teátro, y por el genio mas elevado de su siglo y de otros muchos, para pulir hasta la última perfeccion qualquiera pieza dramática. No obstante, ya sabrás (y si no sábelo ahora) que contra este Coriféo de la tragedia lloviéron tantos escritos de sus mismos nacionales, ya fuese por emulacion, ó ya por otro motivo que le hubieran sofocado, si el méritó no fuese como el aceyte, que al cabo nada sobre todo. Y aunque él se purgó plenamente de los otros defectillos que le suponian, ó le exâgeraban sus émulos y acusadores; en el capítulo de la inverisimilitud, que oponian á muchos pasos de sus tragedias, agachó un si es no es la cabeza, y solo recurrió á los exemplares de Séneca, Terencio, Plauto y otros padres maestros del teátro antiguo, que alguna vez se descuidáron en esto, y con quatro gotas de agua lustral, exôrcizada

por algun sacerdote de Apolo, segun el rito poético, se juzgaban purificados de esta venialidad. Por tanto, lector mio (mira el cariño y la cortesía con que te hablo) suplícote con el sombrero en la mano que no quieras mostrarte tan severo conmigo sobre menudencias, melindres y delicadezas.

29 Otra cosa será si te me pones un poco sério, ceñudo y entonado sobre el asunto substancial de la obra. Confieso que solo con imaginarte en esa figura de Minos y Radamanto estoy ya tamañito; porque una cosa es que yo sea desembarazado de genio, y otra que no sea hombre pusilánime y meticuloso. Qué sé yo si mirándome con semblante torbo, feroz y truculento, y jurándomelas por la laguna estigia, te dispones á reñir, á reprehender, á detestar, á anatematizar mi atrevimiento, hablándome en esta ponderosa y gravi-sonante substancia.

10 Bien está, mal clérigo, clérigo insensato, atrevido y nada considerado. Supongamos que el púlpito esté en España, y tambien en otras partes, estragado y tan corrompido como dá á entender esta maldita obra, perniciosa, detestable, abominable. Supongamos que en nuestra nacion, y tambien en otras, haya muchos predicadores Gerundios, indignos de exercitar tan sagrado ministerio. Demos caso que esta corrupcion, esta epidemia, esta peste (llamala así si te pareciere) pidiese el mas pron-

to, el mas executivo remedio. Dime infelíz, ¿podia ofrecerse asunto mas sério ni mas grave para que le tratase una pluma docta, magestuosa, enérgica y vehemente? ¿Habia materia mas digna de manejarse con la mayor gravedad, con el mayor nervio, con un torrente arrebatado de razones y de autoridades, y con otro torrente de lágrimas, no ménos rápido y copioso en el zeloso escritor? ¡Y una materia como ésta era para tratada como la tratas tú, sacerdote indigno! ¿Hay en el mundo licencia ni autoridad para juntar las cosas mas sérias con las burlescas, las mas graves con las mas bufonas, las mas importantes con las mas chocarreras? No la hay, no la hay, te clama un gentil juicioso, para llenarte de confusion y de vergüenza si fueras capaz de tenerla. Es cosa ridícula, es cosa risible; y yo añado que en la materia presente es cosa exêcrable, que casi casi se roza con sacrílega, juntar chufletas y chocarrerías con atrocidades, serpientes con palomas, y tigres con corderos. Es vulgar el texto, mas no por eso es ménos verdadero.

Sed non ut placidis coeant immitia, non ut.
Serpentes avibus geminenter, tigribus agni.

31 ¡Roma ardiendo y Neron cantando! No pudo llegar á mas la fiereza de aquel monstruo, aborto de la naturaleza humana. Tú le imitas, pues te pones á cantar quando

arde Troya, y supones que se abrasa tu nacion. ¡Bello modo de atajar el fuego! Echar mano de la flauta, y ponerte á tocar una gayta gallega!

32 Desde que se predicó en el mundo el evangelio hubo predicadores que abusáron de este oficio, y desde que hubo malos predicadores, hubo hombres zelosos que declamáron contra ellos. ¡Pero con qué seriedad! ¡con qué peso! ¡con qué vehemencia! Este era un lugar muy oportuno para ir discurriendo de siglo en siglo hasta el nuestro por todos los padres, doctores y autores de la santa iglesia, que levantáron el grito, y manejáron la pluma contra los que en su tiempo corrompian la palabra de Dios, y profanaban el evangelio. Habiendo sido éste indisputablemente el verdadero origen de todos los errores, heregías y cisma que han afligido en todas las edades á nuestra santísima Madre, manchándola, ajándola y despedazándola su túnica inconsutil, como expresamente lo dice y lo llora san Agustin en el 2. libro de la doctrina cristiana: *Corruptio Verbi Dei, viscera ecclesiæ disrumpit, et tunicam dilacerat*; discurre tú quánto habrán declamado los padres, los doctores y los concilios contra estos corruptores y profanadores de la sagrada escritura en la misma cátedra de la verdad, trono especial del Espíritu Santo, que solo debe presidir, inspirar, encender, mover y hacer hablar en él. Fácil cosa me se-

ría ponerte á la vista un largo catálogo de las vehementes invectivas que se han hecho contra esta profanísima profanidad en todos los siglos de la iglesia, comenzando por el apostol san Pablo, y acabando en los autores mas famosos del siglo pasado y del presente. ¿Pero quánto creceria éste tu prólogo? ¿Quánto te detendría en esta conversacion? Ni tú con la pluma, ni tus simples lectores con su necia curiosidad, llegaríais en un año á tu perniciosa historia.

33 Conténtome, pues, solo con apuntártelo, y con preguntarte: ¿si tienes noticia de que alguno de los santos padres, doctores y escritores sagrados hayan seguido el diabólico rumbo que tú s'.ues para corregir á los malos predicadores? ¿Si has encontrado con alguno que se vistiese el boton gordo, con la caperuza y saco de bobo, y el látigo de vegigas en la mano, que es el uniforme de los satíricos para desterrar del mundo esta epidemia? Razones, textos, decisiones, cánones conciliares, constituciones apostólicas, edictos de santísimos y zelosísimos prelados, censuras fulminadas, ayes, lamentaciones, lágrimas, súplicas, exclamaciones, amenazas, eso sí: de esto hallarás mucho, muchísimo, infinito, y todo muy escogido, en innumerables escritores, que ya de propósito, ya por incidencia, tratan este gravísimo punto. ¡Pero chufletas! ¡pero bufonadas! ¡pero chocarrerías! ¿Dónde, dónde las has visto empleadas en

esta materia, párroco atrevido y mal aconsejado? Voy, voy á dar contigo en todos los tribunales de la tierra, para que te castiguen, para que te confundan, para que te aniquilen, y para que hagan en tí un exemplar que sirva de escarmiento á los siglos venideros.

34 *Mansuescat te Deus Pater, mansuescat te Deus Filius, et reliqua.* De muy mal humor te levantaste esta mañana, severísimo lector de mi alma; y no tengo yo la culpa de que hubieses pasado mala noche por las indigestiones y crudezas de la cena. Yo cené poco, lo digerí presto, dormí bien, y estoy como una lechuga. Por tanto, óyeme serenamente, si gustares, y si no tapa los ójos, que son las orejas por donde se oye á los autores.

35 Todo quanto dices es así, y no hubieras perdido nada por habérmelo dicho con mayor templanza, y con un poco mas de urbanidad, siquiera por esta coronaza que me abre de quando en quando mi barbero, molde de vaciar Sanchos Panzas. ¡Si tú le vieras! ¡Oh! ¡si tú le vieras! Basta decirte que sus navajas no rapan tanto como sus dedos, aforrados en piel de lija, y por yemas cabezas de cardo silvestre, aunque por otra parte no hay hombre mas bueno en todo Campos. Pero esta digresion no viene al caso; y si no sirve para cortarte la cólera, por lo demás es un grande desproposito. Volvamos, pues, á nuestro asunto.

Digo, pues, que tienes muchísima razon; que todos los que han tratado el asunto que yo trato, ó ya adredemente, ó ya porque les salió al camino, le tratáron con la mayor gravedad, peso, circunspeccion, vehemencia y seriedad. Solo un tal Erasmo de Roterdam, cuyo nombre huele mejor á los humanistas que á los teólogos, en un libro latino, que intituló *el elogio de la locura*, dixo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo; pero como su idea principal era hacer ridículas con esta ocasion á las sagradas religiones, que entónces florecian, burlándose, ya de sus trages, ya de sus ceremonias, ya de sus usos, ya de sus costumbres, confundiendo iniqua y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso, y la vida exemplar de millares de individuos con la ménos ajustada de un puñado de defectuosos; el tal *elogio de la locura* corrió poca fortuna, y solo la tuvo y aun la tiene el dia de hoy, con los que por interesados merecen ser comprehendidos en el referido elogio. Fuera de este señor Desiderio Erasmo (que era su verdadero nombre y apellido) monaguillo, monge, exmonge, clérigo secular, rector, consejero, todo y nada; fuera de este perillan, y otro autor modernísimo, venerando y muy circunstanciado, todos los demás tratáron el punto que yo trato con toda la gravedad que vmd. pondera, y aun no la pondera

mucho, señor lector y circunspectísimo dueño mio.

36 Pero y bien, ¿qué fruto sacáron todos esos gravísimos autores de sus truenos, relámpagos y rayos? ¿Atemorizáron á los malos predicadores? ¿Obligáronlos á abandonar el campo y á retirarse á sus celdas, aposentos, quartos ó casas, á lo ménos miéntras pasaba la tempestad para estár á cubierto de ella? ¿Corrigiéronse los insufribles desórdenes del púlpito en España, Portugal, Francia, Italia, Alemania y todo el mundo? Si eso fuera así no hnbieran llovido escritos contra esta lamentable corrupcion en estos dos últimos siglos. Ni Claudio Aquaviva, y Juan Paulo Oliva, generales ámbos de la Compañía, hubieran arrancado ayes tan profundos de lo mas íntimo de su corazon, lastimándose de ella; aquel en una gravísima instruccion; y éste en una sentidísima y discretísima carta. Ni el elegante Nicolás Casino hubiera gastado tanto calor intelectual, oratorio y crítico en su vastísima obra de la *elocuencia sagrada*. Ni Don Cristobal Soteri, abad de Santa Cruz en los estados de Venecia (si no estoy equivocado) hubiera dado á luz aquel librito de oro: *Rudimenta oratoris christiani*, que á instancias suyas, y para su particular instruccion escribió cierto religioso, docto, grave y erudíto. Ni Antonio de Vieyra en su famoso sermon de sexâgésima sobre el evangelio de *exiit qui seminat seminare se-*

men suum, hubiera declamado con tanto ardor contra muchos predicadores, que en su tiempo infestaban las almas y los oidos. Ni el célebre señor arzobispo de Cambray Francisco de Salignac de la Mota Fenelon se hubiera fatigado en componer sus admirables *diálogos sobre la elocuencia en general, y sobre la elocuencia del púlpito en particular*, en los quales no solo no perdona los que todo hombre de mediano entendimiento califica de disparates y despropósitos, sino que critiquiza sin piedad algunos sermones que á primera vista parecerian á muchos modelos de ingenio, de juicio y de eloquencia. Ni el padre Blas Gisbert hubiera dado á luz su estimado libro: *Eloquencia cristiana en la especulativa y en la práctica*, que corre con tanta aceptacion en las naciones, y en el qual descarga mortales golpes sobre todas las especies de malos predicadores. Y nota para tu consuelo y para el nuestro, que todos los autores que he citado, á excepcion de uno, son extrangeros: todos declaman contra la corrupcion del púlpito en sus respectivos pueblos, no en los extraños. De donde inferirás que este pernicioso mal no es privativo de los españoles y de los portugueses, como quieren muchos, la mitad por ignorancia, y la otra mitad por emulacion.

37 Y despues de todos estos escritos enérgicos, convincentes, graves, sérios y magestuosos ¿qué hemos sacado en limpio?

Nada, ó casi nada : los pseudo-predicadores *vont leur train*, como dicen nuestros vecinos, ó prosiguen su camino, como debemos decir nosotros; el mal cunde, la peste se dilata, y el estrago es cada dia mayor. Pues ahora dime, lector avinagrado (que ya me canso de tratarte con tanta urbanidad) si la experiencia de todos los siglos ha acreditado que no alcanzan estos remedios narcóticos, emolientes y dulcificantes, ¿no pide la razon y la caridad que tentemos á vér cómo prueban los acres y los corrosivos? Quieres introducir en la medicina intelectual para curar las dolencias del espíritu (y tal dolencia como la que tenemos entre manos) aquel bárbaro aforismo, á quien con tanta razon trata de *aforismo exterminador* el mas famoso de nuestros modernos críticos: *omnia secundùm rationem faciendi, si non succedat secundùm rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaveris*? El médico que cura fundado en razon, aunque el suceso no corresponda, y aunque le sea contraria la experiencia, prosiga adelante, no mude de remedios; y si se le mueren los enfermos, que los entierren, *et fidelium animæ per misericordiam Dei, requiescant in pace*? ¿Parécete justo que en una materia de tanta importancia me acomode yo con tan bárbara doctrina? Vete á pasear, que no te puedo servir.

38 Antes quiero probar fortuna, y vér

si soy en este asunto tan felíz como lo han sido muchos autores honrados en otros diferentes; persuadidos á la verdadera máxima de Horacio, de que

Ridiculum acri
Fortius plerùmque, et melius magnas
secat res.

Esto es, que muchas veces, ó las mas, ha sido mas poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufletero de hacerlas ridículas, que el entonado y grave de convencerlas disonantes: echáron por este camino, y lográron su intento con felicidad; y por lo mismo dice un sábio académico de París, hizo Moliere mas fruto en Francia con sus *preciosas ridículas*, con su *tartufa*, con su *paysano caballero*, con su *escuela de los maridos*, *y de las mugeres*, y con su *enfermo imaginario*, que quantos libros se escribiéron y quantas declamaciones se gritáron contra los vicios, ya morales ya intelectuales, y ya políticos, que se satirizaban en estas graciosas comedias. Todas las tropas unidas de los mayores y de los mejores filósofos modernos contra los ingeniosos y específicos sueños de Renato Descartes, no le hiciéron perder tanto terreno como el graciosísimo, discretísimo é ingeniosísimo *viage al mundo de Descartes*, escrito en francés por el padre Gabriel Daniel, y harto bien traducido en castellano. ¿Qué nos cansamos? Hasta que Miguel de Cervantes salió con su incomparable *histo-*

ria de Don Quixote de la Mancha, no se desterró de España el extravagante gusto á historias y aventuras romanescas, que embaucaban inutilísimamente á innumerables lectores, quitándoles el tiempo y el gusto para leer otros libros que los instruyesen, por mas que las mejores plumas habian gritado contra esta rústica y grosera inclinacion, hasta enronquecerse. ¿Pues por qué no podré esperar yo que sea tan dichosa la *historia de fray Gerundio de Campazas*, como lo fué la de Don Quixote de la Mancha, y mas siendo la materia de órden tan superior, y los inconvenientes que se pretenden desterrar de tanto mayor bulto, gravedad y peso?

39 Y vés aquí, lector mio (ahora vuelvo á acariciarte, y á pasarte la mano por el cerro) que con esto queda servido el autor duende de cierto recientísimo papel que anda por ahí de tapadillo, á título de que se imprimió *in partibus*, y es su gracia: *la sabiduría y la locura en el púlpito de las Monjas*. Hácia el fin del prólogo (que casi es tan pesado como éste) refiere el autor como de oidas, *que un obispo de Francia, viendo inutilizadas las prohibiciones de cincuenta ó sesenta predicadores que deshonraban en el púlpito el ministerio de la palabra de Dios, creyó que debia probar si sería mas útil ridiculizarlos, que emplear la autoridad severa. Compuso, dicen, un sermon lleno de conceptos, del que nuestros*

predicadores del número se holgarian ser los autores. El texto que puso fué: Sicut unguentum quod descendit à capite in barbam, barbam Aaron. *Luego que pareció este sermon, y al dia siguiente no tenia el librero un exemplar. Mas de quarenta reimpresiones que se han hecho de él, han tenido el mismo despacho. Pero lo mejor que tiene es, que ha desterrado del púlpito los conceptos; y si por descuido á algun orador se le desliza alguno, basta para que le digan, que ha predicado en el gusto de* sicut unguentum.... *Este medio me parece el mas eficaz y el mas pronto.*

40 Tiene V. R. muchísima razon, reverendo padre mio. (Hablo con el autor de este papel, á quien conozco como á los dedos de las manos, y sé muy bien que tiene tanto de español, como yo de frances, por mas que quiera honrarnos con hacerse nuestro nacional, honor que le estimamos sin envidiarle demasiado). Digo que V. R. tiene en esto tanta razon como en el religioso zelo con que tomó la pluma para corregirnos, no ménos en los dos disparatadísimos sermones de autores españoles que coteja con otros dos, verdaderamente sólidos y buenos, de un célebre autor frances, que cita en la primera parte de su prólogo, pues aunque esté tomada de lugares comunes, y se componga de reflexîones trivialísimas, al fin ellas son muy verdaderas, y nada pierden por manoseadas.

41 Así la tuviera V. R. en la poquísima merced que nos hace á todos los españoles en general, y en lo mucho que ofende en particular al respetable gremio de los predicadores del rey, singularizando entre ellos á los *predicadores del número*. Es un gusto ver como desde la pág. XXVI comienza V. R. á esgrimir tajos y reveses contra todos nuestros predicadores, á diestro y á siniestro, en monton, indefinidamente, y caiga quien cayere. *Ha un siglo* (dice V. R.) *que nos faltan los predicadores. En vez de predicadores tenemos rabulas, charlatanes, papagayos, delirantes, vocingleros.* Esto sí que es ser hombre denonado; acometer valerosamente al *todo*, y no andarse ahora en escaramuzas con partidas y destacamentos. La pequeña guerra es buena para generales raposas, tretillas y pusilánimes; los Alexandros de la pluma van á atacar al enemigo cara á cara, y donde está el grueso del exército. No hay que cansarse: los Barcias, los Castejones, los Bermudez, los Gallos y otra larguísima lista de vivos y sanos que podia añadir, *son unos rabulas, unos charlatanes, unos papagayos, delirantes y vocingleros*, y pueden aprender otro oficio, porque al fin *ha un siglo que nos faltan los predicadores.*

42 *No hay que admirarnos, pues* (prosigue V. R. en la pág. XXVII y XXVIII de su discreto, urbano y caritativo prólogo) *de que entre nosotros no haya predicado-*

res que hagan conversiones ; porque no los hay que formen el proyecto de hacerlas, y aun ellos se admirarian si vieran que alguno se convertia, porque nunca pensáron en intentarlo. Acabáramos con ello; y viva V. R. mil años, porque nos abre los ojos, que hasta aquí teniamos todos lastimosamente cerrados, ó por lo ménos cubiertos de cataratas. Pensábamos nosotros que dentro de nuestro siglo, y en nuestros mismos dias, los infatigables Garceses, los austerísimos y zelosísimos Hernandeces (Dominicanos); los apostólicos Dutaris y Calatayudes (Jesuitas); los ilustrísimos Goiris y los señores Aldaos, Gonzaleces y Michelenas (del clero secular) habian hecho, y estaban haciendo muchas y muy portentosas conversiones. Imaginábamos que éste era el *único proyecto que se formaban* en las continuas excursiones apostólicas con que corren incansablemente unos por todo el reyno de España, y otros por determinados reynos y provincias de la monarquía. Creíamos que los imitaban en lo mismo otros innumerables misioneros, no de tanto nombre, pero de no inferior zelo y espíritu, que andan casi perpetuamente santificando, ya éstos, ya aquellos pueblos de nuestra península. A lo ménos teniamos el consuelo de pensar, que el número sin número de los predicadores evangélicos que en tiempo de quaresma declaran sangrienta guerra á la ignorancia y al vicio, yéndolos á atacar den-

tro de sus mismas trincheras, *ni formaban otro proyecto, ni tenian otro intento* que el de la conversion de las almas, y que *léjos de admirarse ellos mismos si convirtiesen alguna*, se admirarian con mas razon si no convirtiesen muchas; pues aunque entre éstos últimos, por nuestra desgracia, hayga algunos, ó sean tambien muchos, que, ó no se propongan este fin, ó no acierten con los medios, no se puede negar que los mas ni tienen otro intento, ni se pueden valer de medios mas oportunos, atento el genio de la nacion, y circunstancias del auditorio. Esto creíamos nosotros; pero gracias á V. R. que *nos quita la ilusion* (¡bella frase para el castellano que gasta V. R.!). Ni los primeros, ni los segundos, ni los terceros han *formado ese proyecto, ni nunca pensáron en intentarlo, porque entre nosotros no hay predicadores que hagan conversiones, ni piensen nunca en hacerlas.* Vamos claros, ¿en qué medallon del emperador Caracalla estaba distraído V. R. quando estampó una proposicion tan escandalosa, y tan injuriosa á toda nuestra nacion? Pero lo mas gracioso, y acaso sin exemplo, es el ser mendigada, no solo la sentencia, sino es la frase y casi todo el prólogo del libro que escribió en el idioma del autor intitulado: *verdadero método de predicar, segun el espíritu del evangelio*, el ilustrísimo señor Luis Abelly, obispo de Rodas; y porque se haga creible tamaña galantería, doy

la cata: „No debe, pues, causar admiracion haya tan pocos predicadores que conviertan, habiendo tan pocos que formen tan importante designio ; ántes bien hay muchos que justamente se admiráran, y mucho (como dice un buen espíritu) si se les mostrase alguno que se hubiese convertido por sus sermones, pues ellos nunca pensáron en tal cosa." Hállase á la letra al cap. 7. pág. 28. de la traduccion publicada en Madrid por el padre maestro Medrano, Dominicano, año de 1724. No pára aquí lo mas fino de la supercheria, sino es que así por algunos pasages que claramente hablan con los franceses en particular, como por ser el autor frances, se reconoce ser dirigida la obra, y la referida sentencia á ellos y á sus malos predicadores, y S. R. la revota con un candor que edifica, en invectiva contra los nuestros, y apología por los suyos. ¿Cabe mas valentía? ¿Cabe plagio mas descarado, ni mas ratero?

43 Pero ya parece que achica V. R. la voz en la pág. xxxi. quando tácitamente confiesa que algunos de nuestros misioneros predican con este intento; mas yerrán miserablemente los medios, y aun mas lastimosamente se engañan en las señales por donde regulan el fruto de sus misiones. *Quedan despues muy pagados de su fervor* (dice V. R.) *porque gritó con ellos, y como ellos el pueblo en sus actos de contricion; porque se asustó la vieja, malparió la em-*

barazada, se desmayó de susto la doncella; porque comulgáron dos ó tres mil personas. ¿Pero advierten que de estas no se convierten dos á nueva vida? ¿Por qué? Porque como no quedó ganado, sino atemorizado del grito el corazon, se arrojó al tribunal de la penitencia sin propósito meditado..... y endureciéndose mas y mas la culpa por falta de este propósito, se aleja, y se desvía de la verdadera conversion; que es quanto el diablo desea, pues de estas misiones saca un sin número de sacrilegios, y un renuevo de sus cadenas en los miserables pecadores, que se lleváron de los ahullidos sin penitencia interior del alma.

44 Padre reverendísimo, no sé yo que haya misionero de nombre en España, ni predicador de juicio que no esté bien persuadido á que ni los gritos del auditorio, ni el susto de la vieja, ni el aborto de la embarazada (no hacía falta este *verbi-gracia*), ni el desmayo de la doncella, ni la comunion de tres mil personas, ni aun de treinta mil, como ya se ha visto mas de una vez, sean señales infalibles de una conversion verdadera. Saben muy bien que son señales equívocas; pero al fin son señales, si no de que se convierten todos, á lo ménos de que les hace fuerza lo que oyen. La mocion no está muy distante de la comocion, segun aquella sentencia del Espíritu Santo: *Ubi spiritus, ubi commotio*. Y en verdad que á

san Juan Crisóstomo no le parecian mal las demostraciones exteriores de su pueblo Antioqueno, quando lloraba si el santo lloraba, clamaba si clamaba el santo, y se derretia en ternura, si el santo se derretia. Apénas leerá V. R. homilía alguna de este elocuentísimo padre, donde no encuentre expresiones del consuelo y de la santa complacencia que esto le causaba. *En los sermones de san Vicente Ferrer* (dice el historiador de su vida), *todo el auditorio era lágrimas, gritos, alaridos, desmayos, accidentes.* Y si por español le descarta V. R., oiga lo que dice el padre Croiset, que sabe V. R. que no lo es, en la vida del mismo santo, que se lee el dia 5 de abril en su célebre *año cristiano.*

45 *Predicaba con tanta fuerza, y con tanto zelo, que llenaba de terror aun los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa* (note V. R. que no fué en Labajos, ni en algun pueblo de España), *sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor, semejante al que causa el frio á la entrada de una furiosa calentura. Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermon los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veían quedar muchas*

personas inmobles y pasmadas, como si fueran estátuas. Y ahora dígame V. R.: ¿parécele en puridad que al santo le sonarian mal estas demostraciones exteriores, erupciones casi precisas de la comocion interior del corazon?

46 O señor, que en las misiones *se cometen un sin número de sacrilegios.* Pase, aunque sea á trágala perra, el *sin número.* ¿Pero juzga V. R. que se cometen pocos en el tiempo de la confesion y de la comunion pasqual, á que es preciso se sujete todo católico só pena de tablillas y algo mas? ¿Cree buenamente V. R. que dexarán de cometerse algunos en los jubileos mas célebres? ¿Y será bueno que por eso no sepan qual es su alegría derecha aquellos zelosos párrocos que tanto se regocijan en el Señor, quando ven que han cumplido con la iglesia todos sus feligreses? ¿Será bueno que V. R. se ria del espiritual consuelo que siente todo hombre de mediano zelo y amor á la religion, quando vé un número sin número de confesiones y de comuniones en los jubileos plenísimos? ¿Será bien parecido que V. R. asiente con la mayor rotundidad, que eso es *quanto el diablo desea*, que todos confiesen y comulguen, así en el precepto pasqual, como en los grandes jubileos, *pues de esto saca un sin número de sacrilegios?* Mi padre, como se llama, otra vez váyase V. R. con mas tiento en esas proposiciones tan universales, y tan odiosas, pesan-

do un poco mas las razones con que pretende probarlas; y créame, que por estar de priesa, y de pura lástima, no me detengo en acribar otras clasulillas del tal donoso parrafito, en que se asoman unos granzones de mala calidad.

47 ¿Pero cómo quiere V. R. que en Dios y en conciencia le disimule todo este monton de proposiciones injuriosísimas, por ser tan universales, que se siguen? Pág. 28. *Tambien una vieja que chochea habla; habla un delirante, y un papagayo habla. ¿Y son predicadores estos? Sí; como nuestros predicadores..... que no son mas que unos habladores, y nada mas.* Pág. 32. *Pues digo á nuestros predicadores panegiristas que no saben, que no pueden predicar de san José, de san Benito, de san Bernardo, &c. sin decir heregías.* Pág. 34. *¿Puede darse libertad, ni mas osada, ni mas comun que la de nuestros predicadores que ponen los santos que panegirizan, siempre superiores á todos los del antiguo y nuevo testamento?* Pág. 43. *Nuestros predicadores juntan, como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas, un auditorio ocioso, que no se propone otro fin que el de oir algo de nuevo.* Pág. 53. *En una librería de Holanda habia un gran número de volúmenes españoles: eran unos sermones impresos de nuestros grandes predicadores, cuidadosamente recogidos, y respaldado cada tomo con una inscripcion que con letras doradas*

decia: Dialéctica elocuencia de los salvajes de Europa.

48 Basta, que ya no hay paciencia para mas. ¡Con que nuestros predicadores son unos delirantes, unos papagayos, unos habladores y nada mas! ¡Con que nuestros predicadores panegiristas no saben predicar de los santos sin decir heregías! ¡Con que nuestros predicadores son unos charlatanes, que convocan un auditorio ocioso, *como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas*! (¡Pobre Apóstol! ¡y qué bien te ponen!) ¡Con que nuestros grandes predicadores son los salvajes de Europa! Y para que compremos el papelejo, donde esto se estampó á hurtadillas, nos despachan por el correo á todas partes papeletas impresas en que se especifica el lugar de la impresion, y las librerías estrangeras donde nos regalarán por nuestro dinero con estas donosuras! ¡Y hay españoles que se han dado priesa á comprar estas dulcísimas lisonjas! ¡Y el autor de ellas, que tanto nos honra, quizá estará comiendo sueldo de España! Como el gran Brucen de la Martiniere que en en su Diccionario Geográfico habló de nosotros con tal descuido, ignorancia y poca estimacion, que parece se lo pagáron nuestros enemigos.

49 Iba á exâltárseme el atra-bilis; pero la eché una losa encima, porque estos negocios mejor se tratan con flema. Ora bien, reverendísimo mio; no se puede negar que entre nuestros predicadores hay algunos,

hay muchos que son todo lo que V. R. dice, y algo mas si pudiera ser. ¿Pero lo son *todos* nuestros predicadores? que eso quiere decir una proposicion tan indefinida. ¿Y lo son *solamente* nuestros predicadores? Eso da á entender V. R. quando en la pág. 40. nos propone el exemplo de *nuestros vecinos* (los predicadores franceses) *que como fieles canes ladran contra los lobos, los apartan así de sus hatos, hacen constantemente la guerra, la mas viva al vicio, &c.* Y despues comienza V. R. á decir por contraposicion lo que pasa. *Aquí en nuestra España.... Los predicadores, mudos contra el vicio, le dexan que se arraigue, que se estienda, que se multiplique.*

50 ¡Válgame Dios! ¡y qué flaco de memoria debe de ser V. R.! ¿Pues no nos acaba de contar aquel cuentecito (y con una gracia que encanta) de aquel señor obispo de Francia que quitó la licencia de predicar á *cincuenta ó sesenta predicadores*, y viendo que esto no alcanzaba, estampó aquel sermon burlesco que se reimprimió mas de quarenta veces, sobre el texto *sicut unguentum*, que al leer la sal con que V. R. le refiere, se nos derrite la risa por las barbas? ¿Y esos cincuenta ó sesenta predicadores *nuestros vecinos* (dentro de una misma diócesi, como es preciso suponerlo, para que estuviesen sujetos á la jurisdiccion del señor obispo), serian *unos canes fieles que ladraban contra los lobos, y los apartaban*

de sus hatos? ¿Y no podrian contarse tambien entre los *salvajes de Europa*? Pues ahora regule V. R. no mas que á razon de cincuenta ó sesenta predicadores *de las barbas de Aaron*, por cada uno de los ciento y seis obispados que contiene el reyno de Francia, y eche no mas que cien predicadores de la misma estofa á cada uno de los diez y ocho arzobispados que cuenta en sus dominios: hallará V. R. un cuerpo de 7U800. *salvajes de nuestros vecinos*, que no es mal socorro para reforzar el exército de los *salvajes de Europa*. ¿Qué digo? harto será que las tropas auxîliares no excedan el todo de las principales.

51 Mi reverendo padre, no nos alucinemos. Ninguno de los vicios que V. R. nota en nuestros predicadores, dexáron de notar en los predicadores nuestros vecinos, el señor Salighac, y los padres Causino y Gisbert, en las obras que escribiéron para corregir los abusos del púlpito, precisamente en sus paysanos, porque ellos no se metiéron con otros, singularmente el primero y el último. *Si esto valiera la pena* (tampoco es maluca frase para el gusto de V. R. y el de otros camaradas), fácil cosa me sería hacer la demostracion *ad oculum*; pero me fastidia detenerme tanto en su prólogo, que ya me tiene hasta las cejas. Y sería yo bien recibido en francia, si fingiéndome francés, y aprovechándome de lo que los mismos franceses declaman contra sus

malos predicadores diese á luz un *folleto*, ó llámese *libelo*, en que á rapa terron gritase: *nuestros predicadores son unos rabulas: nuestros predicadores son unos charlatanes: nuestros predicadores son unos papagayos: nuestros predicadores son unos vocingleros: nuestros predicadores no hacen conversiones: nuestros predicadores no forman tal proyecto: nuestros predicadores quedan muy pagados de su fervor, porque se asustó la vieja, y malparió la embarazada: nuestros predicadores son unos habladores, y nada mas: nuestros predicadores panegiristas no saben predicar de los santos sino heregías: nuestros grandes predicadores son los salvajes de Europa.*

52 Si yo publicase en francia, dándome por autoridad propia el derecho de naturalidad, un librejo atestado de estas lindezas, ¿no llovieran con razon mas decretos de todos los parlamentos, de fuego contra el librejo, y de prision contra mí, que han llovido algunos años á esta parte contra los curas, sobre el negocio que sabe V. R.? ¿No me pelarian justísimamente las barbas, y me gritarian todos, hombres, mugeres y niños, *al coquin*, *al faquin*, *al marraut*, que hace una injusticia *si criante* á todos los grandes predicadores que ha tenido la francia, y que cada dia están saliendo de su seno solo porque deshonran su púlpito un puñado de fátuos y de mentecatos? ¿No me darian en los vigotes con los Bourdalues, con los La-

Colombieres, con los Fleuris, con los Flechieres, con los Segauts, con los Masillones, con los Bretenaus, y con un inmenso catálogo de oradores verdaderamente apostólicos, zelosos, elocuentes, rápidos, evangélicos, sólidos, sublimes modelos originales? ¿Y no me reconvendrian tambien con que no necesitaba la francia de que un frances postizo se viniese á entrometer para corregir los defectos de sus compatriotas, pues ya tenia ella hijos verdaderos suyos que lo tomasen de su cuenta con mucha mas gracia, y con mucho mayor juicio? Señor padre, estamos en el mismo caso, y suplico á V. R. que me escuse la aplicacion.

53 Como soy cristiano, que ya quisiera dexarlo, porque me voy abochornando, y no me puede hacer provecho para la digestion. Pero formo escrúpulo de no decir una palabrita sobre cierta digresion, la mas impertinente del mundo para el intento que hace V. R. en la pág. 50. *¡Y con todo, predicando así* (dice V. R.) *han llegado varios religiosos á la mitra! Como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas. ¿Continuarémos en tener á los estrangeros persuadidos por nuestra culpa á esto? Como no están acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frayles quando leen en las gazetas que el rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispales, se vé el rey precisado á echar mano*

de los religiosos, pues no tienen quien pueda ni merezca ser obispo entre los bonetes.

54 Que se engaste este parrafito en piedras preciosas de á dos en quintal; miéntras tanto voy á sonarme las narices, porque me baxa la fluxîon, y lo pide la materia. Mire padre: ninguno puede hablar con mas imparcialidad que yo en este asunto, porque ha de saber su Reverendísima que yo soy un pobre bonete, no tengo *metida la cabeza en la capucha*, y no puedo ser obispo. ¿A qué cura de san Pedro de Villagarcia se le ha sentado jamás la mitra, no digo en la cabeza, pero ni aun en la fantasía? Lo mas mas que tuvîmos aquí fué un doctor por Sigüenza, ó cosa tal, que llegó á ser comisario del santo oficio, y estuvo la villa para sacarle un vitor pintado con almagre, lo que se dexó porque no alcanzaban los propios para los gastos. A mí me graduó la universidad de Valladolid de bachiller, y casi soy un fenómeno. Quando me oyen decir que fuí opositor á cátedras (si alguna vez lo digo) se santigua el concejo, y mas de dos preguntan si las cátedras son cosa de comer. Considere V. R. si con estos dictados serán humildes mis pensamientos, y si podré pensar en mitra. Con una prebendica de 700 ú de 800 ducados no me trocaria por un patriarca; y dígaselo así V. R. de mi parte al rey y al señor confesor, que como los dos quieran, está hecha la cosa; pues por lo que toca á mí, allá vá anticipada la aceptacion.

55 Esto supuesto no me dirá V. R. en qué pensaba quando se atrevió á escribir la primera cláusula del tal donoso parrafillo: ¡*Y con todo, predicando así, han llegado varios religiosos á la mitra*! Esto es, han llegado á la mitra varios *rabulas, charlatanes, papagayos, habladores, delirantes, predicadores de heregías, salvajes de la Europa*, porque al fin estos son los que *predican así*. A estos ha consultado la cámara de Castilla para obispos; se han conformado con la consulta los señores y padres confesores, y el rey los ha nombrado para la mitra. Saque V. R. las consecuencias que se siguen de esto, que yo estoy algo de prisa, y me está llamando la cláusula que viene despues: *Como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas*. ¡Hay tal! ¡Con que ni las mitras son para cabezas escondidas en las capuchas, ni las cabezas escondidas en las capuchas son para las mitras! Pues mucho ménos serán para el sombrero rojo (*capelo* le llama el italiano), y muchísimo ménos para la tiara. ¿Y tiene V. R. bien contadas las cabezas, que desde la *capucha* saliéron para el *capelo*, y desde el capelo se cubriéron con la tiara, sin contar las muchas otras, á las quales encajáron la tiara casi casi encima de la *capucha*? ¿Ha leido V. R. algo de la historia eclesiástica? Me temo que solamente ha oido hay en el mundo una cosa que se llama así; porque si la hubiera no mas que salu-

dado, sabria que por casi doscientos años (otros dicen trescientos) apénas salió la tyara de la *capucha* benedictina del célebre Monte Casino. ¡ Pero qué *capuchas* ! ¡ Pero qué tyaras!

56 ¿Y las mitras de Francia *nunca se hiciéron para cabezas metidas en las capuchas*? ¡ Pobre español pegote! ¡ Y qué poco *sabe su historia*! (Tambien esta frase es *favorita* de V. R.) ¿Ignora V. R. que por mas de tres siglos apénas hubo obispo en Francia que no hubiese salido de las *capuchas* escondidas en los célebres monasterios de Lerins, Pontigni, Tours, Fuente-Juan, Chalis, Mon-marre, Isla Barba, Bron y otros innumerables, así de benedictinos como de cistercienses, por no contar á Cluni ni al Cistér, que en los siglos décimotercio y décimoquarto se llamaban *les Pepiniers des Eveques*, como si dixéramos el plantío de los obispos? ¿Nunca leyó en su historia que en el siglo duodécimo era ya como cosa sentada que para las mitras vacantes se habian de proponer en la junta del cléro y del pueblo á los abades del Cistér, cuya órden florecia entónces con el mayor rigor de la mas exâcta observancia? ¿No reparó en ella el grande embarazo en que se halló la clerecía, y la ciudad de Bourges en la muerte de su arzobispo Henrique de Sully, porque *florecía entónces el órden cisterciense en tantos sugetos insignes, que esta misma multitud embarazaba la eleccion del clé-*

ro; palabras con que se explica la historia, como que era preciso que la eleccion recayese en sugeto de aquella órden? ¿Dígame, padre español neofito, los Martines, los Guillermos, los Luvines, los Eucherios, y otro número sin número de mitras francesas canonizadas y no canonizadas, *fuéron cabezas metidas* en los bonetes ó *en las capuchas?*

57 Dice V. R. *que como los extrangeros no estan acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frayles, quando leen en las gazetas que el rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispales se vé el rey precisado á echar mano de los religiosos.* ¡Con que los extrangeros no estan acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frayles! ¡Con que en Italia no hay frayles obispos! ¡Ni en Alemania hay obispos frayles ó religiosos! Déxelo padre por amor de Dios. Antes que V. R. diese á luz esta proposicion, ¿no le hubiera sido mejor y mas fácil averiguar si habia en estos tiempos en Alemania, y en Italia algunos frayles vestidos de obispos, que gastar el calor natural en inquirir si dos mil ó tres mil años há los niños y las niñas de los gentiles se vestian de diosecicos y diosecicas de devocion, así como se visten ahora de fraylicos y mongicas de devocion muchos niños y niñas de los cristianos? Curiosa noticia que debemos á la infatigable laboriosidad de

V. R.; pero que nos hacía poca falta, y á V. R. le hacía mucha saber, que los extrangeros están muy acostumbrados á ver fuera de España muchos frayles vestidos de obispos, y muchos obispos vestidos de frayles.

58 Finalmente vamos á la raiz, y abreviemos el camino. Es cierto, padre mio, que en el primer siglo de la institucion, ó de la fundacion de los monges, las cabezas *metidas en las capuchas* (si es que tenian capuchas en que meterse las cabezas de aquellos primeros monges) no solo no se hiciéron para las mitras, pero ni aun para las coronas, porque aquellos monges primitivos, por regla general, ni recibian, ni querian recibir los órdenes sagrados. Tan legos eran todos como la madre que los parió, salvo tal qual, que despues de ordenado *in sacris* se retiraba á la vida monacal. Y no era esto porque no hubiese entre ellos muchísimos hombres tan eminentes en sabiduría como en virtud, sino porque su profunda humildad los desviaba de aquel altísimo estado. Si V. R. quiere instruirse á fondo en la materia, no tiene mas que leer al padre Mavillon. Esto era en el primer siglo del instituto y de la profesion monacal.

59 Pero despues que el papa Siricio por los años de 390 consideró despacio los grandes bienes de que se privaba la iglesia de Dios, y las grandes ventajas que podia sacar de que los monges graves, circunspec-

tos, exemplares y sabios fuesen promovidos, no solo á todos los órdenes, sino á todos los oficios y beneficios de la santa iglesia; despues que reflexîonó á que no era razon que el bien particular que los representaba á ellos su humildad, prevaleciese al bien comun; y finalmente, despues que en virtud de estas consideraciones en la famosa carta que escribió á Himerio, obispo de Tarragona, en el capítulo 13 le dice, que no solo ordene, sino que eleve á todos los oficios y beneficios eclesiásticos á los monges que sobresalieren en gravedad, doctrina, pureza de la fé y en santidad: *Monachis quoque, quos tamen morum gravitas, et vitæ ac fidei institutio sancta commendat, clericorum officiis aggregari*, es gusto ver la prisa que se diéron los obispos, los pueblos, los emperadores y los mismos papas á turbar, por decirlo así, la santa quietud de los desiertos, y á arrancar de ellos á los estáticos cenobitas, para colocarlos en las primeras dignidades, pareciéndoles muy justo que los que habian santificado primero el cláustro y la soledad, fuesen á santificar despues á los poblados y al mundo. Desde entónces y por muchos siglos despues apénas se viéron mas que monges en las primeras sillas de la iglesia universal, tanto en oriente como en occidente. Vea ahora V. P. muy Reverenda, *si las mitras se hiciéron para cabezas metidas en las capuchas.*

60 Conclusion. Suplícasele, pues, á V. R.

con el mayor rendimiento, que otra vez no se meta en lo que no entiende; que haga mas justicia (ya que no quiera hacerla merced) á la nacion española, que quando intente corregir abusos, hable con ménos universalidad, que trate con mayor respeto las resoluciones del rey, el dictámen de sus prudentes confesores, y el parecer de sus sábios ministros; y en fin, que no eche en olvido aquel refrancito español: *Quien tiene tejado de vidrio no tire piedras al de su vecino.*

61 Mas para que V. R. conozca que procedo de buena fé, y que no choco, porque tengo gana de chocar, le digo ingenuamente, que como se hubiese contentado con la primera parte de su prólogo coracero; con haber contraido un poco mas la segunda, sin meterse en el delicado punto de obispados (que ya pica en antigua historia) con no haber salpicado á todos los predicadores del rey, singularmente *á los del número*, y con haber hecho su paralelo de los dos sermones franceses y castellanos, aunque fuese con los paréntesis y glosas en romance esguizarro, que añade á estos últimos, no hubiéramos reñido. Le hubiera abandonado á V. R. los dos sermones con sus dos predicadores, y aunque fuesen otros dos mil como ellos, sin que hubiésemos sacado las espadas. Porque al fin V. R. tiene muchísima razon en todo lo que dice de los tales dos sermones, y de todos los demás que sean

tales como los susodichos. Convengo en eso; y por lo mismo esgrimo la pluma en este escrito para ver si los puedo desterrar, no solo de España sino de todo el mundo, porque mas ó ménos en todo el mundo hay orates con el nombre de oradores. Si *el unguento* de la barba de Aaron sanó en Francia á tantos predicadores relaxados, como dice V. R. no desconfio de que *el sebo* del entendimiento de fray Gerundio haga en España iguales prodigios. En todo caso, yo tendré grande consuelo si al acabar de oir un sermon de los que tanto se usan, dice el auditorio, *que ha estado admirable el padre fray Gerundio; que el padre Gerundio lo ha hecho asombrosamente; y que no ha podido decir mas el señor Don Gerundio.*

62 Para esto, lector mio (¿quánto ha que no nos hablamos? perdona que se me atravesó este embozado en el camino, y era preciso contestarle): para esto, lector mio, ha sido indispensable citar muchos textos de la sagrada escritura, como los citan los fray Gerundios, aplicarlos, como ellos los aplican, y fingir entenderlos, como ellos los entienden. ¡Pero ola! no te persuadas, ni aun en burlas, á que yo los cito, los aplico, ni los entiendo de veras, como los entienden ellos. Tengo muy presente, así el gravísimo decreto del concilio de Trento, como las bulas de Pio V., Gregorio XIII. Clemente VIII. y Alexandro VII. contra esta sacrílega profanacion: Pretexto que in-

tes quemára mil historias de fray Gerundio, que contravenir ni aun ligerísimamente á tan severa como sagrada prohibicion. Pero no era posible hacer ridículos á los predicadores que incurren tan lastimosamente en ella, y en las censuras que la acompañan, sin hacer ridículo el modo con que ellos manejan el sagrado texto. Mas esto, ¿cómo podia ser sin citar el texto, y sin burlarme del modo con que le manejan ellos? Así pues, siempre que encuentres algun lugar de la sagrada escritura ridículamente entendido, y estrafalariamente aplicado, ten entendido que es por burlarme de ellos, por correrlos, por confundirlos, y consiguientemente que esta impiedad debe ir de cuenta suya, y no de la mia. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia; pues al fin, aunque no sea mas que un pobre clérigo de misa, y olla (y ésta flaca) soy un poco temeroso de Dios, me profeso rendido y obediente á las leyes de la iglesia; y por fin y por postre tengo mi alma en las carnes, á la qual estimo tanto, como puede estimar la suya un patriarca.

63. Pero si no eres mas de lo que dices (ésta es tu última réplica) ¿quién te ha metido á tí en dibujos y en tales dibujos? ¿Faltaban en España hombres doctísimos, zelosísimos, eruditísimos y sazonadísimos que tomasen de su cargo un empeño de tanta importancia como gravedad? ¿De dónde te ha venido de repente el caudal de litera-

tura, de juicio, de crítica, de noticias y de sal que se necesita para un empeño tan arduo? Dexo á un lado la autorídad, dictados, crédito y fama que era menester para emprenderle. ¡Un capellan de san Luis, un cura de la iglesia de san Pedro de Villagarcía, un Lobon metido á reformador del púlpito en España! ¡Un Lobon, santos cielos! ¡Un Lobon! ¡qué sabemos quién fué los que le conocemos! ¡Un Lobon, que en tres ó quatro sermones que predicó (y algunos de ellos *de rumbo*) dexó muy atras á todos los Gerundios pasados, presentes, futuros y posibles! ¡Este nos quiere instruir! ¡Este nos quiere reformar! ¡Este se nos viene ahora á burlarse de nosotros! ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!

64 Sí, amigo lector, sí, aunque te pese. Ese mismo Lobon, que fué todo lo que tú dices, y todo lo que quieres decir, y aun mucho mas, si no estás contento, es el que se atreve á una empresa como ésta. Mayor fué la de la conversion de todo el mundo, y en verdad que para ella no se valió Dios de catedráticos, sino de unos pobres pescadores; porque al fin, amigo, el espíritu del Señor inspira donde quiere, quando quiere, y en quien quiere. Que lo haría mucho mejor que yo qualquiera otro, no te lo puedo negar; mas como oigo que infinitos se lastiman, y que ninguno lo emprehende, escusándose los hombres grandes con éstas, con aquellas y con las otras

razones ; yo , que ni me mato por ser mas, ni tampoco puedo ser ménos, escupí las manos , refreguelas y púselas á la obra con este tal qual caudalejo que el Señor me dió. Si acerté en algo , á él sea la gloria ; si lo erré en todo , agradéceme la buena voluntad. Y con esto á Dios , que á fé estoy ya cansado de tanta parladuría. *Explicit prólogus.*

AL INCOMPARABLE

FRAY GERUNDIO ZOTES,
alias *de Campazas.*

SONETO.

No hay otro *fray Gerundio* ni le ha habido;
Hará inmortal el nombre de Campazas;
En casas, en conventos, calles, plazas,
Vá dos quartos que mete mucho ruido:
No nos cite el francés envanecido
A Fleury, á Burdalue, ni á otros mazas:
¿Qué Señeri? ¿Qué Oliva ó calabazas?
¿Ni qué Vieyra? ¿Portugués erguido:
Demóstenes y Tulio? ¿Dos Zoquetes;
Los demás oradores? mil Orates,
Por no llamarlos pobres monigotes:
Solo fray Blas con otros mozalvetes,
Si no le exceden, le hacen sus empates;
Por lo demás es gloria de los ZOTES.

HISTORIA
DEL FAMOSO PREDICADOR
FRAY GERUNDIO
DE CAMPAZAS.

CAPITULO PRIMERO.

Pátria, nacimiento y primera educacion de fray Gerundio.

1 Campazas es un lugar de que no hizo mencion Ptoloméo en sus cartas geográficas, porque verisimilmente no tuvo noticia de él, y es que se fundó como mil y doscientos años despues de la muerte de este insigne geógrafo, como consta de un instrumento antiguo, que se conserva en el famoso archivo de Cotanes. Su situacion es en la provincia de Campos, entre poniente y setentrion, mirando derechamente hácia éste por aquella parte que se opone al mediodia. No es Campazas ciertamente de las poblaciones mas nombradas, ni tampoco de las

mas numerosas de Castilla la Vieja, pero pudiera serlo, y no es culpa suya que no sea tan grande como Madrid, París, Lóndres y Constantinopla, siendo cosa averiguada, que por qualquiera de las quatro partes pudiera extenderse hasta diez y doce leguas sin embarazo alguno. Y si como sus celebérrimos fundadores (cuyo nombre no se sabe) se contentáron con levantar en ella veinte ó treinta chozas, que llamáron casas por mal nombre, hubieran podido y hubieran querido edificar doscientos mil suntuosos palacios con sus torres y chapiteles, con plazas, fuentes, obeliscos y otros edificios públicos, sin duda sería hoy la mayor ciudad del mundo. Bien sé lo que dice cierto crítico moderno, que esto no pudiera ser, por quanto á una legua de distancia corre de norte á poniente el rio grande, y era preciso que por esta parte se cortase la poblacion. Pero sobre que era cosa muy fácil chupar con esponjas toda el agua del rio, como dice un viagero francés que se usa en el Indostan, y en el gran Cayro; ó quando ménos se pudiera extraer con la máquina pneumática todo el ayre, y cuerpecillos extraños que se mezclan en el agua, y entonces apénas quedaría en todo el rio la bastante para llenar una vinagera, como á cada paso lo experimentan con el Rhin, y con el Rodano los filósofos modernos, ¿qué inconveniente tendría que corriese el rio grande por medio de la ciudad de Campazas,

dividiéndola en dos mitades? ¿No lo hace así el Tamesis con Londres, el Moldava con Praga, el Spreé con Berlin, el Elba con Dresde, y el Tiber con Roma, sin que por esto pierdan nada estas ciudades? Pero al fin los ilustres fundadores de Campazas no se quisiéron meter en estos dibujos, y por las razones que ellos se sabrian, se contentaron con levantar en aquel sitio como hasta unas treinta chozas (segun la opinion que se tiene por mas cierta,) con sus cobertizos ó techumbres de paja á modo de cucuruchos, *que hacen un punto de vista el mas delicioso del mundo.*

2 Sobre la etimología de Campazas hay grande variedad en los autores. Algunos quieren que en lo antiguo se llamase *Campazos*, para denotar los grandes campos de que está rodeado el lugar, que verisimilmente diéron nombre á toda la provincia de Campos, cuya punta occidental comienza por aquella parte; y á esta opinion se arriman Antonio Borrego, Blas Chamorro, Domingo Ovejero, y Pasqual Cebollon, diligentes investigadores de las cosas de esta provincia. Otros son de sentir, que se llamó, y hoy se debiera llamar *Capazas*, por haberse dado principio en él al uso de las capas grandes, que en lugar de mantellinas usaban hasta muy entrado este siglo las mugeres de Campos, llamadas por otro nombre las *Tias*; poniendo sobre la cabeza el cuello ó la vuelta de la capa, cortada en

quadro, y colgando hasta la mitad de la saya de frechilla, que era la gala recia en el dia del Corpus, y de san Roque, ó quando el tio de la casa servia alguna mayordomía. De este parecer son Cesar Capi-Sucio, Hugo Capet, Daniél Caporal, y no se desvía mucho de él Julio Caponi. Pero como quiera que esto de etimologías, por lo comun es eradicion *ad libitum*, y que en las bien fundadas de san Isidoro no se hace mencion de la de Campazas, dexamos al curioso lector que siga la que mejor le pareciere; pues la verdad de la historia no nos permite á nosotros tomar partido en lo que no está bien averiguado.

3. En Campazas, pues (que así le llamarémos conformándonos con el estilo de los mejores historiadores que en materia de nombres de lugares usan de los modernos, despues de haber apuntado los antiguos): en Campazas habia á mediado del siglo pasado un labrador que llamaban el Rico del Lugar, porque tenia dos pares de bueyes de labranza, una yegua torda, dos carros, un pollino rucio, zancudo, de pujanza, y andador, para ir á los mercados, un hato de ovejas, la mitad parideras, y la otra mitad machorras; y se distinguia su casa entre todas las del lugar en ser la única que tenia tejas. Entrábase á ella por un gran corralon, flanqueado de cobertizos, que llaman *tenados* los naturales, y ántes de la primera puerta interior se elevaba otro co-

bertizo en figura de pestaña horizontal, muy jalbegueado de cal, con sus chafarrinadas á trechos de almagre, á manera de faldon de disciplinante en dia de jueves santo. El zaguan ó portal interior estaba barnizado con el mismo jalbegue, á excepcion de las ráfagas de almagre, y todos los sábados se tenia cuídado de lavarle la cara con un baño de agua-cal. En la pared del portal que hacía frente á la puerta habia una especie de aparador ó estante que se llamaba *basar* en el vocabulario del país, donde se presentaba desde luego á los que entraban toda la vagilla de la casa: doce platos, otras tantas escudillas, tres fuentes grandes, todas de Talavera de la Reyna, y en medio dos jarras de vidrio con sus cenefas azules hácia el brocal, y sus asas á picos ó á dentellones como crestas de gallo. A los dos lados del basar se levantaban desde el suelo con proporcionada elevacion dos poyos de tierra, almagreados por el pie, y caleados por el plano, sobre cada uno de los quales se habian abierto quatro á manera de hornillos para asentar otros tantos cántaros de barro, quatro de agua zarca para beber, y los otros quatro de agua del rio para los demás menesteres de la casa.

4 Hácia la mano derecha del zaguan, como entramos por la puerta del corral, estaba la sala principal, que tendria sus buenas quatro varas en quadro, con su alcoba de dos y media. Eran los muebles de la sala

seis quadros de los mas primorosos y mas finos de la famosa calle de Santiago de Valladolid, que representaban un san Jorge, una santa Bàrbara, un Santiago á caballo, un san Roque, una nuestra señora del Carmen, y un san Antonio Abad con su cochinillo al canto. Habia un bufete con su sobremesa de gerga listoneada á fluecos, un banco de álamo, dos sillas de tixera á la usanza antigua, como las de ceremonia del colegio Viejo de Salamanca; otra, que al parecer habia sido de baqueta, como las que se usan ahora; pero solo tenia el respaldar, y en el asiento no habia mas que la armazon; una arca grande, y junto á ella un cofre sin pelo y sin cerradura. A la entrada de la alcoba se dexaba ver una cortina de gasa con sus listas de encages de seis maravedís la vàra, cuya cenefa estaba toda quajada de escapularios con cintas coloradas y santas Teresas de barro, en sus urnicas de carton, cubiertas de seda floxa, todo distribuido y colocado con mucha gracia. Y es, que *el Rico de Campazas* era hermano de muchas religiones, cuyas cartas de hermandad tenia pegadas en la pared, unas con hostia, y otras con pan mazcado, entre quadro y quadro de los de la calle de Santiago; y quando se hospedaban en su casa algunos padres graves ú otros frayles que habian sido confesores de monjas, dexaban unos á la tia Catuja (así se llamaba la muger del Rico) y los mas á su hija Petrona, que era una moza ro-

lliza, y de no desgraciado parecer, aquellas piadosas alhajuelas en reconocimiento del hospedage, encargando mucho la devocion, y ponderando las indulgencias.

5 Por mal de mis pecados se me habia olvidado el mueble mas estimado que se registraba en la sala. Eran unas conclusiones de tafetan carmesí de cierto acto que habia defendido en el colegio de san Gregorio de Valladolid un hermano del rico de Campazas, que habiendo sido primero colegial del insigne colegio de san Froylan de Leon, el qual tiene hermandad con muchos colegios menores de Salamanca, fué despues porcionista de san Gregorio; llegó á ser gimnasiarca, puesto importante que mereció por sus puños; obtuvo por oposicion el curato de Ajos y Cebollas en el obispado de Avila, y murió en la flor de su edad, consultado ya en primera letra para el del Berraco. En memoria de este doctísimo varon, ornamento de la familia, se conservaban aquellas conclusiones en un marco de pino, dado con tinta de imprenta; y era tradicion en la casa, que habiendo intentado dedicarlas primero á un obispo, despues á un título, y despues á un oidor, todos se escusáron, porque les olió á petardo; con que desesperado el gimnasiarca (la tia Catuja le llamaba siempre *el heresiarca*) se las dedicó al santo Cristo de Villaquexida, haciéndole el gasto de la impresion un tio suyo comisario del santo oficio.

6 Su hermano el rico de Campazas, que habia sido estudiante en Villagarcía, y habia llegado hasta medianos, siendo el primero del banco de abajo, como se entra por la puerta, sabía de memoria la dedicatoria que tenia prevenida para qualquiera de los tres Mecenas que se la hubiera aceptado, porque el Gimnasiarca se la habia enviado de Valladolid, asegurándole que era obra de cierto frayle mozo, de estos que se llaman *padres colegiales*, el qual trataba en dedicatorias, arengas y quodlibetos, por ser uno de los latinos mas deshechos, mas encrespados y mas retumbantes que hasta entónces se habian conocido, y que habia ganado muchísimo dinero, tabaco, pañuelos y chocolate en este género de trato; *porque al fin* (decia en su carta el Gimnasiarca) *el latin de este frayle es una borrachera, y sus altisonantes frases son una babilonia*. Con efecto, apénas leyó el rico de Campazas la dedicatoria, quando se hizo cruces, pasmado de aquella estupendísima elegancia, y desde luego se resolvió á tomarla de memoria, como lo consiguió al cabo de tres años, retirándose todos los dias detras de la iglesia, que está fuera del lugar, por espacio de quatro horas: y quando la hubo bien decorado, aturrullaba á los curas del contorno que concurrian á la fiesta del patrono, y tambien á los que iban á la romería de Villaquexida, unas veces encajándosela toda, y otras salpicando con tro-

zos de ella la comida en la mesa de los mayordomos. Y como el socarron del rico á ninguno declaraba de quien era la obra, todos la tenian por suya, con lo qual entre los curas del rio grande para acá, y aun entre todos los del páramo pasaba por el gramático mas horroroso que habia salido jamas de Villagarcia: tanto, que algunos se adelantaban á decir sabía mas latin que el mismo Taranilla, aquel famoso *domine* que atolondró á toda la tierra de Campos con su latin crespo y enrebesado, como v. gr. aquella famosa carta con que exâminaba á sus discípulos, que comenzaba así: *Palentiam mea si quis*, que unos construian: *si alguno mea á Palencia*; y por quanto esto no sonaba bien, y parecia mala crianza, con peligro de que se alborotasen los de la Puebla; y no era verisimil que el dómine Taranilla, hombre por otra parte modesto, circunspecto y grande azotador, hablase con poco decoro de una ciudad, por tantos títulos tan respetable, otros discípulos suyos lo construían de este modo: *si quis mea*, chico mio, suple *fuge*, huye, *Palentiam* de Palencia. A todos estos los azotaba irremisiblemente el *impitoyable* Taranilla; porque los primeros perdian el respeto á la ciudad, y los segundos le empullaban á él; sobre que unos y otros le suponian capaz de hacer un latin que, segun su construccion, estaria atestado de solecismos. Hasta que finalmente, despues

de haber enviado al rincon á todo el general, porque ninguno daba con el recóndito sentido de la enfática cláusula, el dómine, sacando la caja, dando encima de ella dos golpecillos, tomando un polvo á pausas, sorbido con mucha fuerza, arqueando las cejas, ahuecando la voz, y hablando gangoso reposadamente, la construía de esta manera: *mea*, vé; *si quis*, si puedes; *Palentiam* á Palencia. Los muchachos se quedaban atónitos, mirándose los unos á los otros, pasmados de la profunda sabiduría de su dómine; porque aunque es verdad, que echada bien la cuenta, habia en su construccion mitad por mitad, tantos disparates como palabras; puesto que ni *meo meas* significa como quiera *ir*, sino *ir por rodeos*, *por giros*, *y serpenteando*; ni *queo quis* significa *poder* como quiera, sino *poder con dificultad*; pero los pobres niños no entendian estos primores; ni el penetrar la propiedad de los varios significados que corresponden á los verbos, y á los nombres que parecen sinónimos, y no lo son, es para gramáticos de primera tonsura, ni para preceptores de la legua.

7 Ya se vé, como los curas del páramo no estaban muy enterados de estas menudencias, tenian á Taranilla por el Ciceron de su siglo, y como oian relatar al rico de Campazas la retumbante y sonora dedicatoria, le ponian dos codos mas alto que al mismo Taranilla. Y por quanto la mayor

parte de los historiadores, que dexáron escritas á la posteridad las cosas de nuestro fray Gerundio, convienen en que la tal dedicatoria tuvo gran parte en la formacion de su exquisito y delicado gusto, no será fuera de propósito ponerla luego en este lugar, primero en latin, y despues fielmente traducida en castellano, para que en el discurso de esta verdadera historia, y con el calor de la narracion no se nos olvide.

CAPITULO II.

En que sin acabar lo que prometió el primero, se trata de otra cosa.

1 Decia, pues, así la recóndita, abstrusa y endiablada dedicatoria, dexando á un lado los títulos, que no tuvo por bien trasladar el gimnasiarca.

2 *Hactenus me intra vurgam animi litescentis inipitum, tua heretudo instar mihi luminis extimandea denormam redubiare compellet sed antistar gerras meas anitas diributa & posartitum Nasonem quasi agredula: quibusdam lacunis, baburrum stridorem averrucandus oblatero. Vos etiam viri optimi: ne mihi in anginam vestræ hispiditatis arnanticatacium carmen irreptet. Ad rabem meam magicopertit: cicuresque conspicite ut alimones meis carnatoriis, quam censiones extetis. Igitur*

conramo sensu meam returem quamvis vasculam Pieridem actutum de vobis lamponam comtulam spero. Adjuta namque cupedia præsumentis, jam non exippitandum sibi esse conjectat. Ergo benepedamus me hac pudori citimum colucari censete. Quam si hac nec treperat extiterint nec fracebunt quæ halucinari, vel ut vovinator adactus sum voti vobis damiumusque ad exodium vitulanti is cohacmentem. Quis enim mesonibium et non murgissonem fabula autamabit quam Mentorem exfaballibit altibuans, unde favorem exfebruate, fellibrem ut applaudam armoniæ tensore à me velut ambrone collectam adoreos veritatis instruppas.

3 Esta es la famosa dedicatoria que el gimnasiarca de san Gregorio, cura de Ajos y Cebollas, electo del Berraco, envió desde Valladolid á su hermano el rico de Campazas: la qual, despues de haber corrido por las mas célebres universidades de España con el aplauso que se merecia, pasó los Pirineos, penetró á Francia, donde fué recibida con tanta estimacion, que se conserva impresa una puntual, exâcta y menudísima noticia genealógica de todas las manos por donde corrió el manuscrito, con los pelos y señales de los sugetos que le tuviéron, hasta que llegó á las del maldito addicionador de la *Menagiana*, que la estampó en el primer tomo de los quatro que echó á perder con sus impertinentísimas

notas, escolios y añadiduras. Dice, pues, este escoliador de mis pecados, que el primer manuscrito que se sepa hubiese llegado á Francia paró en poder de Juan Lacurna, el qual era hombre hábil y bailío de Arnaidel-Duque; que despues pasó al docto Saumaise, y de éste le heredó su hijo primogénito Claudio Saumaise, el qual murió en Beaune á los 34 años de su edad el dia 18 de abril de 1661: que por muerte de Claudio paró en la biblioteca de Juan Baptista Lantin, consejero, el qual y otro consejero llamado Filiberto de la Mare fuéron legatarios por mitad de los manuscritos de Saumaise, y que de Juan Baptista Lantin le heredó su hijo el señor Lantin, consejero de Dijón.

4 Todo está muy bien, con puntualidad, con menudencia y con exâctitud; porque claro está que iba á perder mucho la república de las letras si no se supiera con toda individualidad, por qué manos de padres á hijos habia pasado un manuscrito tan importante; y si todos los investigadores hubieran sido tan diligentes, y tan menudos como este doctísimo y exâctísimo addicionador, no hubiera ahora tantas disputas, repiquetes y contiendas entre nuestros críticos, sobre quien fué el verdadero autor *de la pulga* del licenciado Burguillos, que unos atribuyen á Lope de Vega, y otros á un frayle, engañados sin duda porque en el manuscrito, sobre el qual se hizo

la primera impresion en Sevilla, se leían al fin de él estas letras: Fr. L. d. V. entendiendo que el *Frey era Fray*, cosas entre sí muy distintas y diversas, como lo saben hasta los niños Malavares. Ni en Inglaterra se hubieran dado las batallas campales que se diéron á principio de este siglo entre dos sábios antiquarios de la universidad de Oxford, sobre *el orígen de las espuelas, y la primitiva invencion de las alforjas*, fundándose uno y otro en dos manuscritos que se hallaban en la biblioteca de la misma universidad, pero sin saberse en qué tiempo, ni por quién se habian introducido en ella, que era el punto decisivo para resolver la qüestion.

5 Pero si al addicionador de la Menagiana se le deben gracias por esta parte, no se las daré yo, porque con su cronología sobre el manuscrito de la dedicatoria, me mete en un embrollo histórico, del qual no sé como me he de desenvolver, sin cometer un *anacronismo*, voz griega y sonorosa, que significa contradiccion en el cómputo de los tiempos. Dice Monsiur el addicionador, que Cláudio Saumaise murió el año de 1661, y que quando llegó á él el manuscrito de la dedicatoria ya habia pasado por otras dos manos; conviene á saber, por las de su padre el docto Saumaise, y por las del Baylio Juan Lacurna; y es mucho de notar que no dice que pasó de mano en mano, como suele pasar la gaze-

ta y el pronóstico de Torres, sino que dá bastantemente á entender que fué por via de herencia, y no de donacion *inter vivos*. Esto supuesto parece claro como el agua, que ya por los años de 1600 se tenia noticia en Francia de la tal dedicatoria, no siendo mucho dar sesenta años al señor Lacurna, y veinte ó treinta á Saumaise; porque aunque se pudiera decir que ámbos eran de una misma edad, no parece verisimil que un particular, por doctísimo que fuese, viviese tanto como un baylio; pues bien que esto de baylio en Francia signifique poco mas que acá un alcalde gorrilla; pero al fin para lo de Dios el baylio de Arnai era tan baylio como el de Lora. Y habiendo dicho nosotros al principio de esta verdaderísima historia, ó por lo ménos habiéndolo dado á entender que la dedicatoria la compuso un padre colegial que estudiaba en Valladolid, quando ya estaba muy entrado en dias el siglo pasado, puesto que hasta la mitad de él no hacen mencion del rico de Campazas los anales de esta posibilísima ciudad, y que se la envió su hermano el Gimnasiarca; ¿cómo era posible que se tuviese noticia de ella en Francia por los años de 1600.

6 Para salir de esta intrincada dificultad, no hay otra callejuela sino decir que el padre colegial leeria esta estupendísima pieza en algun librete frances, y despues se la embocaria al bonísimo del Gimnasiar-

ca como si fuera obra suya, porque de estas travesuras á cada paso vemos muchas aun en el siglo que corre, en el qual no pocos de estos que se llaman autores, y que tienen cara de hombres de bien, averiguada despues su vida y milagros, se halla ser unos raterillos literarios, que hurtando de aquí y de allí, salen de la noche para la mañana en la gazeta con los campanudos dictados de matemáticos, filosóficos, fisicos, eléctricos, proto-críticos, anti-Sistemáticos, quando todo bien considerado, no son en la realidad mas que unos verdaderos panto-mímicos.

7 Mas dexando este punto indeciso, lo que en Dios y en conciencia no se puede perdonar al impertinentísimo addicionador, en la injusta y desapiadada crítica que hace de la susodicha dedicatoria, tratándola de la cosa mas perversa, mas ridícula y mas extravagante que se puede imaginar; y añadiendo que el lenguage, aunque parece suena á latin, es de una latinidad monstruosa, bárbara y salvage. Pero con licencia de su mala condicion, yo le digo claritamente, y en sus barbas, que no sabe qual es su latin derecho, y que se conoce que en su vida ha saludado los cristus de la verdadera latinidad; pues le hago saber que ni Ciceron, ni Quintiliano, ni Tito-Livio, ni Sallustio hiciéron jamas cosa semejante, ni fuéron capaces de hacerla. Y á lo otro que añade con mucha socarronería, de que aunque en

la cultísima dedicatoria se hallan algunas palabras latinas que se encuentran en las glosas de Isidoro y de Papías, y en la coleccion de Cange, pero que se engaña mucho, ó no se ha de encontrar ingenio tan hábil en el mundo, que al todo de ella le dé verdadero y genuino sentido; yo le digo que para que vea con efecto lo mucho que se engaña el mismo padre colegial que dió al Gimnasiarca la dedicatoria en latin, ora fuese composicion suya, ora agena, se la dió tambien vertida en castellano fluido, corriente, natural, claro, perspícuo, como se vé en una copia auténtica que se encontró en el libro donde el rico de Campazas iba asentando por rayas la soldada de los criados, y los pellejos de ovejas que iba trayendo el pastor. La version, pues, de dicha dedicatoria decia así, ni mas ni ménos.

8 ,,Hasta aquí la excelsa ingratitud de tu soberanía ha obscurecido en el ánimo, á manera de clarísimo esplendor, las apagadas antorchas del mas sonoro clarin, con écos luminosos, á impulsos balbucientes de la furibunda fama. Pero quando exâmino el rocicler de los despojos al terso bruñir del Emisferio en el blando oroscopo del argentado catre, que elevado á la region de la techumbre, inspira oráculos al acierto en bóbedas de cristal; ni lo airoso admite mas competencias, ni en lo heroyco caben mas elocuentes disonancias. Temerario arrojo sería escalar con pompa fúnebre hasta el gol-

so insondable, donde campea qual vivorezno animado el piélago de tu hermosura; porque hay sistemas tan atrevidos, que á guisa de emblemáticos furores, esterilizan á trechos toda su osadia al escrutinio; mas no por eso el piadoso Eneas agotó sus caudales al Rodano, cubierta la arrogante faz con el crespo, falaz y alhagüeño manto: que si el jazmin sostiene pirámides á los lisongeros peces, tambien el chopo franquea espumoso lecho á las odoríferas naves; ni es tan crítico el enojo del carrasco, que no destile rayo á rayo todo el alambique del aprisco. Meostor en cabilaciones de sol pudo esgrimir orgullosas sinrazones de fanal; pero tambien experimentó á golpes del desengaño desagravios incautos del alevoso zeño; quando la agigantada nobleza de tu régia exâctitud embota las puntas al acero de alentada magestad. Admite, pues, este literario desden, elegante tributo de soporífero afan; y si estiendes los aplausos de tu harmonía á los hirsutos cambrones, no puede ménos de penetrar tu coleto la fragrancia de la verdad, hasta calarse á las tripas, ó hasta aniquilar con dichosa fortuna los estrupros: *Ut aplaudam armoniæ tensore à me velut ambrone collectam adoreos veritatis instruppas.*"

CAPITULO III.

Donde se prosigue lo que prometió el primero.

1 Este tal rico de Campazas, hermano del Gimnasiarca, se llamaba Anton Zotes, familia arraigada en Campos, pero estendida por todo el mundo, y tan fecundamente propagada, que no se hallará en todo el reyno, provincia, ciudad, villa, aldea, ni aun alquería donde no hiervan los Zotes como garbanzos en olla de potage. Era Anton Zotes, como ya se ha dicho, un labrador de una mediana pasada; hombre de machorra, cecina y pan mediado los dias ordinarios, con cebolla ó puerro por postre, baca y chorizo los dias de fiesta; su torrezno corriente por almuerzo y cena, aunque ésta tal vez era un salpicon de baca; despensa ó agua-pie su bebida usual, ménos quando tenia en casa algun frayle, especialmente si era prelado, lector ó algun gran supuesto en la órden, que entónces se sacaba á la mesa vino de Villamañan ó del Páramo. El genio bondadoso en la corteza; pero en el fondo un si es no es suspicaz, envidioso, interesado y cuentero: en fin legítimo *bonus vir de Campis*. Su estatura mediana, pero fornido y repolludo, cabeza grande y redonda, frente estrecha, ojos pe-

queños, desiguales y algo taymados, guedejas rabi-cortas, á la usanza del Páramo, y no consistoriales, como las de los sexmeros del Campo de Salamanca, pestorejo, se supone, á la geronimiana, rechoncho, colorado y con pliegues. Este era el hombre interior y exterior del tio Anton Zotes, el qual, aunque habia llegado hasta el banco de abaxo de medianos con ánimo de ordenarse, porque dicen que le venia una capellanía de sangre en muriendo un tio suyo arcipreste de Villaornate; pero al fin le puso pleyto una moza del lugar, y se vió precisado á ir por la iglesia, mas no al coro, ni al altar, sino al santo matrimonio. El caso pasó de esta manera.

2 Hallabase estudiando en Villagarcia, y ya medianista, como se ha dicho, á los veinte y cinco años de su edad. Llegáron *los quince dias*, que así se llaman las vacaciones que hay en la semana santa y en la de pasqua, y fuese á su lugar, como es uso y costumbre en todos los estudiantes de la redonda. El diablo que no duerme, le tentó á que se vistiese de penitente el jueves santo; y es, que como el estudiantico ya era un poco espigado, adulto y barbi-cubierto, miraba con buenos ojos á una mozuela vecina suya, desde que habian andado juntos á la escuela del sacristan, y para cortejarla mas le pareció cosa precisa salir de disciplinante; porque es de saber, que este es uno de los cortejos de que se pagan

mas todas las mozas de Campos, donde ya es observacion muy antigua, que las mas de las bodas se fraguan el jueves santo, el dia de la cruz de mayo, y las tardes que hay bayle, habiendo algunas tan devotas y tan compungidas, que se pagan mas de la pelotilla y del ramal, que de la castañuela. Y á la verdad, mirada la cosa con ojos serenos, y sin pasion, un disciplinante con su cucurucho de á cinco quartas, derecho, almidonado y piramidal; su capillo á moco de pabo, con caida en punta hasta la mitad del pecho; pues qué si tiene ojeras á perspunte, rasgadas con mucha gracia; con su almilla blanca de lienzo casero, pero aplanchada, ajustada y atacada hasta poner en prensa el pecho y el talle: dos grandes trozos de carne momia, maciza y elevada, que se asoman por las dos troneras rasgadas en las espaldas, divididas entre sí por una tira de lienzo, que corre de alto á baxo entre una y otra, que como están cortadas en figura oval, á manera de quartos traseros de calzon, no parece sino que las nalgas se han subido á las costillas, especialmente en los que son rechonchos y carnosos; sus enaguas, ó su faldon campanudo, pomposo y entre-plegado. Añádase á todo esto, que los disciplinantes macarenos y majos suelen llevar sus zapatillas blancas, con cabos negros, se entiende quando son disciplinantes de devocion, y no de cofradía, porque á éstos no se les permiten zapatos, salvo

á los penitentes de luz, que son los jubilados de la órden. Considérese despues, que este tal disciplinante que vamos pintando, saca su pelotilla de cera, salpicada de puntas de vidrio, y pendiente de una cuerda de cáñamo empegada para mayor seguridad; que la mide hasta el codo con gravedad y con mesura; que toma con la mano izquierda la punta del moco del capillo; que apoya el codo derecho sobre el hijar del mismo lado (ménos que sea zurdo nuestro disciplinante, porque entónces es cosa muy necesaria advertir que todas estas posturas se hacen al contrario); que, sin mover el codo, y jugando únicamente la mitad del brazo derecho, comienza á sacudirse con la pelotilla ácia uno y otro lado, sabiendo con cierta ciencia, que de esta manera ha de venir á dar en el punto céntrico de las dos carnosidades espaldares, por reglas inconcusas de anatomía que dexó escritas un cirujano de Villamayor, mancebo y aprendiz que fué de otro de Villarramiel. Contemplese finalmente como empieza á brotar la sangre, que en algunos, si no es en los mas, parecen las dos espaldas dos manantiales de pez, que brotan leche de empegar botas: como vá salpicando las enaguas, como se distribuye en canales por el faldon, como le humedece, como le empapa, hasta entraparse en los pernejones del pobre disciplinante. ¿Y dígame con serenidad el mas apasionado contra las glorias de Cam-

pos, si hay en el mundo espectáculo mas galan, ni mas ayroso? ¿Si puede haber resistencia para este hechizo, y si no tienen buen gusto las mozanconas que se van tras los penitentes, como los muchachos tras los gigantones y la tarasca el dia del Corpus?

3 No se le ocultaba al bellaco de Anton esta inclinacion de las mozas de su tierra, y así salió de disciplinante el jueves santo, como ya llevamos dicho. A la legua le conoció Catanla Rebollo (que éste era el nombre de la doncella su vecina, y su condiscípula de escuela); porque además de que en toda la procesion no habia otro caperuz tan chusco, ni tan empinado, llevaba por contraseña una cinta negra, que ella misma le habia dado al despedirse por san Lucas para ir á Villagarcía. No le quitaba ojo en toda la procesion; y él, que lo conocia muy bien, tenia gran cuidado de cruzar de quando en quando los brazos, encorbar un poco el cuerpo, y apretar las espaldas para que exprimiesen la sangre, haciendo de camino un par de arrumacos con el caperuz, que es uno de los pasos tiernos á que están mas atentas las doncellas casaderas; y el patan que le supiere hacer con mayor gracia, tendrá mozas á escoger, aunque por otra parte no sea el mayor jugador de la calva ó del morrillo que haya en el lugar. Al fin, como Anton se desangraba tanto, llegó el caso de que uno de los ma-

yordomos de la cruz, que gobernaba la procesion, le dixese que se fuese á curar. Catanla se fué tras él, y como vecina se entró en su casa, donde ya estaba prevenido el vino con romero, sal y estopas, que es todo el aparato de estas curaciones. Estrujáronle muy bien las espaldas, por si acaso habia quedado en ellas algun vidrio de la pelotilla; lavarónselas, aplicáronle la estopada, vistióse, embozóse en su capa parda, y los demás se fuéron á ver la procesion, ménos Catanla, que dixo estaba cansada, y se quedó á darle conversacion. Lo que pasó entre los dos no se sabe: solo consta de los anales de aquel tiempo, que vuelto Anton á Villagarcía comenzó á correr un run run malicioso por el lugar; que sus padres quisiéron se ordenase á título de la capellanía; que él, por debaxo de cuerda, hizo que la moza le pusiese impedimento; que al fin y postre se casáron; y que para que se vea el poco temor de Dios, y la mucha malicia con que habian corrido aquellas voces por el pueblo, la buena de la Catanla no parió hasta el tiempo legal y competente.

CAPITULO IV.

Acábase lo prometido.

1 Parió, pues, la tia Catuja un niño como unas flores, y fué su padrino el licenciado Quixano de Perote, un capellan del mismo Campazas, que en otro tiempo habia querido casarse con su madre, y se dexó por haberse hallado que eran parientes en grado prohibido. Empeñóse el padrino en que se habia de llamar Perote, en memoria, ó en alusion á su apellido; porque aunque no habia este nombre en el kalendario, tampoco habia el de Lain, Nuño, Tristan, Tello, ni Peranzules, y constaba que los habian tenido hombres de gran pró y de mucha cuenta: Esto decia el licenciado Quixano, alegando las historias de Castilla; pero como Anton Zotes no las habia leido, no le hacian mucha fuerza, hasta que se le ofreció decirle que tampoco estaban en el kalendario los nombres de Oliveros, Roldan, Florismarte, ni el de Turpin, y que esto no embargante no le habia estorvado eso para ser arzobispo. Vaya que soy un asno, dixo entónces el tio Anton, pues no tengo leido otra cosa; y es que era muy versado en la historia de los Doce Pares, la que sabía tan de memoria como la dedicatoria del Gimnasiarca. Llámese Perote, y no

se hable mas en la materia. Pero el cura del lugar, que se hallaba presente, reparó en que Perote Zotes no sonaba bien, añadiendo, no sin alguna socarroneria, que Zote era consonante de Perote, y que él habia leido, no se acordaba donde, que esto se debia evitar mucho quando se hablaba en prosa. No gaste vmd. tanta, señor cura, replicó el padre del niño, que tampoco suena bien Sancho Ravancho, Alberto Retuerto, Geromo Palomo, Antonio Bolonio, y no vemos, ni oimos otra cosa en nuestra tierra. Fuera de que eso se remedia facilmente con llamar al niño Perote de Campazas, dándole por apellido el nombre de nuestro pueblo, como se usaba en lo antiguo con los hombres grandes, segun nos informan las historias más verídicas; y así vemos hablar en ellas de Oliveros de Castilla, de Amadis de Gaula, de Artus de Algarve, y de Palmerin de Hircania, constándonos ciertamente que estos no eran sus verdaderos apellidos, sino los nombres de las provincias ó reynos donde naciéron aquellos grandes caballeros, que por haberlas honrado con sus hazañas, quisiéron eternizar de esta manera la memoria de su patria en la posteridad. Y esto no solamente lo usáron los que fuéron por las armas, sino tambien los que fuéron por las letras, y dexáron escritos algunos libros famosos, como el Piscator de Sarrabal, el Dios Momo, la Carantamaula, el Lazarillo de Tormes, la

Pícara Justina, y otros muchos que tengo leidos, cuyos autores, dexando el propio apellido, tomáron el de los lugares donde naciéron para ilustrarlos; y á mí me dá el corazon, que este niño ha de ser hombre de provecho, y así llámese por ahora Perótico de Campazas, hasta que con la edad y con el tiempo le podamos llamar Perote á boca llena.

2 No en mis dias, dixo la tia Catanla. *Perote* suena á cosa de perol, y no ha de andar por ahí el hijo de mis entrañas como andan los peroles por la cocina. Punto en boca, señores, exclamó Anton Zotes de repente. Ahora me incurre un estupendísimo nombre, que enjamás se empuso á nengun nacido, y se ha de impuner á mi chicote. *Gerundio* se ha de llamar, y no se ha de llamar de otra manera, aunque me lo pidiera de rodillas el Padre Santo de Roma. Lo primero y prencipal, porque Gerundio es nombre sengular, y eso busco yo para mijo. Lo segundo, porque macuerdo bien, que quando estudiaba con los teatinos de Villagarcía, por un *Gerundio* gané seis puntos para la vanda, y es mi última y postrímera voluntad hacer enmortal en mi familia la memoria de esta hazaña.

3 Hízose así, ni mas ni ménos, y desde luego dió el niño grandes señales de lo que habia de ser en adelante, porque ántes de dos años ya llamaba *pueca* á su madre con mucha gracia, y decía *no chero querno*

tan claramente como si fuera una persona: de manera, que era la diversion del lugar, y todos decian que habia de ser la honra de Campazas. Pasando por allí un frayle lego, que estaba en opinion de santo, porque á todos trataba de *tú*, llamaba *bichos á las mugeres*, y á la Vírgen *la Borrega*, dixo que aquel niño habia de ser frayle, gran letrado, y estupendo predicador: el suceso acreditó la verdad de la profecía, porque en quanto á frayle lo fué tanto como el que mas; lo de gran letrado, si no se verificó en esto de tener muchas letras, á lo ménos en quanto á ser gordas y abultadas las que tenia, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador no hubo mas que desear, porque éste fué el talento mas sobresaliente de nuestro Gerundico, como se verá en el discurso de la historia.

4 Aun no sabía leer ni escribir, y ya sabía predicar, porque, como pasaban por la casa de sus padres tantos frayles, especialmente questeros, veredetos, predicadores sabatinos, y aquellos que en tiempo de quaresma y adviento iban á predicar á los mercados de los lugares circunvecinos; y éstos, unas veces rogados por el Tio Anton Zotes, y por su buena muger la tia Catanla; otras (y eran las mas) sin esperar á que se lo rogasen, sobre mesa sacaban sus papelones, y ni mas ni ménos que si estuvieran en el púlpito leian en tono alto, sonoro y concionatorio lo que llevaban pre-

venido ; el niño Gerundio tenia gran gusto en oirlos, y despues en remedarlos, tomando de memoria los mayores disparates que los oia, que no parece sino que éstos se le quedaban mejor ; y si por milagro los oía alguna cosa buena, no habia forma de aprenderla.

5 En cierta ocasion estuvo en su casa á la questa del mes de agosto un padrecito de estos atusados, con su poco de copete en el frontispicio, cuelli-erguido, barbi-rubio, de hábito limpio y plegado, zapato chusco, calzon de ante, y gran cantador de jácaras á la guitarrilla, del qual no se apartaba un punto nuestro Gerundico, porque le daba confites. Tenia el buen padre mitad por mitad tanto de presumido, como de evaporado, y contaba como estando él de colegial en uno de los conventos de Salamanca, le habia enviado su prelado á predicar un sermon de ánimas á Cabrerizos, y que habian concurrido á oirle muchos colegiales mayores, graduados y catedráticos de aquella universidad, por el crédito que habia cogido en ella con ocasion de graduarse cierto rector de un colegio menor, ya ordenado *in sacris*, de quien era pública voz y fama, que despues de haber recibido el subdiaconato subrepticiamente y á hurtadillas, habia estado un año en la cárcel eclesiástica de su tierra, por quanto tres doncellas honradas habian presentado al señor provisor tres papeles con palabra

de casamiento. Esto se compuso lo mejor que se pudo; volvió á proseguir sus estudios á Salamanca, porque era mozo de ingenio; quiso graduarse, y encomendó una de las arengas al tal padrecito, que era paysano suyo, el qual comenzó por aquello de *aprehenderunt septem mulieres virum unum*; encajó despues lo de *filii tui de longè venient, et filiæ tuæ de latere surgent*, y no se le quedó en el tintero el texto tan oportuno de *generatio rectorum benedicetur*. Y puesto que los textos y lugares de la sagrada escritura en semejantes composiciones puramente retóricas y profanas son tan impertinentes y tan importunos como las fábulas, y los versos de los poetas antiguos, usados á pasto y con inmoderacion, lo son en los sermones; no embargante tampoco, que el tal frayle incurrió bonitica-mente en la excomunion, que el sagrado concilio de Trento tiene fulminada contra los que abusan de la sagrada escritura para liviandades, sátiras, chanzonetas y chocarrerías: la tal arenga tuvo su aplauso á título de truanesca, y el susodicho padre quedó tildado por pieza.

6 Pues como supiéron que predicaba en Cabrerizos el sermon de ánimas, concurriéron con efecto á oirle todos aquellos ociosos y desocupados de Salamanca (haylos de todas clases y especies) que se huelgan á todo lo que sale; y el buen religioso quedó tan pagado de su sermon, que repetia

muchas cláusulas de él en todas las casas de los hermanos donde se hospedaba. Oigan ustedes, por vida suya, cómo comenzaba: dixo la primera noche de sobremesa á Anton Zotes, á su muger y al Cura del lugar, que habia concurrido al levantarse los manteles, para cortejar al frayle, y brindar á la salud de su buena venida, como es uso en toda buena crianza.

7 Fuego, fuego, fuego, que se quema la casa: *Domus mea, domus orationis vocabitur*. Ea, sacristan, toca esas retumbantes campanas: *in cimbalis benè sonantibus*. Así lo hace, porque tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa, como dixo el discreto Picínelo: *Lazarus amicus noster dormit*. Agua, señores, agua, que se abrasa el mundo: *¿Quis dabit capiti meo aquam?* La interlineal: *qui erant in hoc mundo*. Pagnino: *et mundus eum non cognovit*. ¿Pero qué veo? ¡Ay, cristianos que se abrasan las ánimas de los fieles! *Fidelium animæ*, y sirve de yesca á las voraces llamas derretida pez: *requiescant in pace, id est, in pice*, como expone Vatablo. Fuego de Dios cómo quema: *ignis à Deo illatus*. Pero albricias, que ya baxa la Vírgen del Cármen á librar á las que traxéron su devoto escapulario: *scapulis suis*. Dice Cristo, favor á la justicia: dice la Vírgen, válgame la gracia. *Ave María*.

8 Anton Zotes estaba pasmado; á la tia Catanla se la caía la baba; el Cura del lu-

gar, que se habia ordenado con reverendas de sede-vacante, y entendia lo que rezaba como qualquiera monja, le miraba como atónito; y juró por los santos quatro evangelios, que aunque habia oido predicar la semana santa de Campazas á los predicadores sabatinos mas famosos de toda la redonda, ninguno le llegaba á la suela del zapato. No acababa de ponderar aquel chiste de comenzar un sermon de ánimas con *fuego, fuego, que se quema la casa.* ¿Pues qué el ingenioso pensamiento de que lo mismo es tocar á muerto que tocar á fuego? Tenga usted, señor Cura, le interrumpió el padre, alargándole la caja para que tomase un polvo, que esto tiene mas alma de la que parece. Las almas de los difuntos, ó están en la gloria, ó están en el infierno, ó están en el purgatorio: por las primeras no se toca, que no han menester sufragios; por las segundas tampoco, porque no las aprovechan: con que solo se toca por las terceras, para que Dios las saque de aquellas llamas; pues eso, y tocar á fuego allá se vá todo. Ahora prosiga usted con su glosa, que me dá mucho gusto, y se conoce que es hombre que lo entiende; y no como cierto padre maestro de mi religion, que aunque es hombre grave en la órden, y le tienen por docto y de entendimiento, me tiene ojeriza desde que le negué el voto en un capítulo del convento para que fuese prelado, y me dixo que el sermon era un hato de disparates,

añadiendo que eran delatables á la Inquisicion.

9 Todos somos hombres, replicó el Cura, y como de esas envidias se ven en las religiones. A fé, que acaso su Reverendísima el tal padre maestro en todos los dias de su vida daria con una cosa tan oportuna como aquella de *agua, agua, que se quema la casa*, con ser así, que despues de haber tocado las campanas á fuego, se estaba cayendo de su peso el pedir agua. Añada usted, le dixo el padre colegial, que ahí se hace alusion al agua bendita, la qual, como usted sabe, es uno de los sufragios mas provechosos para las benditas ánimas del purgatorio. Eso es claro, respondió el Cura, porque el fuego se apaga con el agua, y así se lo explico yo en la misa á mis feligreses. Dende que se lo oí predicar á su mercé (saltó la tia Catanla) tengo yo mucho cuidado de regar bien la sepultura de mi madre, porque dizque cada gota de agua bendita que cae sobre ella, apaga una gota del fuego del pulgatorio. Lo que mas me admira, continuó el Cura, es la propiedad de los textos, que no parece sino que vuesa paternidad los trae en la manga, y quando habla de agua, luego saca un texto que habla de agua; quando de casa, de casa; y quando de mundo, de mundo: todos tan claros, que los entenderá qualquiera, aunque no haya estudiado latin. Ese es el chiste, respondió el padre; pero vá que no sabe usted

por qué traxe el texto de *Làzarus amicus noster dormit*, quando dixe, que tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa. Confieso que no lo entendí, dixo el buen Cura; y que aunque me sonó á despropósito, pero como veo el grande ingenio de vuesa paternidad, lo atribuí á mi rudeza, y desde luego creí que sin duda se ocultaba algun misterio. Y como que le hay, prosiguió el frayle; y si no, dígame usted: quando Cristo resucitó á Lázaro, ¿no estaba éste muerto? Así lo dice san Agustin, Lyra, Cartagena y otros muchos, y no hay duda que esta es la sentencia mas probable; porque aunque el texto dice que dormia, *dormit*, es porque la muerte se llama sueño, como lo notó doctamente el sapientísimo idiota. Pues ahora; habiendo yo dicho *tocar á muerto*, venia de perlas poner delante un difunto. ¿Y por qué escogería yo á Lázaro mas que á otro? Aquí está el chiste, porque el mayordomo de la cofradía de las ánimas de Cabrerizos se llamaba Lázaro, y era grande amigo de nuestro convento, al qual enviaba de limosna todos los años un cordero, y media cántara de vino. Por eso dixe, *Lazarus amicus noster*; que al oirlo el alcalde, el regidor y el fiel de fechos, que estaban delante del púlpito sentados en el banco de la señora justicia, diéron muchas cabezadas mirándose unos á otros. No pudo contenerse el Cura: levantóse del asiento, y echando al padre los brazos al cue-

llo, le dixo casi llorando de gozo: padre, vuesa paternidad es un demonio; y añadió Catanla: Benditas las madres, que tales hijos paren.

10 A todo esto estaba muy atento el niño Gerundio, y no le quitaba ojo al religioso. Pero como la conversacion se iba alargando, y era algo tarde, vínole el sueño, y comenzó á llorar. Acostóle su madre; y á la mañana, como se habia quedado dormido con las especies que habia oido al padre, luego que dispertó se puso de pies y en camisa sobre la cama, y comenzó á predicar con mucha gracia el sermon que habia oido por la noche, pero sin atar, ni desatar, y repitiendo no mas que aquellas palabras mas fáciles que podia pronunciar su tiernecita lengua, como *fuego*, *agua*, *campanas*, *saquistan*, *tio Lázaro*, y en lugar de picinelo, paguino y vatablo, decia *pañuelo*, *pollino y buen nabo*, porque aun no tenia fuerza para pronunciar la *l*. Anton Zotes y su muger quedáron aturdidos: diéronle mil besos, dispertáron al padre colegial, llamáron al cura, dixéron al niño que repitiese el sermon delante de ellos, y él lo hizo con tanto donayre y donosura, que el cura le dió un ochavo para avellanas, el frayle seis chochos, su madre un poco de turron de Villada que habia traido de una romería; y contando la buena de la Catanla la profecía del bendito lego (así le llamaba ella) todos conviniéron en que aquel niño

habia de ser gran predicador, y que sin perder tiempo era menester ponerle á la escuela de Villaornate, donde habia un maestro muy famoso.

CAPITULO V.

De los disparates que aprendió en la escuela de Villaornate.

1 Eralo un cojo, el qual, siendo de diez años, se habia quebrado una pierna por ir á coger un nido. Habia sido discípulo en Leon de un maestro famoso, que de un rasgo hacía una pájara, de otro un pavellon, y con una A, ó con una M al principio de una carta cubria toda aquella primera llana de garambaynas. Hacía carteles que dedicaba á grandes personages, los quales por lo comun se los pagaban bien; y aunque le llamaban por esto el maestro socaliñas, á él se le daba poco de los murmuradores, y no por eso dexaba de hacer sus ridículos cortejos. Sobre todo era eminente en dibujar aquellos carteles, que llaman de letras de humo, y con efecto pintaba un *Alabado* que podia arder en un candil. De este insigne maestro fué discípulo el cojo de Villaornate; y era fama, que por lo ménos habia salido tan primoroso garambaynista como su mismo maestro.

2 Siendo cosa averiguada que los cojos por lo comun son ladinos y avisados, este

tal cojo de quien vamos hablando no era lerdo, aunque picaba un poco en presumido y extravagante. Como salió tan buen pendolista, desde luego hizo ánimo á seguir la carrera de las escuelas, esto es, á ser maestro de niños, y para soltarse en la letra se acomodó por dos ó tres años de escribiente con el notario de la vicaria de san Millan, el qual era hombre curioso, y tenia algunos libros romancistas, unos buenos y otros malos. Entre éstos habia tres libritos de ortografia, cuyos autores seguian rumbos diferentes, y aun opuestos, queriendo uno que se escribiese segun la etimología ó derivacion de las voces; otro defendiendo que se habia de escribir como se pronunciaba; y otro, que se debia seguir en eso la costumbre. Cada uno alegaba por su parte razones, exemplos, autoridades, citando academias, diccionarios, lexicones *ex omni lingua, tribu, populo, et natione*, y cada qual esforzaba su partido con el mayor empeño, como si de este punto dependiera la conservacion ó el trastornamiento y ruina universal de todo el orbe literario, conviniendo todos tres en que la ortografia era la verdadera *clavis scientiarum*, el fundamento de todo el buen saber, la puerta principal del templo de Minerva, y que si alguno entraba en él sin ser buen ortografista, entraba por la puerta falsa; no habiendo en el mundo cosa mas lastimosa que el que se llamasen escritores los que no sabian escribir. So-

bre este pie metia cada autor una zambra de todos los diantres en defensa de su particular opinion. Al etimologista y derivativo se le partia el corazon de dolor viendo á innumerables españoles indignos que escribian *España* sin *H*, en gravísimo deshonor de la gloria de su misma patria, siendo así que se deriva de *Hispania*, y ésta de *Hispaan*, aquel héroe que hizo tantas proezas en la caza de conejos, de donde en lengua *púnica* se vino á llamar *Hispania* toda tierra donde habia mucha gazapina. Y si se quiere que se derive de *Hespero*, aun tiene orígen y cuna mas brillante, pues no viene ménos que del Lucero vespertino, que es ayuda de cámara del Sol quando se acuesta, y le sirve el gorro para dormir, el qual á ojos vistos se vé que está en el territorio celestial de nuestra amada patria; y quitándola á ésta la *H* con sacrílega impiedad, obscureciose todo el esplendor de su clarísimo origen. ¡Y los que hacen esto se han de llamar españoles! ¡O indignidad! ¡O indecencia!

3 Pero donde perdia todos los estrivos de la paciencia y aun de la razon era en la torpe, en la bárbara, en la escandalosa costumbre, ó corruptela de haber introducido la *Y* griega quando servia de conjuncion en lugar de la *I* latina, que sobre ser mas pulida y mas pelada, tenia mas parentesco con el *et* de la misma lengua, de donde tomamos nosotros nuestra *i*. Fuera de que la *y*

griega tiene una figura basta, rústica y grosera, pues se parece á la horquilla con que los labradores cargan los haces en el carro; y aunque no fuera mas que por esta gravísima razon, debia desterrarse de toda escritura culta y aseada. Por esto, decia dicho etimologista, siempre que leo en algun autor *y Pedro*, *y Juan y Diego*, en lugar de *i Diego*, *i Pedro i Juan* se me revuelven las tripas, se me conmueven de rabia las entrañas, y no me puedo contener sin decir entre dientes: Hi-de pu.... I al contrario, no me harto de echar mil bendiciones á aquellos celebérrimos autores, que saben qual es su *I* derecha, y entre otros á dos catedráticos de dos famosas universidades, ámbos inmortal honor de nuestro siglo, y envidia de los futuros, los quales en sus dos importantísimos tratados de ortografia han trabajado con glorioso empeño en restituir la *I* latina al trono de sus antepasados; por lo qual digo y diré mil veces, que son benditos entre todos los benditos.

4 No le iba en zaga el otro autor, que despreciando la etimología y la derivacion, pretendia que en las lenguas vivas se debia escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna que no se pronunciase. Era gusto ver como se encendia, como se irritaba, como se enfurecia contra la introduccion de tantas hh, nn, ss y otras letras impertinentes, que no suenan en nuestra pronunciacion. Aquí de Dios y del rey (decia

el tal autor, que no parecia sino portugues en lo fanfarron, y en lo arrogante) : Si pronunciamos *ombre*, *onra*, *ijo*, sin aspiracion ni alforjas, ¿á qué tón hemos de pegar á éstas palabras aquella *h* arrimadiza, que no es letra ni calabaza, sino un recuerdo, ó un punto aspirativo? Y si se debe aspirar con la *h* siempre que se pone, ¿por qué nos reimos del andaluz quando pronuncia *jijo*, *jonra*, *jombre*? Una de dos; ó él jabla bien, ó nosotros escribimos mal. ¿Pues qué diré de las nn, ss, rr, pp y demás letras dobles que desperdiciamos lo mas lastimosamente del mundo? Si suena lo mismo *pasion* con una *s* que con dos; *inocente* con una *n* que con dos; *Philipo* con una *p* que con dos, ¿*ut quid perditio hæc*? Que doblemos las letras en aquellas palabras en que se pronuncian con particular fortaleza, ó en las quales, si no se doblan, se puede confundir su significado con otro, como en *perro* para distinguirle de *pero*, en *parro* para diferenciarle de *paro*, y en *cerro* para que no se equivoque con *cero*, vaya; pero en *burro*, que ya se sabe lo que es, y no puede equivocarse con otro algun significado, ¿para qué hemos de gastar una *r* mas, que despues puede hacernos falta para mil cosas? ¿Es esto mas que gastar tinta, papel y tiempo contra todas las reglas de la buena economía? No digo nada de la prodigalidad con que malvaratamos un prodigioso caudal de *uu*, que para nada nos sirven á nosotros, y

con las quales se podian remediar muchísimas pobres naciones, que no tienen una *u* que llegar á la boca. V. gr. en *qué*, en *por qué*, en *para qué*, en *quiero*, et reliqua; ¿no me dirán ustedes qué falta nos hace la *u*, puesto que no se pronuncia? ¿Estaría peor escrito *qiero*, *qé*, *por qé*, *para qé*, &c.? Añado, que como la misma *q* lleva envuelta en su misma pronunciacion la *u*, podiamos ahorrar muchísimo caudal de *uu* para una urgencia, aun en aquellas voces en que claramente suena esta letra: porque ¿qé inconveniente tendria qe escribiésemos *qerno*, *qando*, *qales*, para pronunciar *querno*, *quando*, *quales*? Aun hay mas en la materia: puesto que la *k* tiene la misma fuerza que la *q*, todas las veces que la *u* no se declara, distingamos de tiempos, y concordaremos derechos; quiero decir, desterremos la *q* de todas aquellas palabras en que no se pronuncia la *u*, y valgámonos de la *k*, pues aunque así se parecerá la escritura á los kiries de la misa, no perderá nada por eso. Vaya un verbi gracia de toda esta ortografia.

5 „El ombre ke kiera escribir coretamente, uya qanto pudiere de escribir akellas letras ke no se egspresan en la pronunciacion; porke es desonra de la pluma, ke debe ser buena ija de la lengua, no aprender lo ke la enseña su madre“ &c. Cuententense las *uu* que se ahorran en solo este periodo, y por aquí se sacará las que se podian ahorrar al cabo del año en libros, ins-

trumentos y cartas: y luego estrañarán que se haya encarecido el papel.

6 Por el contrario, el ortografista que era de opinion que en esto de escribir se habia de seguir la costumbre, no se metia en dibujos; y haciendo gran burla de los que gastaban el calor natural en estas vagatelas, decia, que en escribiendo como habian escrito nuestros abuelos se cumplia bastantemente; y mas quando en esto de ortografia hasta ahora no se habian establecido principios ciertos y generalmente admitidos, mas que unos pocos, y que en lo restante cada uno fingia lo que se le antojaba. El cojo, que, como ya diximos, era un si es no es muchísimo extravagante, leyó todos los tres tratados; y como vió que la materia tenia mucho de arbitraria, y que cada qual discurria segun los senderos de su corazon, le vino á la imaginacion un estraño pensamiento. Parecióle que él tenia tanto caudal como qualquiera para ser inventor, fundador y patriarca de un nuevo sistema ortográfico; y aun se lisongeó su vanidad, que acaso daria con uno jamas oido ni imaginado, que fuese mas racional y mas justo que todos los descubiertos; figurándosele, que si acertaba con él se haria el maestro de niños mas famoso que habia habido en el mundo, desde la fundacion de las escuelas, hasta la institucion de los esculapios *inclusive*.

7 Con esta idea comenzó á razonar allá para consigo, diciéndose á sí mismo: ¡Vál-

game Dios! las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventáron para ser representacion de las palabras; con que por fin y postre ellas tambien vienen á ser representacion de los conceptos. Pues ahora: aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe, esas serán las mas propias y adequadas; y así, quando yo concibo una cosa pequeña, la debo escribir con letra pequeña, y quando grande, con letra grande. V. gr. ¿qué cosa mas impertinente, que hablando de una pierna de Baca, escribirla con una *p* tan pequeña como si se hablára de una pierna de hormiga, y tratando de un monte, usar una *m* tan ruin como si tratára de un mosquito? Esto no se puede tolerar, y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos quantos han escrito hasta aquí. ¿Hay cosa mas graciosa, ó por mejor decir mas ridícula, que igualar á Zaqueo en la Z con Zorobabel y con Zabulon; siendo así que consta de la Escritura, que el primero era pequeñito, y casi enano, y los otros dos, qualquiera hombre de juicio los concibe por lo ménos tan grandes y tan corpulentos como el mayor giganton del dia del Corpus? Porque pensar que no llenaban tanto espacio de ayre, como llenan de boca, *proportione servata*, es cuento de niños. Pues vé aquí que salgan Zaqueo y Zabulon en un escrito; y que, siendo, ó habiendo sido en sí mismos tan desiguales en el tamaño, ¡han de parecer iguales en la

escritura! Vaya, que es un grandísimo despropósito. Item, si se habla de un hombre, en quien todas las cosas fuéron grandes; como si dixéramos un san Agustin, ponderando su talento, su ingenio, su comprehension, ¿hemos de escribir y pintar en el papel estas agigantadas prendas con unas letricas tan menudas y tan indivisibles, como si habláramos por comparanza de las del autor *del poema épico de la vida de san Anton*, y otros de la misma calaña? Eso sería cosa ridicula, y aun ofensiva á la grandeza de un santo padre de tanta magnitud. Fuera de que, donde puede haber mayor primor, que el hacer que qualquiera letor, solo con abrir un libro, y ántes de leer ni una sola palabra, conozca por el mismo tamaño y multitud de las letras grandes, que allí se trata de cosas grandiosas, magníficas y abultadas; y al contrario, en viendo que todas las letras son de estatura regular, ménos tal qual que sobresale á trechos, como los pendones en la procesion, cierre incontinenti el libro, y no pierda tiempo en leerle, conociendo desde luego que no se contienen en él sino cosas muy ordinarias y comunes. Quiero explicar esto con el exemplo de un estupendo sermon, predicado al mismo san Agustin, el mejor que he oido, ni pienso oir en los dias de mi vida. Preguntaba el predicador, ¿por qué á san Agustin se le llamaba el *gran padre de la iglesia*, y á ningun otro santo padre, ni doctor de ella

se le daba este *epitecto* ? (Así decia él). Y respondió.

8 „Porque mi Agustino no solo fué gran padre, sino gran madre y gran abuelo de la iglesia. Gran padre, porque ántes de su conversion tuvo muchos hijos, aunque no se le logró mas que uno. Gran madre, porque concibió y parió muchos libros. Gran abuelo, porque engendró á los hermitaños de san Agustin, y los hermitaños de san Agustin engendráron despues todas las religiones mendicantes que siguen su santa regla, las quales todas son nietas del grande Agustino. Y note de paso el discreto, que la regla destruye la maternidad, y la regla fué la que aseguró la paternidad de mi gran padre.“ *Magnus Parens*.

9 Este trozo de sermon que oí con estos mismísimos oidos, que han de comer la tierra, y un pobre ignorante y mentecato, aunque tenia crédito de gran letrado, y hombre maduro, trató de puerco, sucio, hediondo y digno del fuego; pero á mí me pareció, y hoy dia me lo parece, la cosa mayor del mundo: digo que este trozo de sermon, escrito como está escrito, esto es, con letras mayúsculas y garrafales en todo lo que toca á san Agustin, desde la primera vista llama la atencion del lector, y le hace conocer que allí se contienen cosas grandes, y sin poderse contener luego se avalanzan á leerlo: quando al contrario, si estuviera escrito con letras ordinarias, no

pararia mientes en él, y quizá le arrimaria sin haber leido una letra. Así que en esta mi ortografia se logra lo primero, la propiedad de las letras con los conceptos que representan; lo segundo, el decoro de las personas de quien se trata; lo tercero, el llamar la atencion de los letores. Y podia añadir lo quarto, que tambien se logra la hermosura del mismo escrito; porque son las letras grandes en el papel lo que los árboles en la huerta, que la amenizan y la agracian, y desde luego dá á entender, que aquella es huerta de señor; quando un libro todo de letras iguales y pequeñas parece huerta de verdura y hortaliza, que es cosa de frayles y gente ordinaria.

10 Con estas disparatadas consideraciones se enamoró tanto el extravagante cojo de su ideada ortografia, que resolvió seguirla, entablarla y enseñarla. Y habiendo vacado por aquel tiempo la escuela de Villaornate, por ascenso del maestro actual á fiel de fechos de Cojeces de abajo, la pretendió y la logró á dos paletadas; porque ya habia cobrado mucha fama en toda la tierra, con ocasion de los litigantes que acudian á la vicaría. Llovian niños como paja de todo el contorno á la fama de tan estupendo maestro; y Anton Zotes y su muger resolviéron enviar allá á su Gerundico, para que no se malograse la viveza que mostraba. El cojo le hizo mil caricias, y desde luego comenzó á distinguirle entre todos los

demás niños. Sentábale junto á sí; hacíale punteros; limpiábale los mocos; dábale avellanas y mondaduras de peras; y quando el niño tenia gana de proveerse, el mismo maestro le soltaba los dos quartos traseros de las bragas (porque consta de instrumentos de aquel tiempo que eran abiertas), y arromangándole la camisita, le llevaba en esta postura hasta el corral, donde el chicuelo hacia lo que habia menester. No era oro todo lo que relucia, y el bellaco del cojo sabía bien que no echaba en saco roto los cariños que hacia á Gerundico, porque á los buenos de sus padres se les caía con esto la baba; y además de pagarle muy puntualmente el real del mes, la rosca del sábado, que llevaba su hijo era la primera y la mayor, y siempre acompañada con dos huevos de paba, que no parecian sino mesmamente como dos bolas de trucos. Amen de eso, en tiempo de matanza eran corrientes y seguras tres morcillas, con un buen pedazo de solomo: esto sin entrar en cuenta la morcilla cagalar con dos buenas varas de longaniza, que era el colgajo del dia de san Martin, nombre que tenia el maestro. Y quando paria señora (así llamaban los niños á la maestra) era cosa sabida que la tia Catanla la regalaba con dos gallinas las mas gordas que habia en todo su gallinero, y con una libra de vizcochos, que se traían expresamente de la confitería de Villamañan. Con esto se esmeraban maestro y maes-

tra en acariciar al niño, tanto, que la maestra todos los sábados le cortaba las uñas, y de quince en quince dias le espulgaba la cabeza, y le sacaba las liendres.

CAPITULO VI.

En que se parte el capítulo quinto, porque ya vá largo.

1 Pues con este cuidado que el maestro tenia de Gerundico, con la aplicacion del niño, y con su viveza é ingenio, que realmente le tenia, aprendió facilmente y presto todo quanto le enseñaban. Su desgracia fué, que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñáron mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular á todo lo ridículo, impertinente y extravagante, que jamas hubo forma de quitárselе; y aunque muchas veces encontró con sugetos hábiles, cuerdos y maduros, que intentáron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo (como se verá en el discurso de esta puntual historia) nunca fué posible apearle de su capricho: tanta impresion habian hecho en su ánimo los primeros disparates. El cojo los inventaba cada dia mayores; y habiendo leido en un libro que se intitula: *Maestro del maestro de niños*, que este

debe poner particular cuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna con pureza y con propiedad; por quanto enseña la experiencia, que la incongruidad, barbarismos y solecismos con que la hablan toda la vida muchos nacionales, dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas que se les pegan quando niños: él hacía grandísimo estudio de enseñarlos á hablar bien la lengua castellana; pero era el caso, que él mismo no la podia hablar peor; porque como era tan presumido y tan exôtico en el modo de concebir, así como habia inventado una extravagantísima ortografia, así tambien se le habia puesto en la cabeza que podia inventar una lengua no ménos extravagante.

2 Miéntras fué escribiente del notario de san Millan, habia notado en varios procesos que se decia así: *quarto testigo exâminado, María Gavilan: octavo testigo exâminado, Sebastiana Palomo*. Esto *le chocaba infinitamente;* porque decia que si los hombres eran testigos, las mugeres se habian de llamar *testigas*, pues lo contrario era confundir los sexôs, y parecia romance de vizcaino. De la misma manera no podia sufrir que el autor de la vida de santa Catalina dixese: *Catalina, sugeto de nuestra historia;* pareciéndole que *Catalina* y *sugeto* eran mala concordancia, pues venia á ser lo mismo que si se dixera: *Catalina, el hombre de nuestra historia*, siendo cosa

averiguada que solamente los hombres se deben llamar *sugetos*, y las mugeres *sugetas*. ¿Pues qué, quando encontraba en un libro, *era una muger no comun*, *era un gigante*? Entónces perdia los estrivos de la paciencia, y decia á sus chicos todo en cólera y furioso: ya no falta mas sino que nos quiten las barbas y los calzones, y se los pongan á las mugeres. ¿Por qué no se dirá, *era una muger no comuna*? ¿*era una giganta*? Y por esta misma regla los enseñaba que nunca dixesen, *el alma*, *el arte*, *el agua*, sino *la alma*, *la agua*, *la arte*, pues lo contrario era *ridicularia*, como dice el indigesto y docto Barbadiño.

3 Sobre todo estaba de malísimo humor con aquellos verbos y nombres de la lengua castellana que comenzaban con *arre*, como *arrepentirse*, *arremangarse*, *arreglarse*, *arreo*, &c. jurando y perjurando que no habia de parar hasta desterrarlos de todos los dominios de España, porque era imposible que no los hubiesen introducido en ella algunos arrieros de los que conducian el vagage de los Godos y de los Arabes. Decia á sus niños, que hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros ó de machos á las personas. Y á este propósito los contaba, que yendo un padre maestro de cierta religion por Salamanca, y llevando por compañero á un fraylecito irlandes recien trasplantado de Irlanda, que aun no entendia bien nuestra lengua, encon-

tráron en la calle del Rio muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo *arre*, *arre*. Preguntó el irlandesillo al padre maestro, qué queria decir *are*, pronunciando la *r* blandamente como lo acostumbran los estrangeros. Respondióle el maestro, que aquello quería decir que anduviesen los burros adelante. A poco trecho despues encontró el maestro á un amigo suyo, con quien se paró á parlar en medio de la calle: la conversacion iba algo larga; cansábase el irlandes, y no sabiendo otro modo de explicarse, cogió de la manga á su compañero, y le dixo con mucha gracia: *are, padre maestro, are*: lo qual se celebró con grande risa en Salamanca. Pues ahora, decia el cojo hecho un veneno: que el *arre* vaya solo, que vaya con la comitiva y acompañamiento de otras letras, siempre es *arre*, y siempre es una grandísima desvergüenza y descortesía que á los racionales nos traten de esta manera: y así tenga entendido todo aquel que me arreare las orejas, que yo le he de arrear á él el cu.... y acabólo de pronunciar redondamente. A este tiempo le vino gana de hacer cierto menester á un niño, que todavia andaba en sayas: fuese delante de la mesa donde estaba el maestro, puso las manicas, y le pidió la caca con grandísima inocencia, pero le dixo que no sabia *arremangarse*. Pues yo te enseñaré, grandísimo bellaco, le respondió el cojo enfurecido: y diciendo y haciendo,

le levantó las faldas, y le aseñtó unos buenos azotes, repitiéndole á cada uno de ellos: *anda, para que otra vez no vengas á arremangarnos los livianos.*

4 Todas estas lecciones las tomaba de memoria admirablemente nuestro Gerundico; y como por otra parte en poco mas de un año aprendió á leer por libro, por carta y por proceso, y aun á hacer palotes, y á escribir de á ocho, el maestro se empeñó en cultivarle mas y mas, enseñándole lo mas recóndito que él mismo sabía, y con lo que lo habia lucido en mas de dos convites de cofradía, asistiendo á la mesa algunos curas, que eran tenidos por los mayores moralistones de toda la comarca; y uno, que tenia en la uña todo el Larraga, y era un hombre que se perdia de vista, se quedó enbobado, habiéndole oido en cierta ocasion.

5 Fué pues el caso, que como la fortuna, ó la mala trampa deparaban al buen cojo todas las cosas ridículas, y él tenia tanta habilidad para que lo fuesen en su boca las mas discretas, por no saber entenderlas, ni aprovecharse de ellas, llegó á sus manos, no se sabe cómo, una comedia castellana intitulada: *El Villano Caballero*, que es copia mal sacada, y peor zurcida, de otra que escribió en frances el incomparable Molier, casi con el mismo título. En ella se hace una graciosísima burla de aquellos maestros pedantes, que pierden el tiem-

po en enseñar á los niños cosas impertinentes y ridículas, que tanto importa ignorarlas como saberlas; y para esto se introduce al maestro, ó al preceptor del repentino caballero, que con grande aparato y ostentacion de voces le enseña como se pronuncian las letras vocales, y las consonantes. El cojo de mis pecados tomó de memoria todo aquel chistosísimo pasage; y como era tan cojo de entendederas como de pies, entendióle con la mayor seriedad del mundo, y la que en realidad no es mas que una delicadísima sátira, se le representó como una leccion tan importante, que sin ella no podia haber maestro de niños, que en Dios y en conciencia mereciese serlo.

6 Un dia, pues, habiendo corregido las planas mas apriesa de lo acostumbrado, llamó á Gerundico, hízole poner en pie delante de la mesa, tocó la campanilla á silencio, intimó atencion á todos los muchachos, y dirigiendo la palabra al niño Gerundio, le preguntó con mucha gravedad: dime hijo; ¿quántas son las letras? Respondió el niño prontamente: Señor maestro, yo no lo sé, porque no las he contado. Pues has de saber, continuó el cojo, que son veinte y quatro, y si no cuéntalas. Contólas el niño, y dixo con intrepidez: Señor maestro, en mi cartilla salen veinte y cinco. Eres un tonto, le replicó el maestro, porque las dos *Aa* primeras no son mas que una letra, con forma, ó con figura diferente. Conoció que se

habia cortado el chico, y para alentarle añadió: no extraño que siendo tú un niño, y no habiendo mas que un año que andas á la escuela, no supieses el número de las letras, porque hombres conozco yo que están llenos de canas, se llaman doctísimos, y se ven en grandes puestos, y no saben quantas son las letras del abecedario; ¡pero así anda el mundo! y al decir esto, arrancó un profundísimo suspiro. La culpa de esta fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados, que admiten para maestros de escuela á unos idiotas, que no valian ni aun para monacillos; pero esto no es para vosotros, ni para aquí: tiempo vendrá en que sabrá el rey lo que pasa. Vamos adelante.

7 De estas veinte y quatro letras, unas se llaman *bocales*, y otras *consonantes*. Las bocales son cinco, à, è, ì, ò, ù: llámanse bocales, porque se pronuncian con la boca. ¿Pues acaso las otras, señor maestro (le interrumpió Gerundico con su natural viveza) se pronuncian con el cu?.... y díxolo por entero. Los muchachos se riéron mucho; el cojo se corrió un poco, pero tomándolo á gracia, se contentó con ponerse un poco sério, diciéndole: no seas intrépido, y déxame acabar lo que iba á decir. Digo, pues, que las bocales se llaman así, porque se pronuncian con la boca, y puramente con la voz; pero las consonantes se pronuncian con otras bocales. Esto se ex-

plica mejor con los exemplos. *A*, primera bocal, se pronuncia abriendo mucho la boca, *A*. Luego que oyó esto Gerundico, abrió su boquita, y mirando á todas partes, repetia muchas veces *a*, *a*, *a*; tiene razon el señor maestro; y éste prosiguió. La *E* se pronuncia acercando la mandíbula inferior á la superior, esto es, la quijada de abajo á la de arriba, *e*. A ver, á ver como lo hago yo, señor maestro, dixo el niño, *e*, *e*, *e*: *a*, *a*, *a*, *e*: ¡Jesus, y qué cosa tan buena! La *I* se pronuncia acercando mas las quijadas una á otra, y retirando igualmente las dos extremidades de la boca hácia las orejas, *i*, *i*. Dexe usted, ¿á ver si yo sé hacerlo? *i*, *i*, *i*. Ni mas ni ménos, hijo mio, y pronuncias la *i á la perfeccion*. La *O* se forma abriendo las quijadas, y despues juntando los labios por los extremos, sacándolos un poco hácia fuera, y formando la misma figura de ellos como una cosa redonda, que representa una *o*. Gerundillo con su acostumbrada intrepidez, luego comenzó á hacer la prueba, y á gritar *o*, *o*, *o*: el maestro quiso saber si los demas muchachos habian aprendido tambien las importantísimas lecciones que los acababa de enseñar, y mandó que todos á un tiempo, y en voz alta pronunciasen las letras que les habia explicado. Al punto se oyó una gritería, una confusion, y una algarabía de todos los diantres: unos gritaban a, a; otros e, e; otros i, i; otros o, o. El cojo andaba de banco en

banco, mirando á unos, observando á otros, y enmendando á todos: á éste le abria mas las mandíbulas, á aquel se las cerraba un poco; á uno le plegaba los labios, á otro se los descosia; y en fin era tal la gritería la confusion y la zambra, que parecia la escuela, ni mas ni ménos, al coro de la santa iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectacion.

8 Bien atestada la cabeza de estas impertinencias, y muy aprovechado en necedades y extravagancias, leyendo mal y escribiendo peor, se volvió nuestro Gerundio á Campazas, porque el maestro habia dicho á sus padres que ya era cargo de conciencia tenerle mas tiempo en la escuela, siendo un muchacho que se perdia de vista, y encargándoles que no dexasen de ponerle luego á la gramática, porque habia de ser la honra de la tierra. La misma noche que llegó hizo nuestro escolin ostentacion de sus habilidades, y de lo mucho que habia aprendido en la escuela, delante de sus padres, del cura del lugar, y de un frayle, que iba con obediencia á otro convento, porque de estos apénas se limpiaba la casa. Gerundico preguntó al cura: ¿A que no sabe usted quantas son las letras de la cartilla? El cura se cortó oyendo una pregunta que jamas se la habian hecho, y respondió: Hijo, yo nunca las he contado. Pues cuéntelas usted, prosigió el chico, ¿y vá un ochavo á que, aun despues de haberlas contado, no sa-

be quantas son? Contó el cura veinte y cinco, despues de haberse errado dos veces en el a, b, c; y el niño, dando muchas palmadas, decia: ¡Ay! ¡ay! que le cogí, que le gané, porque cuenta por dos letras las dos A a primeras, y no es mas que una letra escrita de dos modos diferentes. Despues preguntó al padre: Vaya otro ochavo á que no me dice usted cómo se escribe burro, con *b* pequeña, ó con *b* grande? Hijo, respondió el buen religioso, yo siempre le he visto escrito con b pequeña. No señor, no señor, le replicó el muchacho; si el burro es pequeñito, y anda todavia á la escuela, se escribe con b pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se escribe con b grande; porque dice señor maestro que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pierna de baca se ha de escribir con una p mayor que una pierna de carnero. A todos les hizo gran fuerza la razon, y no quedáron ménos admirados de la profunda sabiduría del maestro, que del adelantamiento del discípulo: y el buen padre confesó, que aunque habia cursado en las dos universidades de Salamanca y Valladolid, jámas habia oido en ellas cosa semejante; y vuelto á Anton Zotes y á su muger los dixo muy ponderado: Señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate, porque lo han empleado bien. Quando el niño oyó *arrepentirse*, co-

menzó á hacer grandes aspamientos, y á decir: ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué mala palabra! *arrepentirse*, no señor, no señor, no se dice *arrepentirse*, ni cosa que lleve *arre*, que eso dice señor maestro, que es bueno para los burros, ó para las ruecas (*requas* querrás decir, hijo, le interrumpió Anton Zotes, cayéndosele la baba): Sí señor, para las requas, y no para los cristianos; los quales debemos decir *enrepentir*, *enremangar*, *enreglar* el papel, y cosas semejantes. El cura estaba aturdido; el religioso se hacía cruces; la buena de la Catanla lloraba de gozo; y Anton Zotes no se pudo contener sin exclamar: ¡*Vaya, que es bobada*! que es la frase con que se pondera en Campos una cosa nunca vista, ni oida.

9 Como Gerundico vió el aplauso con que se celebraban sus agudezas, quiso echar todos los registros, y volviéndose segunda vez al cura, le dixo: Señor cura, pregúnteme usted de las bocales y de las consonantes. El cura, que no entendia palabra de lo que el niño queria decir, le respondió: ¿*De qué brocales, hijo? ¿del brocal del pozo del humilladero, y del otro que está junto á la hermita de san Blas?* No señor, de las letras consonantes, y de las bocales. Cortóse el bueno del cura, confesando que á él nunca le habian enseñado cosas tan hondas. Pues á mí sí, continuó el niño, y de rabo á oreja, sin faltarle punto ni coma los encajó toda la ridícula arenga que habia oido al coso

de su maestro sobre las letras vocales y consonantes, y en acabando, para ver si la habian entendido, dixo á su madre: Madrica, ¿cómo se pronuncia la *A*? Hijo, ¿cómo se ha de pronunciar? así, *A*, abriendo la boca. No madre; ¿pero cómo se abre la boca? cómo se ha de abrir, hijo, de esta manera, *A*. Que no es eso, señora; pero quando usted la abre para pronunciar la *A*, ¿qué es lo que hace? Abrirla, hijo mio, respondió la misma Catanla. ¡Abrirla! eso qualquiera lo dice: tambien se abre para pronunciar E, y para pronunciar I, O, U, y entónces no se pronuncia A. Mire usté, para pronunciar A se baxa una quijada, y se levanta otra, de esta manera: y cogiendo con sus manos las mandíbulas de la madre, la baxaba la inferior, y la subia la superior, diciéndola, que quanto mas abriese la boca, mayor sería la *A* que pronunciaria. Hizo despues que el padre pronunciase la E, el cura la I, el frayle la O, y él escogló por la mas dificultosa de todas la pronunciacion de la V, encargándolos, que todos á un tiempo pronunciasen la letra que tocaba á cada uno, levantando la voz todo quanto pudiesen, y observando unos á otros la postura de la boca para que viesen la puntualidad de las reglas que le habia enseñado el señor maestro. El metal de las voces era muy diferente; porque la tia Catanla la tenia hombruna y carraspeña; Anton Zotes clueca, y algo aternerada; el cura gango-

sa y tabacuna; el padre, que estaba ya aperdigado para vicario de coro, corpulenta y becerril; Gerundico atiplada y de chillido. Comenzó cada uno á representar su papel, y á pronunciar su letra, levantando el grito á qual mas podia: hundíase el quarto; atronábase la casa; era noche de verano, y todo el lugar estaba tomando el fresco á las puertas de la calle. Al estruendo y á la algazara de la casa de Anton Zotes acudiéron todos los vecinos, creyendo que se quemaba, ó que habia sucedido alguna desgracia: entran en la sala, prosiguen los gritos descompasados; ven aquellas figuras, y como ignoraban lo que habia pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban á atarlos, quando sucedió una cosa, nunca creida ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería, y por poco no convirtió la música en responsos. Como la buena de la Catanla abria tanto la boca para pronunciar su *A*, y naturaleza liberal la habia proveido de este órgano abundantísimamente, siendo muger que de un bocado se engullía una pera de dongindo hasta el pezon, quiso su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan descompasadamente, que se quedó hecha un mascaron de retablo, viéndosela toda la entrada del esófago y de la traqui-arteria, con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el Barbero dixo descubria hasta los vasos linfáticos, donde excretaba la respiracion. Cesá-

ron las voces; asustáronse todos; hiciéronse mil diligencias para restituir la mandíbula á su lugar; pero todas sin fruto, hasta que al barbero le ocurrió cogerla de repente, y darla por debaxo de la barba un cachete tan furioso, que se la volvió á encajar en su sitio natural, bien, que como estaba desprevenida se mordió un poco la lengua, y escupió algo de sángre. Con esto paró en risa la funcion; y habiéndose instruido los concurrentes del motivo de ella, quedáron pasmados de lo que sabía el niño Gerundio, y todos dixéron á su padre que le diese estudios, porque sin duda habia de ser obispo.

CAPITULO VII.

Estudia gramática con un dómine, que por lo que toca al entendimiento no se podia casar sin dispensacion con el cojo de Villaornate.

1 En eso estaba ya Anton Zotes, pero toda la duda era si le habia de enviar á Villagarcia, ó á cierto lugar no distante de Campazas, donde habia un dómine que tenia aturdida toda la tierra, y muchos decian que era mayor latino que el famoso Taranilla. Pero la tia Catanla se puso como una furia, diciendo, que primero se habia de echar en un pozo, que permitir que su hijo

fuese á Villagarcia á que se le matasen los Teatinos ; porque su marido *toadia* tenia las señales de una *guelta* de azotes que le habian dado en junta de generales, solo porque de quando en quando bebia dos ó tres azumbres de vino mas de las que llevaba su *estómago* , y porque se iba á divertir con las mozas del lugar, que todas eran niñerías y cosas que las hacen los mozos mas honrados, sin que pierdan por eso casamiento, ni dexen de cumplir honradamente con la *perrochia*, como qualquiera cristiano viejo. Con esto, por contenerla, se determinó finalmente que el muchacho fuese á estudiar con el dómine; y más que Anton Zotes afirmaba con juramento , que solo él habia construido la elegante dedicatoria de su hermano, el Gimnasiarca, sin errar punto: cosa que no habian hecho los mayores moralistas de todo el Páramo, ni ninguno de quantos religiosos doctos se habian hospedado en su casa, aunque algunos de ellos habian sido definidores.

2 Luego, pues, que llegó san Lucas, el mismo Anton llevó á su hijo á presentársele, y á recomendársele al dómine. Era este un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso , de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada , barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa, furioso tabaquista, y perpetuamente aforrado en un tabardo talar de paño pardo, con uno entre bezoquin y casquete de cuero rayado, que en su primitiva fundacion habia sido negro,

pero ya era del mismo color que el tabardo. Su conversacion era taraceada de latin y de romance, citando á cada paso dichos, sentencias emistichios y versos enteros de poetas, oradores, historiadores y gramáticos, latinos antiguos y modernos, para apoyar qualquiera friolera. Díxole Anton Zotes que aquel muchacho era hijo suyo, y que como padre queria darle la mejor crianza que pudiese. *Optimè enim verò*, le interrumpió luego el dómine: ésa es la primera obligacion de los padres, *maximè* quando Dios les ha dado bastantes conveniencias. Díxolo Plutarco: *Nil antiquius, nil parentibus sanctius, quam ut filiorum curam habeant; iis præsertim quos Pluto non omninò insalutatos reliquit.* Añadió Anton Zotes, que él habia estudiado tambien su poco de gramática, y queria que su hijo la estudiase: *qualis pater, talis filius*, le replicó el preceptor: aunque mejor lo dixo el otro, hablando de las madres y de las hijas.

De meretrice puta, quod sit semper filia.....

Nam sequitur levitèr filia matris iter,

Lo que ya vmd. vé, quan facilmente se puede acomodar á los hijos respecto de los padres; y *obitèr* sepa vmd. que á éstos llamamos nosotros versos Leoninos; porque así como el Leon (*animal rugibile* le define el filósofo), quando enrosca la cola viene á caer la extremidad de ella (*cauda caudæ*, cola de la cola la llamé yo en una dedica-

toria á la ciudad de Leon) sobre la mitad del cuerpo, ó de la espada de la rugible fiera; así la cola del verso, que es la última palabra, como que se enrosca y viene á caer sobre la mitad del mismo verso. Nótelo vmd. en el exâmetro: *puta-puta*: clavado: despues en el pentámetro: *iter-levitèr*, de quien *iter* es eco. Porque aunque un moderno (*quos neotericos dicimus cultissimi latinorum*) quiera decir, que esto de los ecos es invencion pueril, ridícula, y de ayer acá; *pace tanti viri*, le diré yo en sus mismas barbas, que ya en tiempo de Marcial era muy usado entre los griegos, *juxta illud*: *Nusquam græcula quod recantat echo*. Y si fuera menester citar á Aristóteles, á Euripides, á Callimaco, y aun al mismo Gauradas, que no porque sea un poeta poco conocido dexa de tener mas de dos mil años de antigüedad, yo le haria ver *luce meridiana clarius*, si era ó no era invencion moderna esto de los ecos; y luego le preguntaria si era verisimil que inventase una cosa pueril y ridícula un hombre que se llamaba *Gauradas*. ¡*O furor*! ¡*O insania maledicendi*!

3 Pues señor, prosiguió Anton Zotes, este niño muestra mucha viveza, aunque no tiene mas que diez años: *ætas humanioribus litteris aptissima* (interrumpió el pedante) como dixo Justo Lipsio; y aun con mayor elegancia en otra parte: *decenis romanæ linguæ elementis maturatus*. Porque, si bien es verdad, que de esa, y aun de

menor edad se han visto en el mundo algunos niños que ya eran perfectos gramáticos, retóricos y poetas (*quos videre sis apud anium viterbiensem de præcocibus mentis partubus*); pero esos se llaman con razon monstruos de la naturaleza: *monstrum horrendum, ingens*. Y Quinto Horacio Flacco (*quem lyricorum antistitem extitisse, mortalium nemo iverit inficias*) no gustaba de esos frutos anticipados, pareciéndole que casi siempre se malograban; y así *solemne erat illi dicere: odi puero præcoces fructus*. Y el cojo de Villaornate, que fué su maestro.... (iba á proseguir el buen Anton). Tenga vmd. le cortó el enlatinizado dómine: *Siste gradum!, viator*. ¿El cojo de Villaornate fué maestro de este niño? Sí señor, respondio el padre. ¡*O fortunate nate*! exclamó el eruditísimo preceptor. ¡O niño mil veces afortunado! Muchos cojos famosos celebró la antigüedad, como lo habrá leido vmd. en el curiosísimo tratado de *Claudis non claudicantibus*, de los cojos que no cojeáron, tomando el presente por el pretérito, segun aquella figura retórica *præsens pro præterito*, á quien nosotros llamamos *Enalage*: tratado que compuso un prevoste de los mercaderes de Leon de Francia, llamado Monsiur Pericon, porque, sépalo usted de paso, en Francia hasta los Pericones son Monsiures, y pueden ser prevostes. *Imò potius*, sin recurrir á tiempos antiguos, *novissimis his temporibus*, en nuestros dias

hubo en la misma Francia un celebérrimo cojo, llamado Gil Menage, que aunque no fué cojo *natura sua*, al fin, sea como se fuese, él fué cojo real y verdadero, esto es, cojo *realitèr*, *et à parte rei*, como se explica con elegancia el filósofo: y no obstante de ser cojo, él era hombre sapientísimo: *Sapientissimus claudorum quotquot fuerunt, et erunt*, que dixo doctamente Plinio el mozo. Pero, *meo videri*, en mi pobre juicio todos los cojos antiguos y modernos fuéron cojos de teta, respecto del cojo de Villaornate; hablo, *intrà suos limites*, en su línea de maestro de niños; y por eso dixe que este niño habia sido mil veces afortunado en tener tal maestro: ¡ *O fortunate nate!*

4 No lo es ménos, prosiguió Anton Zotes, en que vmd. lo sea suyo: *Non laudes hominem in vita sua; lauda post mortem*, dixo mesurado el dómine. Son palabras del Espíritu Santo; pero mejor lo dixo el Profano:

Post fatum laudare decet, dum gloria certa.

Señor preceptor, ¡ mejor que el Espíritu Santo! le preguntó Anton Zotes. ¡Pues qué! ¿ahora se escandaliza vmd. de eso? ¿Quántas veces lo habrá oido en esos púlpitos á predicadores que se pierden de vista? Así el Profeta Rey; así Jeremías; así Pablo; pero yo de otra manera. Eso qué quiere decir sino; pero yo lo diré mejor. *Præter quam*

quod: yo no digo que el dicho sea mejor, sino que está mejor dicho, porque las palabras de la Sagrada Escritura son poco á propósito para confirmar las reglas de la gramática: *Verba Sacræ Scripturæ grammaticis exemplis confirmandis parum sunt idonea*. Eso ya lo leí yo en no sé qué libro, quando estudiaba en Villagarcia, replicó el buen Anton, y cierto que no dexé de escandalizarme. A ese llaman los teólogos, dixo el dómine, *scandalum pusillorum*, escándalo de parvulillos; y aunque dicen que no deben despreciarse, y en este particular me parece que llevan razon; pero tambien dicen ellos otras mil cosas harto despreciables, por mas que ellos las digan.

5 Yo no me meto en esas honduras, respondió el bonazo de Anton Zotes: y lo que suplico á vmd. es, que me cuide de este muchacho, que yo cuidaré de agradecérselo, y que le mire como si fuera padre suyo. *Prima magistrorum oblatio*, respondió el dómine, *quos discipulis parentum loco esse docet*, dixo á este intento Salustio. Es la primera obligacion del maestro tratar á los discípulos como hijos, porque ellos están en lugar de padres. Y dime hijo, le preguntó al niño Gerundio, mirándole entre recto y cariñoso, ¿has estudiado algunos cánones gramáticales? No señor, respondió el chico prontamente; los cañones que yo traigo no son grajales, que son plumas de pato, que mi padre se las quitó á un pa-

to grande que tenemos en casa: ¿no es así padre? Sonrióse el preceptor de la viveza y de la intrepidez del muchacho, y le dixo: *non quæro à te hoc*: no te pregunto eso; pregúntote ¿si traes alguna talega? Señor, la talega era quando andaba en sayas; pero despues que me puso calzones, me la quitó señora madre. *Non valeo à risu temperare*, dixo el dómine, y enmedio de su grande seriedad, soltó una carcajada, añadiendo: *ingenium errando probat*, aun en los desaciertos muestra su viveza. Hijo, lo que te pregunto es, ¿si has estudiado algo del Arte? ¡Ah! eso si señor: ya llegué hasta *Musa*, *æ*. No has de decir así, querido; sino *Musa*, *Musæ*. No señor, no señor: mi Arte no dice *Musa*, *Musæ*, sino *Musa*, *æ*. Vaya, ¿segun eso has estudiado en el Arte de Nebrija? No señor, en mi Arte no está pintada ninguna lagartija; sino un Leon muy guapo; mírele usté, y enseñóle el Leon, emblema, ó insignia de la oficina que está en la llana del frontis.

6 No dexáron de caer en gracia á la rectísima severidad del preceptor las candideces de Gerundico; pero volviéndose al padre, le dixo en tono ponderativo. *Ecce tibi sebosus*. Vé aquí uno de los errores tan crasos como velas de sebo, que yo noto en este Arte de Nebrija, ó de la Cerda, de que usan los padres de la Compañía, con quienes tambien estudié yo. Es cierto que son varones sapientísimos, pero son

hombres, y *hominum est errare*: son agudos, son buenos ingenios, y muy despiertos; pero muy despierto y muy bueno fué el ingenio de Homero, y con todo eso *quandoque bonus dormitat Homerus*. Lo primero comenzar la gramática por *Musa*, *Musæ*, es comenzar por donde se ha de acabar: *cæpisti quà finis erat*: porque las musas, esto es, la Poesía, es lo último que se ha de enseñar á los muchachos despues de la Retórica. Argumento es este, que le he puesto á muchos Jesuitas, clarísimos varones, y ninguno ha sabido responderme. Pero qué me habian de responder, si no tiene respuesta. *Deinde*, en la impresion de muchos Artes, en lugar de poner *Nominativo Musa*, *Genitivo Musæ*, *Dativo Musæ*, *Acusativo Musam*, todo á la larga, y por extenso, por ahorrar papel lo ponen en abreviatura: *Nom. Musa. Gen. æ. Dat. æ. Acus. am.* ¿Y qué sucede? ó que los pobres chicos lo pronuncian así, *quod video quam sit ridiculum*, ó que sea menester gastar tiempo malamente en enseñárselo á pronunciar: *et nihil est tempore prætiosius*. Pero donde se palpan *ad oculum* los inconvenientes de estas abreviaturas son en los Tesauros, ya sea de Salas, ya de Requejo. Vá un niño á buscar un nombre, *exempli causa*, qué hay por *madre*, y en lugar de encontrar *mater*, *matris*, halla *mater*, *tris*. Quiere saber qué hay por *enviar*, y en vez de hallar *mitto*, *mittis*, encuentra *mitto*, *is*. Bus-

ca qué hay por *camisa*, y en lugar de *subucula*, *subuculæ*, no lee mas que *subucula*, *æ*. Antójasele, como al otro muchacho, escribir á su madre una carta latina, para darla á entender lo mucho que habia aprovechado, en la qual la dice que la envia una camisa suya para que se la lave, y encájala esta sarta de disparates: *Mater tris, mitto is, subucula æ, ut labo as. ¿Quid tibi videtur?* ¿Qué le parece á vmd. señor Anton Zotes? Qué me ha de parecer, que aunque habia oido mil cosas de la estupendísima sabiduría de usted, y yo tenia alguna experiencia; pero habiéndole oido ahora, me he quedado aturdido, y en llegando á mi lugar, he de dar muchas gracias á la mi Catanla, porque me quitó de la cabeza el unviar á mi Gerundio á Villagarcía; pues, dempues de Dios, á ella se le debe el que mijo mereza tener tan doctísimo maestro. Con esto se despidió del preceptor, dexó á su hijo en una posada, y se restituyó á Campazas, donde luego que llegó dixo á su muger y al cura, que le estaban esperando á la puerta de la calle, que si Gerundico habia tenido fortuna en topar con el cojo de Villaornate, mas enfortunado habia sido entoadia en dar con un maestro como el dómine, con quien le dexaba, porque era un latino de todos los diantres, y que todos los Teatinos de Villagarcía juntos no llegaban al zancajo de su sabiduría. Déxelo, señor, aquello era Gabilonia;

mas de una hôra estuvimos parlando mano á mano, y á cada palabra que yo le decia, luego me sacaba un rimero de testos en latin, que no parecia sino que los traia en el balsopete de una enguarina muy larga que tenia puesta. Por fin y postre, el cojo de Villaornate bien puede ser el *tuauten* de los maestros de escuela; pero en linia de preceptor, el dómine de Villamandos es el *per omnia sæcula sæculorum*, y miéntras Campos sea Campos no habrá quien le desquite.

7 Con efecto el paralelo no podia ser mas justo; porque si el cultísimo cojo tenia una innata propension á todo lo extravagante en órden á la ortografia, y á la propiedad de la lengua castellana; el latinismo dómine no podia tener gusto mas estrafalario en todo lo que tocaba á la latinidad, comenzando por la ortografia latina, y acabando por la Poesía. A la verdad, él entendia medianamente los autores, y habia leido muchos; pero pagábase de lo peor, y sobre todo le caían mas en gracia los que eran mas retumbantes, y mas ininteligibles. Preferia la afectada pomposidad de Amiano y Plinio el mozo; á la grave magestad de Ciceron, la obscuridad y la dureza de Valerio Máxîmo, á la dulce elegancia de Tito-Livio, los entusiasmos de Estacio, á la elevacion sublime y juiciosa de Virgilio: decia que Marcial era un insulso respecto de Catulo, y que todas las gracias del ini-

mitable Horacio no merecian descalzar el menor de los chistes de Plauto. Los cortadillos de Séneca le daban grandísimo gusto; pero de quien estaba furiosamente enamorado era de aquel sonsonete, de aquel paloteado, de aquellos triqui-traques del estilo de Casiodoro; y aunque no le habia leido sino en las aprobaciones de los libros, se alampaba por leerlas, asegurado de que hallaria pocas que no estuviesen empedradas de sus cultísimos fragmentos; porque aprobacion sin Casiodoro, es lo mismo que sermon sin Agustino, y olla sin tocino.

8 Para él no habia cosa como un libro que tuviese título sonoro, pomposo y alti-sonante, y mas si era alegórico, y estaba en él bien seguida la alegoría. Por eso hacía una suprema estimacion de aquella famosa obra intitulada: *Pentacontarchus, sivè quinquaginta militum ductor; stipendiis, Ramirezii de Prado conductus, cujus auspiciis varia in omni literarum ditione nostra profligantur, abdita panduntur, latebræ ac tenebræ pervestigantur, et illustrantur*. Quiere decir: El Pentacontarcho, esto es, el Capitan de cincuenta soldados, á sueldo de Ramirez de Prado, con cuyo valor y auspicio se persiguen y se ahuyentan varios monstruos de todos los dominios de la literatura; se descubren cosas no conocidas, se penetran los senos mas ocultos, y se ilustran las mas densas tinieblas. Porque si bien es verdad que el títu-

lo no puede ser mas ridículo, y mas quando nos hallamos con que todo el negocio del señor Pentacontarcho se reduce á impugnar cincuenta errores, que al bueno de Ramirez de Prado le pareció haber encontrado en varias facultades; y no embargante de que á la tercera paletada se le cansó la alegoría; pues no sabemos que hasta ahora se hayan levantado regimientos, ni compañías de soldados para salir á caza de monstruos, ni de fieras, y mucho ménos que sea incumbencia de la soldadesca exâminar escondrijos, ni quitar el oficio á los candiles, á cuyo cargo corre esto de desalojar las tinieblas; pero el bendito del dómine no reparaba en estas menudencias, y atronado con el estrepitoso sonido de Pentacontarcho, Capitan, soldados y estipendio, decia á sus discípulos que no se habia inventado título de libro semejante, y que este era el modo de bautizar las obras en culto y sonoroso. Por el mismo principio le caía muy en gracia aquella parentacion latina que se hizo en la muerte de cierto personage llamado Fol-de Cardona, varon pio, y favorecido con muchos consuelos celestiales, á la qual se la puso este oportunísimo título: *Follis spiritualis, vento consolatorio turgidus, acrophytio Sacræ Scripturæ armatus, manuque Samaritani applicatus*. Es decir: Fuelle espiritual, hinchado con el viento de la consolacion, aplicado al órgano de la Sagrada Escritura, siendo su

entonador el Samaritano. ¿Quién hasta ahora, decia el pedantísimo preceptor, ha excogitado cosa mas discreta, ni mas elegante? Si alguna pudiera competirla era el incomparable título de aquel eloqüentísimo libro que se imprimió en Italia á fines del siglo pasado con esta harmoniosa inscripcion: *Fratrum Roseæ Crucis fama scancia redux, buccina jubilæi ultimi, Evæ hyperbolicæ prænuntia, montium Europæ cacumina suo clangore feriens, inter colles, et valles Araba resonans.* Fama recobrada de los hermanos de la Roja Cruz: Trompeta sonora del último jubileo, precursora de la hiperbólica Eva, cuyos écos, hiriendo en las cumbres de los montes de Europa, retumban en los valles y en las concavidades de Arabia. Esto es inventar y elevarse, que lo demas es arrastrar por el suelo. Y no que los preciados de críticos y de cultos han dado ahora en estilar unos títulos de libros tan sencillos, tan claros, y tan naturales, que qualquiera vejezuela entenderá la materia de que se trata en la obra á la primera ojeada, queriéndonos persuadir, que así se debe hacer, que lo demas es *pedantería*, nombre sucio, y mal sonante; y al decir esto se espritaba de cólera el enfurecido dómine. Pero toda razon de un gusto tan ratero, y tan vulgar, nos alegan que ni Ciceron, ni Tito-Livio, ni Cornelio Nepote, ni algun otro autor de los del siglo de Augusto usáron jamas de títulos rumbosos, sino simples

y naturales. *Ciceronis Epistolæ* : *Orationes Ciceronis* : *Cicero de Officiis* : *Historia Titolivii* : *Annales Cornelii Taciti* ; y daca el siglo de Augusto, torna el siglo de Augusto, que nos tienen ensiglados y en-augustados los sesos, como si en todos los siglos no se hubieran estilado hombres de mal gusto, y que cometiéron muchos yerros, como lo dice expresamente la iglesia en una oracion que comienza: *Deus qui errantibus*, y acaba: *per omnia sæcula sæculorum*. Digan Ciceron, Tito-Livio y Tácito, y cien Tácitos, cien Tito-Livios, y cien Cicerones lo que quisieren, todo quanto ellos hiciéron no llega al carcañal de aquella estupendísima obra intitulada: *Amphiteatrum sapientiæ æternæ, solius, vera, Christiano-Cabalisticum, divino-Magicum, nec non Physico-Chymicum, ter-triunum-Catholicum; instructore Henrico Cunrath*. Anfiteatro de la Sabiduría eterna, única, verdadera, Cristiano-Cabalístico, Divino-Mágico, Físico-Chîmico, uni-trino-Católico, construido, ó fabricado por Henrico Conrath. Que me den en toda la antigüedad, aunque éntre en ella su siglo de Augusto, cosa que se le parezca. Dexo á un lado aquella oportunidad de adjetivos encadenados, cada qual con su esdrújulo corriente, que son comprehensivos de todas las materias tratadas en el discurso de la obra. Despues de haberla llamado á esta *anfiteatro*, ¿qué cosa mas aguda, ni mas oportuna, ni mas al

caso, que decir *construido*, *fabricado*, y no *escrito*, ni *compuesto* por Enrique Conrath, siguiendo la alegoría hasta la última boqueada? Si este no es primor, que me quiten á mí el crisma de la verdadera latinidad.

CAPITULO VIII.

Sale Gerundio de la escuela del dómine hecho un horroroso latino.

1 Despues de haberse echado el preceptor á sí mismo tan terrible maldicion, que si por nuestros pecados le hubiera comprehendido, quedaria la latinidad preceptoril defraudada de uno de sus mas ridículos ornamentos, pasaba á instruir á sus discípulos de las buenas partes de que se compone un libro latino. Despues del título del libro, los decia, se siguen los títulos ó los dictados del autor; y así como la estruendosa, magnífica é intrincada retumbancia del título excita naturalmente la curiosidad de los letores; así los dictados, títulos y empleos del autor dan desde luego á conocer á todo el mundo el mérito de la obra. Porque claro está, que viendo un libro compuesto por un maestro de teología, un catedrático de prima, y mas si es del gremio y claustro de alguna universidad, por un abad, por un prior, por un definidor: ¿pues qué? si se le añade un *ex* á muchos de sus

dictados, como ex-difinidor, ex-provincial, &c. y se le junta que es teólogo de la Nunciatura, de la junta de la Concepcion, consultor de la Suprema, predicador de su Magestad de los del número: sobre todo, si en los títulos se leen media docena de *protos*, con algunos pocos de *archis*, como proto-médico, proto-filo-matemático, proto-chîmico, archi-historiógrafo; de contado es una grandísima recomendacion de la obra, y qualquiera que tenga el entendimiento bien puesto, y el juicio en su lugar, no ha menester mas para creer que un autor tan condecorado, no puede producir cosa que no sea exquisitísima, y entra á leer el libro ya con un conceptazo de la sabiduría del autor que le aturrulla. Bien hayan nuestros españoles, y tambien los alemanes, que en eso dan buen exemplo á la república de las letras; pues aunque no impriman mas que un folleto, sea en latin, sea en romance, un sermoncete, una oracioncilla, y tal vez una mera consulta moral, ponen en el frontis todo lo que son, y todo lo que fuéron, y aun todo lo que pudiéron ser, para que el lector no se equivoque, y sepa quien es el sugeto que le habla; que no es ménos que un lector jubilado, un secretario general, un visitador, un provincial, y uno que estuvo consultado para obispo. Así debe ser; pues sobre lo que esto cede en recomendacion de la obra, se adelanta una ventaja que pocos han reflexîona-

do dignamente. Hoy se usan en todas partes bibliotecas de los escritores de todas las naciones, en que á lo ménos es menester expresar la patria, la edad, los empleos y las obras que dió á luz cada escritor, de quien se trata. Pues con esta moda de poner el escritor todos sus dictados, y mas, si tienen cuidado de dèclarar la patria donde naciéron, como loablemente lo practican muchos por no defraudarla de esa gloria, diciendo: *N. N. generosus valentinus, nobilis Cesaraugustanus, clarissimus Cordubensis, et reliqua;* ahorran al pobre bibliotequista mucho trabajo, pesquisas y dinero, porque en habriendo qualquiera obra del escritor, halla su vida escrita por él mismo, ante todas cosas.

2 Y aun por eso, no solo no condeno, sino que alabo muchísimo á ciertos escritores modernos, que si se ofrece buena ocasion, se dexan caer en alguna obrilla suya la noticia de las demás obras que ántes diéron á luz, ya para que allí las encuentre juntas el curioso, y ya para que algun malsin no les prohije partos que no son suyos., pues por la diversidad del estilo se puede sacar concluyentemente la suposicion del hijo espurio. Por este importantísimo motivo se vió precisado á dar individual noticia de todas, ó casi todas *las producciones* con que hasta allí habia enriquecido á la república literaria cierto escritor Neotérico, culto, terso, aliñado y exâctísimo ortográfico hasta la pro-

lixidad y hasta el escrúpulo. Un autor Columbino y serpentino, que todo lo juntaba, pues decía él mismo que se llamaba *fray Columbo Serpiente*, dió á luz un papelon que se intitulaba: *Derrota de los Alanos*, contra el doctísimo, el elocuentísimo y el modestísimo maestro Soto-Marne; pues no porque el Rey, y el Consejo sean de parecer contrario, y le hubiesen negado la licencia de escribir ó de imprimir contra ese pobre hombre del maestro Feijoó, nos quitan á los demás la libertad de juzgar lo que nos pareciere. Sospechóse y díxose en cierta comunidad, que el autor de tal derrotado ó derrotador papel era Fulano. Ya se vé, ¡qué injuria mas atroz que esta sospecha! ¡ni qué agravio mas público que el discurso de quatro amigos en la celda de un convento! Monta en cólera el irritadísimo doctor; enristra la pluma, y escribe una carta dirigida á cierto hermano suyo, que era casi lector en aquella comunidad: dála á la estampa, y espárcela por España para que venga á noticia de todos su agravio y su satisfaccion, que sin duda era grandísima. Y despues de haber tratado á la tal *Derrota* como merecia, llamándola *derrota de la conciencia* *i la urbanidad*, *derrota de la lengua castellana*, *derrota de la erudicion*, *derrota d' el gracejo*, *derrota d' el método*, *derrota de la ortografia*, *y derrota al fin de todas las derrotas que toman las nobles plumas en el mar de la crítica y de las letras*, aña-

de: *nada hay en ella que pueda llamarse cosa mia. Ni locucion, ni frase, ni contextura, ni transiciones, ni el modo de traer las noticias, ni la falta de aliño, ni la impropiedad de las voces, ni la grosería d' el dicterio, ni lo ramplon de unos apodos i la improporcion de otros; i para decirlo de una vez, ni aquella falta de ayre sutilísimo, que dá en los escritos á conocer sus autores, i no lo perciben mas que los entendimientos bien abiertos de poros*; que es lo mismo que decir: hermano, si tus frayles no fueran tan cerrados de poros, ó no tuvieran el entendimiento costipado, á mil leguas olerian que no era ni podia ser obra mia esa derrota; porque en todas mis obras la locucion es tersa, la frase culta, la contextura natural, las transiciones ni de encaxe, el modo de traer las noticias, ni aunque vinieran en silla de manos; las voces propísimas, los dicterios delicados, los apodos no ramplones, sino con mas de quatro dedos de tacon. Aunque no fuera mas que por la ortografia, qualquiera que no estuviese arromadizado, podria oler que si fuera cosa mia la derrota, no permitiria que se imprimiese como se imprimió, aunque supiera quedarme sin borla. Permitir yo, que se escribiese la conjuncion con la *y* griega, y no con *y* latina! ¡Tolerar que en mis obras se estampase *de el padre*, *de la agua*, *de ayer acá*, y no con el apóstrofe, que las dá tanta sal y tanto chiste, escribiendo *d' ayer*

acá, de l'agua, d' el padre! Vaya, que es falta de criterio, y no tener olfato para percibir aquel *ayre subtilísimo, que dá en los escritos á conocer sus autores*; y el que no conociere que mis escritos estan llenos de este ayre, no vale para podenco, declárole por mastin.

3 *Prueba perentoria de quanto digo sean mis producciones.* Ahora entra lo que ántes os decia (continuaba el dómine hablando con sus discípulos) del cuidado que tienen los escritores de mejor nota, no solo de autorizar sus obras con todos sus dictados, sino de dexarse caer en alguna de ellas la importante noticia de todas las que las han precedido. Y no hablando de las latinas que á la sazon quando se escribió dicha carta, se sabe que serian como media docena de arengas, y otra tanta porcion de dedicatorias: *de las Hespañolas en prosa i verso* (prosigue nuestro autor) *unas guardan clausura en el retiro de mi celda.... otras andan como vergonzantes, embozadas siempre con los retazos de un acertijo, cuyo ribete es un anagramma: otras, en fin, llevan todo el tren de mis nombres i apellidos, campanillas y cascabeles.* Y habeis de saber hijos (interrumpia aquí el socarron del dómine) que en esto de cascabeles son muchos los que los tienen. *D' este calibre son* (esto es del calibre de los cascabeles) *la aprobacion que dí á un sermon del P. M.... la que hice al sermon de.... la que está en el libro de las*

fiestas de.... una oracion que pronuncié en el capítulo de mi órden, otra que dixe en las exêquias de.... el libro de las fiestas de... Y qué sé yo que mas. Veis aquí una noticia curiosa, individual y menuda de unas obras de grandísima importancia, que qualquiera autor que mañana quiera proseguir la *biblioteca Hispana* de Don Nicolás Antonio, las encuentra á mano en esta carta, y por lo ménos hasta el año de 1750 sabe puntualmente todas las obras que dió á luz nuestro gravísimo escritor, *con sus nombres, apellidos, campanillas y cascabeles.*

4 Yo bien sé que algunos críticos modernos hacen gran burla de esta moda, tratándola de charlatanería y de titulomania, con otras voces disonantes, y *piarum aurium* ofensivas, pretendiendo que es una vana ostentacion, y muy impertinente para dar recomendacion á la obra, pues dicen, que ésta no se hace recomendable por los dictados del autor, sino por lo bien ó mal dictada que esté ella. Traennos el exemplar de los franceses y de los italianos, que por lo comun nunca ponen mas que el nombre, el apellido, y á lo mas la profesion del autor aun en las obras mas célebres y de mas largo aliento (gustame mucho esta frase): como *Historia Romana por Monsieur Rollin. Mabillon, Benedictino, de la Congregacion de San Mauro, de Re diplomática. Historia Eclesiástica por el Abad Fleuri. Specimen Orientalis Ecclesiæ, auc-*

tore Joanne Bapt. Salerno, societatis Jesu. Y aun nos quieren tambien decir que los títulos, así magníficos como ridículos que han tomado algunas academias, especialmente de Italia, no son mas que una graciosa sátira con que se rien de los títulos con que salen á la luz pública algunos autores fantasmas; y que por eso unas academias se llaman *de los Seráficos, de los Elevados, de los Inflamados, de los Olympicos, de los Partenicos, de los Entronizados*; y otras por el contrario, *de los Obscuros, de los Infecundos, de los Obstinados, de los Ofuscados, de los Ociosos, de los Somnolientos, de los Inhábiles, de los Fantásticos.* Pero digan lo que quisieren estos desenterradores de las costumbres, usos y ritos mas loables, y estos grandísimos bufones y burladores de las cosas mas sérias, mas establecidas y mas generalmente recibidas de hombres graves, doctos y pios, yo siempre me tiraré á un libro, cuyo autor salga con la comitiva de una docena de dictados que acrediten bien sus estudios y su literatura ántes que á otro, cuyo autor parece que sale al teatro en carnes vivas, y que no tiene siquiera un trapo con que cubrir su desnudez. Esto parece que es escribir en el estado de la inocencia, y ya no estamos en ese estado. *Obras de fray Luis de Granada, del órden de predicadores.* ¡Miren qué insulsez! ¿Y qué sabemos quién fué ese fray Luis? *Obras del padre Luis de la Puente, de la Compañía de Je-*

sus. ¡Otro que tal! ¿Y por dónde nos consta que este Padre no fué por ahí algun grangero, ó procurador de alguna cabaña?

5 Y ya que viene á cuento y hablamos de esta religion, es cierto que en todo lo demás la venero mucho, pero en esto de los títulos de los libros y de los autores no dexa de enfadarme un poco: aquellos, por lo comun son llanos y sencillos; y éstos por lo regular salen á la calle poco ménos que encueros: su nombre, su apellido, su profesion y tal qual su patria, por no confundirse con otros del mismo nombre y apellido, y santas pasquas. No parece sino que los autores mas graves, los de primera magnitud hacen estudio particular de intitular sus libros como si fueran por ahí la vida del Lazarillo de Tormes, y de presentarse ellos como pudiera un pobre lego pelon. *De Religione, tomus primus. Aucthore Francisco Suarez Granatensi Societatis Jesu. De Concordia Gratiæ, & liberi arbitrii, aucthore Ludovico de Molina Societatis Jesu. De Controversiis, tom. I. aucthore Roberto Belarmino Societatis Jesu.* Y si alguno de estos, añade *Presbítero*, ya le parece, que no hay mas que decir. No alabo esta moda, ó acaso esta manía; y por mas que me quieran decir que es modestia, juicio, cordura, religiosidad, y aun en cierta manera mayor autoridad y gravedad, no me lo persuadirán quantos áran y caban, que parece son los oradores mas persuasivos que se han descubier-

to hasta ahora. Y si no díganme: ¿dexan de ser modestos, cuerdos, religiosos y graves aquellos autores jesuitas (no son muchos) que ponen á sus obras títulos magníficos y sonoros, como *Theopompus*, *Ars magna lucis, et umbræ. Pharus scientiarum*, &c. ¿Y los otros que no dexan de decir si son, ó fuéron maestros de teología, y en donde, doctores, catedráticos, rectores? Díganme mas: ¿no vemos que hasta los reyes ponen todos sus títulos, dictados y señoríos en sus reales provisiones para darlas mayor autoridad; y que lo mismo hacen los arzobispos, obispos, provisores, y quantos tienen algo que poner, aunque sean títulos *in partibus* ó del kalendario, que dan señoría simple sin carga de residencia? Solo el Papa se contenta con decir *Benedictus XIV. servus servorum Dei*, y acabóse la comision; pero esa es humildad de la Cabeza de la iglesia, que no hace consecuencia para los demás, y no debe traerse á colacion. Estas últimas razones, aunque tan ridículas, hacian grandísima fuerza á nuestro insigne preceptor; y procuraba imprimirselas bien en la memoria á sus muchachos para que supiesen qué libros habian de escoger y de estimar.

6 De los títulos, así de las obras como de los autores, pasaba á las dedicatorías. En primer lugar ponderaba mucho la utilísima y urbanísima invencion del primero que introduxo en el orbe literario este género de obsequios, pues sobre que tal vez un pobre

autor que no tiene otras rentas que su pluma, gana de comer honradamente por un medio tan lícito y honesto, logra con esto la ocasion de alabar á quatro amigos y de cortejar á media docena de poderosos; los quales, si no fueren en la realidad lo que se dice en las dedicatorias que son, á lo ménos sabrán lo que debieran de ser. En segundo lugar se irritaba furiosamente contra el autor de las *Observaciones Halenses*, y contra algunos otros pocos de su mismo estambre, que con poco temor de Dios, y sin miramiento por su alma, dicen con grande satisfaccion, que esto de dedicar libros es especie de petardear, ó á lo ménos de mendigar: *Dedicatio librorum est species mendicandi*; y aun no sé quién de ellos se adelanta á proferir, que el primer inventor de las dedicatorias fué un frayle mendicante. ¡Blasfemia! ¡malignidad! ¡ignorancia supinísima! ¿Pues no sabemos que Ciceron dedicaba sus obras á sus parientes y á sus amigos? ¿Y Ciceron fué frayle mendicante? ¿No sabemos que Virgilio dedicó, ó á lo ménos pensó dedicar su Eneida á Augusto? ¿Y fué frayle mendicante Publio Virgilio Maron? ¿Finalmente no saben hasta los autores Malabares que Horacio dedicó á Mecenas todo quanto escribió, y que de ahí vino el llamarse Mecenas qualquiera á quien se dedica una obra, aunque por su alcurnia, y por el nombre de pila se llame Pedro Fernandez? ¿Y no me dirán de qué religion fué frayle mendi-

cante el reverendísimo padre maestro fray Quinto Oracio Flacco? Así que, hijos mios, este uso de las dedicatorias es antiquísimo, y muy loable, y no solo le han usado los autores pordioseros y mendicantes, como dicen estos bufones, sino los papas, los emperadores y los reyes; pues vemos que san Gregorio el Grande dedicó el libro de sus Moráles á san Leandro, arzobispo de Sevilla: Carlo Magno compuso un tratado contra cierto conciliábulo que se celebró en Grecia para desterrar las Santas Imágenes, y le dedicó á su secretario Enginardo; y Enrique VIII, rey de Inglaterra dedicó al Papa y á la iglesia católica, de quien despues se separó, el libro que escribió en defensa de la fé contra Lutero.

7 Y, señor dómine, le preguntó uno de los estudiantes, ¿cómo se hacen las dedicatorias? Con la mayor facilidad del mundo, respondió el preceptor, diga lo que dígere cierto semi-autorcillo moderno, que se anda traduciendo libretes franceses, y quiere parecer persona, solo porque hace con el frances lo que qualquiera medianistilla con el latin; siendo así que hasta ahora no hemos visto de su pegujal, mas que una miserable aclamacion del reino de Navarra en la coronacion de nuestro rey Fernando VI (á quien Dios inmortalice): por señas que la sacudió bravamente el polvo un papel que salió luego contra ella, intitulado: *Colirio para los cortos de vista*; el qual, aun-

que muchísimos dixéron que no tocaba á la obrilla en el pelo de la ropa, y que en suma se reducia á imprimirla en pedazos, añadiendo á cada trozo una buena rociada de desvergüenzas á metralla contra el autor y contra los que éste alababa; y aunque tambien es verdad que inmediatamente le prohibió la inquisicion; pero en fin, el tal papel ponia de vuelta y media, y mas negro que su sotana al susodicho autorcillo. Este, pues, en cierta dedicatoria que acaba de hacer á un gran ministro, nos quiere persuadir, solo porque á él se le antoja, *que no hay en todo el pais de la elocuencia provincia mas árdua que la de una dedicatoria bien hecha.*

8 Yo digo que no la hay mas facil, como se quiera tomar el verdadero gusto, y el verdadero ayre de las dedicatorias. Porque lo primero se busca media docena de substantivos y adjetivos sonoros y metafóricos (y si fuere una docena tanto mejor), los quales se han de poner en el frontis del libro, de las conclusiones, ó de la estampa de papel (porque hasta estas se dedican) ántes del nombre y apellido del Mecenas que sean apropiado, y vengan como de molde á su carácter y empleos. Por exemplo, si la dedicatoria es latina, y se dirige á un señor obispo, el sobre-escrito, la direccion, ó el epígrafe ha de ser á este modo: *Sapientiæ occeano, Virtutum omnium abysso, Charismatum encyclopediæ, pruden-*

tiæ miraculo, charitatis portento, miserationum Thaumaturgo, spiranti polyantheæ, bibliothecæ deambulanti, ecclesiæ Tytani, infularum mytræ, hesperiæque totius fulgentissimo phosphoro: Illmo. Dño. Domino meo D. Fulano de tal. Si la obra se dedica á una santa imagen, como si dixéramos á nuestra señora de la Soledad, ó de los Dolores; hay mil cosas buenas de que echar mano, como *Mari Amaro, Soli Bis-Soli, Orbis Orbatæ Parenti, Ancillæ Liberrimæ absque Libero, Theotoco sine filio, Confictæ non fictè, Puerperæ, inquam, diris mucronibus confossæ sub Iconico Archy-typo de tal y tal.* Pero si la dedicatoria fuere de algun libro romancista, y se dirigiere á un militar, aunque no sea mas que capitan de caballos, entónces se ha de ir por otro rumbo, y ante todas cosas se ha de decir: *Al Xerxes español, al Alexandro andaluz, al Cesar béthico, al Cyro del genil, al Tamberlan europeo, al Kault-Kan Cis-Montano, al Marte no-fabuloso, á D. Fulano de tal, capitan de caballos ligeros del regimiento de tal.* Y no encajar el nombre y el apellido del Mecenas de topeton, como lo estilan ahora los ridículos modernos, diciendo á secas *á Don fulano de tal, á mi señora Doña citana de tal, á la Excma. Señora Duquesa de qual;* que no parece sino sobre-escrito de carta que ha de ir por el correo.

9 Dedicatoria he visto yo muy ponde-

rada por algunos ignorantes y boqui-rubios, dirigida al mismo rey de España, la qual solo decia en el frontis *Al Rey*, con letras gordas iniciales, sin mas principios ni postres, caireles, ni campanillas. No puedo ponderar quanto me estomacó, moviéndome una nausea, que aun ahora mismo me está causando arcadas y bascas. ¡*Al Rey*! ¿Pero á qué Rey, majadero? Pues no sabemos si es á alguno de los Reyes Magos, al Rey Perico, ó al Rey que rabió. ¡*Al Rey*! ¿Puede haber mayor llaneza? Como si dixéramos, á Juan Fernandez, ó á Perico el de los palotes. ¡*Al Rey*! Dime, insolente, desvergonzado y atrevido, ¿es *al Rey de bastos*, *ó al de copas?* Nos quieren embocar los críticos y los cultos, que este es mayor respeto, mayor veneracion, y tambien profundo rendimiento, como que ningun español puede, ni debe entender por el nombre antonomástico de rey á otro que al rey de España; y como que lo mismo debieran entender todas las demas naciones, puesto que no hay rey en el mundo descubierto que tenga tan dilatados dominios como nuestro católico Monarca, ni con algunos millares de leguas de diferencia. ¡Vagatelas, y mas vagatelas! Por lo mismo era muy puesto en razon, que ántes de llegar á su augusto nombre se le diera á conocer, por lo ménos, con unos cincuenta dictados ó inscripciones alegóricas, que fuesen poco á poco conciliando la expectacion y el asom-

bro, los quales pudieran ser, como si dixéramos de esta manera: *Al poderoso Emperador de dos mundos: al émulo del Sol, Febo sublunar en lo que domina, como el celeste en lo que alumbra: al Archi-Monarca de la tierra;* y despues para dar á entender sus reales virtudes personales añadir: *Al depósito real de la clemencia: al coronado archivo de la justicia: al sacro augusto tesoro de la piedad: al escudo imperial de la religion: al pacífico, al benéfico, al magnético, al magnífico, al católico Rey de las Españas Fernando el Sexto, Pio, Feliz, siempre augusto, rey de Castilla, de Leon, de Navarra, de Aragon, &c.* y ir prosiguiendo así hasta el último de sus reales dictados. Lo demas es tratar al rey como se pudiera á un hidalgo de polayna, y sacarle tan solo al teatro del papel, como si fuera uno de aquellos reyes antiguos, que se andaban por esos campos de Dios pastoreando ovejas, y ellos mismos llevaban los bueyes á beber en su propia real persona.

10 Despues tampoco me gusta que se comience á hablar con el rey, espetándole un *Señor* tan tieso como un garrote, que ya no falta mas sino que añadan un *Señor mio*, como si fuera una carta de oficio de algun Ministro superior á otro subalterno. Nuestros antepasados eran hombres mas respetuosos, y verdaderamente circunspectísimos, pues nunca hablaban con el Rey sin

que comenzasen de esta manera: *Sacra, Católica, Real Magestad*, cosa que llenaba la boca de veneracion, y de contado se tenia ya hecho un pie magestuoso para un romance heroico, al modo de las coplas de Juan de Mena. He oido decir que esta moda de tratar al rey, llamándole señor á secas, nos la han pegado tambien los franceses, como otras mil y quinientas cosas mas, por quanto ellos, quando hablan con su rey cristianísimo le encajan un *Sire*, *in puris naturalibus*, y vamos adelante. ¡Válgate Dios por franceses, y qué contagiosos que sois! Con que si á ellos se les antojára llamar *Sirena* á la reyna, ¿tambien nosotros se lo llamariamos corrientemente á la nuestra? ¡Y cierto que quedaria su Magestad muy lisongeada! Ellos tratan de *Madama* á la suya; y en verdad que si á algun español se le antojára tratar así á la Reyna nuestra Señora, no le arrendaría yo la ganancia; salvo que fuese por ahí algun lego, ó algun donado, de estos que son santos y simples adredemente, que esos tienen licencia para tutear al mismo Papa, pues ahí está toda la gracia de su santidad. Por tanto, hijos mios, lo dicho dicho, y tomad bien de memoria estas importantísimas lecciones.

11 Nunca imprimais cosa alguna, aunque sean unos *Quodlibetos*, sin vuestra dedicatoria al canto, que en eso no vais á perder nada, y de contado mal será que no ahorreis por lo ménos el coste de la impre-

sion ; pues no todos los Mecenas han de ser como aquel conchudo Papa (Dios me lo perdone) Leon X, á quien un famoso alchimista dedicó un importantísimo libro, en que, como él mismo aseguraba, se contenian los mas recónditos arcanos de la Crisopeya, esto es, un modo facilísimo de convertir en oro todo el hierro, y todos los metales del mundo; y el bueno del Pontífice (perdonémelo Dios) por todo agradecimiento le regaló con un carro de talegos, para que recogiese en ellos el oro que pensaba hacer: cosa de que se riéron mucho los mal intencionados; pero los eruditos y verdaderamente literatos la tuviéron por mezquindad, y la lloráron con lágrimas de indignacion. Resuelta vuestra dedicatoria, atacadla bien de epígrafes alegóricos, simbólicos y altisonantes; y si fuere á alguna persona real, cuidado con tratarla como es razon, y que no salga en público sin su compañía de guardias de corps, y sin su guardia de alabarderos, esto es, de epitectos bien galoneados, y bien montados, precedidos de epígrafes á mostachos, que vayan abriendo calle.

12 Y aunque ya vá un poco larga la leccion, por concluir en ella todo lo que toca á lo substancial de las dedicatorias, quiero instruiros en otros dos puntos, que son de la mayor importancia. Autores latinos hay tan romancistas, que quando llegan á poner los verdaderos titulos que tie-

nen los sugetos, á quienes dedican sus obras, como duque de tal, conde de tal, marques de tal, señor de tal, consejero de tal, &c. los ponen en un latin tan llano, tan natural, y tan ramplon, que le entenderá una demandadera, aunque no sepa leer ni escribir, solo con oirle, pues dicen muy á la pata llana: *Duci de Medina-Celi: Comiti de Altamira: Marchioni de Astorga: Domino de los Cameros: Consiliario Regio, &c.* ¡Cosa ridícula! Para eso mas valiera decirlo como pudiera un maragato. Quanto mas culto, y mas latino será decir: *Cælico-Metinensi: Ductori-Satrapæ: A Comitiis de Cacuminato-conspectu: Mærium Asturicensum à Markis: Lecti-Fabrorum Dynastæ: à Penetralibus Regiis:* y si no lo entendieren los letores, que aprendan otro oficio, porque esa no es culpa del autor, el qual, quando se pone á escribir en latin, no ha de gastar un latin que le entienda qualquiera reminimista.

13 Otra cosa es quando los títulos no son verdaderos y reales, sino puramente simbólicos ó alegóricos, inventados por el ingenio del autor; que entónces, para que se penetre bien toda la gracia, y toda la oportunidad de la invencion, conviene mucho ponerlos llána y sencillamente. Explicarémos con un exemplo. El año de 1704, cierto autor aleman publicó una obra latina intitulada: *Geographia Sacra, seu Ecclesiastica.* Geografia Sagrada ó Eclesiástica.

Dedicóla á los *tres únicos Soberanos Príncipes hereditarios* en el cielo y en la tierra: *Tribus summis, atque unicis, Principibus hæreditariis in cœlo et in terra*; esto es, á Jesucristo, á Federico augusto, Príncipe Electoral de Sagonia, y á Mauricio Guillermo, Príncipe hereditario de las provincias de Saxo-Ceitz: *Christo, nempe, Friderico Augusto, Principi Electorali Saxoniæ, et Mauritio Voilhelmo, Provintiarum Saxo-Cizensium hæredi.* ¡Cosa grande! pero aun todavía la habeis de oir mucho mayor. ¿Y qué títulos inventaría nuestro incomparable autor para explicar los estados de que era Príncipe hereditario Jesucristo? Atencion, hijos mios, que acaso no leereis en toda vuestra vida cosa mas divina; y lo que es yo, si fuera el inventor de ella, no me trocaria por Aristóteles, ni por Platon.

14 Llama, pues, á Jesucristo en latin claro y sencillo, como era razon que le usase en esta importante ocasion. *Imperator coronatus cœlestium Exercituum: electus Rex Sionis, semper Augustus; Christianæ Ecclesiæ Pontifex Maximus, et Archi-Episcopus Animarum: Elector Veritatis, Archi-Dux Gloriæ: Dux Vitæ: Princeps Pacis: Eques Portæ inferni: Triumphator Mortis: Dominus hæreditarius Gentium: Dominus Justitiæ, et Patris Cœlestis à Sanctioribus Consiliis, &c. &c. &c.* Quiere decir, porque es importantísimo que nin-

guno se quede sin entenderlo. Es Cristo *coronado Emperador de los exércitos celestiales: electo Rey de Sion, siempre augusto: Pontífice Máximo de la iglesia cristiana: Arzobispo de las almas: Elector de la verdad: Archi-Duque de la gloria: Duque de la vida: Príncipe de la paz: Caballero de la puerta del infierno: Triunfador de la muerte: Señor hereditario de las gentes: Señor de la justicia, y del consejo de estado y gavinete del Rey su Padre celestial.* Y añadió el autor muy oportunamente tres & & &as. para dar á entender que todavia le quedaban entre los deditos otros muchos títulos y dictados, y que de aquí á mañana los estaría escribiendo, si no bastáran los dichos para que se conociese los que podia añadir. Muchachos, encomendad esto á la memoria, aprendedlo bien, tenenlo siempre en la uña, que se os ofrecerán mil ocasiones en que os pueda servir de modelo para acreditaros vosotros, y para acreditarme á mí.

15 Falta decir dos palabritas sobre el cuerpo y el alma de las dedicatorias. Supónese que el latin siempre ha de ser de boato, antisono, enrebesado, é inconstruible, ni mas ni ménos, como el latin de una insigne dedicatoria, que años há me dió á construir el padre de Gerundio de Campazas, *alias* Zotes, y en verdad que se la construí sin errar un punto, á presencia de todo el arciprestazgo de san Millan, en la

romería del Cristo de Villaqnexida: Supónese tambien, que á qualquiera á quien se le dedica una obra, sea quien fuere, se le ha de entroncar por aquí ó por allí con el rey Bamba, ó á lo ménos ménos con Don Veremundo el diácono, sea por línea recta, ó por línea transversal, que eso hace poco al caso, y es negocio de cortísimo trabajo; pues ahí está Jacobo Guillermo Imhoff, dinamarques ó sueco (que ahora no me acuerdo), famoso genealogista de las casas ilustres de España y de Italia, que á qualquiera le emparentará con quien le venga mas á cuento. Sobre este supuesto, ya se sabe que la entrada de toda dedicatoria ha de ser siempre exponiendo la causa impulsiva que dexó sin libertad al autor para emprehender aquella osadía; la qual causa nunca jamas ha de ser otra que la de buscar un poderoso protector contra la emulacion, un escudo contra la malignidad, una sombra contra los abrasados ardores de la envidia, asegurando á rostro firme que con tal Mecenas no teme ni á los Aristarchos, ni á los Zoylos, pues ó acobardados no osarán sacar las cabezas de sus madrigueras y escondrijos; ó si tuvieren atrevimiento para hacerlo, serán ícaros de su temeridad, derretidas sus alas de cera á los encendidos centelleantes rayos de tan famoso resplandeciente padrino. Porque si bien es verdad, que aunque un libro se dedique al Santísimo Sacramento, si él es malo, hay hombres

tan insolentes y tan mordaces, que adorando al divino objeto de la dedicatoria hacen añicos al libro, y tal vez á la misma dedicatoria no la dexan hueso sano; y mas de dos libros de á folio he visto yo recogidos por la inquisicion, con estar dedicados á reyes, á emperadores, y aun al mismo papa, sin que los Mecenas hagan duelo de eso, ni se les dé un ardite, no hallándose noticia en la historia, de que jamas haya habido guerras entre los príncipes cristianos por la defensa de un libro que se les haya dedicado; siendo así que muchas veces las ha habido por quítame allá esas pajas. Digo, que aunque todo esto sea así (por justos juicios de Dios, y por los pecados del mundo), en todo caso siempre debemos atenernos á aquel refran que dice: *Quien á buen arbol se arrima, buena sombra le acobija*; y de una manera ó de otra es indispensable de toda indispensabilidad que toda dedicatoria bien hecha se ábra por este tan oportuno, como delicado y verdadero pensamiento.

CAPITULO IX.

En que se dá razon del justo motivo que tuvo nuestro Gerundio para no salir todavia de la gramática, como lo prometió el capítulo pasado.

1 Admirado estará, sin duda, el curioso letor, de que habiéndose dicho en el capítulo antecedente como salia en él de la gramática el ingenioso y aplicado Gerundico, todavía le dexemos en ella oyendo con atencion las acertadas lecciones de su doctísimo preceptor contra la fé de la historia, ó á lo ménos contra la inviolable fidelidad de nuestra honrada palabra. Pero si quisiere tener un poco de paciencia, y prestar oidos benignos á nuestras poderosísimas razones, puede ser que se arrepienta de la temeridad y de la precipitacion con que ya en lo interior de su corazon nos ha condenado sin oirnos.

2 Lo primero es una intolerable esclavitud, por no llamarla ridícula servidumbre. Esto de querer obligar á un pobre autor á que cumpla lo que promete, no solo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro. ¿Qué escritura de obligacion hace el autor con el letor para obligarle á eso, ni en juicio, ni fuera de él? Y así vemos que autores que no son ranas ponen á sus libros

los títulos que se les antoja, aunque nunca tengan parentesco con lo que se trata en ellos, y ninguno los ha hablado palabra, ni por eso han perdido casamiento. Verbi gracia, al leer el título de *Margarita Antoniana*, ó de *Antoniana Margarita*, con que bautizó su obra el famosísimo español Gomez Pereyra, que fué el verdadero patriarca de los Des-cartes, de los Nevvtones, de los Boyles y de los Lebnitzes; ¿quién no creerá que vá á regalarnos con algun curiosísimo tratado sobre aquella margarita ó aquella perla que valia no sé quantos millones, con la qual, desatada en vino ó en agua (que esto aun no está bien averiguado), brindó Cleopatra á la salud de su Antonio, ó se la dió á éste de colacion en un dia de ayuno, que de una y otra manera nos lo cuentan las historias? Pues no señor, no es nada de eso. La *Antoniana Margarita* no es mas que un delicadísimo tratado de filosofia para probar que los brutos no tienen alma sensitiva, y para citar á juicio, con esta ocasion, otras muchas opiniones de Aristóteles, que por larga série de siglos estaban en la quieta y pacífica posesion de ser veneradas en las escuelas, no solo como opiniones de tal autor, sino como principios indisputables, que solo el dudar de ellos sería especie de herética pravedad: y no obstante aquel trávieso, sutil y litigioso gallego se atrevió á ponerles á pleyto la propiedad, ya que no pudiese litigarles la pose-

sion. ¿Pero por qué puso á su obra un título tan distante del asunto? ¿Por qué? por una razon igualmente fuerte que piadosa, y que ninguno se la impugnaba: Porque su padre se llamaba Antonio, y su madre Margarita; y ya que no se hallaba con caudal para fundar un aniversario por sus almas, quiso á lo ménos dexar fundada esta agradecida memoria. Pues que se me vengan ahora á hacerme cargo de que no cumplo lo que ofrezco en mis capítulos.

3 Amen de eso: por grave que sea el capítulo de un libro, ¿lo será nunca tanto como el capítulo de una religion? Y no obstante, ¿quántas veces vemos, que nada de lo que se decia al principio del capítulo sale despues al fin de él? ¿Y qué capítulo se ha declarado hasta ahora nulo precisamente por este motivo? Finalmense, si un pobre autor comienza á escribir un capítulo con buena y sana intencion de sacarle moderado, y de justa medida y proporcion, y de cumplir honradamente lo que prometió al principio de él, y despues se atraviesan otras mil cosas que ántes no le habian pasado por el pensamiento, y le dá gran lástima dexarlas; ¿es posible que no se le ha de hacer esta gracia, ni disimularle esta flaqueza, siendo así que á cada paso vemos en las conversaciones atravesarse especies que interrumpen el hilo del asunto principal por una y por dos horas, y no por eso se hacen aspamientos, ántes bien se llevan

en paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros próximos, y vamos adelante? Pues ¿por qué no se usará la misma caridad, y se exercitará la misma obra de misericordia con los autores y con los libros? Fuera de que no sería gran lástima que solo por cumplir con lo que prometió el capítulo inconsideradamente, sacásemos á nuestro Gerundio de la gramática ántes de tiempo, y sin haber oido otras lecciones no ménos curiosas que necesarias, con que enriquecia á sus discípulos el pedantísimo maestro.

4 Decíale, pues, que en sus composiciones latinas, fuesen de la especie que se fuesen, se guardasen bien de imitar el estilo de Ciceron, ni alguno de aquellos otros estilos, á la verdad propios, castizos, perspicuos y elegantes; pero por otra parte tan claros y tan naturales, que qualquiera letor, por boto que fuese comprehendia luego á la primera ojeada lo que le querian decir. Esto por varias razones, todas á qual mas poderosas: la primera, porque hasta en las sagradas letras se alaba mucho á aquel no ménos valeroso que discreto héroe, que trataba las ciencias magnificamente: *Magnificè etenim scientiam tractabat*; y ciertamente nada se puede tratar con magnificencia, quando se usa de voces obias, triviales y comunes, aunque sean muy propias y muy puras. La segunda, porque si no se procura tener atada la atencion de los letores y de los oyentes con la obscuridad, ó á lo mé-

nos, con que no esté á primer follo la inteligencia de la frase, enseña la experiencia, que unos roncan, y otros piensan en las babias, por quanto es muy volatil la imaginacion de los mortales. La tercera, porque miéntras el letor anda revolviendo Calepinos, Vocabularios y Lexicones para entender una voz, se le queda despues mas impreso su significado, y á vueltas de él la doctrina y el pensamiento del autor. La quarta y mas poderosa de todas, para que sepan esos estrangerillos que notan el latin de los españoles de despeluzado, incurioso ó desgreñado, que tambien acá sabemos escribir á la papillota, y sacar un latin con tantos bucles, como si se hubiera peynado en la calle de san Honorato de París: lo que no es posible que sea, miéntras no se ande á caza de frases escogidas, crespas y naturalmente ensortijadas.

5 Ahí teneis al inglés ó al escocés Juan Barclayo (que yo no tengo ahora empeño en que fuese de Londres, ó de Edimburgo), el qual no dirá *exhortatio* aunque le quemen, sino *parænesis*, que significa lo mismo, pero un poco mas en griego; ni *obedire* por obedecer, que lo dice qualquiera lego, sino *decedere*, que, sobre tener mejor sonido, es de significado mas abstruso, por lo mismo que es equívoco. Llamar *Prologus* al Prólogo, ¿que lego no entenderá ese latin? llamarle *Proœmium*, suena á zaguan de lógica: *Præfatio*, pare-

ce cosa de misal, y luego ofrece á la imaginacion la idea del canto gregoriano: llámese *Alloquium*, *Ante loquium*, *Præ-loquium*, *Præ-loquutio*, y dexadlo de mi cuenta. Al estilo doctrinal llámesele siempre en latin *stilus didascalicus*, y caiga quien cayere: quando se quiera notar á algun autor latino, aunque sea de los mas famosos, de que aún no ha cogido bien el ayre de la lengua romana, y que hasta en ella se descubre el propio de la suya nacional, dígase, á Dios te la depàre buena, *redolet Patavinitatem*; porque si bien es así, que todavía no han convenido los gramáticos en el verdadero significado de esta voz, qualquiera que la usa queda *ipso facto* calificado de un latino que se pierde de vista, elegante, culto y terso. Sobre todo os encargo mucho que ni á mí, ni á ningun otro preceptor, maestro ó doctor, apellideis jamas con los vulgarísimos nombres de *doctor*, *magister*, *præceptor*. ¡Jesus qué parvulez, y qué patanismo! A qualquiera que enseñe alguna facultad, llamadle siempre *Mystagogus*; porque aunque es cierto que nò viene á propósito, aun el mismo que lo conoce os lo agradecerá, por ser voz que presenta una idea misteriosa y extraordinaria. La mejor advertencia se me olvidaba. Es de la mayor importancia, quando leais alguna obra latina, de las que *estan mas en voga* (frase que me cae muy en gracia), decir de quando en quando: *hic est trasonismus*, este es trasonismo: y no os dé

cuidado, que vosotros ni los que os oyeren entendais bien lo que en eso quereis decir; porque yo os empeño mi palabra de que los dexareis aturrullados, y arqueando los ojos de admiracion. Con esto y con hacer grande estudio en no escribir jamas trabados los diphtongos de *a* y *e*, ni de *o* y *e*, como lo han hecho hasta aquí muchos latinos honrados, sino con sus letras separadas, escribiendo v. gr. *faeminae* en lugar de *fæminæ*, y *phoebus* en vez de *phœbus:* con no contar las datas por los dias del mes, sino por las Kalendas, los Idus y las Nonas; con guardaros mucho de no llamar á los meses de julio y agosto con sus nombres sabidos y regulares, sino con los de *Quintilis* y *Sextilis*, como se llámaban *in diebus illis*; y finalmente con desterrar los números arábigos de todas vuestras composiciones latinas, usando siempre de las letras romanas en vez de números, y esas dibujadas á la antigua, v. gr. para poner *anno millessimo-septingentessimo-quinquagessimo-quarto*, año de mil-setecientos-y-cincuenta-y-quatro, no poner como pudiera un contador, ó un comerciante *anno* 1754, sino an. CIϽDCC.LIV. digo, hijos mios, que con solo esto podeis echar piernas de latin por todo el mundo: *Et peream ego, nisi cultissimi omnium latinissimorum hominum audieritis.*

6 Muy atento estaba nuestro Gerundio á las lecciones del dómine, oyéndolas con

singular complacencia, porque como tenia bastante viveza, las comprehendia luego; y por otra parte, como eran tan conformes al gusto extravagante con que hasta allí le habian criado, le quadraban maravillosamente. Pero como vió que el dómine inculcaba tanto en que el latin fuese siempre crespo, y todo lo mas obscúro que fuese posible; y por otra parte, en fuerza de la inclinacion que desde niño habia mostrado á predicar, su padrino el licenciado Quijano le habia enviado los quatro tomos de sermones del famoso Juan Raulin, doctor parisiense, que murió en el año de 1514, los quales, por ser de un latin muy llano, muy chavacano y casi macarrónico, los entendia perfectamente Gerundico; dixo al dómine muy desconsolado, hablándole en latin, porque habia pena para los que en el aula hablasen en romance: *Domine, secundum ipsum, quidam sermones latini, quos ego habeo in pausatione mea, non valebunt nihil, quia sunt plani, et clari sicut aqua*. Pues, señor, segun eso, unos sermones latinos que yo tengo en mi posada, no valdrán nada, porque son llanos y claros como el agua. *Qui sunt hi sermones?* le preguntó el dómine. ¿Qué sermones son esos? *Sunt cujusdam prædicatoris*, respondió el chico, *qui vocatur Joannes de... non me recordor; quia habet appellitum multum enrebesatum*. Son de un predicador que se llama Juan de..... no me acuerdo, porque tiene un apellido

muy enrevesado. ¿*De quo agunt*? le volvió á preguntar el dómine; ¿de qué tratan? *dómine*, respondió el muchacho, *de multis rebus, quæ faciunt ridere*. Señor de muchas cosas que hacen reir. Anda vé, y tráelos, le dixo el preceptor, y veremos qué cosa son ellos, y qué cosa es el latin.

7 Partió volando el obediente Gerundio; traxo los sermones, abrió el dómine un tomo, y encontróse con el sermon 3. *de viduitate*, donde leyó en vóz alta este admirable pasage.

8 *Dicitur de quadam vidua, quod venit ad Curatum suum, quærens ab eo consilium, si deberet iterum maritari, et allegabat, quòd erat sine adjutorio, et quod habebat servum optimam, et peritum in arte mariti sui. Tunc curatus dixit: Bene, accipite eum. E contrario illa dicebat: Sed periculum est accipere illum, ne de servo meo faciam Dominum. Tunc curatus dixit: Bene, nolite eum accipere. Ait illa: ¿quomodo ergo faciam? Non possum sustinere pondus illud, quod sustinebat maritus meus, nisi unum habeam. Tunc curatus dixit: Bene, habeatis eum. At illa: ¿sed si malus esset, et vellet me disperdere, et usurpare? Tunc curatus: non accipiatis ergo eum. Et sit curatus semper juxta argumenta sua concedebat ei. Videns autem curatus, quià vellet illum habere, et haberet devotionem ad eum, dixit ei; ut bene distincte intelligeret, quid campanæ ecclesiæ ei dicerent;*

et secundum consilium campanarum, quod ipsa faceret. Campanis autem pulsantibus intellexit, juxta voluntatem suam quod dicerent: prens ton varlet, prens ton varlet. *Quo accepto, servus egregie ververabit eam, et fuit ancilla, quæ prius fuerat domina. Tunc ad curatum suum conquesta est de consilio, maledicendo horam, quâ crediderat ei. Cui ille: non satis audistis, quid dicant campanæ. Tunc curatus pulsavit campanam, et tunc intellexit, quod campanæ dicebant*: ne le prens pas, ne le prens pas: *Tunc enim vexatio dederat ei intellectum.*

9 No obstante la seriedad innata y congenita del gravísimo preceptor, afirma un autor coetaneo, sincrono y fidedigno, que al acabar de leer este gracioso trozo de sermon, no pudo contener la risa; y para que le entendiesen hasta los niños que habian comenzado aquel año la gramática, mandó á Gerundio que le construyese. Este dixo que de puro leerle se le habia quedado en la cabeza, y que sin construirle, si queria su merced, le relataria todo seguidamente, y aun le predicaria como si fuera mesmamente el mesmo predicador. Parecióle bien la proposicion, hizo silencio dando sobre la mesa tres golpes con la palma: plantóse Gerundio con gentil donayre enmedio del general: limpióse los mocos con la punta de la capa: hizo la cortesía con el sombrero á todos los condiscípulos, y una re-

verencia con el pie derecho, á modo de quien escarba; volvió á encasquetarse el sombrero, gargajeó y comenzó á predicar de esta manera, siguiendo punto por punto el sermon de Juan Raulin.

10 „Cuéntase de cierta viuda, que fué á casa de su cura á pedirle consejo sobre si se volveria á casar, porque decia que no podia estar sin alguno que la ayudase, y que tenia un criado muy bueno y muy inteligente en el oficio de su marido. Entónces la dixo el cura: Bien, pues cásate con él. Mas ella le decia; pero está á pique, si me caso con él, que se suba á mayores, y que de criado se haga amo mio. Entónces el cura la dixo: Bien, pues no te cases tal. Pero ella le replicó: no sé que me haga: porque yo no puedo llevar sola todo el trabajo, que tenia mi marido, y he menester un compañero que me ayude á llevarle. Entónces la dixo el cura: Bien, pues cásate con ese mozo. Mas ella le volvió á replicar: ¿y si sale malo, y quiere tratarme mal, y desperdiciar mi hacienda? Entónces el cura la dixo: Bien, pues no te cases. Y así la iba respondiendo siempre el cura; segun las proposiciones y las réplicas que la viuda le hacía. Pero al fin, conociendo el cura que la viuda en realidad tenia gana de casarse con aquel mozo, porque le tenia pasion, díxola que atendiese bien lo que la dixesen las campanas de la iglesia, y que hiciese segun ellas la aconsejasen. Tocaron las cam-

panas, y á ella le pareció que la decian, segun lo que tenia en su corazon: *ca-sa-te-con-él, ca-sa-te-con el.* Casóse, y el marido la azotó, y la dió de palos tan lindamente, pasando á ser esclava, la que ántes era ama. Entónces la viuda se fué al cura quejándose del consejo que la habia dado, y echando mil maldiciones á la ora en que le habia creido. Entónces el cura la dixo: sin duda que no oiste bien lo que decian las campanas. Tocólas el cura, y á la viuda le pareció entónces que decian clara y distintamente: *no-te-ca-ses-tal; no-te-ca-ses-tal;* porque con la pena se habia hecho querda".

11 Aplaudió mucho el dómine lo bien que Gerundio habia entendido el cuento del predicador, y la gracia con que le habia recitado, conociendo que sin duda habia de tener mucho talento para predicar: los condiscípulos tambien le vitoreáron y riéron mucho el cuento. Pero el preceptor, volviendo á tomar la palabra hizo algunas reflexîones sérias y juiciosas, acabando con otras que no podian ser mas ridículas. Por lo que toca al latin, dixo á sus discípulos, es muy chavacano, y aun los mismos que gustan de latin claro y corriente no le aprobarán, porque ese no tanto es claro y natural, quanto apatanado y soez; en lo qual tenia muchísima razon. Pero habeis de notar una cosa, y es la poca razon que tienen algunos señores franceses para hacer mucha

burla del latin de los españoles, tratándonos de bárbaros en punto de latinidad ; y diciendo que siempre hemos hablado esta lengua como pudieran hablarla los godos y los vándalos. Esto porque hubo tal qual autor nuestro que realmente escribió en un latin charro y guedejudo, ó como latin de boticario y sacristan. Ea monsiures, démonos todos por buenos, que si acá tuvimos nuestros Garcias, nuestros Cruces, y nuestros Pedros Fernandez, tambien ustedes tuviéron sus Raulines, sus Maillardos, sus Barletas, sus Menotos; y en verdad que su autor de ustedes el célebre monsieur de Cange, en el vocabulario que compuso de la *baja latinidad*, la mayor parte de los exemplos que trae no los fué á buscar fuera de casa. Y de camino adviertan ustedes, que quando allá en su París se usaba un latin tan elegante como el del doctor Juan Raulin, acá teniamos, dentro de aquel mismo siglo, á los Montanos, á los Brocenses, á los Pereyras, á los Leones, y á otros muchos que pudieran escupir en corro, y hablar barba á barba con los Tulios y con los Livios que ustedes alaban tanto, aunque no sean de mi parroquia, ni de mi mayor devócion.

12 Esto, en quanto al latin, dixo el dómine; mas por lo que mira á la substancia del sermon, continuó cansándose de hablar en juicio, ó dexándose llevar de su estrafalario modo de concebir; por lo que mira á la substancia del sermon, aunque de este

predicador no he leido mas que este trozo, desde luego digo que fué uno de los mayores predicadores que ha habido en el mundo, y me iria yo hasta el cabo de él, solo por oirle. A mí me gustan tanto en los sermones estos cuentecitos, estas gracias, y estos chistes, que sermon en que el auditorio no se ria por lo ménos media docena de veces á carcajada tendida, no daria yo quatro quartos por él, y luego me dá gana de dormir. Yo creia que esta era una gracia privativa de algunos famosos predicadores españoles, y que en otras partes no se estilaba este modo de predicar y de divertir á la gente; pero ahora veo que todo el mundo es pais; y aunque por una parte siento que no tengan la gloria de ser los únicos en esto algunos de nuestros célebres oradores, por otra no me pesa que tambien participen de ella otras naciones, porque lo demas sería envidia, y una especie de viciosa ambicion. No echó esta leccion en saco roto nuestro Gerundico; porque como desde niño habia mostrado tanta inclinacion á predicar, oía con especial gusto y atencion todo quanto podia hacerle famoso por este camino, y desde luego propuso en su corazon que si algun dia llegaba á ser predicador, no predicaria sermon, fuese el que fuese, que no le atestase bien de chistes y de cuentecillos.

13 Finalmente el bueno del dómine instruía á sus discípulos en todas las demas par-

tes de que se compone la perfecta latinidad, ó el perfecto uso de la lengua latina, con el mismo gusto, ni mas ni ménos con que les habia instruido en el estilo. Decíales que la retórica no era *arte de persuadir*, sino *arte de hablar*; y que eso de andar buscando razones sólidas, y argumentos concluyentes para probar una cosa, y para convencer al entendimiento, era una mecánica buena para los lógicos y para los matemáticos, que se andaban á caza de demostraciones como á caza de gangas; que el perfecto retórico era aquel que le atacaba y le convencia con quatro fruslerías, y que para eso se habian inventado las figuras, las quales eran inútiles para dar peso á lo que de suyo le tenia, y que toda su gracia consistia en alucinar á la razon, haciéndola creer que el vidrio era diamante, y oro el oropel. Enseñábales que no gastasen tiempo, ni se quebrasen la cabeza en aprender lo que es introduccion, proposicion, division, prueba, confirmacion, aumento, epílogo, peroracion, ni exôrtacion, porque eran cuentos de viejas, invenciones de modernos, y querer componer una oracion latina con la misma simetría con que se fabrica una casa. No les disimulaba que Aristóteles, Demóstenes, Ciceron, Longino y Quintiliano habian enseñado que esto era indispensable, no solo para que una oracion fuese perfecta, sino para que mereciese el nombre de oracion; pero añadia que esos habian sido unos po-

bres hombres, y porque ellos nunca habian sabido hablar en público de otra manera, dádoleha que habian de hablar así todos los que habian de hablar bien. Prueba clara de que no tenian razon, eran millares de millares de sermones que andaban por ese mundo de Dios, impresos de letra de molde, con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones de hombres muy científicos y muy sapientes, los quales habian sido oidos con un aplauso horroroso; y sabiendo todo el género humano que los sermones no son ó no deberian de ser otra cosa que una artificiosa y bien ordenada composicion de elocuencia y de retórica, en los susodichos no se hallaba pizca de toda faramalla y barahunda de introduccion, proposicion, division, &c. sino unos pensamientos brillantes, saltarines y aparentes, á qual mas falsos, sembrados por aquí y por allí, conforme se le antojaba al predicador, sin convencimiento, persuasion, ni calabaza; y con todo eso fuéron aplaudidos como piezas de elocuencia inimitables, y se diéron á la prensa para que se eternizase su memoria. De todo lo qual, legítima y perentoriamente se concluía que la verdadera retórica, y la verdadera elocuencia no consistia en nada de eso, sino principalmente en tener bien decoradas las figuras retóricas con los nombres griegos y retumbantes con que habia sido bautizada cada una, estando pronto el retórico á dar su propia y adequada difini-

cion, siempre que fuese legitimamente preguntado. Y así, concluía el dómine, dadme acá uno que sepa bien *quid est Epanorthosis, Elipsis, Hyperbaton, Paralipsis, Pleonasmo, Synonymia, Hypotyposis, Epiphonema, Apostrophe, Prolepsis, Upobolia, Epitrophe, Periphrasis y Prosopopeya*, y que en qualquiera composicion, sea latina, sea castellana, use de estas figuras conforme se le antojare, vengan ó no vengan; que yo os le daré mas retórico y mas eloquente que cien Cicerones y doscientos Demóstenes pasados por alambique. Así, pues, todo el empeño del cultísimo preceptor era que sus muchachos supiesen bien de memoria estas vagatelas; y á los que veía mas instruidos y mas expeditos en ellas, los decia lleno de satisfaccion y de vanidad: *Andad hijos, que ya podeis echar piernas de retóricos por todos esos estudios de Dios, y por todos esos seminarios de Cristo.* Con efecto los retóricos del dómine *Zancas-largas* (este era su mote ó su verdadero apellido) eran muy nombrados por toda la rivera de Orbigo, y por todo lo que baña el famoso Rio Tuerto.

14 Finalmente las lecciones que les daba sobre la poesía latina, última parte de todo lo que les enseñaba, eran primas hermanas de las otras, pertenecientes á las demas partes de la latinidad. Contentábase con hacerlos aprender de memoria la Prosodia, la cantidad de las sílabas, los nom-

bres griegos de los pies, *dactilo*, *spondeo*, *jambo*, *trochaico*, *pirrichio*, *&c.* aquellos que explicaban la uniformidad ó la variedad de las strophas, *monócolos*, *monóstrophos*, *dicolos*, *distrophos*, *tetastrophos*, y que decorasen gran número de versos de los poetas latinos, única y precisamente para probar con ellos la cantidad de las sílabas breves ó largas por su naturaleza; sin advertir que esta regla no es absolutamente infalible, por quanto los mejores poetas latinos hiciéron, no pocas veces, largas las sílabas breves, y breves las largas, ó usando de la licencia poética, ó tambien, porque no embargante de ser poetas, eran hombres, y pudiéron descuidarse, puesto que tal vez hasta el mismo Homero dormitó. Hecho esto, como los muchachos compusiesen versos que constasen mas que fuesen lánguidos, insulsos y chavacanos; y aunque estuviesen mas atestados de ripio, que pared maestra de argamasa, no habia menester mas para coronarlos con el laurel de Apolo. Una vez decia en el tema, ó en el romance para una quartilla estas palabras: *Entónces se supo con quanta razon castigó Dios al mundo con el diluvio, y se fabricó el arca de Noé.* Compúsola en verso latino un discípulo de Zancas largas, y dixo:

Dilubiumque, arcamque Noe; tum qua ratione.

Por solo este admirable verso le dió el dómine dos parces y un abrazo, sin poderse

contener. En otro tema se decia esta sentencia: *Se deben tolerar las cosas que no se pueden mudar*, y un chico la acomodó en este bello pentametro:

Quæ non mutari sunt toleranda, queunt.

Valióle doce puntos para su vanda, y una tarde de asueto. Mandó componer en una estropha de versos saphicos este breve romance: *Andres Corbino convidó á Pedro Pagano á que el miércoles por la tarde fuese á merendar á su casa, porque aquel dia se habia de hacer en ella la matanza de un cerdo.* Un muchaco que pasaba por ingenio milagroso le llevó el dia siguiente la siguiente estropha:

Domine Petre, Domine Pagane,
Corbius rogat, velis, ut Andras,
Vesperi quarta mactabimus suem,
Ad se venire.

15 Faltó poco para que el preceptor se volviese loco de contento, y luego incontinenti le declaró Emperador perpétuo de la vanda de Roma: hízole tomar posesion del primer asiento ó trono imperial: mandó que provisionalmente fuese laureado con una corona de malvas y otras yervas, por quanto no habia otra cosa mas á mano en uno que se llamaba huerto, y era ún erreñal de la casa del dómine, miéntras se hacia venir de la montaña un ramo de laurel; y ordenó que desde allí adelante, y por todos los siglos venideros, hasta la fin del mundo, fuese habido, tenido y reputado

por el archi-poeta paramés (era del Páramo el rayo del muchacho) para diferenciarle, y no confundirle jamas con Camilo Cuerno, archi-poeta de la Pulla.

16 Pararse el dómine á explicar á sus discípulos en qué consistia la alma y el divino furor de la poesía; pedirle que los hiciese observar el carácter y la diferencia de los mejores poetas; esperar que los enseñase á conocerlos, á distinguirlos y á calificarlos; pretender que los instruyese en que no se pagasen de atronamientos, ridiculeces y puerilidades; no habia que pensar en eso, porque ni él lo sabía, ni él mismo se pagaba de otra cosa. Naturalmente se le iba la inclinacion á lo peor que encontraba en los poetas, como tuviese un poco de retumbancia, ó algun sonsonetillo ridículo, insulso y pueril. Por el primer capítulo elevaba hasta las nubes aquellas dos bocanadas, ó ventosidades poéticas de Ovidio:

Semi-bobemque virum, semi-virumque bobem:
Egelidum boream, egelidumque notum.

Y decia con grande satisfaccion, que en este poeta no encontraba otra cosa que alabar. Por el segundo no habia para él cosa igual á aquella recancanilla tan ridícula y tan fria de Ciceron que para siempre le dexó tildado por tan pobre-hombre entre los poetas; como Máxîmo entre los oradores:

¡O fortunatam natam, me Consule, Romam!

17 Pero nada le asombraba tanto como el divino ingenio de aquel poeta oculto, que en solas dos palabras compuso un verso exâmetro cabal y ajustado á todas las reglas de la Prosodia; pero tan escondido, que sin revelacion apénas se puede conocer que es verso. Porque sin ella, quien dirá que lo es éste:

¿Consternabatur Constantinopolitanus?

Y con todo eso no le falta sílaba. Así, pues, todo su mayor empeño, y todo su conato le ponia en enseñar á sus muchachos puntualmente todo aquello que en materia de poesía debieran ignorar, ó saberlo únicamente para abominarlo, ó para hacer de ello una solemnísima burla, como la hacen quantos hombres de pelo en pecho merecen hacerse la barba en el Parnaso. Por mal de sus pecados habia caido en sus manos cierta obra de un escritor de este siglo intitulada: *de Poesia Germanorum symbolica*, de la poesía simbólica de los alemanes, en la qual se trata y se celebra la prodigiosa variedad de tantas especies de versos leoninos, alexandrinos, acrósticos, cronológicos, geroglíficos, cancrinos, piramidales, laberínticos, cruci-formes, y otras mil baratijas, como ha inventado aquella nacion, por otra parte docta, ingeniosa y sesuda; pero en este particular de un gusto tan extravagante, que ha dado mucho que admirar, y no poco que reir á las demas naciones, aunque muy rara será aquella, á quien no la haya pegado este contagio; bien así como el de las virue-

las, que por lo comun solo se pegan á los niños, y á los muchachos de poca edad de la misma manera esta ridiculísima epidemia, por lo regular solo cunde en poetillas rapaces que aun no tienen uso de razon poética, y si tal vez inficiona á algun adulto, es mal incurable, ó punto ménos que desesperado.

18 A todas las demas castas de versos preferia Zancas-largas, los que son de la peor casta de todos, esto es, los leoninos ó aconsonantados, que fuéron en opinion muy probable los que introduxeron en el mundo poético la perversa secta de las rimas ó de los consonantes, que con su cola de dragon arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas; quiero decir, que ha sido la perdicion de tantos nobles ingenios, los quales hubieran enriquecido á la posteridad con mil divinidades, y por estos malditos de consonantes (Dios me lo perdone) felizmente ignorados de toda la antigüedad, la dexaron un tesoro inagotable de pobrezas, de impropiedades y de ripios insufribles. Encaprichado nuestro dómine en su mal aconsejada opinion, juraba por los Dioses inmortales, que toda la iliada de Homero, toda la eneida de Virgilio, y toda la farsalia de Lucano, no valian aquel solo dístico con que Mureto hizo burla de Gambarra, poeta antuerpiense, salva empero la suciedad, la hediondez y el mal olor, que eso no era de cuenta de la poesía.

Credite, vestrarum merdosa volumina vatum,

Non sunt nostrates tergere digna nates.

19 Por fin y por postre los instruia, en la que él llamaba *divina ciencia* de los equívocos, y de los anagrammas; y de esta última con especialidad estaba furiosamente enamorado. Un anagramma perfecto, decia, es arte de artes, ciencia de ciencias, delicadeza de delicadezas, elevacion de elevaciones, en una palabra, es el *lydius lapis*, ó la piedra de toque de los ingenios castizos, de ley y de quilates. ¿Dónde hay en el mundo cosa, v. gr. como llamar *bolo* al *lobo*, y *lobo* al *bolo*, como decir *pace* al gato, y *zape* al buey quando está paciendo? ¿Pues qué? si en una oracion perfecta se disimula no ménos que un hombre, y un par de apellidos, sin faltar ni sobrar sílaba ni letra, como por exemplo, el bello disfraz con que el autor de cierto escrito moderno ocultó, y salió en público con su nombre y aledaños, diciendo en el frontis de la obra: *Homo impugnata lites*, y concluyéndola con un *pinguet olim*, que vale un potosí, por quanto es perfectísimo anagramma de sus dos apellidos, y una y otra oracion tienen unos significados propísimos, y que se pierden de vista. Anagrammas hay imperfectos que con ser así que lo son, son de un valor inestimable, y en su misma imperfeccion tienen mas gracia que toda la que se pondera en las insulseces de Owen y de Marcial. Por

exemplo: el que hizo un Anagramma del apellido *Osma*, y dixo *Asno*, y *sobra una pierna*, no merecia por este solo dicho, que le erigiesen una estatua en el capitolio de Minerva? ¿Y merecia ménos el otro, que habiendo encontrado en el nombre y apellido de cierto obispo este anagramma: *tú serás Cardenal*, pero sobran dos *ll*, que no podia acomodar, añadió: *y sobran dos ll para látigos de la posta que ha de traer la noticia*? Desengañémonos, que esto de los anagrammas es cosa divina, digan lo que dixeren media docena de bufones, que los tienen por juego de niños, y que nos quieren decir que aquello de Marcial: *Turpe est difficiles habere nugas, et fluctus labor est ineptiarum*, está bien aplicado á los anagramatistas. Y ménos fuerza me hace la otra sátira del indigesto Adrian de Valois, que porque él no sabia, qual era su anagramma derecho, cantó este bello epiphonema à deum de dere.

Citharædus esse, qui nequit, sit
Aulædus:
Anagrammatista, qui poeta non
sperat.

¡Vitor! y denle un confite por la gracia. Pues yo le digo, que el que no supiere hacer anagrammas, no espere ser poeta en los dias de su vida; y el que los hiciere buenos tiene ya andado mas de la mitad del camino para ser un poetazo de á folio; porque si la

poesía no es mas que un noble trastornamiento de las palabras, los anagrammas no son otra cosa que un bello trastornamiento de las letras. Y vayase muy enhoramala el otro Colletet ó Coletillo, que dixo con bien poco temor de Dios:

Eso de hacer anagrammas,
Y andar trastornando letras,
Lo hacen solo los que tienen
Trastornada la cabeza.

CAPITULO X.

En que se trata de lo que él mismo dirá.

1 Cinco años, quatro meses, veinte dias, tres horas y siete minutos gastó nuestro Gerundio en aprender estas y otras impertinencias de la misma estofa (segun una puntualísima leyenda antigua que nos dexó exâctamente apuntados hasta los ápices de la cronología) y cargado, á entera satisfaccion del dómine, de figuras, de reglas, de versos, de himnos y de lecciones de breviario, que tambien hacía construir á sus discípulos, y tomarlas de memoria, por ser un admirable prontuario para los exâmenes de órdenes, se restituyó á Campazas un dia del mes de mayo, que nota el susodicho cronicon, habia amanecido pardo, y continuó despues lluvioso. Convienen todos los gravísimos autores que dexaron escritas las cosas de este

insigne hombre, en que siendo así que el dómine era grande azotador, y que especialmente en errando un muchacho un punto de algun himno, la cantidad de una silaba, el acomodo de un anagramma, y cosas á este tenor, iba al rincon irremisiblemente, aunque le atestase el gorro de parces; con todo eso, nuestro Gerundio era tan exâcto en todo, y supo güardar tan bien su coleto, que en todo el susodicho tiempo que gastó en estudiar la gramática, no llevó mas que quatrocientas y diez vueltas de azotes, por cuenta ajustada, que apenas salen tres cada semana, cosa que admiró á los que tenian noticia del rigor y de la severidad de Zancaslargas. No causa menos admiracion, que en todo el discurso de este tiempo no hubiese hecho Gerundio novillos del estudio sino doce veces, segun un autor, y trece segun otro, y esas siempre con causas legítimas y urgentes, porque una los hizo por ir á ver unos toros á la Bañeza, otra por ir á la romería del Cristo de Villaquexida, otras dos por ir á cazar páxaros con liga á una zarza junto á una fuente, que habia tres leguas del lugar donde estudiaba, y así de todas las demas, lo que acredita bien su aplicacion, y el grande amor que tenia al estudio. Tambien aseguran los mismos autores, que en todo él no habia muchacho mas quieto ni mas pacífico. Jamás se reconocieron en él otros enredos ni otras travesuras, que el gustazo que tenia en *echar gatas* á los nuevos que

iban á su posada; esto es, que despues de acostados, los dexaba dormir, y haciendo de un bramante un lazo corredizo, le echaba con grandísima suavidad al dedo pulgar del pie derecho ó izquierdo, del que estaba dormido; despues se retiraba él á su cama con el mayor disimulo, y tirando poco á poco del bramante, conforme se iba estrechando el lazo iba el dolor despertando al paciente, y éste iba chillando á proporcion que el dolor le afligia, el qual tambien iba creciendo conforme Gerundio iba tirando del cordel; y como el pobre paciente no veía quién le hacia el daño, ni podia presumir que fuese alguno de sus compañeros, porque á este tiempo todos roncaban adredemente, fingiendo un profundísimo sueño, gritaba el pobrecito, que las brujas ó el duende le arrancaban el dedo. Y si bien es verdad que dos ó tres niños estuvieron para perderle, pero siempre se tenia por una travesura muy inocente, y mas diciendo Gerundio por la mañana que lo habia hecho por entretenimiento, y no mas que para reir. Por lo demás era quietísimo, pues habia semana en que apenas descalabraba á media docena de muchachos; y en los cinco años bien cumplidos que estuvo en una misma posada, nunca quebró un plato ni una escudilla; y lo mas que hizo en esta materia fué en quatro ocasiones hacer pedazos toda la vasija que habia en el basar; pero eso fué con grande motivo, porque un gato roxo, á quien queria mucho el

ama, le habia comido el torrezno gordo que tenia para cenar. Su compostura en la iglesia del lugar, adonde todos los estudiantes iban á oir misa de comunidad, era exemplar y edificante. No habia que pensar que nuestro Gerundio volviese la cabeza á un lado ni á otro, como veleta de campanario; ni que tirase de la capa al muchacho que estaba delante; ni que mojando con *saliva la* extremidad de una pajita, se la arrimase suavemente á la oreja ó al pescuezo como que era una mosca; ni mucho ménos que se entretuviese en hacer una cadena con lo que sobraba del cordon del justillo, ó de la almilla, tirando despues por la punta para deshacerla de repente. Todos estos enredos, con que suelen divertir la misa los muchachos, le daban en rostro y le parecian muy mal. Nuestro Gerundio siempre estaba con la cabeza fixa enfrente del altar, y con los ojos clavados en las fábulas de Esopo, construyéndolas una y muchas veces con grandísima devocion.

2 Vuelto á Campazas, ¿quién podrá ponderar la alegria, y las demostraciones de cariño con que fué recibido del tio Anton, de la tia Catanla, del Cura del lugar y de su padrino el licenciado Quijano, que eran los continuos comensales de la casa de Anton Zotes, y apénas habian salido de ella desde que supiéron que ya habia ido la burra por Gerundio?

NOTA.

En Campos, quando se envia por un chico que está estudiando gramática, se dice: ya le envié la burra, ya fué la burra por él, &c.

3 Despues de los primeros abrazos que le diéron todos, se quedáron atónitos y aturdidos al verle echar espadañadas de latin por aquella boca, que era un juicio. Hablóse luego, como era natural, del preceptor, y el chico exclamó al instante: *¡Proh dii immortales! Mistagogus meus est homo, qui amittitur de conspectu.* ¡O dioses inmortales! Mi maestro es un hombre que se pierde de vista. Preguntáronle si habia muchos muchachos, y al punto respondió: *Qui numeret stellas, poterit numerare puellas.* El que pudiere contar el número de las estrellas, podrá contar el número de los muchachos. Su padrino el licenciado Quijano, que era el ménos romancista de todos los circunstantes, le dixo: mira hombre, que *puellas* no significa muchachos, sino muchachas. *Pace tua dixerim, domine dripane,* le replicó su ahijado: *puella puellæ* es epiceno: *juxta illud: Uno epicena vocant graii; promiscua nostri.* No tuvo que responderle el padrino, y solamente le preguntó, por qué le llamaba *dripane*, que le sonaba á cosa de mote, y le parecia atrevimiento. *Neutiquam per medium fidium!* le respon-

dió Gerundio sonriéndose, y como quien se burlaba de su ignorancia: *Dripane est anagrammaton de padrine; et anagrammaton figura est, qua unius vel plurium vocum litteræ transponuntur, vel invertuntur.* Y así, señor padrino, con licencia de usted, y para que lo entiendan todos, si en lugar de decir *mi madre*, dixera *mi merda*, y en vez de decir *Antonio Zotes*, dixera *ó tina, ó zesto, y sobran dos piernas*, tan léjos estaria de perderlos el respeto, que usaria de una de las figuras mas delicadas y mas ingeniosas que hay en toda la retórica.

4 Con estas y otras necedades de la misma calaña pasaba Gerundio el tiempo, dando muestras de sus grandes progresos en la latinidad, y esperando á que llegase san Lucas para dar principio á las Súmulas; quando hácia la mitad del verano pasó por su casa, y se detuvo en ella algunos dias el provincial de cierta órden, varon religioso y docto. Componiase su comitiva, como se acostumbra, de otro padre grave, que era su socio y secretario, y de un lego rollizo, despejado, mañoso y de pujanza, que en los caminos servia para los menesteres de las posadas, y en los conventos para los oficios de la celda. Era el lego de buen humor, nada gazmoño, y mucho ménos que nada escrupuloso. Dábale á Gerundio periquitos, rosquillas y alcorzas, con que le habian regalado unas monjas, cuyo conven-

to acababan de visitar. Con esto se le aficionó mucho el muchaco, y tambien con los cuentos y chistes que contaba entre la familia, miéntras su paternidad y el secretario dormian la siesta, que el lego no gustaba de dormir, y dicen que los contaba con gracia. Por las tardes, luego que acababan de refrescar los dos padres graves, el lego se salia á pasear con Gerundio, y éste le llevaba unas veces á las eras, otras al Humilladero, y otras al majuelo de su padre, que linda con el Carrascal. En estas conversaciones vertia el muchacho todos los disparates que habia aprendido con el dómine; y como el lego le oía hablar tanto en latin, que para él era lo mismo que griego, y por otra parte el chico era bien dispuesto y desembarazado, parecíale que podia ser muy á propósito para la órden, y así comenzó á catequizarle.

5 Decíale que en el mundo no habia mejor vida que la de frayle, porque el mas topo tenia la racion segura, y en asistiendo á su coro, santas pasquas; que el que tenia mediano ingenio iba por la carrera de maestro, ó por la carrera de predicador; y que aunque la de las leturías era mas lucida, la del púlpito era mas descansada y mas lucrosa; pues conocia él predicadores generales que en su vida habian sacado un sermon de su cabeza, y con todo eso eran unos predicadores que se perdian de vista, y habian ganado muchísimo dinero; y que

en fin, en jubilando por una ó por otra carrera, lo pasaban como unos obispos: ¡Pues qué la vida de los colegiales! que así llamamos, á los que están en los estudios. Ni el rey, ni el papa la tienen mejor; por lo ménos mas alegre. Algunas crugias pasan con los letores y con los maestros de estudiantes, si son un poco ridículos ó zelosos de que estudien; pero qué importa si se la pegan guapamente. Nunca comen mejor que quando les dan algun pan y agua por flojos, porque no lleváron la leccion, ó porque se quedáron en la cama; pues entónces los demas compañeros los guardan en la manga lo mejor de su pitanza, y comen como unos abades. Ahora: la bulla, la fiesta, la chacota que tienen entre sí quando estan solos; los chascos que se dan unos á otros, eso es un juicio, y han sucedido lances preciosísimos. Es verdad que si los pillan lo pagan, y hay despojos que cantan misterio; pero *datus sunt passatus sunt*. De la vida de los novicios no se hable: ya se vé que asisten siempre al coro, que nunca faltan á maytines, que ayudan las misas, que tienen mucha oracion y muchas disciplinas, que andan con los ojos baxos, y con la cabeza colgando, á manera de higo maduro; pero eso es una friolera: en volviendo la suya el maestro, ó en aquellos ratos de libertad y de asueto que los dan de quando en quando, hay la zambra y la trisca que se hunde el noviciado: juegan á la gallina-

ciega, á fiel-derecho y á los batanes, que no hay otra cosa que ver.

6 No se puede ponderar el gusto con que oía nuestro Gerundio esta indiscreta pintura de la vida religiosa, representada con mas imprudencia que verdad; pues descubriendo únicamente las travesuras de los religiosos imperfectos, ocultaba la severidad con que se reprendian y se castigaban, disimulando el rigor con que se zelaba la observancia, y lo mucho que pide á todos sus indivíduos qualquiera religion, por mitigada que sea. Pero al bueno del lego le parecia que como él, una por una, le metiese al chico en el cuerpo la vocacion, hacía una gran cosa, y que lo demas allá lo veria. Con efecto se la metió tan metidamente, que desde luego dixo á su catequista, que aunque le ahorcasen habia de ser frayle de su órden, y que aquella misma noche habia de pedir el hábito al padre provincial delante de sus padres. El lego le dió un abrazo, dos corazones de alcorza, y un escapulario con cintas coloradas, y su escudo bordado de hilo de oro, con lo qual se le arraigó la vocacion de manera, que ya no le quitarian de ser frayle, aunque le dieran el curato de su mismo lugar. Y mas que el lego le instruyó en el modo con que se habia de explicar con el provincial, y que despues de haber conseguido el sí, le habia de pedir que él mismo fuese su padre de hábito, pues de esa manera aseguraba su fortuna, por

quanto el partido de su paternidad era el que mandaba, y mandaria verisimilmente por algunos años, puesto que apénas habia definidor, jubilado, ni prelado conventual que no fuese hijo, ó nieto de su reverendísima, esto es, ó discípulo suyo, ó discípulo de sus discípulos, y que así se llevaba los capítulos en el pico, disponiendo en ellos á destajo, quando se le antojaba.

7 Siglos se le hiciéron á Gerundio las horas que faltaban hasta la de cenar, y llegada ésta se sentó á la mesa junto á sus padres, con el provincial y secretario, como acostumbraba: pero en vez de que otros dias los divertia mucho con sus intrepideces, latines, anagrammas y versos de memoria que decia á borbotones, aquella noche, segun la instruccion del socarron del lego, se mostró mustio, cabiz-baxo y desganado. Picábanle por aquí y por allí, mas él apénas hablaba palabra; hasta que levantados los manteles, el provincial y el secretario le hiciéron sentar entre los dos, comenzáron á acariciarle mucho, y le preguntáron qué tenia. Despues que se hizo bien de rogar, y de burlas, ó de veras se le asomáron algunas lágrimas, dixo por fin y por postre que queria ser frayle de su órden, y que aunque fuese á pie se habia de ir tras ellos hasta que le diesen el hábito. Al oir esto la buena de la Catanla, volviéndose á su marido, puestas ó encrucijadas las manos, y meneando la cabeza, le dixo

con la mayor bondad del mundo: *¿No te lo dixe yo, mi Anton, que al cabo el chico habia de ser frayle? ¿No vès como se cumpre el prefacio de aquel bendito lego, que pernosticó que este niño habia de ser un gran perdicador?* Y volviéndose despues á Gerundio, echándole la bendicion, le dixo: *Anda bendito de Dios, con la bendicion de su Divina Magestad y con la mia; que aunque te venia una capellanía de sangre, y tu padrino el licenciado Quijano queria persignar en tí el bencficio simpre de Berroçal de arriba, mas te quiero ver en un culpito convirtiendo almas, que si te viera Arcipeste de todo el partido.* Anton Zotes, que era bueno como el buen pan, solo respondió: *Yo por mí, como sea buen frayre mas qaga lo que quisiere, porque los padres no podemos quitar la voluntad á los hijos.*

8 Viendo el provincial lo poco que habia que hacer por parte de los padres, y conociendo que el muchacho tenia en realidad viveza y habilidad, y que los disparates que le habian enseñado eran efectos de la mala escuela, los que se podia esperar que con el tiempo y con los libros los conociese y enmendase; desde luego ofreció que le recibiria, y que él mismo le daria el hábito, y sería siempre su padre y su padrino. Pero como era varon docto y religioso, y el punto era tan serio, temió que fuese alguna veleydad de muchacho, ó que á lo ménos

quisiese abrazar aquel estado atolondradamente, y sin conocimiento de lo que abrazaba; y para cumplir con su conciencia, con su oficio, y con su grande entendimiento, resolvió desengañarle delante de sus mismos padres, y así le habló de esta manera:

9 ,,¿Sabes, hijo mio, lo que es el estado religioso? Es una cruz en que se enclava el alma con los tres votos religiosos, desde el mismo punto en que los hace, y no se desprende de ella hasta que espira. Es un martirio continuado, que comienza quando se abraza, y se acaba quando se dexa, advirtiéndote que solo se puede dexar, ó perdiendo la vida, ó abandonando la honra, y tambien con ella el alma. Es un estado todo de humildad, todo de mortificacion, y todo de obediencia. El que no se desprecia á sí mismo, ese es el mas despreciado de todos; ninguno es mas mortificado que el que ménos se mortifica, con el desconsuelo de que padece mas, y merece ménos. Al que no quiere ser obediente, se le obliga á ser esclavo. ¿Ves estas nevadas canas que blanquean mi cabeza? (al decir esto se quitó un becoquin ó escofieta que traía en ella): pues sábete que há veinte años que me la cubren, me la desfiguran, y desmienten los que tengo, que aun hoy faltan algunos para llegar á cincuenta; y nunca se anticipa tanto el color tardío de estas naturales plantas, sino quando las deseca el calor de las pesadumbres;

y puedes observar que apénas hay religioso que no encanezca por razon de estado, muchos años ántes de lo que debiera por la edad. Ciertamente que esta violencia que se hace á la naturaleza, no puede tener regularmente otro principio que la que se hace voluntaria ó involuntariamente al natural.

10 Como nunca has tratado mas religiosos que los que la caridad de nuestros hermanos, y tus padres hospeda cristiana y piadosamente en su casa, temo que alguno ménos prudente (pues no podemos negar que en todas partes los hay) te haya pintado la religion como aquel pintor, que para ocultar la deformidad de Filipo, padre de Alexandro, á quien le faltaba un ojo, le pintó á medio perfil, representándole solo por aquel lado de la cara, que no era defectuoso, y cubriendo el otro con el lienzo. Quiero decir, temo que solo te hayan pintado á la religion, por donde puede agradarte, ocultándote artificiosamente aquello por donde pudiera retraer tu natural inclinacion. Sí, hijo mio, hay en el estado religioso hombres graves, justamente atendidos por sus méritos con privilegios y con esenciones; pero no hay, ni puede haber privilegios contra la obediencia, ni contra la observancia, ni hasta ahora se han descubierto en el mundo esenciones de las pesadumbres y de los trabajos. ¿Qué importa que á esos padres graves les sobre quanto

han menester en la celda, si en caso de no ser ajustados, les falta lo que mas necesitan en el corazon? Tampoco te negaré que en la religion mas estrecha se encuentran inobservantes, y tal vez se vé algun escandaloso. Pero tambien en el cielo hubo ángeles apóstatas, en el paraiso hombres inobedientes, y en el colegio apostólico un alevoso, un presumido, un inconstante, un incrédulo, y muchos cobardes; y ni el cielo dexó de ser un cielo, ni el paraiso un paraiso, ni el colegio apostólico la comunidad mas santa que ha habido, ni ha de haber en el mundo. No se llama perfecto un estado, porque no se hallen en él hombres defectuosos, sino porque á los que lo son se les corrige, y á los que no se corrigen, no se les tolera; porque ó se les corta como miembros podridos, para que no inficionen á los sanos, ó se les conjura como á las tempestades, para que vayan á descargar donde á ninguno hagan daño: quiero decir, que encerrados de por vida entre quatro paredes, ó la pena les hace entrar en sí mismos, y entónces son verdaderamente felices; ó si con la desesperacion echan el sello á su desgracia, solo se perjudican á sí propios, y pasan solos de un infierno á otro, del temporal al eterno. Así, pues, hijo mio, si quieres ser religioso, has de hacer ánimo á que si fueres bueno, has de vivir y morir en una perpétua cruz; si fueres malo, aun vivirás y morirás mas atormentado; y de

qualquiera manera siempre te aguarda un martirio, que durará miéntras te duráre la vida. Yo he cumplido con lo que á mí me toca; tú ahora resolverás lo que te pareciere, en la inteligencia, de que si no obstante la claridad con que te hablo, te determinares á abrazarte con la cruz, yo como padre, y como padrino tuyo, que desde luego me constituyo por tal, aunque no pueda quitártela de los hombros, haré quanto me sea posible por aligerártela, salva siempre la religiosa observancia."

11 Atentísimos estuviéron Anton Zotes y la buena de Catanla á la discreta harenga del prudente y piadoso provincial, y no dexáron de enternecerse un sí es no es, tanto, que la última tuvo necesidad de limpiarse los ojos y las narices, éstas con el delantal, y aquellos con la punta de la toca. Pero Gerundio la oyó con grandísima serenidad, y sin ninguna atencion, pensando solo, cómo habia de jugar á fiel-derecho quando estuviese en el noviciado; en dar ya trazas cómo pegársela al despensero, corriendo un par de raciones cada semana; y figurándose ya en su imaginacion el mayor predicador de toda aquella tierra; confesando despues, que miéntras el provincial estaba hablando, él estaba ideando una plática de disciplinantes, para quando le echasen la semana santa de Campazas. A esto contribuyó tambien, que el bellacon de el

lego se puso donde, sin ser visto del provincial, pudiese serlo de Gerundio, y quando éste ponderaba alguna cosa, aquel le guiñaba el ojo, y le hacía señas con la cabeza, como que no hiciese caso de lo que le decia: con que luego que acabó de hablar aquel prelado, el muchacho se cerró en que queria ser frayle, y que si otros pasaban por todas aquellas cosas, él tambien pasaria por ellas, sin dar otra razon chica ni grande. Viéndole todos tan resuelto, se determinó que lo que habia de ser tarde, fuese luego, porque teniendo ya quince años, estaba en la mejor edad para entrar en religion: y así, dentro de dos dias el provincial, con su comitiva, acompañado de Gerundio, de su padre, de su madre y del licenciado Quijano su padrino, que quiso hacer la costa de la entrada, se fuéron á un convento de la órden, no muy distante de Campazas, donde el mismo provincial le puso por su mano el hábito con grande solemnidad; y así al prelado de la casa, como al maestro de novicios se le dexó muy recomendado, al fin como cosa suya.

CAPITULO XI.

Concluido su noviciado pasa á estudiar Artes.

1 Ya tenemos á fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el mas pintado, sin que ninguno le echase el pie adelante, ni en la puntual asistencia á los exercicios de comunidad, porque guardaba mucho su coleto, ni en las travesuras que le habia pintado el lego, quando podia hacerlas sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado, y de admirable ligereza en las manos y en los pies. Nó obstante, como no perdia ocasion de correr un panecillo, de encajarse en la manga una racion, y en un santi-amen se echaba á pechos un Jesus quando ayudaba al refitolero á componer el refectorio: llegó á sospecharse que no era tan limpio como parecia, y así el refitolero, como el sacristan le acusáron al maestro de novicios, que quando fray Gerundio asistia al refectorio, ó ayudaba á las misas se acababa el vino de éstas á la mitad de la mañana, y á un volver de cabeza se hallaban vacíos uno ó dos Jesuses, de los que juraria á Dios y á una cruz que ya habia llenado; y aunque nunca le habian cogido con el hurto en las manos, pero que por el hi-

lo se sacaba el ovillo ; y que en Dios y en su conciencia no podia ser otra la lechuza que chupaba el aceyte de aquellas lámparas.

2 Era el maestro de novicios un bellísimo religioso, devoto y pio hasta mas no poder; pero sencillo y cándido como él mismo. En viendo á un novicio con los ojos baxos, con la capilla calada, las manos siempre debaxo del escapulario, poco curioso en el hábito, traquiñándose al andar, y andando siempre arrimado á la pared, puntual á todos los actos de comunidad, silencioso, rezador, y que en las recreaciones hablaba siempre de Dios; ¿ pues qué, si naturalmente era bien agestadillo y vergonzoso? ¿ Si le pedia licencia para hacer mortificaciones y penitencias extraordinarias y ocultas, aunque nunca las hiciese? ¿ Si acudia frecuentemente á comunicarle las cosas de su espíritu, y á darle cuenta de los sentimientos que tenia en la oracion, especialmente si habia algo que oliese á cosa de vision imaginaria? Sobre todo, ¿ si en tono de caridad, de escrúpulo ó de zelo iba á contarle las faltas que habia notado, ó que quizá solo habia aprendido en los otros su malicia? Para el buen maestro no habia mas que pedir: no creeria cosa mala de este novicio, aunque se la predicáran frayles descalzos; y si alguno le acusaba de alguna faltilla, lo tenia por envidia ó por emulacion, diciendo casi con lágrimas, que la virtud hasta en los

cláustros es perseguida. Los bellacos de los novicios, aunque por la mayor parte de poca edad, ya tenian bastante malicia para conocer esta flaqueza ó esta bondad de su maestro, y así los mas ladinos se la pegaban tan lindamente, haciéndole creer que erân los mas santos. Nuestro Gerundio no iba en zaga al mas raposilla de todos, ántes bien en esta especie de farándulas los hacía muchas ventajas, y se sabía que era el querido del maestro, y mas añadiéndose á su buen parecer, disimulo y afectada compostura, el ser ahijado y tan recomendado de nuestro padre provincial; porque si bien es verdad que el maestro de novicios era varon espiritual y místico, no embargante todo eso, á mayor gloria de Dios, y por el mayor bien de la religion, hacía con purísima intencion su corte á los mandones, y no querria disgustar á un padre grave por quanto tuviese el mundo.

3 En esta disposicion del maestro, dicho se está lo mal recibidas que fuéron las acusaciones del refitolero y del sacristan. Díxoles el bendito varon que conocian mal al hermano fray Gerundio, y que no sabía con qué conciencia hacian juicios tan temerarios, y levantaban aquellos falsos testimonios á un novicio tan angelical; que si supieran bien quien era aquel mancebo, se tendrian por dichosos en poner la boca donde él ponia los pies; y que si era verdad que les faltaba el vino, sería sin duda porque él

diablo tomaba la figura del santo novicio para beberle y para desacreditarle: concluyendo con decirlos que si la órden tuviera media docena de fray Gerundios, esa media docena de santos mas adoraria con el tiempo en los altares.

4 Sucedió que miéntras el bueno del maestro de novicios estaba dando esta repasata á los dos legos acusadores, el angelical fray Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad ó por aviso que tuvo) por delante de la despensa, y viendo á la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho á la celda del maestro á darle cuenta de lo que le habia pasado en la oracion de aquel dia. Entró como acostumbraba, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adredemente, para lo qual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer; y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando á una risita. Luego que el maestro le vió entrar se le renovó todo el cariño; mandóle sentar junto á sí, comenzó la cuenta de oracion, y comenzáron las mentiras, ensartando todas quantas se le viniéron á la cabeza; pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia, y con tanta compostura, que el bonazo del maestro,

sin poderse contener, se levantó de la silla, y para alentar mas y mas á su novicio le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dió, porque como le apretó tanto en el Señor, se le estrelláron en el pecho los huevos que el angelical mancebo traia escondidos en él, y comenzáron á chorrear yemas y claras por el hábito abaxo, que parecia haberse vaciado el perol donde se batian los huebos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio: ¿pues qué es esto, hermano fray Gerundio? El santo mozo, que era asaz sereno y de imaginacion pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse: padre, yo se lo diré á su reverencia. Como ha dos meses que su reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atreví á decirlo á su reverencia, porque su reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificacion. Tragó el anzuelo el bonísimo varon, y pasmado de la estupenda mortificacion de su novicio, volvió á darle otro abrazo, aunque menos apretado que el primero por no lastimarle en las llagas de las espaldas, y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente que mejor es la obediencia que no los sacrificios; le despidió, dándole

órden de que se fuese á mudar otra saya y otro escapulario..

5 Con estas trazas pasó nuestro fray Gerundio su noviciado, y hizo su profesion *inofenso pede* sin que le faltase voto; y como todavia duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego á estudiar las artes á un convento de los mas graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista, por dos ó por tres años, como pasan los demas frayles en canal que no tienen arrimo.

6 Era letor un religiosito mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprehension, de memoria feliz, estudianton de cal y canto, furiosamente aristotélico, porque jamas habia leido otra filosofía, ni podia tolerar que se hablase de ella, eterno disputador, para lo qual le ayudaba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho, y una maravillosa fortaleza de pulmones: en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras ni las sabia para explicar las cosas mas triviales. Si le preguntaban cómo lo pasaba, respondia *materialitèr* bien, *formalitèr*, subdistingo; *reduplicativè ut homo*, no me duele nada, *reduplicativè ut religioso*, no dexa de haber sus trabajos. En una ocasion se le quejó su madre de que en las cartas que la escribia no la hablaba palabra de su salud;

y él le respondió: «Madre y señora mia, es cierto que *signatè* no decia á vmd. que estaba bueno, pero *exercitè* ya se lo decia. Ahora pongo en noticia de vmd. como estoy explicando á mis discípulos la *trascendencia*, ó la *intrascendencia del ente*: yo llevo la *analogía*, y niego la *trascendencia*. A mi hermana Rosa dirá vmd. que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo* como *ut quod*; y que en quanto á las calcetas con que me regala, la materia *ex qua* me pareció un poco gorda, pero la *forma artificial* viene con todos sus *constitutivos*. De las quatro libras de chocolate que vmd. me envia, diré *in re veritatis* lo que me parece: las *qualidades intrínsecas* son buenas, pero las *accidentales* le echaron á perder por haber estado aplicado mas tiempo del conveniente á la *naturaleza ignea*, *mediante la virtud combustiva*. B. L. M. de vmd. su hijo *inadequatè et partialitèr*, y su capellan *totalitèr et adequatè*. Fray Toribio, lector de artes.»

7 Por aquí se puede sacar el carácter del padre lector fray Toribio, que en un argumento á todos se los llevaba de calle, porque con la voz sonora, con el pecho fuerte, con la lengua expedita, y con la abundancia de términos no habia quien le resistiese, y así le llamaban el azote de los concursos. Tenia atestada la cabeza de apelaciones, ampliaciones, alienaciones, equipolencias, reducciones, y de todo lo mas inutil y mas

ridículo que se enseña en las súmulas, sirviendo solo para gastar el tiempo en aprender mil cosas inútiles. Exercitábase él, y hacía que sus discípulos se exercitasen en componer contradictorias, contrarias, subcontrarias y subalternas en todo género de proposiciones, en las categóricas, en las hipotéticas, en las simples, en las complexâs, en las necesarias, en las contingentes, y en las de imposibles, gastando meses enteros en estas bagatelas impertinentísimas. Sobre la importante y gravísima qüestion de si *Blictiri est término*, era cosa de espiritarse; y si alguno le queria defender que la union era tan término como todos los demas, y que en ella se resolvia la proposicion *tan resolvidamente* como en el sugeto, y en el predicado era negocio de volverse loco, y á lo ménos no le faltaba un tris para perder el juicio.

8. El mismo exquisito gusto y la misma buena eleccion que tenia en las súmulas mostraba en lo perteneciente á la lógica. Aunque sabía muy bien que ésta no es mas que un arte que ayuda á la razon natural á discurrir con penetracion y con solidez, enseñándola el modo de buscar y descubrir la esencia de las cosas, de formar diferentes ideas de una misma, segun los diversos respetos, nociones ó formalidades con que se presenta al entendimiento; y que estas diferentes formalidades, nociones y respetos le dan bastante fundamento, no para que de

una sola cosa haga dos, sino parte que conciba como si fueran dos, la que en realidad es una sola; y que, supuesta esta penetracion, y esta division ideal, pueda ir despues raciocinando, y discurriendo acerca de ellas hasta llegar muchas veces á la demostracion, y casi siempre á un prudentísimo asenso. Repito, que aunque el buen padre letor no ignoraba que ésta y no otra era la verdadera lógica, de nada ménos cuidaba que de instruir á sus discípulos en lo que conducia para esto, y de los nueve meses del curso gastaba los siete en enseñarlos, lo que de maldita la cosa servia, sino de llenarles aquellas cabezas de ideas confusas, de representaciones impertinentes y de idolillos ó figuras imaginarias. ¿Si consiste en un único hábito, qualidad ó facilidad científica, ó en un complexô de muchos, correspondientes á la variedad de los actos lógicales? ¿Si es ciencia práctica ó especulativa? ¿Si la docente se distingue de la utente, esto es, si la instruccion en las reglas se distingue del uso de ellas? ¿Si su objeto es un entecillo duende, enteramente fingido por el entendimiento, ó una entidad que tiene verdadero y real sér, aunque puramente intelectual? ¿Si la lógica artificial es tan necesaria para aprender otras ciencias, que sin ella ninguna pueda aprenderse ni bien ni mal? Y así de otras qüestiones proemiales que de nada sirven, y para nada conducen, sino

para perder tiempo, y para quebrarse la cabeza lo mas inutilmente del mundo.

9 Esto es, por paridad, como si un maestro de obra prima (que así se llama, no se sabe por qué, á los zapateros) con un aprendiz que quisiese instruirse en el oficio, gastase un mes en enseñarle si la facultad zapateril era árte ó ciencia; y si arte, si era mecánico ó liberal. ¿Otro en instruirle si era lo mismo saber cortar que saber coser; saber coser que saber desvirar, ó si para cada una de estas operaciones era menester un hábito ó instruccion científica que las dirigiese? Señor, que yo quiero aprender á hacer zapatos. Espérate tonto, ¿cómo has de saber hacerlos, si no sabes si el objeto del arte zapateril, es el zapato que realmente se calza; ó aquel que se representa en la imaginacion, como idea del que despues se ha de hacer? Señor, que yo no quiero hacer zapatos imaginarios, sino estos que se palpan, se tocan y se calzan. Eres un orate; ¿por ventura sabrás nunca hacer esos zapatos no estando bien enterado de si las reglas que se dan para hacerlos son ó no son diferentes del uso y práctica de ellas? Señor, ¿qué se me dá á mí que lo sean ni dexen de serlo? Enséñeme vmd. esas reglas, pues há quatro meses que estoy en su casa, y hasta ahora ni siquiera una me ha enseñado. Ven acá; idiota; cómo te las he de enseñar yo, ni cómo las has de aprender tú miéntras no

estés plenísimamente instruido en que este arte, que llamamos de obra prima, es en parte práctica y en parte especulativa; práctica, porque su fin es enseñar á hacer zapatos, ajustados, ayrosos y duraderos; especulativa, porque las reglas que dá para eso es menester que dirijan primero á la razon, sin lo qual no se gobernarian bien las manos. Por vida de.... (y echóle redondo) que vmd. matará á un santo. Y dígame, señor, para que yo aprenda esas reglas, ¿qué me importará saber si el oficio es plático ó culativo, ó la perra que me parió?

10 Si alguno fuera al padre letor con este cuento, bien sé yo que no lo habia de contar por gracia; porque sobre abundar de un humor escolástico flavo-bilioso, que hiriendo en un momento las fibras del cerebro, se comunicaba rápidamente al corazon por el nervio intercostal, con movimiento crispatorio, y de aquí, por una instantánea repercusion, volvia al mismo cerebro, donde agitaba con igual ó con mayor crispatura las fibras que se ramifican en la lengua, estaba tan furiosamente poseído de todas estas vanas inutilidades, que era capaz de chocar con el mismo sol, si pretendia alumbrarle en este punto. En primer lugar, luego daba en los hocicos con aquella prodigiosa multitud de hombres grandes, que se han ocupado loablemente en estas materias, y eran tenidos de todo el mundo por hombres sapientísimos. Si alguno le replicaba que los

hombres mas sábios, y los hombres mas grandes al fin son hombres, y que no se habian acreditado ni de grandes ni de sabios, por haber gastado el tiempo en esas fruslerías, sino por haber escrito grave y doctamente otras materias utilísimas; y si se habian empleado en aquellas impertinencias, no era por no conocer que lo fuesen, sino porque la obediencia ó la política los habia precisado á no desviarse del camino carretero, y á seguir el uso comun, le faltaba poco para romperle los cascos; y si lo dexaba de hacer, era de pura compasion, despreciándole como á un pobre mentecato. Despues echaba mano de aquel otro lugar comun con que se defienden los que no tienen bastante valor, ni bastante generosidad para confesar que estas son impertinencias, diciendo que sirven de mucho, aunque no sirvan de otra cosa que de materia para aguzar los ingenios, y para excitarlos en la disputa.

11 No habia que reponerle lo primero, que siendo la lógica la que enseña á discurrir y á disputar, parecia cosa ridícula comenzar á aprenderla argüyendo y disputando. Porque, ó ya se sabian las reglas de la disputa, ó se ignoraban: si se sabian, era ociosa la lógica; si se ignoraban, ¿como era posible que se disputase, sino diciendo en la materia y en la forma quatrocientos disparates? Y así vemos, que las artes mas mecánicas y los oficios mas fáciles no se comienzan á aprender por el exercicio, sino á lo ménos por

aquellas reglas generales que son necesarias para saber imperfectamente exercitarle. No hay oficio mas facil que el deaguador, porque en sabiendo echar al burro la albarda, y el camino del rio ó de la fuente, está aprendido el oficio: con todo es indispensable, ántes de ir por agua, saber echar la albarda al burro, y saber el camino. Si á un aprendiz de herrero le dixesen desde el primer dia que hiciese una sarten, se reiría del maestro. Primero es menester darle una noticia general de todos los instrumentos del oficio, del uso particular de cada uno, del modo de manejarlos, y de disponer la materia para recibir la forma artificial que se pretende darla: despues irle exercitando en lo mas facil. Pues ahora: ¿hay cosa mas graciosa que comenzar disputando, si la lógica docente se distingue de la utente, y empedrar por precision la disputa de toda la doctrina que se dá á cerca de los hábitos naturales, infusos y adquiridos, suponiendo ya sabido el modo con que estos se engendran, y en qué consiste la virtud que tienen para producir despues unos hijos enteramente parecidos á sus abuelos; esto es, á los actos que engendráron á los hábitos; siendo así que el pobre niño no tiene idea, ni noticia de otros hábitos que de los hábitos largos de los curas, ó de los hábitos de los frayles que vió predicar la quaresma, y pedir el agosto en su lugar? ¿Qué concepto formará de toda aquella algaravía de

hábitos, de actos, de semejanza específica, de semejanza genérica que es indispensable entienda, aun solo para penetrar los términos de la qüestion, si nada de esto se le ha de explicar hasta que estudie la metafisica ó la animástica?

12 No habia que reponerle lo segundo, que tolerado, y no concedido, que para exercitar el entendimiento en la disputa, fuese conveniente excitar algunas qüestiones proemiales, sería razon tomarlas de aquellos puntos históricos que pertenecen al fin, invencion, progresos y estado actual de la misma lógica. Como v. gr. ¿para qué fin fué inventada la lógica, si solamente para enseñar á discurrir bien, ó para evitar que otros no nos alucinasen con sofismas y con paralogismos? ¿Si la lógica es mas antigua, ó mas moderna que la filosofia en todas sus partes? y aquí entraba naturalmente un curioso resumen historial del origen de la filosofia, y de su division en tanta variedad de sectas, la jónica, la itálica, la cirenáica, la eliaca, la megarica, la cinica, la estoyca, la académica, la peripatética, la eleánica, la pirrónica, ó scéptica, la epicúrea, y finalmente la eclética, ántes de hablar de los diversos sistemas de la filosofia moderna. Hallaríase que la lógica, respecto de unas sectas, habia sido muy posterior, muy anterior respecto de otras, y respecto de algunas sinchrona ó coetánea.

13 Despues se podia preguntar si la ló-

gica se inventó por casualidad, ó de propósito. Y suponiendo, como suponen todos, que se inventó por casualidad, haciendo algunas observaciones para descubrir, y para desembarazarse de los sofismas, se seguia la pregunta, ¿de quién fué el primero que hizo estas observaciones, y formó una coleccion de ellas para enseñar y para abrir los ojos á los demás? ¿Si Zenon Eleates, si Sócrates, si Platon, si Aristóteles, ó si Speusippo? Y constando por la historia que Zenon hizo algunas observaciones, Sócrates otras, y Platon otras, todos tres anteriores á Aristóteles, de quien Platon fué maestro, preguntar, ¿por qué, no obstante eso, se tiene comunmente á Aristóteles por inventor de la lógica, ó de la dialéctica? A lo qual se ha de responder necesariamente, que porque fué el primero que hizo una coleccion de todas las observaciones de aquellos tres filósofos, añadiendo él otras muchas de suyo, disponiéndolas en estilo didascálico ó instructivo, y dándolas un método seguido, claro, conexô y natural. Así como Pedro Lombardo, por otro nombre el Maestro de las Sentencias, se llama regularmente el inventor de la teología escolástica, no porque lo fuese de los tratados de que se compone, sino porque los que estaban esparcidos, y sin órden en las obras de los padres, especialmente latinos, los reduxo á un método uniforme en los quatro libros de los sentenciarios, disponiéndolos de manera,

teligible: *¿Utrum chimera bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones? ¿Utrum chimera bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* dió una gran patada en el suelo, y prorrumpió diciendo: *Por el santo hábito que visto, que mas quisiera ser autor de esta qüestion; que si desde luego me hicieran presentado; y concluida me vea yo en las primeras cabatinas si no la defendiere en acto público, llevando la afirmativa.* Rióse á su satisfaccion el bellacon del maestro del fanático letor, y para echar el sello á la burla que estaba haciendo de él, le dixo con bufonada: Hará bien, padre letor, hará bien; y muérase con el consuelo de que le podrán poner sobre la piedra este epitafio, que se puso sobre la sepultura de otro, que era de su mismo genio y gusto:

Hic jacet Magister noster,
Qui disputabit bis quater
In Barbara & Celarent,
Ita ut omnes admirarent
In Fapesmo & Frisesomorum,
Orate pro animas eorum.

CAPITULO XII.

Prosigue fray Gerundio estudiando su filosofia, sin entender palabra de ella.

1 La verdad sea dicha (porque ¿qué provecho sacará el curioso letor de que yo infierne mi alma?), que quanto mas cuidado ponia el incomparable fray Toribio en embutir á sus discípulos en estas inútiles sutilezas, ménos entendia de ellas nuestro fray Gerundio: no porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el genio y la inclinacion le llevaban hácia el púlpito, que contemplaba carrera mas amena, mas lucrosa y mas á propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tédio las materias escolásticas, y no podia acabar consigo el aplicarse á estudiarlas. Por eso era gusto oirle las ideas confusas, embrolladas y ridículas que él concebia de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicacion del maestro. Llegó éste á explicar los grados metafísicos de ente, substancia, criatura, cuerpo, &c. y por mas que se desgañitaba en enseñar que todo lo que exîste es ente; si se vé y se palpa es ente real, fisico y corpóreo; si no se puede ver, ni palpar, porque no tiene cuerpo como el alma, y todo quanto ella sola produce, es ente verdadero y real, pe-

ro espiritual, inmaterial, é incorpóreo: si no tiene mas ser que el que le dá la imaginacion y el entendimiento, es ente intelectual, ideal é imaginario. Siendo esta una cosa tan clara, para fray Gerundio era una algaravía; porque habiendo oido muchas veces en la religion, quando se trataba de algun sugeto exôtico y estrafalario, *vaya que ese es ente*, jamás pudo entender por *ente* otra cosa que un hombre irregular, ó risible por algun camino. Y así, despues que oyó á su letor las propriedades del ente, contenidas en las letras iniciales de aquella palabra bárbara *R.E.V.B.A.U*, quando veía á alguno de genio extravagente, decia, no sin vanidad de su comprehension escolástica: este es un Reubau, como lo explicó mi letor.

2 Por la palabra *substancia*, en sū vida entendió otra cosa mas que caldo de gallina, por quanto siempre habia oido á su madre, quando habia enfermo en casa, *voy á darle una substancia*. Y así se halló el hombre mas confuso del mundo el año que estudió la fisica. Tocándole argüir á la qüestion que pregunta, *si la substancia es inmediatamente operativa*: su letor defendia que no; y fray Gerundio perdia los estrivos de la razon y de la paciencia, pareciéndole que este era el mayor disparate que podia defenderse, pues era claramente contra la experiencia, y á él se le habia ofrecido un argumento, á su modo de enten-

der, demonstrativo, que convencia concluyentemente lo contrario. Fuese, pues, al general muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera. *El caldo de gallina es verdadera substancia; sed sic est, que el caldo de gallina es inmediatamente operativo: luego la substancia es inmediatamente operativa.* Negáronle la menor, y probóla así. *Aquello que administrado en una ayuda hace obrar inmediatamente, es inmediatamente operativo. Sed sic est, que el caldo de gallina, administrado en una ayuda hace obrar inmediatamente: luego el caldo de gallina es inmediatamente operativo.* Rióse á carcajada tendida toda la mosquetería del aula; negáronle la menor de este segundo silogismo; y él enfurecido parte con la risa, y parte con que le hubiesen negado una proposicion, que tenia por mas clara que el sol que nos alumbra; sale del general precipitado y ciego, sin que nadie pudiese detenerle, sube á la celda, llama al enfermero, dícele que luego luego le eche una ayuda con caldo de gallina, si por dicha habia alguno prevenido para los enfermos: el enfermero que le vió tan turbado, tan inquieto y tan encendido, creyendo sin duda que le habia dado algun accidente cólico, para el qual habia oido decir que eran admirable específico los caldos de pollo, juzgando que lo mismo serian los de gallina, vá volando á su cocinilla particular, dispónele la lavatiba, y administrásela: hace pron-

tamente un prodigioso efecto ; llena una gran vasijà , de las que se destinan para este ministerio , y baxando al general sin detenerse, dixo colérico al letor, al que sustentaba , y á todos los circunstantes : *Los que quisieren ver si el caldo de gallina hace ó no hace obrar inmediatamente, vayan á mi celda , y allí encontrarán la prueba ; y despues que se vayan á defender que la substancia no es inmediatamente operativa.*

3 Este lance acabó de ponerle de muy mal humor con todo lo que se llamaba estudio escolástico. Y aunque algunos padres graves , y verdaderamente doctos , que le querian bien , procuráron persuadirle que se dedicase algo á este estudio; á lo ménos al de aquellas materias, así fisicas, como metafisicas , que no solo eran conducentes, sino casi necesarias para la inteligencia de las qüestiones mas importantes de la teología en todas sus partes, escolástica, expositiva, dogmática y moral , sin cuya noticia era imposible saber hacer un sermon sin exponerse á decir mil necedades, heregías y dislates ; no fué posible convencerle : ni aunque le diéron algunos panes y agua , hasta llegar tambien á media docena de despojos, ni por esas se pudo conseguir que se aplicase á lo que no le llevaba la inclinacion , y mas habiendo en casa quien le ayudaba á lo mismo.

4 Era el caso que por mal de sus peca-

dos se encontró nuestro fray Gerundio con un predicador mayor del convento, el qual era un mozalvete, poco mas ó ménos de la edad de su letor, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.

5 Hallábase el padre predicador mayor en lo mas florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos, y asáz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza; cuello erguido, su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolixos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy ayrosa; obra toda de ciertas beatas que se desvivian por su padre predicador. En conclusion él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de cecéo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en las modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamas de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura; no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.

6 Era de aquellos cultísimos predica-

dores que jamás citaban á los santos padres, ni aun á los sagrados evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A san Mateo le llamaba *el Angel Historiador*, á san Marcos *el Evangélico Toro*, á san Lucas *el mas divino Pincel*, á san Juan *el Aguila de Patmos*, á san Gerónimo *la Púrpura de Belen*, á san Ambrosio *el Panal de los Doctores*, á san Gregorio *la Alegórica Tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermon, para citar el evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente: *Joannes capite décimo tertio: Matthæi capite décimo quarto*, eso era cuento, y le parecia que bastaria eso para que le tuviesen por un predicador sabatino. Ya se sabía que siempre habia de decir: *Ex evangelica lectione Matthæi, vel Joannis capite quarto décimo*, y otras veces, para que saliese mas rumbosa la colocacion: *Quarto-decimo ex capite*. ¡Pues qué! dexar de meter los dos deditos de la mano derecha, con garbosa pulidez, entre el cuello y el tapa-cuello de la capilla en ademan de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza miéntras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados; y como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estor-

mudo y relincho! Esto, afeytarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete; y luego que hecha ó no hecha una breve oracion se ponia de pie en el púlpito, sacar con ayroso ademán de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara, y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas mas que ayre, volverle á meter en la manga á compás, y con armonía mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de: *Sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado*; concluyendo con lo otro de: *En el primitivo instantaneo ser de su natural animacion*, no dexaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo san Pablo le predicára; que todas ellas eran, por lo ménos, otras tantas evidencias de que allí no habia ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pisca de entendimiento.

7 Sí, andaos á persuadírselo, quando á ojos vistas estaba viendo que solo con este preliminar aparato se arrastraba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para sí los corazones, y no habia estrado, ni visita donde no se hablase del último sermon que habia predicado.

8 Ya era sabido que siempre habia de dar principio á sus sermones, ó con algun refran, ó con algun chiste, ó con alguna

frase de bodegon, ó con alguna cláusula enfática, ó partida que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad, ó un desacato; hasta que despues de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salia con una explicacion que venia á quedar en una grandísima friolera. Predicando un dia del misterio de la Trinidad, dió principio á su sermon con este periodo: *Niego que Dios sea Uno en Esencia, y Trino en Personas;* y paróse un poco. Los oyentes, claro está, comenzáron á mirarse los unos á los otros, ó como escandalizados, ó como suspensos, esperando en qué habia de parar aquella blasfemia heretical. Y quando á nuestro predicador le pareció que ya los tenia cogidos, prosigue con la insulsez de añadir: *Así lo dice el Evionista, el Marcionista, el Arriano, el Manichêo, el Sociniano; pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los Concilios y con los Padres.*

9 En otro sermon de la Encarnacion comenzó de esta manera: *A la salud de ustedes, caballeros:* y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dixo con chulada, él prosiguió diciendo: No hay que reirse, porque á la salud de ustedes, de la mia y la de todos baxó del cielo Jesucristo, y encarnó en las Entrañas de María. Es artículo de fé. Pruébolo: *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cœlis, et Incarnatus est.* Al oir

esto quedáron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia, que faltó poco para que parase en pública aclamacion.

10 Habia en el lugar un zapatero, truhan de profesion, y eterno decidor, á quien llamaban en el pueblo *el azote de los predicadores*, porque en materia de sermones su voto era el decisivo. En diciendo del predicador: *¡ Gran páxaro! ¡ Páxaro de cuenta!* bien podia el padre desvarrar á tiros largos; porque tendria seguros los mas principales sermones de la villa, incluso el de la fiesta de los pastores y el de san Roque, en que habia novillos y un toro de muerte. Pero si el zapatero torcia el hocico, y al acabar el sermon decia: *¡ Polluelo! ¡ Cachorrillo! Iráse haciendo*; mas que el predicador fuese el mismísimo Vieyra, en su mesma mesmedad, no tenia que esperar volver á predicar en el lugar, ni aun el sermon de san Sebastian, que solo valia una rosca, una azumbre de hipocrás, y dos quartas de cerilla. Este, pues, formidable censor de los sermones, estaba tan pagado de los del padre fray Blas (que esta era la gracia del padre predicador mayor), que no encontraba voces para ponderarlos: llamábale *páxaro de páxaros*, *el non prus hurta de los púlpitos*, y en fin *el orador por Antonio mesia*, queriendo decir *el orador por Antonomasia*: y como el tal zapa-

tero llevaba en el lugar, y aun en todo aquel contorno, la voz de los sermones, no se puede ponderar lo mucho que acreditó con sus elogios á fray Blas, y la gran parte que tuvo en que se hiciese incurable su locura, vanidad y boberia.

11 Compadecido igualmente de la sandéz del predicador, que de la perjudicial simpleza del zapatero, un padre grave, religioso docto y de gran juicio, que despues de haber sido provincial de la órden, se habia retirado á aquel convento, emprendió curar á los dos si podia conseguirlo; y como el dia despues del famoso sermon de la Anunciacion le fuese á calzar el zapatero (porque era el maestro de la comunidad), y éste, con su acostumbrada bachillería, comenzase á ponderar el sermon del dia antecedente, pareciéndole tambien que en aquello lisongeaba al reverendísimo, por ser frayle de su órden, el buen padre ex-provincial quiso aprovechar aquella ocasion, y sacando la caxa dió un polvo á Martin (que este era el nombre del zapatero), hízole sentar junto á sí, y encarándose con él, le dixo con grandísima bondad.

12 „Ven acá Martin, ¿qué entiendes tú de sermones? ¿Para qué hablas de lo que no entiendes, ni eres capaz de entender? Si no sabes escribir, ni apénas sabes deletrear, ¿cómo has de saber quién predica mal ni bien? Dime: si yo te dixera á tí que no sabias cortar, coser, desvirar, ni esta-

quillar, y que todo esto lo hacía mejor fulano ó citano, de tu misma profesion, ¿no me dirias con razon: Padre: déxelo, que no lo entiende; métase allá con sus libros, y déxenos á los maestros de obra prima con nuestra tixera, con nuestra lesna y con nuestro trinchete? Esto, siendo así que saber qual zapato está bien ó mal cosido, bien ó mal cortado, es cosa que puede conocer qualquiera que no sea ciego. Pues si un maestro y un predicador harian mal en censurar, y mucho peor en dar reglas de cortar, ni de coser á un zapatero; ¿será tolerable que un zapatero se meta en dar reglas de predicar á los predicadores, y en censurar sus sermones? Mira Martin: lo mas mas que tú puedes conocer, y en que puedes dar tu voto es, en si un predicador es alto ó baxo, derecho ó corcobado, cura ó frayle, gordo ó flaco, de voz gruesa ó delgada, si manotea mucho ó poco, y si tiene miedo ó no le tiene, porque para esto no es menester mas que tener ojos y oidos; pero en saliendo de aquí no solo te expones á decir mil disparates, sino á elogiar cien heregias.

13 Vitor, Padre reverendísimo, dixo el truhan del zapatero. ¿Y por qué no acaba su reverendísima con gracia y gloria, para que el sermoncillo tenga su debido y legítimo final? Segun eso tendrá V. R. por heregía aquella gallarda entradilla con que el padre predicador mayor dió principio al

sermon de la Santísima Trinidad: *Niego que Dios sea Uno en Esencia, y Trino en Personas*. Y de las mas escandalosas que se pueden oir en un púlpito católico, respondió el grave y docto religioso. Pero si dentro de poco (replicó Martin) añadió el padre fray Blas, que no lo negaba él, sino el Evanista, el Marconista, el Marrano, el Macabeo y el sucio Enano, ó una cosa así, y sabemos que todos estos fuéron unos perros hereges; ¿qué heregía de mis pecados, dixo el buen padre predicador, sino puramente referir la que estos turcos y moros dixéron? Sonrióse el reverendo ex-provincial, y sin mudar de tono, le replicó blandamente: dígame Martin, si uno echa un *voto-á-Cristo* redondo, y de allí á un rato añade *valillo*, ¿dexará de haber echado un juramento? Claro es que no, respondió el zapatero, porque así lo he oido cien veces á los teatinos quando vienen á misionarnos el alma. Y á fé que en esto tienen razon; porque el valillo que se sigue despues, ya viene tarde; y es así, á la manera que digamos de aquello que dice el refran: *romperle la cabeza, y despues labarle los cascos*. Pues á la letra sucede lo mismo en esa proposicion escandalosa y otras semejantes que profieren muchos predicadores de mollera por cocer (repuso el buen padre); la heregía ó el disparate sale rotundo, y en todo caso descalabran con él al auditorio, y eso es lo que ellos pretenden, teniéndolo por gracia:

despues entran las hilas, los parchecitos y las vendas para curarle. De manera que todo el chiste se reduce á echar por delante una proposicion que escandalice, y quanto sea mas disonante mejor; despues se la dá una explicacion, con la qual viene á quedar una grandísima friolera. ¿No te parece Martin, que aun quando así se salve la heregía á lo ménos no se puede salvar la insensatez y la locura?

14 No entiendo de tulogías, respondió el zapatero; lo que sé es, que por lo que toca á la entradilla del sermon de ayer, *á la salud de ustedes caballeros*, ni V. R. ni todo el concilio Trementino me harán creer que allí hubo heregía, porque la probó claramente con el credo: *proter nostra salute descendit de cælos*, y que á todos nos dexó aturdidos. Es cierto (replicó el reverendísimo), que en eso no hubo heregía; pero no me dirá Martin, ¿en qué estuvo el chiste ó la agudeza que tanto los aturdió? ¿Pues qué (respondió el maestro de obra prima) no es la mayor agudeza del mundo comenzar un sermon como quien vá á echar un brindis; y quando todo el auditorio se rió, juzgando que iba á sacar un jarro de vino para convidarnos, echarnos á todos un jarro de agua con un texto que vino que ni pintado? Oigáse Martin, le dixo con sosiego el reverendísimo, ¿quando en una taberna empieza un borracho á predicar, qué se suele decir de él? A esos, res-

pondió Martin, nosotros los cofrades de la cuba los llamamos los borrachos desauciados; porque sabida cosa es, que borrachera que entra por la mística, ó á la apostólica es incurable. Pues venga acá buen hombre (replicó el ex-provincial), si la mayor borrachera de un borracho es hablar en la taberna como hablan en el púlpito los predicadores; ¿será gracia, chiste y agudeza de un predicador usar en el púlpito las frases que usan en la taberna los borrachos? ¡Y á estos predicadores alaba Martin! ¡á estos aplaude! Vaya que tiene poca razon. Padre maestro, respondió convencido y despechado el zapatero: yo no he estudiado lógica, ni garambaynas; lo que digo es, que lo que me suena me suena. Vuesa paternidad es de esa opinion, y otros son de otra, y son de la misma lana, y en verdad que no son ranas. El mundo está lleno de envidia, y los claustros no están muy vacíos de ella. Viva mi padre fray Blas, y vuesa paternidad deme su licencia, que me voy á calzar al padre refitolero.

15 No bien habia salido Martin de la celda del padre ex-provincial, quando entró en ella fray Blas á despedirse de su reverendísima, porque el dia siguiente tenia que ir á una villa, que distaba quatro leguas, á predicar de la colocacion de un retablo. Como estaban frescas las especies del zapatero, y el buen reverendísimo, ya por la honra de la religion, ya por la estima-

cion del mismo padre predicador, á quien realmente queria bien, y sentia ver malogradas unas prendas, que manejadas con juicio podian ser muy apreciables, deseaba lograr coyuntura de desengañarle; y pareciéndole que era muy oportuna la presente, le dixo luego que le vió. Padre predicador, siento que no hubiese llegado vmd. un poco ántes, para que oyese una conversacion en que estaba con Martin el zapatero, y él me la cortó quando yo deseaba proseguirla. Apuesto, respondió fray Blas, que era acerca de sermones, porque no habla de otra cosa, y en verdad que tiene voto. Podrále tener, replicó el ex-provincial, en saber donde aprieta el zapato, pero en saber donde aprieta el sermon, no sé por qué ha de tenerle. Porque para saber quien predica bien ó mal, respondió fray Blas, no es menester mas que tener ojos y oidos. Pues de esa manera, replicó el ex-provincial, todos los que no sean ciegos, ni sordos tendrán tanto voto como el zapatero. Es que hay algunos, respondió el padre fray Blas, que sin ser sordos, ni ciegos, no tienen tan buenos ojos, ni tan buenos oidos como nosotros. Eso es decir, replicó el ex-provincial, que para calificar un sermon no es menester mas que ver como lo acciona, y oir como lo siente el predicador. No, padre nuestro, no es menester mas. Con que segun eso, arguyó el ex-provincial, para ser buen predicador no es menester mas que

ser buen representante. *Concedo consequentiam*, dixo fray Blas muy satisfecho.

16 ¿Y es posible que tenga aliento para proferir semejante proposicion un orador cristiano, y un hijo de mi padre san N. que viste su santo hábito? Ora bien, padre predicador mayor: ¿quál es el fin que se debe proponer en todos sus sermones un cristiano orador? Padre nuestro, respondió fray Blas, no sin algun desenfado, el fin que debe tener todo orador cristiano, y no cristiano, es agradar al auditorio, dar gusto á todos, y caerles en gracia: á los doctos, por la abundancia de la doctrina, por la multitud de las citas, por la variedad, y por lo selecto de la erudicion: á los discretos, por las agudezas, por los chistes y por los equívocos: á los cultos, por el estilo pomposo, elevado, altisonante y de rumbo: á los vulgares, por la popularidad, por los refranes y por los cuentecillos encajados con oportunidad y dichos con gracia; y en fin, á todos, por la presencia, por el despejo, por la voz y por las acciones. Yo, á lo ménos en mis sermones, no tengo otro fin, ni para conseguirle me valgo de otros medios; y en verdad que no me vá mal, porque nunca falta en mi celda un polvo de buen tabaco, una jícara de chocolate rico, hay un par de mudas de ropa blanca, está bien proveida la frasquera, y finalmente no faltan en la naveta quatro doblones para una necesidad, y nunca salgo á predicar que no

traiga cien misas para el convento, y otras tantas para repartirlas entre quatro amigos. No hay sermon de rumbo en todo el contorno que no se me encargue, y mañana voy á predicar á la colocacion del retablo de....., cuyo mayordomo me dixo que la limosna del sermon era un doblon de á ocho.

17 Apénas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex-provincial, quando oyó un discurso tan necio, tan aturdido y tan impío en la boca de aquel pobre frayle, mas lleno de presuncion y de ignorancia, que de verdadera sabiduría: y compadecido de verle tan engañado, encendido en un santo zelo de la gloria de Dios, de la honra de la religion, y del bien de las almas, en las quales podia hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleára mejor sus naturales talentos, quiso ver si podia convencerle y desengañarle. Levantóse de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro para que ninguno los interrumpiese; tomó de la mano al predicador mayor, metióle en el estudio, hizóle sentar, y sentándose él mismo junto á él, con aquella autoridad que le daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimacion en la órden, le habló de esta manera.

CAPITULO XIII.

Del grave y docto razonamiento que un padre ex-provincial de la órden hizo al predicador mayor de la casa donde estudiaba artes nuestro fray Gerundio.

1 „Aturdido estoy, padre fray Blas, de lo que acabo de oirle, tanto, que aun ahora mismo estoy dudando si me engañan mis oidos, ó si sueño lo que oigo. Bien temia yo al oirle predicar, y al observar cuidadosamente todos sus movimientos, ántes del púlpito, en el púlpito y despues del púlpito, que en sus sermones no se proponia otro fin que el de la vanidad, el del aplauso y del interes; pero este temor no pasaba de ofrecimiento, ni aun se atrevia á ser sospecha, porque no se fuese arrimando á juicio temerario. Mas ya veo, por lo que acabo de oirle, que me propasé de piadoso.

2 ¡Con que el fin de un orador cristiano, y no cristiano es agradar al auditorio, captar aplausos, grangear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus comenenzuelas! A vista de esto, ya no me admiro de que el padre predicador se disponga para subir al púlpito como se dispone un comediante para salir al teatro: muy rasurado, muy afey-

tádo, muy copetudo, el mejor hábito, la capa de lustre, la saya plegada, zapatos nuevos, ajustados y curiosos, pañuelo de color sobresaliente, otro blanco, cumplido y de tela muy delgada, ménos para limpiar el sudor, que para hacer obstentacion de lo que debiera correrse un religioso que profesa modestia, pobreza y humildad. Un predicador apostólico, que subiese á la cátedra del Espíritu Santo con el único fin de enamorar á los oyentes de la virtud, y moverlos eficazmente á un santo aborrecimiento del pecado, se avergonzaria de esos afectados adornos, tan impropios de su estado, como de su ministerio; pero quien sube á profanarla con fines tan indecentes, y aun estoy por decir tan sacrílegos, ni puede ni debe usar otros medios. No quiero decir que el desaliño cuidadoso sea loable en un predicador; solo pretendo que la afectada curiosidad en el vestido ó en el trage, es la cosa mas risible, y no hay hombre de juicio que no tenga por lóco al religioso que pone mas cuidado en componer el hábito que en componer el sermon, pareciéndole que el afeyte de la persona puede suplir la tosca grosería del papel. En una palabra, padre mio: el que se adorna de esa manera para predicar, bien dá á entender, que no vá á ganar almas para Dios, sino á conquistar corazones para sí. No sube á predicar sino á galantear; tiene mas de orate que de verdadero orador.

3 El fin de éste, sea sagrado, sea profano, siempre debe ser convencer al entendimiento, y mover á la voluntad, ya sea á abrazar alguna verdad de la religion, si el orador es sagrado, ya á tomar alguna determinacion honesta y justa, si fuere profano el orador. No habrá leido ni leerá jamás el padre predicador, que un orador profano, por profano que fuese, se hubiese jamás propuesto otro fin. Este es el único que se propusieron en sus oraciones Demóstenes, Ciceron, y Quintiliano, dirigiéndose todas á algun fin honesto y laudable; unas á conservar á la república, otras á encender los ánimos contra la tiranía; éstas á defender á la inocencia, aquellas á reprimir la injusticia; muchas á implorar la misericordia, no pocas á excitar toda la severidad de las leyes contra los atrevimientos de la insolencia. Si se hubiera olido que alguno de aquellos famosos oradores no tenian otro fin en sus declamaciones que hacerse oir con gusto, captar el aura popular, ostentar el aseo ó la magestad del vestido, el ayre de la persona, el garbo de las acciones, lo sonoro de la voz, lo bien sentido de los afectos, la pomposa ojarasca de las palabras, y la agudeza ó falsa brillantez de los pensamientos: si se hubiera llegado á entender que sus arengas no se dirigian á otro fin que á solicitar aplausos, á conquistar corazones, y á ganar dinero, hubieran sido el objeto de la risa, del desprecio, y aun de la indignacion

de todos. Y si algunos concurriesen á oirlos, no sería ciertamente para dexarse persuadir de ellos como de oradores, sino para divertirse con ellos, como se divertian con los histriones, con los pantomimos, y con los charlatanes. Porque en suma, mi padre predicador, el orador no es mas que un hombre dedicado por su ministerio á instruir á los otros hombres, haciéndolos mejores de lo que son. Y dígame: ¿los hará mejores de lo que son el que desde que se presenta en el púlpito se muestra tan dominado de las pasioncillas humanas, como el que mas? ¿Hará humilde al vano y al soberbio, el que en todas sus acciones y movimientos está respirando presuncion y vanidad? ¿Corregirá la profanidad de los adornos y el desordenado artificio de los afeytes, el que dentro de los términos á que puede extenderse su estado y su profesion sube al púlpito de gala? ¿Enmendará los desórdenes de la codicia el que se sabe que hace tráfico de su ministerio, que predica por interes, y que revuelve al mundo para que le encarguen los sermones que mas valen? Finalmente, ¿á quién persuadirá que á solo Dios debemos agradar, el que confiesa que en sus sermones no tiene otro fin que el agradar á los hombres?

4 ¿No me dirá el padre predicador si los apóstoles se propusiéron este bastardo fin en los sermones, con que doce hombres rústicos, groseros y desaliñados convirtiéron á todo el mundo? Dirá que Dios hacía la

costa. ¿Y quién le ha dicho que no la haria tambien ahora si se prdicára con el espíritu con que predicáron los apóstoles? Replicará que aquellos eran otros tiempos, y que los nuestros son muy diferentes que aquellos. ¿Qué quiere decir en eso, padre mio? Si quiere decir que los apóstoles predicáron á una gente idiota, bárbara, inculta, ignorante, que se convencia de qualquiera cosa, y en qualquiera manera que se la propusiesen, acreditará que está mas versado en leer libros de conceptillos, que llaman predicables, y yo llamo intolerables y contentibles, que en la historia eclesiástica y profana. ¿Sabe que nunca estuvo el mundo mas cultivado que quando Dios envió sus apóstoles á él? ¿Ignora que aun duraban y duráron por algun tiempo las preciosas reliquas del dorado siglo de Augusto, dentro del qual nació Cristo, y en el qual floreciéron mas que en otro alguno todas las artes y ciencias, especialmente la oratoria, la poesía, la filosofia y la historia? Nuestro siglo presume, con razon ó sin ella, de mas cultivado que otro alguno; y no se puede negar que en algunas determinadas facultades y artes, se han hecho descubrimientos que ignoraron, los que le precediéron. Con todo eso, en aquellas que cultivaron los antiguos, no se ha decidido hasta ahora entre los críticos la famosa qüestion sobre la preferencia de estos á los modernos; y sepa el padre predicador, que aunque las razones que se alegan por unos

y por otros son de mucho peso, pero el número de votos que estan por los primeros, hace incomparables excesos al que cuentan los segundos. Vea ahora, si eran ignorantes, bárbaros é incultos aquellos á quienes predicáron y convirtiéron los apóstoles quando se disputa con grandes fundamentos, si nos excediéron en comprehension, en ingenio, en buen gusto y en cultura.

5 Repondrá, que aùn por eso mismo los apóstoles no convertian mas que á la gente popular, idiota y del vulgacho. Otra alucinacion, que nace del mismo principio. No me hará merced el padre-predicador de decirme, si era idiota, popular y del vulgacho Cornelio el Centurion? Si el Eunucho de la reyna Candace era tambien del vulgacho y popular? ¿Si era idiota san Dionisio Areopagita? ¿Si era un pobre ignorante san Justino Mártir? ¿Si san Clemente Alexandrino fué idiota? ¿Si era popular y del vulgacho san Lino y sus padres Herculano, y Claudia, ámbos de las familias mas ilustres de Toscana? ¿Si tantos reyes, tantos príncipes, y tantos magistrados como convirtiéron los apóstoles en sus respectivas provincias eran del vulgacho y populares? Un predicador que siquiera se tomase el corto y necesario trabajo de leer las vidas de los santos, de quienes predica, no incurriria en semejante pobreza; pero cómo no ha de incurrir en ésta y en mas crasas ignorancias, quando muchas veces quien tiene ménos no-

ticia del santo á que se predica es el mismo predicador, haciendo vanidad de tomar asuntos tan abstraidos, que un mismo sermon se puede predicar á san Liborio, á san Roque, á san Cosme y san Damian, á la Vírgen de las Angustias, y en caso necesario, á las benditas Animas del Purgatorio.

6 Pero si acaso quiere decir el padre predicador que aquellos primeros tiempos de la iglesia, aunque no eran ménos instruidos, eran ménos estragados que los nuestros, y consiguientemente no era tan dificultoso reducirlos á la verdad del evangelio con razones claras, naturales, desnudas y sencillas, dirá otra necedad que en conciencia no se le puede perdonar. Con que eran ménos estragados que los nuestros, unos tiempos en que los vicios eran adorados como virtudes, y las virtudes aborrecidas como vicios? ¿Unos tiempos en que la incontinencia recibia inciensos en Citeréa; la embriaguez adoraciones en Baco; el latrocinio sacrificios en Mercurio? ¿Unos tiempos en que se adoraba á Júpiter estrupador, á Venus incestuosa, á Hércules usurpador, y á Caco ratero? ¿Unos tiempos en que la vanidad se llamaba grandeza de corazon, el orgullo elevacion del espíritu; la soberbia magnanimidad; la usurpacion heroismo; y al contrario, la modestia, el encogimiento, la moderacion y el retiro se trataban como baxeza de ánimo, como apocamiento, no solo inútil, sino pernicioso á la sociedad?

7 Mas no quiero estrecharle tanto: no quiero hacer cotejo de nuestro siglo con el primer siglo de la iglesia; conténtome con hacer la comparacion entre nuestros tiempos y aquellos en que floreciéron los Paduas, los Ferreres, los Tomases de Villanueva. Dígame: ¿hay mucha diferencia entre nuestras costumbres, y las de aquellos tiempos? Si sabe algo de historia, precisamente responderá que si hay alguna diversidad es en los trages, en las modas, en la mayor perfeccion de las lenguas, y en algunos usos puramente accidentales y exteriores; que en lo demas reynaban entónces, como ahora, las mismas costumbres, las mismas pasiones, las mismas inclinaciones, los mismos vicios, los mismos desórdenes; solo que éstos eran mas frecuentes, mas públicos y mas escandalosos en aquellos tiempos que en éstos. Con todo eso, ¿qué conversiones tan portentosas y tan innumerables no hiciéron aquellos santos en los suyos? ¿Qué séquito no tenian siempre que predicaban despoblándose las ciudades, y aun las provincias enteras por oirlos? ¿Y se predicaban á sí mismos? ¿No se proponian otro fin en sus sermones que el de captar aplausos, grangear admiraciones, ganar dinero, y meter ruido en el mundo? Metianle y grande, ¿pero era esto lo que ellos intentaban? ¿Y conseguíanlo por unos medios tan impropios, tan indecentes, tan indignos, y aun estoy por decir tan sacrílegos?

8 Paréceme que estoy ya oyendo lo que me dirá interiormente el padre predicador, lo que veo es, que yo lo consigo por los que uso; que tambien meto ruido, que me siguen, que me aplauden y que me admiran. ¡Lindamente! ¿Y de ahí qué se infiere? ¿Que predica bien? ¿Que sabe siquiera lo que se predica? ¡Oh qué mala consecuencia! Mete ruido; tambien le mete una farsa quando entra en un lugar. Síguenle; tambien se sigue á un charlatan, á un truan, á un titiritero, á un arlequin quando hacen sus habilidades en un pueblo. Apláudenle; ¿pero quiénes? los que oyen como oráculo á un infeliz zapatero, y los que celebran á un predicador como pudieran á un representante. Admíranse al oirle; ¿pero de qué? los necios y los aturdidos, de su osadía y de sus gesticulaciones; los cuerdos y los inteligentes, de su satisfaccion y de su falta de juicio.

9 Ora bien, padre predicador, ¿quién le ha dicho que los aplausos y las admiraciones de la muchedumbre son hijas de los aciertos? Frecuentísimamente, por no decir las mas veces, son hijas de la ignorancia. El vulgo, por lo comun, aplaude lo que no entiende; y sepa que en todas las clases de la república hay mucho vulgo. Ya habrá leido, ú oido lo de aquel famoso orador, que harengando en presencia de todo el pueblo, y oyendo hácia la mitad de la oracion una especie de alegre murmurio de la multitud, que le sonó á aclamacion, se volvió á un amigo suyo

que estaba cerca, y le preguntó sobresaltado: *¿He dicho algun disparate? porque este aplauso popular no puede nacer de otro principio.* Aun el mismo Ciceron, que no escupia los aplausos, desconfiaba de ellos, si eran muy frecuentes, pareciéndole que no siendo posible merecerlos siempre, necesariamente habia de tener en ellos mucha parte la adulacion ó la ignorancia: *No gusto oir muchas veces en mis oraciones: ¡qué cosa tan buena! no se puede decir mejor. Bellè, et præclarè nimiùm, sæpè, nolo.*

10 Aun mas equívocas son las admiraciones, que los elogios; éstos nunca debieran dirigirse sino á lo bueno y á lo sólido; aquellas pueden, sin salir de su esfera, limitarse precisamente á lo singular y á lo nuevo; porque la admiracion no tiene por objeto lo bueno, sino lo raro. Y así dice discretamente un jesuita francés, muy al caso en que nos hallamos, que *puede suceder, y sucede con frecuencia, una especie de paradoxá en los sermones; esta es, que el auditorio tiene razon para admirar ciertos trozos del discurso que se oponen al juicio y á la razon; y de aquí nace que muy frecuentemente se condena poco despues lo mismo que á primera vista se habia admirado.* ¿Quántas veces lo pudo haber notado el padre predicador? Están los oyentes escuchando un sermon con la boca abierta, embelesados con la presencia del predicador,

con el garbo de las acciones, con lo sonoro de la voz, con la que llaman elevacion del estilo, con el cortadillo de las cláusulas, con la viveza de las expresiones, con lo bien sentido de los afectos, con la agudeza de los reparos, con el aparente desenredo de las soluciones, con la falsa brillantez de los pensamientos. Miéntras dura el sermon no se atreven á escupir, ni aun apénas á respirar por no perder ni una sílaba. Acabada la oracion todo es cabezadas, todo murmurios, todo gestos y señas de admiraciones. Al salir de la iglesia todo es corrillos, todo pelotones, y en ellos todo elogios, todo encarecimientos, todo asombros. ¡Hombre como éste! ¡Pico mas bello! ¡Ingenio mas agudo!

11 ¿Pero qué sucede? Algunos hombres inteligentes, maduros, de buena crítica, y de juicio claro, que oyéron el sermon, y no se dexáron deslumbrar, no pudiendo sufrir que se aplauda lo que debiera abominarse, sueltan ya ésta, ya aquella especie contra todas las partes de que se compuso el sermon, y hacen ver con evidencia que todo él fué un texido de impropiedades, de ignorancias, de sandeces, de pobrezas, y quando ménos ménos de futilidades. Demuestran con toda claridad que el estilo no era elevado, sino hinchado, campanudo, ventoso, y de pura ojarasca; que las cláusulas cortadas y cadenciosas, son

tan contrarias á la buena prosa, como las llenas y las numerosas, pero sin determinada medida, lo son al buen verso; que este género de estilo causa risa, ó por mejor decir asco á los que saben hablar y escribir; que las expresiones que se llaman vivas, no eran sino de ruido y de boato; que aquel modo de sentir y de expresar los afectos, mas era cómico y teatral, que oratorio, loable en las tablas, pero insufrible en el púlpito; que los reparos eran voluntarios, su agudeza una fruslería, y la solucion de ellos tan arbitraria como sutil; que los pensamientos se reducian á unos dichicos de conversacion juvenil, á unos retruécanos ó jugete de palabras, á unos conceptos poéticos, sin meollo, ni jugo, y sin solidez; que en todo el sermon no se descubrió ni pizca de sal oratoria, pues no habia en él ni asomo de un discurso metódico y seguido; nada de enlace, nada de conexîon, nada de raciocinio, nada de mocion: en fin, una escoba desatada, conceptillos esparcidos, pensamentuelos esparramados por aquí y por allí, y acabóse. Con que todo bien considerado, no habia que aplaudir, ni que admirar en nuestro predicador sino su voz, su manoteo, su presuncion y su reverendísimo *coram-vobis*. Los que oyen discurrir así á estos hombres perspicaces, penetrativos y bien actuados en la materia, vuelven de su alucinacion, conocen su engaño, y el pre-

dicador que por la mañana era admirado, ya por la tarde es tenido por pieza; los compasivos le miran con lástima, y los duros con desprecio.

12 No quiero mas prueba de esta verdad, que los sermones mismos del padre predicador. ¿Quánto se celebró, y quánto se admiró aquella famosa entradilla del sermon de la Santísima Trinidad: *Niego que Dios sea Uno en Esencia y Trino en Personas?* ¿Quánto se admiró, y quánto se ponderó la otra del sermon de la Anunciacion: *A la salud de ustedes, caballeros?* ¿Qué elogios no se oyéron de una y otra al acabarse las funciones? ¿Pero quánto duráron estas admiraciones y estos aplausos? El tiempo que tardó un hombre zeloso, caritativo y prudente en abrir los ojos á los oyentes para que conociesen que la primera proposicion habia sido una grandísima heregía, y la segunda una grandísima borrachera; y quando ménos, añadida la explicacion de la una y de la otra, ambas habian quedado en dos grandes insulseces. Porque la primera se reduxo á decir que muchos hereges habian negado el misterio de la Santísima Trinidad: ¡miren qué noticia tan esquisita! Y la segunda, estrujada su substancia, no vino á decir mas que Cristo ó el Verbo Divino habia encarnado por la salud de todos los hombres: ¡miren qué pensamiento tan delicado! Luego que sus

oyentes cayéron en la cuenta, quedáron corridos de lo mismo que habian admirado poco ántes; y sé muy bien que en las mismas tardes de la Trinidad y de la Anunciacion se lo diéron á entender al padre predicador, si él hubiera querido percibirlo. Porque yendo á visitar á sus penitentas, como lo acostumbra los dias que predica, para recoger los aplausos de los estrados, cierta señorita le dixo el dia de la Trinidad: *¡Jesus, padre predicador! Dios se lo perdone á vmd. el susto que mo dió con el principio de su sermon; porque cierto temí que el comisario del Santo Oficio le mandase callar, y que desde el púlpito le llevase á la Inquisicion.* Y tambien sé que otra le dixo la tarde de la Anunciacion: *Quando vmd. comenzó el sermon esta mañana creí que estaba dormida, y que soñaba que en lugar de llevarme á la iglesia, me habian llevado á la taberna.* Ambas fuéron dos pullas muy delicadas, y bien merecidas; pero como el padre predicador todo lo convierte en substancia, túvolas por chiste, y le entráron en provecho.

13 Estos son, padre mio, los aplausos que logra aun de aquellas personas que no tienen mas luces que las de un sindéresis natural bien puesto: burlarse de él, y estimarle en lo que vale. Las que están mas cultivadas, las que tienen alguna tintura del buen gusto, y sobre todo aquellas que no

miran con indiferencia un ministerio tan sério y tan sagrado de la religion, no le puedo ponderar el dolor que las causa verle tan profanado en su boca, y la compasion con que miran tan infelizmente malogrados unos talentos, que si los manejára como debe serian utilísimos para el bien de las almas, para la gloria de Dios, para mucha honra de nuestra sagrada órden, y para mas sólida y mas verdadera estimacion del padre predicador. No puede dudar éste la especial inclinacion que siempre le he manifestado desde que fué mi novicio; las pesadumbres de que le libré quando fuí prelado suyo; la estimacion que hice de sus prendas siendo su provincial, pues yo fui quien le colocó en el candelero, encargándole uno de los púlpitos mas apetecidos de la provincia. Ya se acordará de la carta pastoral que con esta ocasion le escribí, recomendándole mucho que desempeñase mi confianza, que no diese ocasion para que me insultasen los que censuráron esta eleccion, sin duda porque le conocian mejor que yo; que predicase á Jesucristo crucificado, y no se predicase á sí mismo; ó á lo ménos que predicase con juicio y con piedad, ya que no tuviese espíritu para hacerlo con zelo y con fervor. Protéstole que uno de los mayores remordimientos que tengo de los muchos desaciertos que cometí en mi provincialato, (aunque pongo á Dios por testigo, que todos con

buena intencion) es el de haber hecho predicador al padre fray Blas, fiando la conversion de las almas á quien en nada ménos piensa que en convertirlas, y á quien muestra tener la suya no poco necesitada de conversion. Díle á conocer en el mundo quando estaría mejor en el retiro del claustro, y en la soledad del coro. Púsele en ocasion de que los aplausos de los necios le engreyesen, y la vanidad le precipitase. Conózcolo, llórolo; pero ya no lo puedo remediar; pues veo con imponderable dolor mio, que aun dentro de la religion no faltan fomentadores de su vanidad, elogiadores y panegiristas de sus locuras; unos porque no alcanzan mas, otros por adulacion: algunos pocos por interes, y la mayor parte porque se dexa llevar de la corriente, y no tiene mas regla que el grito de la muchedumbre.

14 Entre estos últimos cuento á esa pobre juventud, compuesta de colegiales, filósofos y teólogos que se cria en este convento, y á quien es indecible el daño que hace con su mal exemplo el padre predicador. Venle aplaudido, celebrado, buscado, regalado y sobrado de religiosas conveniencias: oyen al mismo padre predicador hacer obstentacion pueril de ellas, alabarse de lo mucho que le fructifica la semilla del *Verbum Dei*; ponderar la utilidad y la estimacion de su carrera, haciendo chunga y

chacota de la de los letores y maestros de la órden, á quienes trata de pelones, pobretes, méndigos, pordioseros y camaleones, que se sustentan del ayre de los ergos, y que tienen las navetas tan vacías de chocolate, como los cascos llenos de qüestiones impertinentes. ¿Qué sucede? que cobran horror al estudio escolástico, tan necesario para la inteligencia de los misterios y de los dogmas, y para no decir de unos y de otros tantos disparates como dice el padre predicador: dedícanse á leer libros de sermonarios inútiles y disparatados, ó á trasladar sermones tan ridículos, tan insubstanciales, y aun tan perniciosos como los del padre fray Blas: tómanle á él mismo por modelo, remedándole hasta las acciones y los movimientos, sin advertir que los que parecen bien, quando son naturales, se hacen risibles y despreciables en el remedo. Críanse con esta leche, y salen despues á ser la diversion del vulgo, la admiracion de los ignorantes, la risa de los discretos, el dolor de los piadosos, el descrédito de la órden, y tal vez su azote y su tormento.

15 Viéndolo estamos todos en ese pobre, simple y atolondrado de fray Gerundio. Su sencillez por una parte, y el padre predicador por otra, ambos concurren á echarle á perder á tiros largos. Aunque no le faltan talentos para que con el tiempo saliese hombre de provecho; viendo estoy

que nos ha de sonrojar, y que nos ha de dar que padecer. No hay forma de estudiar una conferencia, de dedicarse á entender una qüestion, y mira con horror al estudio escolástico, gastando el tiempo en leer sermones impresos, y en trasladar los manuscritos del padre fray Blas. ¿Y esto por qué? porque me dicen que no sale de su celda; que tiene en ella letra abierta para desayunarse, para merendar y para perder tiempo; que el padre predicador le vá imbuyendo en todas sus máximas, hasta pegarle tambien sus afectos y desafectos, no solo con perjuicio de su buena educacion, sino en grave detrimento de la caridad, y de la union fraternal y religiosa.

16 Por tanto, padre mio, si el amor de nuestra madre la religion le debe algo; si tiene algun zelo por la salvacion de las almas, que Jesucristo redimió con su preciosa Sangre; si su misma estimacion sólida y verdadera le merece algun cariño, ruégole por la misma preciosísima Sangre de Jesus, que mude de conducta: sea mas noble, mas cristiano y mas religioso el fin de sus sermones, y será muy otra su disposicion: predique á Cristo crucificado, y no se predique á sí mismo; y á buen seguro que no pondrá tanto cuidado en el afectado aliño de su persona: no busque otro interés que el de las almas: *da mihi animas; cætera tolle tibi*; y yo le fio que predicará de otra

manera: no solicite aplausos, sino conversiones; y tenga por cierto, que no solo logrará las conversiones que desea, sino los aplausos que no solicita, y estos de órden muy superior al aura popular y vana que ahora le arrebata tanto. Sobre todo le encargo, le ruego, le suplico, que quando no haga caso de lo que le digo, y se obstine en seguir el errado rumbo que ha comenzado; á lo ménos no dogmatice, no haga escuela tan perniciosa, no quiera imitar aquel dragon, que con la cola arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas. ¡Estremézcale aquel *Væ!* tan espantoso contra los que escandalizan á los pequeñuelos. Y no trate de vejez, de impertinencia, de prolixidad y de mala condicion de los muchos años esta peternal, caritativa y reservada advertencia que le hago; sino mírela como la mayor prueba del verdadero amor que le profeso."

CAPITULO XIV.

De la burla que hizo el predicador mayor del razonamiento del ex-provincial, y de lo que pasó despues con fray Gerundio.

1 Sin cespitar estuvo oyendo fray Blas el sermon que le espetó el reverendo padre ex-provincial, y á pie firme sufrió la carga cerrada que le disparó con una contenencia tal, que qualquiera se persuadiria que quedaba convencido, persuadido y trocado ya en otro hombre. Porque, dice la leyenda de la órden, que le oyó con semblante sereno, con los ojos baxos, con las manos debaxo del escapulario, con el cuerpo algo inclinado hácia adelante, en postura humilde, aplicando un poco el oido izquierdo, como para no perder sílaba, sin estornudar, sin escupir, y aun sin sacar la caja, ni tomar un polvo de tabaco en todo el tiempo que duró la mision. Ya el buen padre ex-provincial se aplaudia interiormente á sí mismo de aquella feliz conquista; ya tenia por mil veces dichosa la hora en que se habia determinado á hablarle con tanta resolucion y claridad; ya estaba para echarle los brazos al cuello, dándole mil parabienes de que finalmente hubiese abierto los ojos á la luz de la razon; quando vió

que el bueno del predicador levantó los suyos, le miró con serenidad: sacó las manos debaxo del escapulario; reclinó el codo derecho sobre el brazo de la silla; refregóse la barba; echó despues mano á la manga; sacó la caja, dió dos golpecitos pausados sobre la tapa; abrióla, tomó un polvo, y encarando al ex-provincial le dixo muy reposado: *¿Acabó ya vuestra paternidad? Sí, ya acabé. Pues, padre nuestro, oygame vuestra paternidad este cuento.*

2 Asistia un loco al sermon del juicio universal, que se predicaba en cierta mision. Estuvo verdaderamente fervoroso y apostólico el zeloso misionero, y dexó tan aturdido al auditorio, que aun despues de acabado el sermon, por un rato ninguno se rebullia. Aprovechóse el loco de aquel compungido silencio, y levantando la voz descompasadamente, dixo: *Señores, todo eso que acaba de predicar el padre misionero, de juicio, juicio y juicio, sin duda que debe de ser así. Pero nondum venit hora mea, y yo llevo la contraria con el doctísimo Barradas.* Vea vuestra paternidad si manda algo para Cevico de la Torre, porque yo parto mañana; y sin esperar á mas razones se levantó de la silla, tomó la puerta, y se fué á su celda.

3 Esperábale en ella su querido fray Gerundio, que además de ser un eterno admirador de las locuras y de los disparates de fray Blas, cuya sola razon bastaría para

que éste le estimase mucho, era, fuera de eso, un fraylecito rollizo, bien agestado, muy compuestico de andadura, de acciones y movimientos; por lo qual no solo se llevaba todos los cariños del padre predicador mayor, sino generalmente los de casi todos los padres graves de la casa, entre los quales habia una especie de celillos y de competencia sobre quien le habia de hacer mas cocos. Enviábanle desde la mesa traviesa la fruta, los extraordinarios y el platillo, quando solo le tenian los padres gordos, y no los colegiales; y aun por lo mismo era entre estos envidiado, acechado y mas que medianamente mordido, para lo que no daba él mismo poco motivo; ya por lo que se engreía con los alhagos de los reverendísimos; ya por las mañuelas y artificios de que se valia para tenerlos mas engaytados; ya finalmente porque el horror que tenia al estudio escolástico, los daba muchas ocasiones de burlarse de él y de sonrojarle, las quales no las perdian los bellacuelos de los otros colegiales; pero á fray Gerundio se le daba muy poco de eso, procurando en todo caso cultivar la predileccion de los mandones del convento; y entre todos, inclinándose mas (aunque con el mayor disimulo posible) al despejo, al garbo y á la discrecion del padre predicador mayor.

4 Luego que éste entró en la celda, contó á fray Gerundio quanto le acababa de

pasar *con nuestro padre*: hízole un resumen del sermon, remedó su voz, imitó su postura, pintó sus gestos, glosó sus palabras y burlóse de todo, tratándole de *Carcuezo*, de *fray-Zaraguelles*, de *hombre de antaño* y de otros apodos semejantes. Finalmente le dixo: *Chico, como la mision duró tanto, tengo gana de cierta cosa, y así con tu licencia.* Retiróse á la alcoba, tiró la cortina, hizo lo que tenia que hacer, y acabada esta funcion, dixo fray Blas á fray Gerundio: Ya sabes que mañana voy á Cevico de la Torre, á predicar del Patriarca San Benito, en su hermita del Otero; es voto de villa, pasqua de flores, y hay romería, y el sermon es de los de á oncita de oro. Ante todas cosas, tómate esos dulces (y llenóle la manga de los que sacó de una naveta), cerremos la puerta, porque no venga á inquietarnos algun reverendo muletilla (y echó la aldaba); siéntate, y oirás uno de los mejores sermones que he compuesto en toda mi vida.

5 Título y asunto: *Ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la Ciencia.* Tenga usted, padre predicador, le interrumpió luego fray Gerundio: no diga mas, que solo eso me encanta. Esos retruecanillos, ese paloteo de voces, y ese triquitraque de palabras con que usted propone casi todos los asuntos de sus sermones, es cosa que me embelesa. ¡*Ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la*

Ciencia! Vaya, que no hay mas que decir. A la verdad, yo no entiendo bien lo que quiere significar; pero lo que me suena, me suena; y signifique lo que significare, ello es una gran cosa. No quiere decir mas, replicó el predicador, que lo que dice san Pablo: *que la ciencia de los santos es la verdadera sabiduría, y que la sabiduría de este mundo es verdadera ignorancia y estulticia.*

6 ¿Con que eso y no mas quiere decir? Sí. ¡Pero válgame Dios! ¿Quién lo adivinaria? Otro que no fuera vuestra paternidad diria sencillamente, san Benito supo lo que le convenia saber, é ignoró lo que le importaba ignorar; y de esa manera, aunque lo entenderian todos, pero tambien qualquiera gañan sabria decirlo. Mas eso de proponer una cosa tan comun con el ayrecillo especial con que la propone vuestra paternidad, en el mundo hay quien lo haga con tanta gracia. Y si no, dígalo aquel otro asunto del sermon que vuestra paternidad predicó al Capítulo dos meses há, en el dia de las elecciones particulares: *Eleccion de la rectitud, para la rectitud de la eleccion.* Primero que se me olvide el tal asunto, me he de olvidar yo de como me llamo. Pero ya que hablamos de él, ¿no me explicará vuestra paternidad el concepto? porque á decir la verdad, no le penetré muy bien. A mí, lo que se me ofreció que querria decir era, que para que la eleccion

fuese recta, era preciso que fuese recta la eleccion; mas esto claro está que no lo querria decir vuestra paternidad, porque sería una verdad de Pero Grullo.

7 Calla simplon, le respondió al punto fray Blas; pues claro está que no quise decir otra cosa; y ahí estuvo el chiste, en decir una pero-grullada de manera, que parecia una cosa del otro mundo. Si te acordáras del modo tan claro, tan perspícuo, tan brillante, con que entablé esa proposicion, para introducirme en el discurso, verias mas claro que el sol de medio dia lo que yo quise decir. Como soy cristiano, que ya no me acuerdo (replicó fray Gerundio), aunque tengo el sermon en la celda, porque al punto le trasladé, como sabe vuestra paternidad. Pues yo te lo traeré á la memoria, que bien en ella lo tengo.

8 Concluida la salutacion, que ese fué vino de otra cuba, dí principio al sermon con este apóstrofe al Sacramento que estaba patente: *Amorosamente sábio os ofreceis (Soberano Sacramento Monarca) maestro y director de este capítulo*. Nota de paso la oportunidad de llamar presidente del capítulo al Sacramento, y dime si esto se ofrece á qualquiera. Añadí despues: *Para la mas acertada rectitud de las elecciones, ofrece ese Augusto Sacramento vitales luces á los electores prelados*. Prueba perentoria y terminante; *Ego sum panis vitæ*. Nota lo de *panis vitæ*, para las *luces vita-*

les. Mas por quanto los electores eran muchos, y cada uno tenia su vida, buena ó mala, como Dios sabe (que á nosotros no nos toca indagar vidas agenas), y el texto solo hablaba de una vida *vitæ*, era menester uno que hablase de muchas. Halléle á pedir de boca en el Siriaco, que lee: *Panis vitarum*, Ya tenemos al Sacramento *Pan de muchas vidas*; pero por quanto estas vidas podian ser de coristas, de sacristanes, de refitoleros, y de otros muchos frayles que no tenian voto en capítulo, y yo habia menester precisamente un sacramento que fuese pan de las vidas de los padres capitulares y electores, aquí estuvo mi felicidad y mi discurso. Halléle, como lo podia desear, en Zacarías, en Tyrino, en Menochio, y en Lyra; porque el primero llama al sacramento *Frumentum electorum*; el segundo *Panem electorum*; el tercero *Frumentum electorum*; y el quarto *Frumentum electorum est Corpus Christi consecratum pane frumenti*.

9 Digo, que vuestra paternidad es un demonio, ó que tiene familiar (le interrumpió fray Gerundio sin poderse contener). ¿Dónde diantres fué á encontrar unos textos tan á pelo, tan al intento, y que hablan de *pan de electores*, con tanta claridad que los entenderá el mas zafio batueco de los que van á vender miel á la villa de Bejar? Ahora me acuerdo, que especialmente quando oí estos textos en el sermon, me quedé como aturrullado. Es verdad, que hablando

despues acerca de ellos con un padre maestro de la casa, que me quiere mucho, me dexó un poco confuso; porque me dixo claritamente, que todos ellos, en el sentido en que vuestra paternidad los entendió, habian sido unos grandísimos disparates, delatables á la inquisicion; que así el texto como los intérpretes solo querian decir, que el Pan del Sacramento, ó que el Sacramento era Pan de los escogidos, que eso y no otra cosa significaba *electorum*; que aplicarlo á los electores puramente por el sonido material de la palabra era un abuso intolerable de la sagrada escritura, condenado por el concilio tridentino, por los papas y por la inquisicion; que ésta habia castigado en Roma á un Predicador, porque en las honras del Cardenal Cibo habia dicho, que la carne de Cristo en el Sacramento, era verdaderamente la carne del Cardenal, probándolo con aquel texto: *Caro mea verè est cibus*, el qual le habia querido entender aquel loco (así le llamó el padre maestro) ni mas ni ménos, como vuestra paternidad habia querido entender el *Frumentum electorum*; que si se permitiera la licencia de usar ó de abusar de la sagrada escritura con esa materialidad, no habria heregía, disparate, torpeza ni suciedad que no se pudiese probar con ella; y de aquí fué ensartando tantas cosas, que me metiéron en mucha confusion, y no sé cómo tuve paciencia para oirlas.

10 Y tú hiciste caso de ellas? No, pa-

dre predicador, qué caso habia de hacer si estaba conociendo palpablemente que todo era envidia, porque el tal padre maestro es un hombre indigesto, que no sabe mas que sus ergos, su teología, su biblia, sus concilios, sus santos padres, y servitor. En sacándole de ahí, no sabe una palabra: ni él ha leido jamas el Teatro de los Dioses, ni á Rabisio Textor, ni á Aulio Gelio, ni á Natal Comite, ni á Alexandro de Alexandro, ni á Plínio, ni á Picinelo; con que ya se vé qué obligacion tiene el pobre á entender de sermones, ni á saber cómo se han de traer, ó como no se han de traer los textos de la sagrada escritura. Y como por otra parte es un triste pelon, que anda con la hortera para tomar una jicarilla, y vé gracias á Dios, la celda de vuestra paternidad tan abastecida de todo, se pudre á todo pudrir, y de aquí proviene que todo quanto hace vuestra paternidad le dá en rostro. Dame un abrazo (le dixo al oir esto el padre fray Blas) que tú has de ser la honra de la órden; toma esos quatro bollos de chocolate para que te remedies en mi ausencia, y vamos adelante con el sermon capitular.

11 Otro dia hablaremos de ese sermon, dixo fray Gerundio, que ahora como está vuestra paternidad para irse mañana, temo que no nos ha de quedar tiempo para leer el de san Benito, aunque no sea mas que la salutacion, y yo estoy rabiando por oirla, porque solo el pensamiento *de ciencia de la*

ignorancia, *en la sabia ignorancia de la ciencia*, me ha excitado una curiosidad que es un horror. Tienes razon (respondió fray Blas, y vamos á ella: aquí está el cartapacio sobre la mesa. Ten presente que estamos en primavera, que es pasqua de flores, y que la hermita del santo está en el campo, y oye.

12 ,,Al celebrado Dios del regocijo consagraba la Grecia, Esparta, y Tesalia, festivos, solemnes cultos el dia 27 de marzo: *Thesali huic Deo risui quotannis rem divinam in summa lætitià faciebant*, dice Rabisio Textor. Texian verdes guirnaldas, esmaltadas de matizadas flores, ofreciendo una primavera de gozo al obsequiado Dios del regocijo: *Vernis intexens floribus arva.... risibus et grandes mirata est Roma cachinos*, dice Lilio Giraldo. Ofrecíase esta deidad al culto en la figura de un jóven desnudo, coronado de mirto, adornado de alas, y en la frondosidad de un prado ameno: *Puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*, dice Vincencio Cartario.‟

13 ¿Has visto entradilla mas florida para un sermon de primavera en pasqua de flores, y toda ella no ménos que con autoridad de Cartario, Lilio Giraldo y Rabisio Textor? Pues aguarda un poco, y escucha la aplicacion. *Este es vernal paralelo del esclarecido patriarca san Benito, á quien con festivo gozo consagra hoy este pueblo este solemnizado culto.* ¿Qué te parece Gerun-

dio amigo? ¿Qué me ha de parecer? Lo primero que vuestra paternidad tiene mas en la uña el kalendario de las fiestas de los gentiles que la misma epacta de la órden, porque jamas le he visto errar ni siquiera una de aquellas, y mas de una vez le he notado que no sabia bien el santo de quien se rezaba aquel dia. Lo segundo, que casi todos los sermones de vuestra paternidad comienzan con una fabulilla tan á pelo y tan al caso, que no parece sino que la fábula se fingió para el misterio, ó que el mismo Dios fué sacando el misterio por la idea de la fábula. Por exemplo, ¿quándo se me olvidará á mí aquella crespa entradilla del sermon de la Concepcion que oí este año á vuestra paternidad, y la tomé de memoria, porque no espero oir en mi vida cosa mas adequada al asunto?

14 ,,De la rizada pluma del celebrado Egeo fingió la Ethnicidad fabulosa, fué su idólatra Venus concebida. *Nuda cytheris edita fertur aquis*, dice Ovidio. Concibióse de las tres celestiales gracias sociada: *Et veneris turba ministra fuit*, dice Giraldo; porque no se verificase instante en que faltase alguna gracia á su hermosura. Y en memoria de esta concepcion graciosa, celebraban los Ciclades el dia 8 de diciembre con solemne alborozado culto: *Hoc tamen die octavo decembris, festum Conceptionis pulcherrimæ veneris ingenti jubilo celebratur.*" No me detengo ahora en reparar la cultura

de llamar *Ethnicidad* á la religion de los gentiles, y no *gentilidad* ó *paganismo*, que eso lo diria qualquier gavacho; y si no la llamé *polytheismo* ó *poly-deismidad*, interrumpió el padre predicador, fué por reservar estos dos terminillos para otra ocasion. Digo, que no me detengo en esto, porque con especialidad en esta invencion de voces nuevas y flamantes, alambicadas de la lengua latina, es vuestra paternidad inimitable; y yo tengo ya apuntadas algunas para valerme de ellas en ocasion y tiempo, con la seguridad de que aunque no haga mas que hablar en este estilo, no ha de haber sermon de cofradía que no me busque. Ya sé que al mar salado siempre le he de llamar *salsuginoso elemento*, á la vara de Aaron *Aaronítica vara*; al contraer el pecado original, *traducir el fomes del pecado*; *Adan futurizado*; al decreto de la creacion de Adan; á su misma creacion, *adamítico fundamento*; *universal opificio*; á la fábrica de todas las criaturas; á la naturaleza ciega *cecuciente naturaleza*; y á un deseo ardiente y encendido, *ignitas alas del deseo.* Este bello, claro, perspicuo y delicado estilo déxelo vuestra paternidad de mi cuenta, y yo salgo por fiador de mí mismo, que por lo que toca á él no ha de tener vuestra paternidad discípulo que mas le honre.

15 Tampoco quiero detenerme ahora en el reparo de aquella ingeniosa figura con que vuestra paternidad llamó *idólatra á Venus*,

quando dixo: *fué su idólatra Venus concebida*. Mas de dos ignorantes lo tendrian por necedad, pareciéndoles que eso queria decir que Venus idolatraba en ellos, y no ellos en Venus, y que vuestra paternidad debiera de haber dicho *su idolatrada Venus*. Pero sobre que entónces no constaria el pie de verso heróyco, de que se compone dicha cláusula: *fué su idólatra Venus concebida*, que era lo que vuestra paternidad tiraba; y (quede dicho de paso) esta es una de las gracias que mas me encantan en el elegante estilo de vuestra paternidad la multitud de pies líricos y heróycos de que consta, que algunas veces me parece que estoy oyendo una relacion, amen de los consonantes; digo, que fuera de este primor, faltaria otro que no advierten, ni son capaces de advertir esos tontos. Esta es aquella figura retórica que se llama.... que se llama.... ¡valgate Dios! ¿cómo se llama? que se llama.... No sé como; la qual enseñaba á usar el presente por el pretérito, lo activo por lo pasivo; y así decimos, *mi amantísimo amigo*, *por mi amigo muy amado*; *recibí la favorecida carta de vmd. por la carta favorecedora*; pues lo demas querria decir que se le hacia favor en recibirla, y no me parecia mucha modestia ni mucha política. De la misma manera se puede decir tan lindamente *idólatra Venus*, por *Venus idolatrada*, como lo sabemos muy bien todos los que tuvimos la dicha de estu-

diar con el famoso preceptor de Villaornate, y por eso tengo yo tan en la uña todas las figuras retóricas, con sus nombres, pelos y señales.

16 Pero dexándonos de estos pelillos, como iba diciendo de mi cuento, digo, que la fábula de la concepcion de Venus para el misterio de la Concepcion de María, no parece sino que vuestra paternidad mismo la inventó. Tan adequada viene y tan al caso. Digo mas, que á mi pobre juicio, estuvo de sobra aquella valiente cláusula con que vuestra paternidad la aplicó. *Gallardo, aunque fabuloso, paralelo del milagroso objeto, que termina los regocijados cultos de este dia octavo de diciembre, en que la iglesia católica celebra la Concepcion pasiva de María, Venus del amor divino, diosa de la hermosura de la gracia*; porque no habria en todo el auditorio entendimiento tan zopenco que no se hiciese luego cargo de la propiedad *del gallardo paralelo*, sin el cansancio de la aplicacion. Porque es claro como el agua, que si Venus fué madre del amor, María fué madre del amor: si Venus fué concebida de la espuma del mar; *en la nivea espuma de la divina gracia fué concebida María del mar de la humana naturaleza*, como dixo vuestra paternidad un poco mas abaxo: si en la concepcion de Venus asistiéron las tres gracias, *en contraresto á las gracias sociaron á María en su Concep-*

son las horas; y siendo las horas y las gracias dos cosas tan parecidas, que es imposible haya otras dos semejantes. Finalmente, si Venus fué concebida el dia ocho de diciembre, el dia ocho de diciembre fué concebida María. Así que el *paralelo* no puede ser mas *gallardo*, por lo que toca á estas quatro propiedades. Y en quanto á la segunda, en que se coteja la espuma del mar Eritréo, con la *nivea espuma de la Divina Gracia*, se encierra en ella una propiedad tan recóndita, que no es facil se dé en el chiste á quatro paletadas. Porque si la espuma no es otra cosa que el viento que se introduce en el agua, ó en qualquiera otro licor, mas ó ménos movido y agitado del mismo ayre, ó de algun otro agente estraño, como leí pocos dias há en uno de estos libros que se usan y tratan de novedades; es claro como el agua, que la Divina Gracia ha de ser muy espumosa, y precisamente ha de hacer una *espuma nivea* que disgregue la vista. ¿Por qué? Porque la Divina Gracia se atribuye particularmente al Espíritu Santo: éste ya se sabe que unas veces es aura suave y apacible, y otras es viento impetuoso, que agitando á la Divina Gracia, é introduciéndose al mismo tiempo en sus divinos poros é intersticios, necesariamente ha de levantar *una espuma nivea* como el ampo: ¿y qué cosa mas propia que el que de *esta nivea espuma* fuese concebida *la Venus del Amor Divino*? Con

que realmente nó pudo ser *mas gallardo el paralelo.*

17 A mí así me lo pareció, y así lo defendí tambien contra aquel simplon, beaton y testarudo de fray Gonzalo, que estaba junto á mí, y al oirlo hizo muchos gestos, diciéndome despues del sermon, que aquello le habia escandalizado. Preguntéle, ¿por qué? y me respondió el tontarron, que porque hacer cotejo de la Madre de la pureza, con la madre de la torpeza; de la muger mas limpia, con la muger mas sucia; de la Concepcion Inmaculada de María, con la puerquísima concepcion de Venus; de las gracias profanas, con la Gracia Divina, y concluir llamando á María *Venus del Divino Amor*, *Diosa de la hermosura de la Gracia*; sobre ser la última proposicion una heregía formal, las demás eran unas blasfemias tan impías, tan sacrílegas, tan indecentes en la boca de un cristiano, quanto mas *de un predicador apostólico* como, vuestra paternidad dice que lo es, mostrando su título con toda forma; que á su parecer el sermon merecia la hoguera; concluyendo con que si él fuera prelado, le quitaria á vuestra paternidad la licencia de predicar. No sé como Dios me tuvo de su mano, y no le llené de dedos aquella cara compungida; pero contentéme con decirle que no era la miel para la boca del asno; que no se habian hecho *los gallardos paralelos*, paralelos gallardos, y volvíle las espaldas.

18 Y ya que hablamos *de paralelos*, volvamos por Dios al *vernal paralelo* del sermon de san Benito, donde dexamos la salutacion; que como unas cosas llaman á otras, y todas las de vuestra paternidad me emboban, yo mismo interrumpí la letura, sin poderme remediar. Ya me acuerdo que la introduccion era del Dios del regocijo, á quien celebraban los antiguos el dia 27 de marzo; que le representaban un jóven desnudo y en pelota, como su madre le parió, muy coronado de mirto, y muy adornado de alas, tendido en aquel campo, como si dixéramos con la panza al sol: *Puer nudus, alatus, myrtheque coronatus, qui humi sedebat*, y finalmente, que el modo de celebrarle era con grandes risadas, zambra, bulla y carcajadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Decia despues vuestra paternidad: *este es vernal paralelo del esclarecido patriarca san Benito*. Pero ántes de pasar mas adelante, dígame vuestra paternidad que quiere decir *vernal paralelo*, porque confieso que no lo entiendo. ¡Hay bobo! dime, ¿que significa *ver, veris*? *Ver, veris* significa la primavera, que así lo dicen los géneros de Lara, por donde yo estudié. Pues tonto, *vernal paralelo* quiere decir *paralelo primaveral*, por ser en tiempo de primavera, en que se celebraba la fiesta del Regocijo, y tambien la de san Benito. Y ves ahí como de camino está encajada con grande arte y disimulo la circuns-

tancia de celebrarse esta fiesta en pasqua de flores: *Vernis intexens floribus arva*; que en eso de hacerme cargo de todas las circunstancias, por ridículas que sean, aunque yo lo diga, ninguno me echará la pierna adelante.

19 Ya estoy, dixo fray Gerundio, en lo que significa *vernal paralelo*: ahora me falta saber la aplicacion, y en qué se pareció san Benito al Dios del regocijo, y la fiesta de aquel, á la fiesta de éste. Ten un poco de paciencia, continuó el predicador, y presto lo sabrás. Y en quanto á la omnimoda semejanza de las fiestas, es cosa tan clara, que solo un ciego podrá no distinguirlas, sin que nadie se lo diga; porque si aquella se celebraba en la primavera, en la primavera se celebra ésta, si aquella en el dia 27 de marzo, cavalitamente se celebra ésta en el mismo dia; si aquella en el campo, ésta en el otero; si allí habia flores, flores hay aquí; si gente en aquella, gente en ésta; y en fin, si en aquella habia grandes carcajadas, ésta no la vá en zaga; pues no se oye otra cosa por aquellos campos, y aun en la misma hermita, durante el sermon, si el predicador tiene un poco de sal, qué grandísimas risadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Ahora digo, respondió fray Gerundio, que las dos fiestas son tan parecidas una á otra, como un huevo á otro huevo; y ahora tambien descubro yo la clave para aplicar qualquiera co-

sa que haya sucedido en el mundo, en el mismo tiempo, y en el mismo dia del sermon, á la fiesta que predicáre, sea la que fuere.

20 Mas dígame vuestra paternidad, ¿cómo diantres pudo casar á san Benito con el Dios del regocijo? Con la mayor facilidad del mundo, respondió fray Blas. ¿No dice la historia, que siendo el santo de solos quince años se salió de Roma, se fué al desierto, se escondió entre las mayores asperezas del monte Sublac, se sepultó en una cueba ó en una profunda cisterna; que allí hizo asperísima penitencia por espacio de tres años; que padeció crueles tentaciones del demonio; que se revolcó en una zarza hasta dexarla toda ensangrentada; que solo se alimentaba de pan y agua que de ocho en ocho dias le traía un monge, llamado Roman, descolgándoselo por una cuerda, hasta que al cabo de los tres años un buen clérigo, por divina revelacion vino á buscarle, trayéndole vianda para comer, y diciéndole que la comiese, porque era dia de pasqua, lo que el santo mozo no sabía? ¿Pues qué cosa mas parecida al Dios del regocijo, que san Benito en este pasage de su vida? Este jóven, aquel niño; éste en el campo, aquel en el desierto; éste tendido en la yerva, aquel en el pozo; éste desnudo, aquel mal vestido; y quando se revolcó en la zarza, tan desnudo como su madre le parió; éste coronado de flores; aquel cu-

bierto de espinas; y finalmente éste celebrado en tiempo de pasqua, y aquel regalándose en ella con lo que el buen clérigo le traxo. Mira tú ahora si pudo venir mas ajustado el *vernál parálelo*. Porque en lo demás, aunque el Dios del regocijo fuese un dios de tarárira, de trisca, de bulla y de chacota, y san Benito en el desierto fuese una imágen viva de la mas áspera penitencia, exemplar asombroso de compuncion y de lágrimas; eso para el asunto importa un bledo, porque ni los paralelos, aunque sean *vernales*, ni las semejanzas, ni las comparaciones han de correr á quatro pies.

21 Iba fray Blas á proseguir en la letura de su sermon, quando llamáron á la puerta de la celda con tanta fuerza, que se sobresaltó; y aunque á los principios hizo ánimo de nó abrir, como el que llamaba era el padre prior, y le dixo en voz alta que abriese, que era él el que llamaba, y que bien sabía estaba dentro, nó pudo resistirse, y se vió precisado á abrir. Entró en la celda el prior, y encontrando en ella á fray Gerundio, le dixo con alguna seriedad, ¿qué hacía allí perdiendo tiempo, y por qué no se iba á estudiar? Fray Gerundio le respondió sin turbarse, que habia venido de parte de su madre á dar al padre predicador la limosna de tres misas, para que las mandase decir en el altar de san Benito del Otero, porque habia parido un niño quebrado, y el santo, en aquella santa imágen diz que era

prodigioso con los niños que padecian este trabajo. ¿Y qué lleva en esa manga? le preguntó el prior, notando que abultaba demasiado. Aquí saltó prontamente el predicador: son unos dulces que le dí yo, para que de mi parte los envie á sus dos primas, las hijas del familiar de Cojeces, que el otro dia me regaláron con dos pares de calcetas. No satisfizo mucho al padre prior una ni otra respuesta; pero como era buen hombre, y nada malicioso, dexólas pasar, y contentándose con decir á fray Gerundio que tratase de ser mas aplicado, y de guardar mas la celda, le envió á ella, y él se quedó con el padre predicador mayor tratando el negocio á que iba, de cuyo contenido no se encuentra rastro alguno en el archivo del convento, ni en los exâctos documentos de donde se ha sacado esta puntualísima historia; lo que dá bien á entender que no debió ser cosa de importancia, ó á lo ménos, que no tratáron materia alguna que tenga concernencia con ella.

CAPITULO XV.

De una conversacion muy provechosa que un beneficiado del lugar tuvo con fray Gerundio, si fray Gerundio hubiera sabido aprovecharse de ella.

1 Habia en aquella villa (ya conocerá el sagáz y penetrativo lector que habla-

mos de aquella villa donde estaba el convento). Habia, pues, en aquella villa un beneficiado hábil, capáz, despejado, de edad ya madura, porque estaba entre los quarenta y los cincuenta. Habia estudiado la filosofia que se usa en España, con aplauso, y la teología con crédito, tanto, que habia sido opositor en Toledo, y despues de haberle dado uno de los mejores curatos, le renunció con pension, porque le probaba mal la tierra, y se habia retirado á su lugar, donde tenia un mediano beneficio, con el qual, y con la pension lo pasaba con mucha decencia. Era de costumbres muy ajustadas, de un porte eclesiástico sério y grave, pero al mismo tiempo de un genio jovial y festivo, lo que le conciliaba la general estimacion de todos, acompañada de inclinacion y cariño. Dedicábase mucho al exercicio del confesonario, y de quando en quando predicaba tambien sus sermones con juicio, con piedad y con zelo, porque era muy aficionado á las obras de los padres Señeri y Bourdalué, á quienes procuraba imitar en sus sermones, así panegíricos, como morales. Y como entendia medianamente las lenguas italiana y francesa, tenia algunos otros de los mejores sermonarios que se han impreso en uno y en otro idioma, sin dexarse llevar tan totalmente del estudio de las letras sagradas y sérias, que no hiciese sus excursiones hácia las mas amenas, especialmente hácia los libros de crítica, de que

tenia algunos selectos en su librería, no copiosa, pero escogida.

12 A favor de ellos, con su natural penetracion y juicio, ni estaba tan encaprichado con todas la opiniones antiguas, como lo suelen estar los que no han estudiado otras, ni tan ciegamente enamorado de las modernas, que no descubriese la fruslería y la insubstancialidad de muchas. Conocia y confesaba de buena fé, que en todas las facultades se habian introducido mil inutilidades, preocupaciones, y no pocas extravagancias: era de parecer que en realidad necesitaban de mucha reforma; pero al mismo tiempo era de opinion, que ninguna estaba mas necesitada de ella que la crítica. Juzgaba que ésta se habia remontado con exceso, y que era menester cortarla los vuelos; porque no contenta con rajar, cortar y trinchar, algunas veces con razon, otras sin ella, y no pocas por puro antojo ó capricho, por las ciencias naturales, se habia atrevido á escalar hasta el sagrado Alcazar de la religion, con tanta osadía, que apénas dexaba costumbre inmemorial, tradicion antigua, ni monumento, aun de los mas respetables, que no pretendiese zapar hasta el cimiento; siendo este el verdadero principio, no solo de tanto error, como ha brotado en el campo de la iglesia en estos últimos siglos, sino de tanta libertad de costumbres, de tanta irreligion, y aun de tanto ateismo.

3 Sobre todo se reía mucho de la grande presuncion de la crítica en punto de física natural, y de aquella intolerable satisfaccion con que se jactaba de haber arrollado la de Aristóteles, abriendo los ojos al mundo para que conociese los grandes excesos que la hacía qualquiera de las fisicas modernas. Aquí se descalzaba de risa el bueno del beneficiado; porque decia, que, á excepcion de tal qual fruslería de poca consideracion, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la fisica de Descartes, de Nevvton y de Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles serán los torbellinos ó turbillones, y materia ethérea del primero, cómo la materia primera, y las formas substanciales del último, protestando, que ni con una, ni con otra explicacion veía gota. Yo no sé (añadia con gracia) con qué conciencia hacen tanta burla los modernos de los aristotélicos, porque preguntados éstos en qué consiste que el fuego queme, responden; *porque tiene una virtud ustiva ó quemativa*. Convengo en que nada dicen en esto; pues en suma solo vienen á decir que el fuego quema porque tiene virtud para quemar. Filosofia tan recóndita, que la alcanzará el mas zafio sayagués.

4 Pero quisiera saber si dicen mas los modernísimos señores quando responden, que el fuego quema porque es una substan-

esta compuesta de unas partículas piramidales, ó punti-agudas, sutilísimas, agilísimas, que agitadas continuamente con suma rapidéz en movimiento vertical, se penetran por los poros de los cuerpos mas consistentes, los taladran, los desunen, los deshacen. En esta respuesta hay sin duda mas aparato de voces; pero bien reflexionada, tiene ménos substancia que la otra; porque la aristotélica siquiera ya dice una verdad de Pero-grullo, con la qual modestamente viene á confesar su ignorancia; mas la de nuestros físicos á la chamberí, entre un gran follage de palabras, solo nos vende unas purísimas arbitrariedades. ¿Quién ha hecho el analisis del fuego, para descubrir de qué figura son sus partículas, si piramidales, cilíndricas, ovales, quadradas ó globulosas, agudas ó chatas? Por donde se prueba que su movimiento es vertical ó arremolinado; siendo así, que si son tan ágiles y tan sutiles como se supone, de necesidad han de ser levísimas y volátiles, mucho mas ligeras que el ayre, y consiguientemente su movimiento no ha de ser hácia el centro, como lo es todo movimiento vertical, sino hácia arriba, como se observa en la llama; de donde vendria á inferirse el grandísimo absurdo, de que ningun cuerpo estaria mas libre de la actividad del fuego, que el que estuviese mas dentro de él, y que el remedio mas eficáz para no quemar-

se uno, era arrojarse en medio de la hoguera.

5 En fin, en esta materia estaba preciosísimo el bellaco del beneficiado, y concluía con decir, que si él fuera hombre de talentos y de chiste, se le habia ofrecido un buen proyecto con que hacer, por lo ménos, tan ridícula la filosofia moderna, como la aristotélica. Habia de formar un exâmplo filosófico, á manera de los bíblicos, ó una filosofia poliglota, compuesta de quatro ó de seis colunas, en cada una de las quales, discurriendo por todos, ó por los principales tratados de la fisica, habia de exponer con sus mismas palabras lo que dicen acerca de él Aristóteles y los Gefes de las principales sectas filosóficas modernas. Por exemplo: *Principios ó constitutivos del cuerpo en general*. Primera coluna Aristóteles, segunda Descartes, tercera Gasendo, quarta Maignan, quinta Nevvton, sexta Boyle. *Principios ó constitutivos de los cuerpos celestes*. Primera, segunda, tercera, &c. *Principios ó constitutivos del cuerpo sub-lunar inanimado, del vegetable, del orgánico y sensitivo, del racional, &c.* Primera, segunda, tercera, &c. Y descendiendo despues á los cuerpos y efectos particulares del sol, luz, calor, frio, humedad, sólidos, fluidos, opacos, transparentes, colores, sonido, sensacion, &c. trasladar en cada coluna con toda fidelidad lo

que dice cada gefe acerca de cada uno de estos entes naturales. Y despues, para amenizar mas la obra, y aun para variarla, añadir por modo de apéndice un breve resumen de la variedad, de la voluntariedad, del capricho, y aun de las extravagancias con que en estas y en otras materias filosóficas han discurrido aquellos modernos mas acreditados, que son *nullius Diœcesis*, esto es, que no son partidarios de alguna secta particular; y que aprovechándose de la libertad de conciencia para filosofar que se han tomado, especialmente en este siglo, casi todas las naciones, cada uno ha filosofado segun su fantasía. Aseguraba que solo con trasladar sus opiniones, con sus mismísimas voces, explicando las obscuras, y dexando en su tenebrosa incomprehensibilidad á las ininteligibles, se formaria una obra que en España hiciese olvidar á los Cervantes, en Francia á los Despreaux, en Italia á los Bocalinis, en Alemania á los Menkenios, y arrinconarse en Inglaterra los Vvaltones.

6 Así que, por lo que toca á todas las filosofias sistemáticas, tanta burla hacía de unas como de otras, y aun mas que de todas, se burlaba mucho de la crítica de ellas. Solo daba algun quartel á la fisica experimental, pero no tanto como otros, que eran mas indulgentes; pretendiendo que de cien experimentos, apénas se hallarian dos, hechos con la debida exâctitud. En órden

á la física matemática, que es hoy la física de la gran moda, adoptada por casi todas las academias de Europa, y es aquella que pretende deducir todas sus conclusiones de principios matemáticos y geométricos, se reservaba el derecho de juzgar hasta que estuviese mejor instruido de ellas: bien que decia le daba el corazon, que los principios de estas dos facultades apénas podian servir mas que para explicar las leyes del movimiento, la mayor ó menor resistencia, gravedad ó levedad de los cuerpos, su elasticidad respectiva, y algunos pocos efectos de la luz. Por lo demas no concebia de qué utilidad podian ser los principios de la matemática, y de la geometría, para explicar las verdaderas causas y constitutivos de todo cuerpo sensible y natural, que es el objeto de la física; pero al fin suspendia su juicio, hasta que mejor instruido en autos se hallase en estado de pronunciar con conocimiento de causa.

7 En lo que no le suspendia era en el acierto y en la felicidad con que la crítica moderna trataba el importantísimo punto de la oratoria cristiana, en la evidencia que hacía de que ésta no solo estaba adulterada, sino vilipendiada, estragada, despedazada, y lastimosamente corrompida; en las verdaderas y radicales causas que señalaba de esta lamentable corrupcion; y en las sábias, discretas, é infalibles reglas que prescribia para resucitarla, para darla nueva vi-

da, y para conducirla al mayor estado de perfeccion á que puede llegar en lo humano.

8 Por lo que toca á la hedionda corrupcion de la oratoria cristiana, la crítica no hace mas que remitirnos á los sermones que oimos. Entre mil predicadores, apénas se hallarán dos ó tres que sepan las partes de que se compone un sermon; y entre millares de sermones, con dificultad se encontrarán otros tantos que merezcan este nombre. Los mas son un texido de disparates sin órden, ó una sarta de osadías sin juicio, ó un encadenamiento de agudezas sin solidéz, ó una chorrera de dichicos sin jugo, y los ménos malos un matorral de verdades trivialísimas, sin método, sin cultura, sin eficacia y sin mocion.

9 Las verdaderas, legítimas y originales causas de estar tan corrompido el púlpito cristiano, singularmente en España, todas se pueden reducir á tres: á la poca ó ninguna estimacion que hacen del púlpito, los que ordinariamente nombran á los predicadores; á la poca ó ninguna aplicacion de los mismos predicadores nombrados, que no se dedican á instruirse en su facultad, y á hacerse maestros en ella; y en no pocos á su incapacidad de aprenderla, aun quando se dedicáran; y finalmente, al mal gusto de los auditorios, que aplauden lo que debieran abominar, y abominan lo que debieran aplaudir.

10 En casi todas las religiones de España se aprecia mucho mas la carrera de las cátedras, que la del púlpito; se hace mas estimacion de la cátedra de Aristóteles, que de la del Espíritu Santo; se conceden mayores honores al maestro mas inepto, que al predicador mas sobresaliente. Esto es de notoriedad pública; ¿pero puede haber error mas perjudicial, ni mas lamentable? Dícese que el médico comienza donde acaba el físico: *Ubi desinit phisicus incipit medicus*: si la filosofia es la que se enseña ordinariamente en nuestras escuelas, tan impertinente es para la medicina, como para la música. ¿Pero quién negará, que donde acaba el teólogo, allí ha de comenzar el predicador? ¿Cómo podrá serlo, no digo sobresaliente, pero ni aun tolerable, el que no sabe los misterios de la fe, los dogmas de la religion, ni los sentidos de la Escritura? ¿Y cómo sabrá los primeros, para enseñarlos al pueblo, el que no está mas que medianamente versado en la teología escolástica; ni los segundos, el que ignora la dogmática; ni los terceros, el que jamás ha estudiado la expositiva, ni mucho ménos la mística? ¿Quánto desbarrará en los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Eucaristía, el que no ha estudiado estas materias? ¿Quántos disparates dirá acerca de la predestinacion, de la reprobacion, de la providencia, de la economía de la gracia, de la presciencia infalible

de Dios, sin perjuicio de la libertad, el que no esté mas que razonablemente instruido en todos estos necesarísimos tratados? ¿Qué locuras, qué puerilidades, qué chocarrerías, y tal vez, qué blasfemias hereticales no dirá, abusando de los textos de la Sagrada Escritura, el que no sabe manejarla, ni en su vida se ha dedicado á estudiar los quatro únicos sentidos, en que es capáz de explicarse el literal, el alegórico, el místico y el tropológico? Todo esto no se puede saber sin estar mas que superficialmente versado en las quatro partes de la teología. ¿Pues por qué se ha de hacer mas aprecio de ésta, que de la oratoria, siendo así que puede uno ser gran teólogo sin ser predicador, pero no puede ser gran predicador sin ser gran teólogo?

11 Digo, pues, para descargo de mi ánima, que no me parece razonable esta preferencia, y que, á mi pobre juicio, debieran reflexîonar las religiones que la usan, que ninguna de ellas se introduxo en el mundo, se propagó y se elevó al auge de estimacion en que hoy las vemos por las funciones de la cátedra, sino por los misterios del púlpito, exercitados con solidéz, con meollo y con zelo, á la usanza apostólica. Así que no ha llegado á nuestra noticia, que hasta ahora se haya fundado en la iglesia de Dios ninguna religion de matemáticos, de fisicos, de filosóficos, de teólogos; y en verdad que se han fundado algunas con el

título de religion de predicadores, de misioneros de la doctrina cristiana, *et reliqua*. Pues aquí de Dios y del rey; si las cosas se conservan por aquellos mismos principios que las producen (hablo como se acostumbra, que la verdad de este principiote quédese en su lugar); si las cosas se conservan por aquellos mismos principios que las producen; y si es indubitable, que las mas de las sagradas religiones fuéron producidas, propagadas y elevadas á la procera estatura en que hoy las veneramos por los apostólicos ministerios del púlpito, ¿qué razon habrá, divina, ni humana, para que se haga en ellas mas caudal de las fatigas literarias de la cátedra?

12 No quiero decir por esto (ni Dios permita tal) que no ha de haber en ellas maestros, y que no se ha de hacer un sumo aprecio de los que verdaderamente lo fueren, ántes pretendo todo lo contrario. Si voy suponiendo que es imposible de toda imposibilidad que haya buenos predicadores, sin que sean buenos teólogos, ¿cómo he de intentar que no sean sumamente estimados los que los enseñan á serlo? Lo que digo es, que si el predicador supone al teólogo, no debe ser mas estimado el teólogo, que el predicador. Lo que digo es, que en mi corto entender no debieran las religiones nombrar á alguno para que enseñe desde el púlpito, que no fuese capáz, y muy capáz, de enseñar desde la cátedra, y que ya no hu-

biese enseñado desde ella. ¿ Pero qué sucede por lo regular? Al que no entiende los ergos, ó mira con tédio las arideces escolásticas, como tenga buena voz, buena memoria, buena presencia, y mucho despejo, hágote predicador de la noche para la mañana, y ármote de punta en blanco caballero del púlpito, con dos grandes legajos de papeles agenos, buenos ó malos, con media docena de sermonarios impresos, malos ó buenos, y vandéate como pudieres.

13 De aquí nace, lo primero, que como las religiones saben muy bien hasta donde llegan los talentos, de los que por lo comun hacen predicadores, los miran un poco al soslayo; y aunque los conceden algunos honorcillos, son de prima tonsura, *ornatus gratia*, y dedaditas de miel para engolosinar niños; y aquellos que llegan á jubilar por la carrera del púlpito, son jubilados de media braga, ó de tapadillo. Nace lo segundo, que los que pueden ir por la carrera de las cátedras, y pudieran ser predicadores eminentes, no los harán ir por la del púlpito aunque los descrismen; y visto lo visto, de tejas á baxo hacen bien, como soy clérigo. Nace finalmente lo tercero, que los que van por esta via son por lo comun unos lindos religiosos, que por su parola, verbosidad y despejo harian unos buenos procuradores, unos buenos sacristanes, unos famosos demandantes, pero hacen unos perversos predicadores. Etele, si no me en-

gaño, la principalísima causa de la corrupcion de la cristiana oratoria en España de parte de los electores.

14 Y de camino queda dicha la que hay de parte de los electos. Siendo la mayor parte de ellos unos hombres, como los acabamos de pintar, poco gramáticos, nada filósofos, y ménos teólogos; por donde han de saber qual es su sermon derecho, ni hácia donde caen las partes de la oracion (salvo las del arte de Nebrija). Estudian sus mamotretos, zurcen unos, hilvanan otros, desquartizan éstos, enjalman aquellos, y vamos adelante; que al cabo de los diez ó de los doce años, jubilado me he de ser, y no me ha de faltar mi platillo, ni á mal dar un vicariato de monjas, y desdichada la madre que no tiene un hijo predicador jubilado, que llegue á definidor.

15 Finalmente, contribuye tanto como lo que mas á la corrupcion de nuestra oratoria el mal gusto de los oyentes. Mas porque no quiero infernar mi alma, declaro, para descargo de ella, que el mal gusto de los oyentes es hijo legítimo, y de legítimo matrimonio, del perverso gusto de los predicadores. Si aquellos pobrecillos no oyen otra cosa, ¿cómo no se les ha de pegar necesariamente lo que oyen?

16 Ora bien, yo leí en cierta parte del mundo un tratadillo oratorio del padre Sanadon, jesuita, en que prueba que esto del mal gusto de los ingenios es enfermedad con-

tagiosa, y que se deben usar preservativos contra ella; pero la lástima es, que al mismo discretísimo padre le parece que es muy dificultoso encontrarlos eficaces; y en verdad, que si no me engaño mucho, lo esfuerza de manera, que si no convence, concluye. Que el mal gusto se pegue como contagio, es mas claro que chocolate de padre de la compañía; y no hay mas que ir discurriendo por los siglos en que reynó el mas perverso, buscar la causa de su propagacion, y se encontrará la prueba. Solo hay una diferencia entre la peste y el mal gusto, que los estragos de aquella se conocen ántes que se experimenten; los de éste hasta que se experimentan no se advierten: aquella cunde á ojos vistas, éste se propaga sin sentir: por lo demás, así como aquella se dilata por la comunicacion de los apestados, así ni mas ni menos, se vá estendiendo éste por el comercio de los que se sienten tocados del gusto epidémico.

17. Que no se encuentren á dos tirones preservativos eficaces contra esta epidemia, y consiguientemente que su curacion sea muy dificultosa, por no llamarla desesperada, es una verdad, que casi salta á los ojos. Lo primero hay pocos médicos capaces de emprenderla. Los genios superiores, quales se requieren para tomar á su cargo el desengañar á los entendimientos de sus erradas preocupaciones, son raros. Algunos hay que las conocen muy bien, que se la-

mentan de ellas, que en lo interior de su corazon las abominan; pero en el fuero externo déxanse llevar de la corriente, y hacen lo que todos los demás; porque el *laudo meliora, proboque.... deteriora sequor*; en toda especie de cosas tiene muchos sectarios. Lo segundo, la naturaleza de la enfermedad la hace casi irremediable. ¿Cómo se ha de curar un mal, con el qual se halla tan lindámente el enfermo? ¿que le cae muy en gracia? ¿y que á su parecer nunca está mas robusto que quando está mas achacoso? Si algun médico caritativo intenta su curacion, ríese el enfermo de la locura del médico, y dice, que él es el que verdaderamente tiene necesidad de curarse. Con que vé aquí la peste del mal gusto estendida, y punto ménos que sin remedio.

18 Uno solo hay, y ese es eficacísimo. Este sería que á ninguno, á ninguno se le permitiese predicar que no fuese hombre muy probado en letras, en virtud y en juicio. Y no hay que decir, que esto es pedir gullorías; porque solo es pedir lo que David y san Pablo piden indispensablemente á todo predicador. El primero dice en sentido acomodable al intento: *Disponet sermones suos in judicio*; vele ahí el juicio. El segundo quiere que el predicador sea irreprensible: *Oportet irreprehensibilem esse*; vela ahí la virtud; de doctrina sana y capaz de argüir y de convencer á los que le contradixeren: *In doctrina sana, et eos qui*

contradicunt arguere; ves ahí las letras. Y no hay que salirme con la pata de gallo, de que san Pablo no habla de los predicadores, sino de los obispos. Vagatelas: habla de los obispos en quanto son predicadores, cá sabida cosa es que el oficio de predicar es propio y privativo del obispo, y que en la primitiva iglesia el obispo predicaba de oficio. Como despues se multiplicó el número de los fieles, se estendiéron tanto las diócesis, y no era posible que los obispos estuviesen en todas partes, para repartirlos el pan de la divina palabra, introduxéronse los predicadores, á quienes los concilios llaman coadjutores de los obispos en el ministerio de predicar: *Coadjutores Episcoporum in ministerio verbi*; y por tanto solo se escogian para eso á los que sobresalian mas entre todo el clero en virtud y en sabiduría. Yo quisiera saber por qué ahora no se podria hacer lo mismo.

19 Y no, que en ordenándose de misa qualquiera teologuillo, luego solicita sus licencias corrientes para confesar, predicar, bobear, &c. y allá se las campanea. Pero siendo esto tan malo, todavía no es lo peor. Hay en una universidad un manteistilla chusco, pero aplicado y grande argüidor. Ha estudiado su filosofia, y sus tres ó quatro años de teología con créditos de ingenio, y ha sustentado un par de actos con despejo y con intrepidez. Hacen á su padre ó á su tio mayordomo de la cofradía del

Santísimo de su lugar: echa el sermon al hijo ó al sobrino; acude por la licencia; despachásele por lo comun, sin tropezar en barras, sube al púlpito con su sobrepelliz almidonada, y de perifollo: representa con desembarazo lo que otro le compuso, ó echa por aquella boca, con grande satisfaccion, los disparates que él mismo injurjó; porque un pobre muchacho, sin mas estudio que quatro párrafos escolásticos, ¿qué obligacion tiene á saber componer otra cosa? Acábase el sermon, ó lo que fuere: hay vítores, hay aclamaciones, hay enhorabuenas, hay despues grandes brindis, y muchas coplas en la mesa. ¿Y qué sucede no pocas veces? Que al dia siguiente sale una mozuela poniendo demanda de matrimonio al señor predicador; y en aquella misma iglesia, donde le oyéron tantas maravillas del Sacramento de la Eucaristía, le ven recibir pocos dias despues las bendiciones para el del santo matrimonio.

INDICE

De los capítulos contenidos en este tomo primero.